

Margáret S. Mahler

Estudios 2

Separación - individuación



PAIDOS

Buenos Aires
Barcelona
México

F = 1570

Título original: *The Selected Papers of Margaret S. Mahler.*
Vol. 2. *Separation-Individuation*
Jason Aronson, New York-London
© by Margaret S. Mahler
ISBN 0-87668-371-5

Traducción de Alberto Luis Bixio

Cubierta de Gustavo Macri

1. reimpresión, 1990

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina, por el sistema "multigraph", mimeógrafo, impreso, por fotocopias, fotoduplicación, etc., no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

*Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires*

© Copyright de todas las ediciones en castellano by

Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires

Ediciones Paidós Ibérica S.A.
Mariano Cubí 92, Barcelona

Editorial Paidós Mexicana S.A.
Guanajuato 202, México

ISBN 950-12-4096-7

Estudios 2

Separación - individuación

Parte I

Separación-individuación: primeras conceptualizaciones

I. Consideraciones sobre el desarrollo y la individuación (1963)	11
II. Algunos aspectos de la fase de separación-individuación. <i>En colaboración con Manuel Furer (1963)</i>	23
Metodología	24
Conclusiones	30
III. La interacción madre-hijo durante la fase de separación-individuación. <i>En colaboración con Kitty La Perriere (1965)</i>	33
Consideraciones teóricas	33
Ilustraciones clínicas	37
Conclusión	42
IV. Importancia de la fase normal de separación-individuación con referencia a la investigación de la psicosis infantil simbiótica (1965)	43
V. Notas sobre el desarrollo de disposiciones de ánimo básicas: el efecto depresivo (1966)	50
Los primeros dieciocho meses de vida	52
Los segundos dieciocho meses de vida	55
VI. Sobre la simbiosis humana y las vicisitudes de la individuación (1967)	62
Partiendo de la simbiosis se desarrolla el proceso intrapsíquico de separación-individuación	66
El segundo desplazamiento masivo de catexia	68
Formulación de los procesos intrapsíquicos del segundo año de vida	70
Los segundos dieciocho meses de vida	71
Resumen	76
VII. Observaciones sobre la adaptación y la defensa <i>in statu nascendi</i> . <i>En colaboración con John B. McDevitt (1968)</i>	77
Fenómenos de diferenciación	79
Exploración visual y táctil	80
Fenómeno narcisista regresivo	82
La ambitendencia	84
Aferrarse a la madre y apartarse de ella	85
La aparición de la represión	87
Conclusiones	88

VIII. Sobre las tres primeras subfases del proceso de separación-individuación (1972)	91
La diferenciación	93
El comienzo del período de ejercitación	94
La subfase de ejercitación propiamente dicha	96
Apagamiento	97
La subfase de reaceramiento	97
IX. La subfase de reaceramiento en el proceso de separación-individuación (1972)	100
La subfase de ejercitación propiamente dicha	102
Período de reaceramiento	104
Resumen	112
X. Simbiosis e individuación: el nacimiento psicológico del infante humano (1974)	113

Parte II

Aplicación clínica de la teoría de la separación-individuación a las neurosis infantiles y los trastornos fronterizos

XI. Estudio del proceso de separación-individuación y su posible aplicación a los fenómenos fronterizos en la situación psicoanalítica (1971)	127
El desarrollo temprano en la investigación fundada en la observación	127
Breve comparación del desarrollo de Barney y Sammy	130
Angustia de separación	131
Accesibilidad de la madre y desligamiento respecto de ella en la subfase de reaceramiento	132
El papel de la agresión y el mecanismo defensivo de escindir el mundo objetal en "bueno" y "malo"	133
Dos importantes comprobaciones	135
Reconstrucción del desarrollo temprano	135
XII. Sobre la condición actual de la neurosis infantil (1975)	141
XIII. El desarrollo y la evaluación de las personalidades narcisistas y de las llamadas personalidades fronterizas. <i>En colaboración con Louise Kaplan</i> (1977)	145
Sy	147
Cathy	151
Conclusiones	155
Precedencia de los capítulos que componen este volumen	156
Bibliografía	160

PARTE I

SEPARACION- INDIVIDUACION: PRIMERAS CONCEPTUALIZACIONES

NOTA DEL EDITOR: Del mismo modo que en la edición original en inglés, estos textos selectos de Margaret S. Mahler se publican en dos volúmenes de lectura independiente: *Psicosis infantiles y otros trabajos (Estudios 1)* y *Separación-individuación (Estudios 2)*. La Introducción aparece sólo en el primer volumen, y las referencias a autores intercaladas en ambos tomos remiten a la Bibliografía común que se encuentra al final del segundo.

CONSIDERACIONES SOBRE EL DESARROLLO Y LA INDIVIDUACION

(1963)

Algunos psicoanalistas, en una etapa avanzada de su obra, buscan aproximarse más a lo que constituye la fuente de sus esfuerzos de reconstrucción. Algunos, entre los cuales me cuento, recurren a la observación para obtener —*in statu nascendi*— datos verbales y preverbales que confirmen, refuten o conduzcan a la reelaboración de hipótesis psicoanalíticas. Es así como, a través de un estudio de niños normales y de sus madres, he intentado no sólo complementar mi trabajo psicoanalítico con niños y adultos neuróticos, sino también cobrar una perspectiva más amplia y validar anteriores estudios llevados a cabo en el terreno de la psicosis infantil.

Conservé un interés algún tanto personal en un aspecto específico de la rica herencia que nos legó Freud; me refiero al énfasis que él puso en el hecho de que una dependencia emocional respecto de la madre que se mantiene, aunque disminuyendo paulatinamente, a lo largo de toda la vida, es una verdad universal de la existencia humana. El hecho de que el pequeño no esté biológicamente preparado para sobrevivir sin ayuda es lo que determina esa prolongada fase propia del género humano que se ha designado como "la simbiosis madre-hijo". Creo que derivan de la fase simbiótica de la unidad dual madre-hijo los precursores experienciales de los comienzos del individuo que, junto con factores constitucionales innatos, determinan la configuración somática y psicológica que es única en cada individuo humano.

Peró resulta extremadamente difícil traducir en términos psicológicos los fenómenos observables de la fase simbiótica. Las extrapolaciones basadas en datos de conducta preverbales son aun más precarias que el empleo de hipótesis deducidas de datos obtenidos en fases posteriores de la niñez. Para comprender los fenómenos preverbales nos vemos obligados a buscar sus connotaciones a través de su continuación en etapas posteriores o bien evaluando manifestaciones regresivas (Bonnard, 1958). De manera que la comprensión y conceptualización de los fenómenos simbióticos exigían, según me pareció, que se los siguiera en la fase ulterior de la relación madre e hijo; es decir, la fase de "separación-individuación" (Mahler, Furer y Settlege, 1959). A fin de conocer mejor la fase simbiótica, organicé un proyecto de investigación, con cuya metodología todavía nos estamos debatiendo, destinado a esclarecer los fenómenos relacionados con la emergencia del niño de la relación simbiótica.

Nuestra investigación sobre la fase de separación-individuación consiste en un estudio sistemático de madres normales y de sus bebés también normales, desde los

cinco meses hasta el segundo y el tercer años de vida. Numerosos artículos sobre las secuelas de la separación de la madre han aumentado enormemente nuestro conocimiento del efecto traumático que tiene en el niño la separación física de la madre y la influencia patógena que ejerce esa separación en el desarrollo de la personalidad. Distinguiéndose de aquellos estudios, nuestro plan de investigación pone el acento en el proceso normal de individuación-separación, proceso que supone la presencia física de la madre. Es cierto que en nuestro marco de indagación, el proceso de individuación también representa para el niño aquellas mínimas amenazas de pérdida objetal que necesariamente entraña el predominio del funcionamiento autónomo, predeterminado por la maduración; ello no obstante, a causa de la presencia libidinal de la madre, el proceso de desarrollo se caracteriza porque el niño experimenta fundamentalmente como placentero su funcionamiento independiente. Durante esta fase el bebé se convierte en un niño pequeño y su relación, hasta entonces simbiótica y en el nivel de la satisfacción de necesidades, se transforma gradualmente en relación objetal. Repito que ésta es la individuación-separación normal (diferente de la separación traumática) y que se desarrolla con la presencia de la madre.

En este estudio sobre separación-individuación podemos observar a las madres con sus bebés en un patio especial durante dos horas y media cuatro mañanas por semana. No me detendré aquí a tratar nuestra compleja metodología, que fue expuesta en un artículo especial por Pine y Furer (1963). Pero como este estudio deriva de mi obra anterior, resumiré brevemente dos de mis hipótesis cardinales que vinieron a formar la médula de la presente investigación.

1. En el niño psicótico simbiótico, la maduración de los aparatos del yo, que es biológicamente predeterminada, se produce junto con un retraso en el desarrollo del proceso emocional de separación-individuación, y, por lo tanto, aquélla se experimenta como una amenaza catastrófica. Las reacciones de pánico que sobrevienen cuando el niño psicótico afronta la posibilidad y la necesidad de funcionar como un ente separado desencadenan mecanismos defensivos psicóticos y crean los cuadros restitutivos descritos en la bibliografía.

2. La segunda hipótesis, desarrollada y expuesta en varios de mis artículos a partir de 1957, postulaba que el proceso normal de separación-individuación es el primer requisito decisivo del desarrollo y conservación del "sentido de identidad". Mi interés por el problema de la identidad nació de la observación del desconcertante fenómeno clínico de que el niño psicótico nunca llega a tener una sensación de totalidad, de entidad individual, para no hablar de "un sentido de identidad humana". Yo había caracterizado (véase el tomo I de esta obra, cap. IX) las psicosis infantiles autística y simbiótica como los dos trastornos extremos de la "identidad". No debe dejar de advertir que alguna desviación grave se había producido en el punto de origen de estos trastornos extremos, es decir, en las más tempranas interacciones registradas en el seno de la unidad madre-hijo. Brevemente podría resumirse mi hipótesis del modo siguiente: mientras en el autismo primario hay un muro helado, animado, entre el sujeto y el objeto humano, en la psicosis simbiótica, en cambio, y fusión, confusión y falta de diferenciación entre el sí-mismo y el no sí-mismo.

He sugerido que el sentido de la identidad puede definirse como la catexia cohesiva de la imagen, firmemente diferenciada e individualizada, de sí mismo, y que sus

comienzos pueden hacerse remontar a los primeros dos años de vida, momento en el cual el niño "sale del cascarón", es decir, emerge gradualmente de la común membrana simbiótica. Comparé esta subfase de individuación con la experiencia de un segundo nacimiento.

En relación con la génesis del ulterior "sentido de identidad", me inclino a considerar que la demarcación entre la imagen del cuerpo y la imagen del objeto (la madre) constituye el núcleo del proceso. Greenacre (1958) y Jacobson (1961) han subrayado el hecho de que el sentido de identidad o la conciencia de la identidad se conserva en virtud de la comparación y el contraste. La matriz de las primeras experiencias de comparación y contraste se encuentra en el terreno de las sensaciones sensoriomotrices durante la fase simbiótica. Sabemos que para la formación de la estructura es necesaria la alternación rítmica y predecible de experiencias de gratificación y frustración. El carácter predecible de este ritmo, asociado con el carácter accesible del objeto de amor, echa los cimientos del desarrollo de la constancia objetal en el sentido de Hartmann (1952, 1953):

Un maternaje que eluda los extremos: la frustración indebida del bebé, por un lado, y la alteración o sofocación del ritmo individual e innato de sus necesidades, por el otro, no es tarea que cumpla fácilmente una madre corriente en nuestra cultura. La perplejidad, las angustias y conflictos, las fantasías inconscientes de las madres han sido investigadas en la situación psicoanalítica. Todos nosotros tuvimos oportunidad de estudiar conductas maternas que abarcan desde una conducta normal, pasando por esquemas neuróticos de conflicto, hasta graves reacciones narcisistas; desde una adaptación más o menos fácil a la maternidad hasta violentas pugnas defensivas y reactivas. En este estudio sobre separación-individuación, no contamos con material procedente de análisis. Sin embargo, creemos que, por la riqueza de muestras de conducta obtenidas de nuestro material bifocal, de observación múltiple y de entrevistas en el curso de nuestro largo trato con múltiples pares de madre y bebé, podemos deducir con bastante exactitud los conflictos inconscientes de la madre. Los *leitmotives* de las vicisitudes maternas se reflejan en la individuación de sus hijos. Por razones profesionales, me referiré al papel materno en el proceso de individuación sólo en la medida en que sea absolutamente pertinente para comprender aquellos aspectos del proceso de individuación que me interesa tratar.

Creo que nuestro estudio confirma el supuesto de que la evolución óptima de las funciones y oicas parciales del bebé —cuya maduración sigue una cronología uniforme y que nosotros, junto con Hartmann (1939), atribuimos a la esfera del yo libre de conflictos— se ve facilitada o dificultada por las actitudes conscientes de la madre y especialmente por sus actitudes inconscientes.

Comenzamos por estudiar elementos de la génesis y dinámica de los modos de interacción característicos de cada par madre-hijo en el punto culminante de la fase simbiótica, es decir, de los seis a los ocho meses de vida. Estudiamos los cambios que se producen en ciertas variables de la individuación del niño. Comparamos conjuntos de datos obtenidos mediante la observación (participante y no participante), las entrevistas semanales con la madre y también otros procedimientos más formales tales como tests y estimaciones controladas de variables independientes en ciertos terrenos. Comprobamos que ciertas variables resultan particularmente pertinentes para evaluar el proceso de individuación.

Como tuvimos repetidas oportunidades de observar a hermanos menores de ni-

ños anteriormente estudiados, estamos en condiciones de afirmar que los primeros signos de individuación aparecen hacia el final del tercer mes o el comienzo del cuarto. Tratamos de idear métodos mediante los cuales pudieran determinarse ciertos cambios y diferencias en cuanto a las posturas, por ejemplo, amoldar o poner rígido el cuerpo, en brazos de la madre o de otra persona. Observamos cambios en el mismo niño y diferencias entre los distintos niños en lo que se refiere a enfocar la mirada, seguimiento y exploración visual, y sonreír (Spitz, 1946, 1950, 1957).

Ciertos esquemas de acciones y servicios cumplidos por la madre, evidentes en la fase simbiótica, en apariencia son asimilados por el pequeño; se trata aquí de una imitación sin contenido mental, de una compleja adquisición individual de esquemas en el seno de la comunidad simbiótica. Esos esquemas son demasiado complejos para que se los pueda considerar innatos, y sin embargo parecen irremisiblemente establecidos a una edad en que no podrían ser el resultado de identificaciones del yo.

En la segunda mitad del primer año se desarrollan rápidamente y según modos muy variados ciertos esquemas sensoriomotores y ciertos perfiles de desarrollo autónomo. Estos esquemas y perfiles parecen reflejar los temas básicos generales y los principales temas individuales de las fantasías de la madre, de sus esperanzas conscientes e inconscientes, su idiosincrasia, sus predilecciones, sus ansiedades. Estos factores parecen haber obrado en las dotes del niño e influido tanto en sus patrones de reacción innatos como en los adquiridos simbióticamente.

Marjie y Mathew, nacidos con una semana de diferencia, se encuentran sobre el colchón del rincón para bebés de nuestra guardería; tienen seis meses. Los dos son deliciosamente vivaces, cada cual a su manera y con características individuales diferentes. Marjie, rolliza, de mejillas sonrosadas y un poquito fofa, sonríe con facilidad y contempla el mundo con sus grandes ojos oscuros. Si hay algo o alguien en su proximidad, la niña se vale de sus manos para explorar; y sólo muy de vez en cuando se lleva a la boca el objeto que explora. Mathew es flaco pero fuerte y un poco pálido; rara vez permanece quieto en posición supina o boca abajo; por el contrario, arrastrándose rápidamente examina con todo su cuerpo amplios sectores de la realidad. Se lleva a la boca todo lo que está a su alcance.

Marjie es ciertamente una nenita y Mathew es un típico varón movedido. Sin embargo, por nuestro largo trato con la madre de Mathew, la señora A. —Mathew es el tercer hijo de la señora A. que acude a nuestro establecimiento—, sabemos que todos sus hijos tenían modalidades motrices y orales de exploración y contacto. Su única hija, Genie, que estuvo en el primer grupo de nuestro estudio, era más movediza que sus hermanos. Esta característica obedecía a múltiples factores. Indudablemente había una innata proclividad motriz o una hipercatexia muy temprana del aparato motor, pero a esta base constitucional se agregaba un vigoroso impulso secundario: la madre prefería que sus hijos fueran independientes e insistía en que aprendieran a “desplazarse por sí mismos” lo más pronto posible. En el caso de Genie, su gusto por la locomoción, por trepar, por balancearse en el columpio o realizar otras actividades kinestésicas y musculares parecía ante todo responder a un agradable empeño autónomo. En segundo lugar, estas destrezas eran persistentemente ejercitadas por Genie a pesar de los múltiples porrazos y caídas porque la niña sentía que la madre aprobaba su actividad. En tercer lugar, la agilidad e hiperactividad de Genie tenían una finalidad defensiva: parecían compensar la no satisfec-

cha necesidad de intimidad física, abrazos y caricias, puesto que la madre tendía a rechazar esas demostraciones. Danny, el hijo mediano de la señora A., también se había mostrado muy movedido y afecto a la exploración bucal durante su primera infancia. En otras palabras, lo que se manifestaba en Mathew ya a los seis meses, era una característica que habían presentado tanto su hermana como su hermano mayor, de manera que no estaba primariamente determinada por la mayor proclividad motriz del varón.

Cuando observamos a la señora A. con Genie, su peculiar actitud defensiva respecto de los contactos corporales, abrazos y mimos resultaba notoria; hasta protestaba cuando alguno de los observadores alzaba en brazos a Genie. La reconstrucción de los motivos subyacentes del conflicto inconsciente de la señora A. (del que derivaba su actitud) fue posible gracias a nuestro método bifocal de entrevistas y de observaciones múltiples, mientras estudiábamos a Genie y a sus dos hermanitos.

Volvamos a considerar a la pequeña Marjie; su hermano mayor, Tommy, también fue objeto de nuestro estudio sobre separación-individuación. A diferencia de los hijos de la señora A., los dos de la señora B. —Tommy y Marjie— parecían reflejar la tendencia de su madre a una callada pasividad. Cuando la señora B. se incorporó a nuestro proyecto, Tommy tenía un año. El rasgo más notable del niño era entonces —y lo siguió siendo después— sus ojos pardos espirituales y a menudo melancólicos, ojos que dirigían lo que Ernst Kris llamó “una mirada inquisitiva”. Tommy se manifestaba solemne, pasivo y un tanto receloso.

El proceso de individuación de Tommy reflejaba las vicisitudes del conflicto de la madre respecto de la maternidad y sus perplejidades frente a la crianza del hijo, vicisitudes que influyeron en las dotes innatas de este pequeño hipersensible y en su patrón temprano de experiencia. Que Tommy tiene que haber sentido las tensiones de su madre puede deducirse del hecho de que, a partir de una edad muy temprana, el chico se mostraba particularmente inquieto e irritable al despertar, lo cual a su vez afligía a la madre. La reconstrucción, mediante datos pertinentes, de la más temprana estructuración somatopsíquica de Tommy en la fase simbiótica nos llevó a la conclusión de que el esquema de sueño y vigilia del niño era una prueba de la precocidad de su yo, puesto que a edad tan temprana el paso del sueño a la vigilia se le había hecho difícil. Además, la intolerancia a cualquier cambio en las costumbres de rutina así como la angustia provocada por los extraños se manifestaron en fecha particularmente temprana. A partir de los cuatro o cinco meses era imposible dejar a Tommy con alguna persona que sustituyera a la madre. Establecimos que a los cuatro meses se había aterrorizado al ver a su madre con la cabeza cubierta por un gorro de ducha. Parecía haber desarrollado una conciencia perceptiva prematura, una capacidad de percibir Gestalten como no es común encontrar a la edad de cuatro meses. La historia simbiótica de Tommy recuerda en cierto modo a los niños hipersensibles descritos por Bergman y Escalona (1949).

Podemos suponer que, por el hecho de que el yo rudimentario de Tommy estuviera tan adelantado en sus facultades sensorio-perceptivas, se hallaba desquiciado el equilibrio entre sus percepciones sensoriales (a las que se agregaban los estímulos enteroceptivos y propioceptivos) y su descarga motriz. Esto imponía a su yo primitivo una labor de organización más pesada que la ordinaria (Escalona y Heider, 1959).

La madre de Tommy, la señora B., debió afrontar indudablemente una tarea

muy difícil en sus esfuerzos por ser “una compañera de maternaje suficientemente buena”, en el sentido de Winnicott (1957), para su hijo hipersensible. Pero ahora que tenemos la oportunidad de observar a la señora B. con su segunda hija, la sonriente y plácida Marjie, nos damos cuenta de que las dificultades de la madre en cuanto a esa tarea no derivaban tan sólo de la hipersensibilidad de su hijo Tommy.¹ La señora B. se siente particularmente feliz con Marjie, circunstancia que ella misma explica de este modo: “Marjie no manifiesta cólera cuando me alejo y siempre se siente feliz y contenta cuando me ve volver; Tommy, en cambio, se encolerizaba y desesperaba cada vez que lo dejaba solo y nunca manifestaba alegría cuando yo regresaba”. Con todo eso, ni siquiera con Marjie la señora B. es capaz de responder suficientemente a las señales específicas que emite la niña.²

El niño normal, cuya fase simbiótica es más satisfactoria que la de Tommy, parece concentrado, a partir de fines del primer año, en ejercitar las nacientes funciones autónomas del yo, de suerte que no parecen preocuparle las breves ausencias de la madre cuando ésta sale del familiar cuarto de juegos.³ Algunos niños se comportan como si se sintieran embriagados por su recién descubierta capacidad de hacer pinitos y de ampliar su conocimiento de mayores sectores de la realidad. El niño normal que da sus primeros pasos no reclama a gritos la atención de su madre ni su proximidad física durante este período de ejercitación. De vez en cuando se acerca a ella para lo que el doctor Furer llama apropiadamente “reabastecimiento libidinal”, pero su conducta parece indicar que en general da por descontada la presencia emocional de la madre.

Con todo, apenas domina la locomoción libre, el pequeño normal parece tener la necesidad de retornar a la madre para buscar íntima comunicación con ella de una manera bien directa. La fenomenología de esta conducta no deja duda de que las representaciones del sí-mismo y del objeto de amor están ahora en vías de diferenciarse.

Después de un intervalo que varía mucho y que se extiende desde unas pocas semanas hasta un período de meses, y con diferentes grados de insistencia e impetuosidad, la conducta de aproximación activa del pequeño a su madre cobra prominencia. Es interesante observar que, en general, en la época en que el niño domina la capacidad de acercarse a la madre y de alejarse de ella, el equilibrio se desplaza dramáticamente dentro de la interacción bipolar de madre-hijo: de la actividad de la madre se pasa a la actividad del niño. Una vez que éste domina la locomoción y comienza a entregarse a manipulaciones, estas importantes funciones parciales y cada nueva destreza se convierten en elementos de un lenguaje cargado con un constante elemento de significación secundaria en gran medida inconsciente: una apelación sin alabrazas al amor y las alabanzas de la madre, una expresión de anhelo, una búsqueda

¹ Las diferencias en los factores innatos han sido caracterizadas de varias maneras: como “tipo de actividad congénita” (Fries y Woolf, 1953), como “variaciones en las dotes pulsionales” (Alpert, Neubauer y Weil, 1956), como “diferencias en los umbrales sensoriales” (Bergman y Scalona, 1949), etcétera.

² M. Kris (1957) refiere un caso similar, en el cual la observación de la madre con su segundo hijo ayudó a elucidar su conflicto con el primer hijo.

³ Véase Mahler (1963 b) y la película presentada en el taller sobre “Investigaciones en curso”, en la Reunión Anual de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, St. Louis, 1963.

da de significaciones, un deseo de participación y de expansión. La madre, en su condición de agente catalizador del proceso de individuación, debe ser capaz de interpretar el lenguaje de proceso primario del hijo. Vocalizaciones moduladas, que varían ampliamente en diferentes niños, aparecen al principio como meros acompañamientos de las aventuras del pequeño. Gradualmente éste comienza a expresar, y por lo tanto a comunicar, una amplia gama de afectos: miedo, placer, fastidio, afecto, júbilo, aflicción, asombro, etcétera. Esta jerga expresiva es la materia prima esencial a partir de la cual se desarrolla luego el lenguaje simbólico representativo.

En la pareja normal madre-hijo, la salida de la órbita simbiótica se verifica de manera gradual y sin sobresaltos. Pero en algunos casos en que la relación entre ambos parece normal, se comprueban reaceramientos notablemente dramáticos, que pueden incluso determinar una crisis en dicha relación.

No bien Tommy comenzó a andar, su angustia por la separación se manifestó de manera muy apremiante: seguía a la madre incansablemente, como una sombra. Era uno de esos niños a quienes la locomoción vuelve conscientes de su sí-mismo como algo separado de la madre, antes de que estén emocionalmente preparados para afrontar esta conciencia de la individuación. Las señales de peligro en tales casos son frecuentemente berrinches cuya duración no es de unos pocos minutos, como en los casos normales, sino mucho mayor.

El período de creciente conciencia de la separación está anunciado por una conducta que pudimos observar bastante a menudo y que yo llamaría "de vigilancia". En el caso de Tommy, el rasgo sobresaliente de su proceso de individuación era este fenómeno de "vigilancia": no quería que su madre estuviera fuera de su vista. Seguía cada uno de sus movimientos con el rabo del ojo; se precipitaba en su dirección apenas la madre se encaminaba hacia la puerta. Sus comunicaciones vocales, que eran muy variadas, se dirigían exclusivamente a la madre y poco a poco se convirtieron en comunicaciones verbales en general malhumoradas y no muy claramente enunciadas, dirigidas siempre a ella.

La madre también tiene que ajustarse a ese acontecimiento decisivo e inevitable de la separación, dictado por la maduración de los aparatos. Debe afrontar el hecho de que su hijo, antes completamente dependiente, puede ahora ir y venir, alejarse y acercarse. Sabemos por el psicoanálisis de madres que, en su inconsciente, el cuerpo del bebé durante las fases presimbiótica y simbiótica es parte de la representación del "sí-mismo" de la madre. También a través del psicoanálisis de madres aprendimos que la significación fálica del cuerpo del bebé es casi siempre discernible.

También en nuestro estudio reunimos pruebas de que generalmente la madre siente a su hijo como una parte de su cuerpo y a veces comprobamos, por la manera en que algunas madres hablaban del cuerpo del bebé y por la manera en que lo sostenían y lo manejaban, que el hijo tenía para ellas la significación de un falo ilusorio (cap. II). Además, como también es lícito esperar, cada hijo tiene una significación específica para la madre, de acuerdo con las fantasías generales y especiales relacionadas con ese hijo en particular. Este *leitmotive*, con sus elaboraciones, cambia al madurar el pequeño y depende a su vez del desarrollo y adaptación de la madre a las tareas reales y emocionales de la maternidad (Coleman, Kris y Provence, 1953; Bibring y otros, 1961). Hemos presenciado verdaderas reacciones de duelo ante el hecho previsto de la separación locomotriz activa. También hemos visto una despre-

ocupación racionalizada en lo tocante a ese acontecimiento. Con frecuencia oímos decir a una madre respecto del hijo que acaba de dar sus primeros pasos sin ayuda por el mundo: "Ahora es un chico crecido". Según su propio ajuste, la madre puede reaccionar, en el período de reaceramiento que sigue al dominio de la locomoción por parte del hijo, o bien siendo emocionalmente accesible o bien mostrando una gran variedad de actitudes menos deseables. Partiendo de los datos que hemos reunido hasta ahora, podríamos emitir la hipótesis de que la accesibilidad emocional de la madre es esencial para que el yo autónomo del niño alcance su capacidad funcional óptima. Si la madre es "sosegadamente accesible" y capaz de proveer libido objetal, si comparte las hazañas y aventuras del pequeño, si responde juguetonamente a ellas y contribuye así a los intentos de imitación e identificación del hijo; la relación entre ambos progresará hasta el punto en que se establece la comunicación verbal, aun cuando domine todavía la vívida conducta gestual, es decir, la afectomotilidad. La participación emocional predecible de la madre parece facilitar el desenvolvimiento de los procesos mentales del pequeño, la prueba de realidad y el control al terminar el segundo año de vida o al comenzar el tercero. El hecho de que el pequeño "vigile" a su madre entre los quince y los veinte meses parece inevitable en cierta medida, salvo en aquellos casos de madres que por sus prolongados cariños, mimos e intrusiones (debidos a sus propias necesidades simbióticas parasitarias) se ocupan ellas mismas de "vigilar" a sus hijos. En los casos normales, una leve vigilancia por parte del niño después de la separación es seguida por la constancia objetal hacia fines del tercer año de vida. Sin embargo, cuanto menos accesible emocionalmente haya sido la madre en el momento del reaceramiento, más insistente y desesperadamente intentará el niño acercarse a ella. En algunos casos este proceso absorbe una parte tan considerable de la energía de desarrollo disponible, que no queda suficiente energía neutralizada como para que se cumpla la evolución de las múltiples funciones en ascenso del yo.

En el caso de Peter, el segundo embarazo de la madre, así como el destete del niño, se produjeron en el momento culminante de la fase simbiótica. La madre, la señora C., se incorporó a nuestro proyecto cuando Peter tenía algo más de nueve meses. Peter gateaba a menudo en dirección a la madre y lloraba para conseguir que ésta lo alzara y lo sentara en su regazo; parecía necesitar su contacto y un "reabastecimiento" constante. Esto ocurría antes de que comenzara a ejercitarse en los preliminares de la marcha erecta, un período en el cual Peter, lo mismo que otros niños pequeños, parecía completamente feliz y autosuficiente. La anterior conducta de aproximación, manifestada prematuramente antes del período de la marcha erecta, se debía al notable apartamiento emocional de su madre. Entre los once y los trece meses, Peter llevaba a cabo verdaderas hazañas motrices que sobrepasaban a las de los demás niños de su edad y que eran admiradas por todo el mundo; sin embargo, la madre las daba por descontadas. Cuando finalmente el niño logró el dominio de la locomoción activa, la madre no respondió a sus renovadas actividades de acercamiento. En adelante, Peter adoptó expedientes cada vez más exagerados para congraciarse con su madre. Hasta en los calurosos meses estivales, el niño, cubierto de sudor, llevaba en ambos brazos pesados juguetes a su madre, casi como si se tratara de "ofrendas", pero estos recursos no le valían de nada. El carácter exagerado y reiterativo de estos intentos de aproximación, que persistieron durante varias semanas, era verdaderamente sintomático y estaba sobredeterminado. En esa

conducta estaban incorporados elementos de las prácticas de la madre, que desde el comienzo había ofrecido juguetes en sustitución de ella misma; contenía además elementos somatopsíquicos de identificación con la avanzada gravidez de la madre, como hubo de interpretar sonriendo la propia señora C. En la conducta sintomática de Peter también intervenía su acatamiento al deseo consciente e inconsciente de la madre de que su hijo fuera grande y fuerte (Peter era más bien pequeño y enjuto). Por último, había también elementos de defensa primitiva.

Si las solicitudes de consuelo y contacto quedan desatendidas, el niño busca sustitutos. En nuestro estudio observamos que el sustituto más frecuentemente utilizado era la comida, y no las actividades autoeróticas de succión. En el hogar, el biberón conserva una análoga significación emocional. Pero, desde luego, la gratificación oral no es un sustituto adecuado de los dones emocionales. En los casos serios de conflicto, el fenómeno normal de cortejar activamente a la madre y de complacerse en compartir cosas con ella se convierte en una modalidad de cortejo caracterizada por la insistencia, la coacción y la agresión. La vigilancia ejercida sobre la madre se convierte en un desesperado llamamiento y en una persecución. El pequeño excluye agresivamente cualquier otra actividad dirigida a una meta y cualquier intento de consuelo que realice otra persona que no sea la madre. En esos casos, las funciones de adaptación social del yo (especialmente el desarrollo del lenguaje modulado y relacionado con objetos y la síntesis de funciones parciales) pueden mostrar retraso evolutivo, desarmonía o irregularidad. A ello sigue una conducta algún tanto estereotipada, como arrojar cosas, dar golpes, etcétera. Si esta conducta difusa y agresiva, que no responde a ningún patrón, no está contrarrestada por el amor objetal, puede determinar que en edad muy temprana el pequeño vuelva su agresión contra su propio cuerpo. En semejantes condiciones de la economía de la libido, resulta menos que óptimo el desarrollo de las facultades de adaptación social y del yo autónomo. Esto puede significar que las funciones primariamente autónomas del niño hayan quedado entrampadas en un conflicto intrapsíquico.

Como cabía esperar de un equipo de investigación constituido por psicoanalistas y otros profesionales de formación psicoanalítica, nosotros estamos tratando de comprender los fenómenos del desenvolvimiento autónomo del yo dentro del contexto del desarrollo psicosexual. Al pasar de la simbiosis a la separación, el pequeño muestra un modo bipolar de orientarse: su propio cuerpo y sus funciones, junto con las zonas erógenas, representan las marcas de uno de los polos, en tanto que la madre representa el otro polo. Hemos visto cómo se relaciona la fase oral con el proceso de separación-individuación. Pero sólo hemos tenido atisbos de la fase anal, aun cuando sepamos que ella debe contribuir sustancialmente a la individuación en lo que se refiere a la distinción entre lo interno y lo externo, lo animado y lo inanimado, el yo y el no yo. En algunos niños podemos reconstruir con notable exactitud los detalles de su descubrimiento, muy temprano, de las diferencias sexuales anatómicas.

La superposición de impulsos y conflictos orales, anales y fálicos, así como los pasos del proceso de separación-individuación, pudieron reconstruirse con especial claridad en el caso de Cathy, gracias a que su forma de expresarse era eminentemente verbal.

En una ocasión, mientras aguardaba a que la madre fuera a buscarla, Cathy, que tenía entonces veintiséis meses, reparó casualmente en una de nuestras colaboradoras, que estaba sentada en un pequeño taburete. A la pregunta de Cathy: "¿Por qué no

te vas a tu casa?”, la colaboradora respondió que precisamente estaba a punto de hacerlo y, en efecto, salió del cuarto. Pocos minutos después, luego de haber buscado a aquella colaboradora y de haber preguntado dónde estaba, Cathy se llegó hasta el cuarto de baño y dijo: “Oh, está sentada en el orinal”. El hecho de que este razonamiento tenía sus raíces en la matriz de las funciones corporales puede inferirse de la asociación de la idea de la desaparición de la colaboradora con la idea de la desaparición de los excrementos; y además puede inferirse de la traviesa transformación que la niña hizo de una anterior y dramática exoactuación de la idea de castración. A la edad de Cathy, la creencia en el poder mágico de las palabras y los deseos es fundamental. Esa creencia está implícita en la secuencia constituida por su sugestiva pregunta (“¿Por qué no te vas a tu casa?”) y la desaparición de la colaboradora causada por esas palabras y que ahora traviesamente Cathy deseaba anular.

Desde muy temprano Cathy y la madre tuvieron que afrontar la separación, ya que el padre se marchó para servir en las fuerzas armadas cuando Cathy apenas había entrado en su segundo año de vida.

En la conducta y manifestaciones de Cathy observamos una notable sucesión de estadios a medida que la niña intentaba afrontar el problema de la separación-individuación. Cuando tenía sólo poco más de un año, Cathy festejaba a cualquier adulto que entrara en la guardería. Es posible que este tipo de conducta —así lo entendemos ahora— haya contribuido a impedir el desarrollo de una simbiosis prolongada y demasiado exclusiva con la madre mientras duró la ausencia del padre. La anterior relación objetal, indiscriminada y aparentemente muy superficial, asumió luego un carácter más profundo y modulado y se hizo más específica respecto de la madre y del padre, cuando éste por fin regresó, en el momento en que Cathy acababa de cumplir los dos años. En el Centro, Cathy fue transferida entonces al aposento en que las madres de los niños de dos años salían por turnos del cuarto y luego del edificio. En ese período, cuando Cathy llegaba al Centro, se aferraba invariablemente a la madre, aunque al propio tiempo no dejaba de devolver la sonrisa a cualquiera que la mirase. Cuando la señora D. anunció por primera vez que se disponía a abandonar el edificio, Cathy pareció momentáneamente afligida, pero luego se tranquilizó rápidamente repitiendo las palabras de despedida de la madre y se puso a jugar. Durante ese mismo período y en su hogar, Cathy decía traviesamente a la madre que en el Centro podía irse a la habitación de al lado pero no salir del edificio para hacer compras. Al cabo de poco tiempo Cathy afrontaba las transitorias ausencias de la madre, cuando ésta salía del Centro, de una manera más activamente juguetona; la abrazaba y hacía con ella una especie de intercambio de arrumacos en el momento en que la madre se disponía a marcharse y luego, cuando regresaba, la saludaba con un “¡Hola, mamá!” mientras le sonreía esquivamente (véase Bowlby y otros, 1952).

En una fase posterior de este proceso de afrontar la separación, la actitud de Cathy con su madre cuando ésta regresaba nos hacía recordar un tanto la reacción que, según sabemos, es una primera secuela conductal de ciertas experiencias traumáticas, como por ejemplo la transitoria hospitalización de un niño pequeño. En tales situaciones, cuando la madre se presenta para llevar al niño de vuelta al hogar, éste a menudo no le habla ni la mira, como una especie de castigo por la anterior separación. En el caso de Cathy, en esta ocasión la niña preguntó, al llegar al Centro, por un varón que todavía no había llegado. Cuando llegó el chico, Cathy se puso a jugar con él y no respondió a las palabras de despedida de la madre. Después que ésta hubo

partido, Cathy inmediatamente hizo un intento agresivo de arrebatar al niño el juguete que habían estado usando juntos. Al no lograr su objeto, se retiró y recurrió a un montón de bizcochos y pasas de uva que devoró en un rato. Cuando regresó la madre, Cathy no prestó atención a su saludo, varias veces repetido, y fingió estar demasiado enfrascada con su compañero como para oírla. Sólo después de varias saluciones que quedaron sin responder Cathy dejó de mirar a su madre con el rabo del ojo y volvió el rostro para sonreírle francamente.

A diferencia de Cathy, Tommy sufrió una intensa y prolongada angustia de separación. De modo gradual e imperceptible, y mientras se producía un avance en el desarrollo del habla, Tommy llegó a aceptar que su madre abandonara el cuarto durante períodos cada vez más largos y en esas ocasiones se ponía a jugar satisfecho. En una de esas oportunidades, Tommy se entregó espontáneamente a una especie de charla con un líder del grupo, a quien Tommy aceptaba entonces como figura sustituta. Con toda seriedad refirió la historia del "acontecimiento" que sin duda simbolizaba para él toda separación: "Mamá se fue... mamá vuelve... Marjie vuelve", y con una especie de orgullo declaraba: "Tommy no llora, mamá vuelve".

Asombra comprobar hasta qué punto y con qué elasticidad se desarrolla la autonomía del niño desde el interior de su yo por poco que sienta un grado razonable de aceptación emocional y un grado razonable de lo que, en homenaje a la brevedad, llamaré *compañerismo comunicativo* de la madre (véase Pine y Furer, 1963). Puede uno reconocer en los juegos del pequeño, cada vez más concentrados, menos difusos y con menos proclividad motriz (juegos de los que la manipulación y la fantasía pasan a ser parte integrante), la consolidación y organización de lo que poco antes eran islotes no integrados del yo.

Aunque en el caso de Peter observamos una aparente contaminación de la esfera libre de conflictos del yo desde la segunda mitad del segundo año de vida, y aunque se observó que esta circunstancia trababa el desenvolvimiento óptimo de su lenguaje comunicativo, de su capacidad de juego y de su capacidad de encontrar satisfacciones sustitutivas era así y todo pasmoso comprobar en qué medida Peter era capaz de afrontar situaciones estructuradas cuando la madre lo sostenía calladamente en su regazo. Creemos que un período bastante satisfactorio de simbiosis salvó a Peter de sufrir daños irreparables a pesar de los traumas registrados durante la individuación.

Para concluir diré unas pocas palabras a fin de explicar por qué decidí exponer estos pensamientos que derivan en parte de observaciones hechas y de impresiones recogidas en un estudio aún no terminado. Me pareció que nosotros, los psicoanalistas, estamos tan habituados a ver los resultados y a reconstruir la génesis de las soluciones patológicas dadas a conflictos, que sería interesante considerar estos ejemplos de las vigorosas y ricas facultades de adaptación del bebé, tanto de las facultades innatas como de las adquiridas simbióticamente.

Creo que nuestro estudio ya ha demostrado clínicamente con bastante claridad que la accesibilidad libidinal de la madre, a causa de la dependencia emocional del hijo, facilita el desenvolvimiento óptimo de potencialidades innatas. He tratado de demostrar con ejemplos concretos cómo este factor favorece —o traba— la síntesis armoniosa de las funciones autónomas del yo, la neutralización de las pulsiones y la sublimación, al activar o al impedir transitoriamente el flujo de la energía de desarrollo, proceso que describió bellamente Ernst Kris (1955). La gran abundancia de energía de desarrollo en el período de la individuación explica la regeneración de las

facultades potenciales de desarrollo en una medida nunca vista en cualquier otro período de la vida, salvo quizás en la adolescencia. Ello ilustra la tenacidad de la potencial capacidad de adaptación del género humano y demuestra la importancia de la influencia catalizadora que ejerce el objeto de amor. Espero haber logrado expresar lo que deseaba indicar, especialmente la medida en que el niño normal está empeñado (y generalmente lo logra) en obtener participación e íntimo contacto de la madre, a veces en condiciones considerablemente adversas; cómo el pequeño trata de incorporar cualquier pizca de lo que le ofrece la madre y orientarlo a canales libidinales con el fin de lograr una progresiva organización de la personalidad. Por otro lado, también deseo señalar la situación en que se ven las madres en nuestra cultura: a pesar de sus conflictos inconscientes en relación con su papel materno y mientras se debaten con sus fantasías acerca del hijo que crían, deben, así y todo, responder a las señales, rápidamente cambiantes y dominadas por el proceso primario, que les emite el hijo al salir de la membrana simbiótica para convertirse en un pequeño individuo.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA FASE DE SEPARACION-INDIVIDUACION

En colaboración con Manuel Furer

(1963)

El estudio del desarrollo normal en la fase de separación-individuación (desde fines del primer año hasta el segundo y tercer años de vida)¹ fue sugerido por la hipótesis cardinal sobre la psicosis infantil simbiótica derivada de los estudios de Mahler. Esa hipótesis postula que en la psicosis infantil simbiótica la divergencia entre la maduración, biológicamente determinada, de los aparatos del yo y el concomitante retraso registrado en el desarrollo del proceso emocional de separación-individuación, es experimentada como una amenaza catastrófica por el niño que se encuentra en la fase simbiótica de desarrollo. El yo cesa de desarrollarse, y su fragmentación parece ser resultado del pánico que experimenta el niño potencialmente psicótico cuando afronta el proceso de separación-individuación.

Nuestro estudio de niños normales con edades comprendidas entre los 6-10 meses y los 3 años, se concentra en la clarificación de varios aspectos del proceso de separación-individuación. La mayor parte de los estudios realizados hasta la fecha, basados sea en la reconstrucción o en la observación directa, han puesto énfasis en la experiencia pasiva del niño de ser físicamente separado de la madre y han señalado correctamente los efectos traumáticos de esta experiencia pasiva y la perturbación que ocasiona en el desarrollo de la personalidad. Según nuestra experiencia, sin embargo, parecería que el proceso de separación del niño es el requisito previo para que se produzca la individuación normal. Durante la fase de separación-individuación, en condiciones normales el niño logra funcionar separadamente en presencia de la madre, y al mismo tiempo debe continuamente afrontar amenazas mínimas de pérdida objetal. No obstante, y a diferencia de lo que ocurre en las situaciones de separación traumática, la separación-individuación normal se verifica en el marco de una disposición evolutiva hacia el funcionamiento independiente, el cual es además

¹ A poco de comenzado el estudio piloto, nuestras observaciones de niños de un año nos permitieron advertir que en ellos la separación-individuación estaba bastante avanzada. A medida que continuaban nuestras observaciones fuimos situando en fecha cada vez más temprana el punto culminante de la fase simbiótica y el comienzo del proceso de separación-individuación. Por fin, consideramos el quinto mes como el punto culminante de la fase simbiótica y yo vine a descubrir que la subfase de diferenciación se superpone a la fase simbiótica ya en los primeros meses de vida.

para el niño una fuente de placer. El predominio del placer que se da en este funcionar separado en una atmósfera de accesibilidad libidinal de la madre permite al niño superar esa dosis de angustia de separación que parece suscitarse con cada nuevo paso dado en el proceso de separación. Esto está ilustrado con particular claridad en el desarrollo de las facultades motrices, puesto que éstas permiten la experimentación activa con la separación y el retorno.

Varios aspectos del proceso de separación-individuación nos han impresionado especialmente. Primero, en la fase simbiótica que precede a la separación-individuación el niño no parece tener clara conciencia de las fronteras de su sí-mismo corporal, que lo separan de la madre. Hacia fines del primer año, el niño intenta experimentos y tanteos de separación-individuación, tales como alimentarse él mismo o dar de comer a la madre y posteriormente participar en ciertos juegos. Después de múltiples pasos intermedios, hacia fines del tercer año este proceso culmina en una diferenciación relativamente estable entre sí-mismo y no sí-mismo, sí-mismo y objeto, interno y externo, animado e inanimado. Segundo, el proceso de separación-individuación se desarrolla paralelamente con la maduración e integración de funciones autónomas del yo como la motilidad y el lenguaje. Características configuraciones individuales de funcionamiento integrado surgen de la interacción circular entre las configuraciones innatas del niño (que comprenden estas funciones autónomas primarias en terrenos como el de indicar necesidades) y la percepción y respuesta selectivas a esas necesidades por parte de la madre.

METODOLOGIA

Nuestra finalidad al emprender este estudio de niños normales era obtener material comparable al que ya habíamos conseguido a través de un programa de investigación activa terapéutica de niños psicóticos simbióticos en edad preescolar. De acuerdo con los procedimientos que adoptamos, los mismos investigadores de formación psicoanalítica que participan en el proyecto terapéutico son los encargados de observar la interacción de madre e hijo y de entrevistar a la madre. Este procedimiento permite obtener material valioso aun en el caso de madres normales que no necesitan tratamiento. Evaluando en conferencia el material procedente de estas entrevistas pudimos concentrar nuestra investigación en los aspectos que más se prestaban a comparación con el material procedente del grupo de tratamiento.

Además de estas entrevistas, se observa a los niños y a sus madres en un gran patio especialmente concebido, dividido en dos secciones (una para las madres y otra para los niños) por un tabique que llega hasta la cintura. La presencia de las madres y su interacción con sus hijos nos ofrece una ocasión óptima para observar el proceso normal de separación-individuación a medida que se desarrolla. Los niños y sus madres asisten allí durante varias horas cuatro mañanas por semana. Cada semana la madre es entrevistada sola y también en presencia del hijo. Las entrevistas con la madre en presencia del hijo hacen posible evaluar varios aspectos de la relación madre-hijo. Además, cada colaborador observa a la madre por él entrevistada mientras participa con su hijo en actividades del grupo. Dos observadores participantes recogen material clínico de naturaleza general y también prestan atención a la conducta específica de la madre y del hijo que, según los datos de la entrevista, se revela como

especialmente importante para alcanzar la separación-individuación en ese momento.

A medida que avanzaba nuestro estudio, comprobamos que desde mediados del primer año hasta el segundo año de vida existían una acrecida diferenciación del sí-mismo corporal en general, así como notables diferencias individuales en cuanto al momento, la calidad y la jerarquía de las emergentes funciones del yo en los niños. Entre los muchos elementos de la relación madre-hijo durante la primera infancia nos llamó la atención especialmente la "selección de señales" que se revela como algo importante en la génesis y ulterior desarrollo de la imagen del cuerpo diferenciada y de las características individuales. Como lo ilustra el material clínico que presentamos seguidamente, observamos que los pequeños exhiben una gran variedad de señales para indicar necesidades, tensiones y placer, y que de una manera compleja la madre responde selectivamente sólo a algunas de esas señales. El niño va alterando gradualmente su conducta según esa respuesta selectiva de una manera característica que es el resultado de sus dotes innatas y de la relación madre-hijo. De esta interacción circular nacen patrones de conducta y ciertas cualidades generales de la personalidad del niño. Nos parece ver aquí ya el comienzo del niño como un individuo separado de su madre.

I

Sara, una nena particularmente vivaracha y bien dotada, y su madre, la señora Y., ingresaron en el grupo cuando la niña se encontraba en la segunda mitad del primer año. Sometida a tests a los once meses, Sara reveló hallarse dos meses adelantada respecto del nivel correspondiente a su edad cronológica en cuanto a desarrollo "personal social", según las escalas de Gesell. Sus comunicaciones² y señales eran fácilmente comprendidas e interpretadas por todos los observadores. Pero la madre, aunque muy dedicada a la hija, a la que atendía con devoción, mostraba una peculiar incapacidad de comprender y responder de una manera simple y natural a las señales de la nena y de satisfacer las necesidades de ésta a medida que avanzaba el proceso de individuación. Si Sara pedía algo que la madre no había previsto, la señora Y. se quedaba confusa. Por ejemplo, una de las primeras señales que la madre reconoció como muestra de comunicación de la hija era una especie de "graznido" que emitía Sara; si Sara graznaba una vez la madre la alzaba prestamente en sus brazos y explicaba que la niña deseaba que la alzara; cuando Sara repetía el mismo sonido la madre explicaba que Sara deseaba una galletita y se la daba; cuando Sara emitía aquel sonido una tercera vez la madre se mostraba perpleja y preguntaba al observador qué podría desear ahora Sara.

Un ademán de tender la mano, que una vez era interpretado por la madre, según su estado de ánimo, como señal de que Sara deseaba que la alzarán, al día siguiente era interpretado como señal de que la niña quería que la tuvieran de la mano mientras aprendía a caminar. La interpretación que hacía la madre de las señales variaba según que viera en la niña una continuación de ella misma o un individuo separado. Creemos que esta madre continuará resistiéndose a la separación y,

² Agradecemos a Sally Provence, del Centro de Desarrollo Infantil de la Universidad de Yale, por haber hecho los tests de estos niños.

a la vez, considerándola como algo muy valioso; que seguirá recurriendo intermitentemente a la niña en busca de orientación acerca de los cuidados que debe prodigarle, esperando siempre que Sara funcione a distancia y, a la vez, como una extensión de la madre misma.

II

Danny, de poco menos de trece meses, había desarrollado una considerable capacidad para obrar independientemente, sobre todo en la esfera motriz. Esta cualidad parecía fomentada por el empeño que ponía la madre en que sus hijos fueran independientes,³ por su actitud defensiva contra los impulsos de alzarlo y abrazarlo y por su inclinación a comunicarse a distancia mediante los órganos sensoriales del oído y la vista. Durante las semanas que precedieron a los hechos que habremos de describir, sin embargo, Danny expresó con más frecuencia y de manera más vociferante que lo habitual su necesidad de la madre. Gateaba vehementemente en la dirección en que la había visto desaparecer, rechazaba toda gratificación sustituta en su ausencia y berreaba afligido cuando ella reaparecía tras un breve intervalo. A pesar de la creciente frustración que experimentaba el hijo, la madre continuó empeñada en lograr que funcionara independientemente. A menudo le negaba todo contacto y levantaba las manos hasta la cabeza cuando el niño le tiraba de la falda.

A los trece meses se observó que Danny parecía más "crecido" en sus relaciones con otros adultos que no fueran su madre y en sus relaciones con los niños, pues bruscamente pasó de fijar en ellos miradas fugaces e inexpresivas a dirigirles sonrisas de placer y de aparente reconocimiento. La madre, cuando se le llamó la atención sobre este cambio, no manifestó la menor sorpresa, sino que declaró que el niño "ahora ya estaba crecido", puesto que había comenzado a andar dos días antes. A partir de entonces Danny mostró mucho menos angustia de separación.

Evidentemente, la exigencia impuesta a Danny de un funcionamiento separado había sobrepasado su capacidad de funcionar separadamente en presencia de la madre, es decir, su capacidad de controlar el grado de separación mediante sus propios esfuerzos motores. Por eso, aprender a caminar aportó un pronunciado alivio a su angustia de separación; ahora podía satisfacer el deseo crónicamente frustrado de dirigirse hacia la madre —de iniciar un contacto físico con ella— y el deseo externo y quizás interno de acatar la escala de valores de la madre. Conjuntamente, la calidad de las relaciones de Danny parecía indicar que el niño había alcanzado un nuevo nivel de individuación.

III

Cathie, de dieciocho meses, y su madre, la señora A., ingresaron en el grupo cuando la niña tenía un año. El orgullo narcisista de la madre por su hija era de tal condición que parecía considerar a la pequeña como una extensión de su propia persona y al mismo tiempo como una maravillosa muñeca semianimada. Dentro de

³ Tuvimos a la hermana mayor de este niño en nuestro grupo durante dos años.

los límites de este tipo de relación, Cathie era capaz de muchas actividades precoces y aparentemente independientes que sin embargo parecían de alguna manera desviadas en la dirección del cumplimiento y la realización antes que en la dirección del placer de su actividad. En un grado realmente poco habitual esta niña abordaba a cualquier adulto y arrancaba de él una respuesta de admiración que parecía satisfacer la necesidad narcisista de la madre. Teníamos la impresión de que el precoz desarrollo de las funciones yoicas de Cathie estaba quizá fomentado y promovido por la demasiado exclusiva preocupación de la madre respecto de su hija (pues el padre se hallaba en el extranjero, sirviendo en el ejército de los Estados Unidos). No dejamos de formularnos preguntas sobre muchos aspectos del desarrollo de Cathie, que entendemos seguirá siendo precoz durante un período relativamente largo: ¿alcanzarán los aspectos más maduros, relacionados con objetos, de su funcionamiento yoico (la capacidad de empatía, la capacidad de dar además de recibir) el nivel de la avanzada autonomía de esta niña o quedarán retrasados como consecuencia de la relativa exclusividad de la relación madre-hija? Por otro lado, nos parece que en esta niña inusitadamente bien dotada pueden desarrollarse otros aspectos de su personalidad y que el orgullo narcisista de la madre puede cambiar de forma. El resultado podría ser un desplazamiento del equilibrio en dirección de las relaciones objetales y un desarrollo particularmente rico de la personalidad de Cathie.

IV

Vimos por primera vez a Carl y a su madre, la señora H., cuando el bebé tenía cuatro meses. La señora H. era una mujer vigorosa, masculina, áspera y bastante campechana. Cuando era niña su actividad física se había visto restringida por el hecho de que estuvo al cuidado de una mujer anciana. Hacía resaltar que su marido era un hombre de constitución atlética y con grandes entusiasmos. Los dos estaban muy contentos de que su primer hijo fuera un varón, aunque la madre recordaba que durante unos días había estado preocupada porque el chico parecía haber heredado el mentón de ella, algún tanto débil.

Cuando Carl ingresó en el grupo acababa de ser destetado. Si se encontraba cerca de la madre trataba de chuparle cualquier parte del cuerpo o del vestido que tuviera a su alcance. Ella ignoraba hoscamente estas señales y ya no recordaba la conducta de su hijo a la semana de haber cesado ésta. Sin embargo, cuando la tendencia a chupar de Carl parecía hacerse muy intensa, la madre respondía a esa necesidad moviéndolo arriba y abajo en posición vertical, es decir, subiéndolo y bajándolo en su regazo. Dijo a quien la entrevistaba que ese movimiento siempre hacía que Carl se sintiera mejor. Cuatro meses después, a los ocho meses de edad, cuando Carl fue capaz de mantenerse erguido, lo vimos repetir el mismo movimiento de subir y bajar el cuerpo en momentos en que se mostraba fatigado o se sentía frustrado y especialmente cuando se daba cuenta de que la madre había salido de la habitación. Entonces repetía activamente aquellos movimientos en que la madre lo había iniciado para mitigar sus tensiones. Cuando la madre regresaba después de su ausencia, repetía estos movimientos sosteniendo al hijo en sus brazos, aunque sin tener plena conciencia de lo que hacía. Cuando le llamamos la atención sobre esta activi-

dad corporal de Carl, la madre declaró que ésa era la manera que tenía el niño de mostrar placer, especialmente por las tardes, cuando se sentía excitado porque el padre regresaba al hogar.

Alrededor de los cinco o seis meses los padres comenzaron a jugar con Carl una forma particular de escondite: le tapaban la cara con la manta, luego la retiraban de pronto y decían "Aquí está el nene". Posteriormente el propio niño repetía a veces el juego con su manta, pero, según nos informó la madre, aquel juego de escondite alcanzó su auge alrededor de los once meses, cuando Carl podía deslizarse y esconderse detrás del sofá. Se escondía y de pronto se mostraba erguido esperando que sus padres dijeran "Aquí está el nene"; usaba pues activamente su cuerpo. A los catorce meses saludaba a todos los que llegaban al hogar desplegando ese mismo juego e insistiendo con quejidos y gemidos en que los visitantes dijeran lo que los padres habían dicho antes. Esta conducta ilustra los esfuerzos que hacía Carl para dominar la angustia de separación repitiendo aquella actividad en alto grado catectizada libidinalmente que se había desarrollado entre él y su madre. El hecho de que eligiera una actividad motriz y no de otra clase es congruente con su orientación motriz general, para la cual probablemente tuviera una predisposición innata, pero que también reflejaba la modalidad de interacción que sus padres acostumbraban a emplear con él. En su propia versión de aquel juego de desaparecer para luego reaparecer, Carl integraba la anterior conducta, pasivamente experimentada en un comienzo y luego activamente practicada, de mover su cuerpo hacia arriba y hacia abajo. Creemos que hacer por sí mismo estos movimientos que su madre había hecho por él a los cuatro meses, era su primer método y su forma preferida de dominar la angustia en ausencia de la madre.

A los catorce meses Carl exhibía en su conducta y personalidad algunas cualidades generales que eran muy semejantes a las de su madre. Este fenómeno parece haberse producido en parte como resultado de la interrelación de madre e hijo y en virtud de medios complejos que todavía tenemos que definir. De cualquier modo, es probable que se debiera en gran medida a la forma particular que tenían la madre y el hijo de emitir señales y de responder a ellas. Por ejemplo, a los cuatro meses, como ya dijimos, la madre pasaba por alto la reacción de Carl al destete y sus insistentes súplicas de continuar mamando del cuerpo materno y estaba resuelta a recurrir a otros medios sustitutos para reducir las tensiones.

Alrededor de los seis meses, cuando Carl tenía aspecto de sentirse afligido emitía varios ruidos, todos los cuales parecían indicar su aflicción a juicio de quienes lo observaban. Pero la madre prefería interpretar uno de esos sonidos como el deseo de Carl de ser alzado y poco a poco el chico limitó su expresión a ese sonido. Cuando se interrogó a la señora H. sobre este fenómeno, replicó que ella siempre sabía cuándo Carl deseaba estar con ella.

En muchos ámbitos de su interacción con Carl se expresaban los rasgos de carácter de esta madre tan resuelta, persistente y franca. Cuando Carl comenzó a andar ofreció un marcado contraste con algunos de los otros niños. Estos últimos parecían deambular complacidos con su recién descubierta capacidad de locomoción independiente. En cambio, Carl parecía andar siempre tras algo, y si le resultaba difícil alcanzarlo persistía en su empeño una y otra vez. Era impresionante comprobar cómo retornaba repetidas veces a un objeto que semanas atrás no había podido alcanzar porque todavía no era capaz de mantenerse firmemente en equilibrio, y cómo

finalmente lograba alcanzarlo. La señora H. observó a menudo que Carl debía hacerse muy tesonero si pretendía habérselas con ella.

La experimentación de Carl en cuanto a diferenciar su cuerpo del de la madre probablemente comenzó ya en el cuarto mes, pero se vio muy reforzada en el momento de ese paso adelante en la prueba de realidad con la diferenciación de la imagen de su madre de la de otras personas.

Cuando tenía cuatro meses comprobamos que Carl no exploraba gran cosa el cuerpo de su madre. Esta decía que alguna que otra vez el niño parecía examinarle la boca a esa edad, pero que sólo alrededor de los seis o siete meses mostró mucho interés en explorar el interior de la boca y la nariz de la madre con los dedos. A esa edad también comenzó a darle palmadas en la cara, a veces con bastante violencia. Por nuestra parte observamos que con frecuencia el niño ofrecía a su madre una galletita que se quitaba de la boca. Fue alrededor de los siete u ocho meses cuando comenzó a mostrar ansiedad frente a adultos desconocidos.

V

Una pareja de madre e hija en la cual la madre y el bebé manifestaban un temperamento diametralmente opuesto, era la de la señora B. y Heather, de cuarenta y una semanas cuando la vimos por primera vez. La madre era una mujer eficiente, de modales bruscos, impaciente, impulsiva y vociferante. Aunque culta e inteligente; era áspera en su conducta y de bastante crudeza con Heather, su pequeña y delicada hijita, a la que no prodigaba un maternaje tierno, coherente y predecible y a la que imponía metas y "plazos" en cuanto a las realizaciones de desarrollo; desde el comienzo impuso a la niña su propio ritmo y sus propias necesidades.

A los catorce meses, Heather no mostraba las cualidades de vigor y brusquedad de su madre. Los accesos aparentemente inmotivados de la madre en cuanto a atención y sobreestimulación impredecible y a la manera áspera aunque juguetona de tratar a la niña, accesos que alternaban con largos períodos de falta de atención, no parecían haberse incorporado en el patrón de separación-individuación de Heather.

Ya en la segunda entrevista con la señora B. se nos hizo evidente el desparejo y constante combate que se libraba entre esta madre y su "bebida" de apenas diez meses. La madre siempre estaba ávida por "discutir" sus propias observaciones y "opiniones". Parecía considerar a Heather como una especie de accesorio. La señora B. nunca dejaba de llevar a las entrevistas algunos juguetes para distraer a su hija, y esos juguetes claramente constituían un sustituto de su propia atención. Solía dejar a la nena en el suelo junto a su silla, la alzaba en su regazo unos pocos minutos cuando la niña comenzaba a irritarse y luego tornaba a dejarla en el suelo. En una ocasión y al moverse de manera brusca e impaciente la madre apretó con la pata de la silla el pie de la nena, produciéndole una magulladura. Había muchas otras pruebas de los esfuerzos que hacía la señora B. para sustraerse a la situación y ofrecer objetos transicionales a Heather en lugar de brindarle tierno maternaje.

Cuando la niña tenía once meses, la señora B. estaba tan empeñada en que aprendiera a andar que, tomándola de una mano, caminaba con ella a un ritmo tal que prácticamente la llevaba a rastras. La madre estaba desilusionada por la "tardanza" de Heather en aprender a caminar. Sin embargo Heather, mucho antes de aprender a

caminar, se ejercitaba y practicaba de manera paciente, persistente y competente toda clase de movimientos coordinados preliminares. A los nueve meses avanzaba gateando hacia su meta; posteriormente, cuando aprendió a ponerse de pie, trepaba de la silla a la mesa, manteniendo perfecto equilibrio, y luego examinaba la superficie espejada de la cabina de observación. A los once meses ya no era tan frecuente que importunara a la madre para que ésta la levantara y la sentara en su regazo; en cambio, se mantenía erguida junto a los pies de la madre. Aun antes de que aprendiera a caminar mostraba asombrosos recursos innatos y dotes extraordinarias para manipular juguetes y entregarse a destrezas corporales. Si corría el peligro de perder el equilibrio, se dejaba deslizar hábilmente al suelo para quedar en posición sentada.

Alrededor del año, Heather había aceptado el funcionamiento separado (individuación) en el nivel exigido por la madre. Parecía haber acatado el deseo de la madre aun antes de que su yo autónomo estuviera lo bastante maduro en la esfera de la locomoción para obrar como un niño que ya sabe caminar. De esta manera acataba y complementaba a la madre antes que imitarla o identificarse con ella. Unas pocas semanas después era capaz de ocuparse tranquilamente durante media hora con varios juguetes mientras miraba sólo ocasionalmente a la madre y sin intentar ir hacia ella. Se entregaba a esas actividades sin emitir casi sonido alguno y sólo muy rara vez llamaba a la madre o a otros adultos.

Esta pequeña plácida y paciente poseía grandes recursos y tenía gran autosuficiencia; se mostraba notablemente dispuesta a aceptar satisfacciones sustitutas así como objetos sustitutos, en pronunciado contraste con su madre.

Con todo, resulta interesante observar que en su conducta durante el proceso de separación-individuación, Heather adoptaba ciertas modalidades de la conducta de la madre. Por ejemplo, en las actividades que emprendía para reconfortarse parecía desempeñar el papel de madre para consigo misma de maneras que recordaban el modo en que su propia madre la trataba en la fase simbiótica. En sus solitarias ocupaciones al comienzo de la fase de separación-individuación podíamos ver, en su juego de desaparición y reaparición, un derivado de anteriores juegos con la madre. Heather mostraba también creciente interés en reunir y manipular juguetes, repitiendo lo que la madre hacía antes para ella.

Cuando comenzó a caminar, la niña mostró preferencia por objetos transicionales inanimados y recurrió cada vez menos a la madre. En lugar de dirigirse andando hacia la madre —que generalmente estaba enfrascada en alguna conversación con otras madres del grupo, a menudo dándole la espalda— se encaminaba hacia una mecedora y allí se mecía vigorosamente de una manera que recordaba a aquella en que la madre la trataba. Heather también exhibía el mismo vigor cuando montaba el caballito de madera o cuando usaba el columpio. En sus esquemas activos de individuación estaban evidentemente presentes aquellos modos rudos de trato que ella había experimentado pasivamente y de los que sin duda había gozado en su primer año de vida con la madre.

CONCLUSIONES

El material recogido hasta ahora en nuestro estudio sobre el proceso de separación-individuación en niños normales nos permite enunciar algunos postulados.

Generalmente se supone que una madre normal reacciona a las señales que su hijo emite y que dependen de las necesidades del niño. No sabemos si los cambios producidos en la conducta y en las expresiones del bebé, captados como señales por la madre, son sólo fenómenos de descarga o si también son comunicaciones activas. Pero en general hemos observado un desplazamiento que va de la descarga al señalamiento, así como hemos observado respuestas (exactas, selectivas o deformadas) de la madre a estas señales que indican lo que el niño necesita de ella. Es asimismo evidente que las madres interpretan de diverso modo el grado de independencia o de progreso evolutivo que indican ciertas señales, a las cuales cada madre responde de acuerdo con su interpretación. Aunque muchas señales son mal interpretadas por la madre, los niños normales poseen una asombrosa capacidad para adaptarse a las necesidades, emociones y exigencias de la madre.

Además del proceso de separación-individuación que se da en el niño, en cada madre se da también un proceso concomitante y análogo de separación respecto del hijo. Esto puede observarse en las diferentes interpretaciones equivocadas de las señales emitidas por el niño, especialmente respecto de si ellas indican una necesidad y qué tipo de necesidad. Pensamos que la transformación del bebé en un pequeño capaz de separarse físicamente de su madre, marca también una etapa en la evolución de la maternidad, etapa que determina muchos conflictos en la madre. En nuestra investigación se hizo cada vez más evidente que la madre normal prevé la separación-individuación de su hijo y que esta previsión es uno de los factores determinantes de la conducta materna respecto del "bebé de pecho" mucho antes de que el niño esté preparado para la separación-individuación.

El material clínico nos ofrece muchos casos en los cuales la madre interpreta correctamente las señales, otros casos en que las interpreta incorrectamente y aun otros en los que las señales son selectivamente pasadas por alto. Esta selección de la madre a menudo indica que padece conflictos, o sea que no se trata sencillamente de errores de percepción de las necesidades del hijo. Sin embargo, según nuestra experiencia, el resultado en el esquema de individuación de un niño está determinado en gran medida por los intentos que hace la madre para adaptarse a la maduración del hijo, así como por los propios esfuerzos activos del niño para adaptarse a las fantasías conscientes e inconscientes de su madre.

Las madres normales responden de modos muy variados a la prevista separación de sus hijos. En algunos casos hemos visto reacciones que parecen muy próximas al duelo; en otros hemos comprobado el intento de precipitar activamente el funcionamiento independiente del hijo; en otros aun vimos combinarse sutilmente, o alternarse, el deseo de liberarse del hijo con el de aferrarse a él.

Durante el proceso de separación-individuación, sospechamos que se produce una evolución particular en el significado inconsciente que el hijo tiene para la madre. Muy probablemente el bebé tiene ciertas significaciones fijas para la madre, pero también parece cierto que esas significaciones cambian con la maduración del pequeño y que las madres modifican su conducta en consecuencia. Por ejemplo, se revela que el bebé, con grados diferentes de intensidad de catexia, representa una parte del cuerpo de la madre, generalmente su ilusorio falo. La conducta de la madre respecto de su hijo está modelada por esa fantasía, pero es modificada por la maduración y las dotes innatas del hijo. Por ejemplo, cuando éste desarrolla la ca-

pacidad de locomoción independiente, la madre proyectará su fantasía a diferentes esquemas de conducta que espera del hijo.

Más allá de las reacciones específicas de la madre a las señales que indican la maduración del hijo y en consecuencia su disposición a funcionar separadamente, el carácter general de la madre es un importante factor determinante de sus reacciones frente al niño y éste debe adaptarse a tales reacciones de alguna manera. El material clínico ilustra algunas de las adaptaciones del niño a las características de la madre, como vimos en la naturalidad de Carl, que se desarrolló paralelamente a la análoga naturalidad de su madre. Y la autosuficiencia, la placidez y el paciente funcionamiento independiente de Heather representaban un esfuerzo para condescender con las actitudes de su madre y complementarlas. La alternancia entre necesidades simbióticas y reacciones de liberación que encontramos en la señora Y. generaba una ambigüedad por parte de Sara que tenía como resultado un movimiento de ir y venir entre ellas.

En general, a medida que el niño crece y su personalidad se desarrolla y muestra creciente complejidad, continuamos comprobando que el núcleo central de esa personalidad, lo que la penetra por entero, es el residuo de la primera relación madre-hijo.

CAPITULO III

LA INTERACCION MADRE-HIJO DURANTE LA FASE DE SEPARACION-INDIVIDUACION

En colaboración con Kitty La Perriere

(1965)

CONSIDERACIONES TEORICAS

Mahler caracterizó las primeras semanas de vida extrauterina del bebé como la fase de autismo normal. Esta fase autística normal,¹ que va desde el nacimiento hasta alrededor del segundo mes de vida, corresponde a la "fase indiferenciada" de Hartmann, Kris y Loewenstein (1946). Durante esta fase el bebé no establece una distinción discernible entre realidad interior y realidad exterior ni parece distinguir entre él mismo y su ambiente inanimado.

A medida que el bebé pasa gradualmente a la fase simbiótica, parece adquirir oscura conciencia de que lo que alivia sus tensiones instintuales (el hambre y otras necesidades) corresponde al mundo exterior, en tanto que la penosa acumulación de tensiones se genera en su propio interior. Para que exista este tenue reconocimiento durante la fase simbiótica tiene que haber alguna diferenciación rudimentaria del yo. En la organización intrapsíquica del pequeño, las fronteras del sí-mismo y de la madre aún confluyen y están más o menos fundidas. Son claras para él cuando por un breve tiempo se encuentra en un estado de hambre de afecto (Levy, 1938) y vuelven a desaparecer cuando el pequeño experimenta gratificación y satisfacción.

En el momento culminante de la fase simbiótica, alrededor de los cinco meses de edad, podemos advertir el comienzo de la *separación-individuación*. Estudios anteriores (véanse los caps. I y II) nos llevaron a intentar descripciones de cuatro sub-fases características de la separación-individuación, que suponemos se dan en todos los niños normales (cap. IV).

¹ Se han hecho muchas objeciones a esta expresión, que Bleuler reservaba para designar un grave estado patológico. En nuestro contexto, la expresión indica que no hay polaridad entre el sí-mismo y los objetos. Aunque la fase autística se caracteriza por la relativa ausencia de catexia de los estímulos exteriores, ello no significa que el niño *no* responda a esos estímulos. En realidad, es la fugaz capacidad de respuesta del niño a los estímulos exteriores lo que asegura la continuidad entre la fase autística normal y las fases posteriores.

1. La primera subfase² del proceso de individuación, la *diferenciación*, comienza a los cinco o seis meses y dura cuatro o cinco meses. Se caracteriza por la disminución de la dependencia corporal respecto de la madre, que hasta entonces había sido total. Esta subfase coincide con el crecimiento madurativo de las funciones parciales locomotrices, como gatear, trepar y erguirse. Ahora el niño también comienza a mirar más allá de su campo visual inmediato (exploración) y hace progresos en la coordinación de ojos, manos y boca; comienza a expresar un placer activo en el uso de todo su cuerpo, muestra interés por los objetos y por llegar a metas y se vuelve activamente al mundo exterior en busca de placer y estímulo. La investigación sensoriomotriz primitiva del rostro, los cabellos y la boca de la madre es característica de este período, así como lo son los juegos de desaparición y reaparición incitados por la madre y luego practicados por el bebé. Estas funciones nacientes se expresan en estrecha proximidad con la madre, y el niño parece interesado principalmente en sus propios movimientos corporales y en su madre. Esto está claramente demostrado por el hecho de que el bebé, hasta los diez meses, prefiere jugar a los pies de la madre, una preferencia que se manifiesta por su estado de ánimo más parejo y su mejor funcionamiento cuando se encuentra cerca de la madre.

2. La segunda subfase de la separación-individuación es el período de *ejercitación*. Esta subfase se superpone a la subfase anterior y comienza en cualquier momento después del décimo mes; dura hasta alrededor de los quince meses de edad. Ahora el niño aumenta cada vez más su ejercitación de las facultades motrices y la exploración de su ambiente en expansión, tanto el humano como el inanimado. Esto es así tanto si ha comenzado a caminar como si está adquiriendo eficiencia en el gateo ordinario, en la acción de erguirse o en la de arrastrarse rápidamente sobre el abdomen. La principal característica de esta subfase es la gran catexia narcisista del niño en sus propias funciones y en su propio cuerpo, así como en los objetos y metas de su creciente investigación de la realidad. Generalmente hacen poca mella en él los porrazos, caídas y otras frustraciones, como por ejemplo que otro niño le arrebatase un juguete. Los adultos conocidos son generalmente aceptados como sustitutos de la madre, en un medio al que el niño está acostumbrado. (Cambiará mucho en este aspecto durante la subfase siguiente de separación-individuación.)

Con la maduración de su aparato locomotor, el pequeño comienza a aventurarse más allá de los pies de su madre y a menudo está tan absorto en su propia actividad que parece olvidarse de la madre durante largos períodos. Sin embargo, vuelve a ella periódicamente, pues parece tener la necesidad de "reabastecerse emocionalmente" (cap. II) mediante el contacto físico con la madre. En esta segunda subfa-

² Mi descubrimiento de las subfases del proceso de separación-individuación se produjo gradualmente. Cada año nuevas facetas del conjunto de datos de observación fueron susceptibles de una organización más precisa. En 1955 ya había comenzado yo a hablar del proceso de separación-individuación (véase el t. I de esta obra, cap. VI). Sin embargo, las primeras descripciones de las subfases de separación-individuación no aparecieron impresas hasta mis dos artículos de 1965, que se reproducen en este volumen (caps. III y IV). Estas descripciones de 1965 de las subfases fueron retenidas por razones históricas: para mostrar aspectos de la evolución del descubrimiento de las subfases. Por eso, las descripciones contenidas en los caps. III y IV deberán compararse con mis formulaciones finales (1972), contenidas en los caps. VIII y IX.

se, el niño gatea en dirección de la madre, se abraza a sus piernas, la toca o se limita a permanecer erguido y apoyado contra las piernas de la madre. Su anhelo de explorar y, como dice Greenacre (1960), su "aventura amorosa con el mundo", dura sólo breves períodos y se desvanece tan pronto como el pequeño se siente fatigado, de modo que torna a sentir la necesidad de "reabastecerse" aproximándose de nuevo a la madre.

3. La tercera subfase, *el reaceramiento*, comienza cuando el niño ya es capaz de andar y dura desde alrededor de los catorce meses hasta alrededor de los veintidós meses. A medida que va dominando la locomoción el pequeño adquiere conciencia de que ahora es capaz de apartarse de su madre. Esta circunstancia le provoca placer por su dominio (cuyo grado difiere en diferentes niños) y le provoca también la angustia de la separación. Ya en una fase temprana de nuestro estudio reconocimos que pequeñas dosis de angustia de separación promueven el proceso de individuación.³

A mediados del segundo año, cuando el bebé se ha convertido en un niño que camina con cierta soltura, adquiere cada vez más conciencia de su separación física y con esa conciencia comienza a perder su anterior impermeabilidad a la frustración y su relativo olvido de la presencia de la madre. Nosotros sostenemos la hipótesis de que la gran catexia narcisista que se requiere en el período de ejercitación ya no es necesaria una vez alcanzado el dominio de la locomoción, y que por lo tanto la libido puede redistribuirse y dirigirse hacia los objetos. Puede observarse un ligero temor a la pérdida objetal, pues el pequeño se manifiesta de pronto muy sorprendido por su separación. Lo comprobamos, por ejemplo, cuando se lastima y descubre con gran perplejidad que su madre no está automáticamente a su disposición.

Durante todo el período de separación-individuación, pero especialmente durante las subfases de ejercitación y reaceramiento, la maduración del aparato psíquico, especialmente del aparato motor y de la cognición, hace que el yo del pequeño adquiera conciencia de su carácter separado. En ese momento debe afrontar la necesidad de la separación emocional de su madre, cuando precisamente afronta también una realidad exterior en expansión. Y todo eso ocurre en medio del conflicto psicosexual. El relativo olvido de la presencia de la madre, característico de la segunda subfase (el período de ejercitación), es reemplazado por activos intentos de aproximarse a ella. La tercera subfase se caracteriza por una preocupación aparentemente constante de conocer el paradero de la madre. A medida que el niño adquiere conciencia de su capacidad de apartarse de la madre parece tener mayor necesidad y mayores deseos de que la madre comparta con él toda nueva adquisición de experiencia y destreza. Por esta razón llamamos a la tercera subfase el período de reaceramiento.

Pueden observarse incompatibilidades y malentendidos entre la madre y el hijo, aun en el caso de madres corrientes e hijos normales. En la subfase de reaceramiento, el renovado cortejo activo a la madre y el constante requerimiento de su participación le parecen a ésta contradictorios. El niño, que ya no es tan depen-

³ El comienzo de la bien conocida fase negativista (cuyos rudimentos pueden detectarse ya a mediados de la fase simbiótica; véase B. Spock, 1963) también guarda relación con la tendencia que manifiesta el niño a desprenderse del lazo simbiótico. Esta tendencia culmina, en el segundo año de vida, en gestos y expresiones un tanto estereotipados de negación (Spitz, 1957).

diente e impotente como fuera seis meses atrás y que parece ansioso de hacerse aun más independiente, espera sin embargo con insistencia que la madre comparta todos los aspectos de su vida. Durante esta subfase algunas madres no pueden aceptar las constantes exigencias del hijo; otras se alteran por el hecho de que el hijo se haga cada vez más independiente y separado.

Esta tercera subfase demuestra con particular claridad que el proceso de separación-individuación tiene dos partes complementarias: una, la individuación, y la otra, la separación. La individuación se desarrolla muy rápidamente y el niño la ejerce hasta su límite. Pero al ir adquiriendo conciencia de su separación trata, según observamos, de afrontarla haciendo experimentos de apartarse activamente de la madre para luego volver a dirigirse hacia ella. La calidad y cantidad de esta experimentación es una de las mejores claves para estimar la normalidad o la desviación de la normalidad en el proceso de separación-individuación. Una característica significativa de la tercera subfase es la gran importancia emocional que tiene para el niño compartirlo todo con la madre, de suerte que el grado de complacencia que experimenta en su funcionamiento independiente y en las aventuras a que se lanza en su ambiente en expansión parecen depender del grado en que el pequeño logra suscitar el interés y la participación de su madre. Que la conducta de cortejo a la madre pueda considerarse normal depende de la historia de las subfases anteriores y también de las reacciones de la madre a su hijo en rápido proceso de individuación y del tipo de comunicación que mantenga con el hijo durante este período de reaceramiento.

Los primeros signos de agresión dirigida durante esta subfase coinciden con la fase anal, en la que también se observa una creciente posesividad respecto de la madre e impulsos de adquisición. Es en este período cuando la necesidad del pequeño se concentra específicamente en la madre; ahora no acepta fácilmente figuras sustitutas, y menos cuando se trata de contacto físico. Otra importante característica de esta subfase es el hecho de que el pequeño comience a reemplazar la vocalización y el lenguaje preverbal gestual por la comunicación verbal. Las palabras "yo" y "mío" tienen gran carga afectiva.

Las señales de peligro potencial son varias: inusitada angustia de separación, o "vigilancia" de la madre, o bien lo opuesto, una conducta impulsiva de alejarse precipitadamente de la madre para provocar que ésta lo siga, o también una excesiva perturbación del sueño.⁴ Como en la tercera subfase la pugna de la separación-individuación se encuentra en su punto culminante, dormirse es como sufrir un proceso de regresión y se experimenta como una separación; por eso la dificultad para dormirse es indicio de la progresiva individuación del niño y de su defensa contra la amenaza de fusión simbiótica representada por el sueño (Lewin, 1950).

4. La cuarta subfase se caracteriza por el desarrollo de complejas funciones cognitivas: la comunicación verbal, la fantasía y la prueba de realidad. Durante este período de rápida diferenciación del yo, que va desde los veinte o los veintidós hasta los treinta o treinta y seis meses, la individuación se desarrolla en tal medida que hasta una breve descripción del proceso sobrepasaría el alcance de este artículo. Baste decir que el hecho de que se establezcan representaciones mentales del sí-

⁴ Pasajeras perturbaciones en el dormir son características del segundo año de vida (véase el cap. II; también Friend, 1956).

mismo como algo claramente separado de las representaciones del objeto prepara el camino que conduce a la constancia objetal (véase el cap. IV; también el t. I, cap. VI). La presencia continua de la madre ya no es tan imperativa.

ILUSTRACIONES CLINICAS

Aunque nuestro estudio⁵ se concentra en niños de cinco a treinta meses de edad, preferimos comenzar observando a la madre y al hijo lo antes posible, a una edad que oscila entre las cuatro semanas y los dos meses. Comprender las primeras interacciones y patrones de adaptación de los períodos autístico normal y simbiótico ayuda a evaluar los progresos y vicisitudes de las ulteriores fases de separación-individuación.

Charlie, un bebé nacido a término pero inmaduro en muchos aspectos, fue llevado al Centro por su madre cuando tenía aproximadamente cuatro semanas. A las siete semanas, se estimó que la maduración de su sistema nervioso llevaba un retraso de dos semanas en relación con su edad cronológica, pero también que sus dotes potenciales se encontraban por encima del promedio.

La madre había participado en nuestra investigación con su primera hija, una niña bonita, precoz y con gran aptitud para expresarse verbalmente, que le procuraba una gran satisfacción narcisista y a quien trataba como una muy querida y sobresaliente parte de sí misma. En cambio, comprobamos que con su hijo varón se mostraba ansiosa, torpe, desatenta, pronunciadamente deprimida y perpleja cuando procuraba comprender las señales del niño.

La inmadurez de Charlie se observaba en la lenta diferenciación entre sueño y vigilia, en el ritmo incoherente con que se alternaban en él el hambre y la saciedad y en sus patrones vagos y difusos de descarga. Estas características de la fase autística normal persistían en Charlie bien entrada la fase simbiótica, no sólo a causa de su inmadurez al nacer sino también a causa de la incapacidad de la madre para actuar en forma predecible cuando atendía a sus necesidades. Sabemos que el bebé aprende a distinguir el mundo objetal y a diferenciar lo interior de lo exterior mediante la observación de que cuando crecen las tensiones internas, la descarga interior sólo puede procurar un alivio limitado, en tanto que el alivio realmente satisfactorio procede de una fuente exterior.

La madre de Charlie era incapaz de responder a muchas de las señales de su hijo; cuando respondía, daba la misma interpretación a señales muy diversas. Por ejemplo, si lo veía llorar, retorcerse o quejarse, afirmaba: "Charlie quiere que lo alimenten". A menudo y debido a sus propias ansiedades, introducía el biberón en la boca del bebé dormido, aumentando así sus dificultades para establecer un patrón más claro de sueño y vigilia. El bebé succionaba el biberón durante largo rato sin quedar satisfecho; a veces ni siquiera le estaba permitido abandonarse al sueño, puesto que la madre le introducía vigorosamente el biberón en la boca y lo movía luego rítmicamente. La madre era incapaz de utilizar su cuerpo para brindar consuelo al niño; por ejemplo, nunca vimos que lo meciera en brazos. Como resultado de todo esto,

⁵ En Pine y Furer (1963) se encontrará una descripción del marco y la metodología de investigación de que derivan estas observaciones.

Charlie era difícil de calmar; incluso a los cinco meses, cuando cronológicamente se hallaba en el punto culminante de la fase simbiótica, parecía continuar respondiendo sobre todo a estímulos enteroceptivos y propioceptivos.

Las entrevistas con la madre revelaron su temor de que el niño pudiera morir mientras dormía; a causa de ese temor lo despertaba con frecuencia y lo mantenía en vela mediante la alimentación. Utilizaba deliberadamente un biberón con un pequeñísimo agujero, por el cual podía pasar muy poca leche; de esa manera prolongaba los períodos de alimentación, que duraban una o dos horas. La madre se quejaba abiertamente de la carga que significaba tener que cuidar a ese bebé tan pequeño e inadecuado y manifestaba preocupación por la inmadurez del niño, comparando esta situación con la satisfactoria primera infancia de su hija mayor. (Como no observamos a la hermana antes del momento culminante de la segunda subfase, no sabemos si la madre deformaba retrospectivamente la historia de los primeros meses de su hija.)

La relación entre Charlie y la madre mejoró espectacularmente cuando el bebé llegó a su cuarto mes de vida. En ese momento, una aceleración del desarrollo pareció suministrar a Charlie mecanismos internos para reducir tensiones; de suerte que ya no dependía exclusivamente de los consuelos de su madre. La depresión de ésta disminuyó a medida que disminuía la ansiedad que sentía por el hijo. A los cinco meses, Charlie había desarrollado una modalidad de adaptación que consistía en mantener el cuerpo rígido, sin amoldarlo a la persona que lo sostenía en brazos. Su desarrollo motor se aceleró. El estrecho vínculo entre madre e hijo se ponía de manifiesto, durante toda la fase simbiótica, en el paralelismo de sus cambios de humor, de aspecto y de funcionamiento. La vivacidad perceptiva y motriz de Charlie en un determinado día reflejaba el estado afectivo de la madre. Por ejemplo, cuando Charlie tenía seis meses y se encontraba en la cumbre de la fase simbiótica normal, reapareció la depresión de la madre e inmediatamente el desarrollo del bebé sufrió un retroceso, como lo revelaban los mayores signos de malestar y ciertas manifestaciones psicósomáticas como salpullido y trastornos respiratorios.

Charlie y su madre ilustran la naturaleza circular de la interacción entre madre e hijo, que —según pronosticamos y posteriormente observamos— entra dentro de la amplia categoría de las relaciones normales de madre e hijo.

Los dos casos que describiremos a continuación ilustran la primera subfase del proceso de separación-individuación, la *diferenciación*.

Bernie había mantenido una feliz relación temprana con su madre, que parecía encontrar plena satisfacción en amamantarlo. Por razones relacionadas con sentimientos de culpa respecto de su primer hijo (que no podemos considerar aquí), repentina e impulsivamente destetó a Bernie y comenzó a alimentarlo con biberón. El destete determinó un pronunciado cambio en la relación simbiótica. Al principio el bebé buscaba insistente y frenéticamente el pecho perdido, mientras la madre trataba de negar desesperadamente el trauma del destete que sufría el pequeño. La satisfacción y plenitud que antes mostrara la madre por amamantar a su hijo fueron reemplazadas por la indiferencia y la apatía, en tanto que el bebé a su vez se hacía irritable, indiferente y apático. Aquel nene feliz y sonriente que se amoldaba bien al pecho de la madre se convirtió en pasivo, indiferente, flácido. Resulta interesante señalar que al tomarlo en brazos, los observadores participantes recibían una impresión muy diferente que en el caso de Charlie, con sus rígidas posturas, y en el de Stuart

que, como veremos un poco más adelante, se adaptaba y amoldaba a la perfección.

La interacción en general difícil de Bernie y su madre era favorablemente afectada por cada impulso madurativo de la autonomía del bebé. Bernie mostraba gran interés en la locomoción; practicaba actividades tales como gatear y arrastrarse con gran placer y persistencia. Cuando fue capaz de cambiar miradas con los demás y dar signos de que reconocía a su madre, mientras le deparaban satisfacción sus funciones motrices parciales, el alcance de su exploración se amplió para abarcar todo el cuarto de juegos (y todo el apartamento en que vivía). La madre, aliviada por la disminución de las exigencias simbióticas del hijo, pudo brindarle apropiado aliento y protección (algo que, dicho sea de paso, no había logrado ofrecer a su hijo mayor, quien también había intervenido en nuestro proyecto).

Un paso notablemente diferente de la fase simbiótica a la fase de separación-individuación se observó en Stuart, quien había disfrutado de una estrecha y prolongada relación simbiótica con su madre. Los dos padres de Stuart tenían necesidades simbióticas parasitarias, sobrevaloraban a su hijo y lo mantenían en una continua dependencia simbiótica. Naturalmente esta circunstancia retardó la catectización por Stuart de sus funciones motrices, para las cuales tal vez el niño estuviera también constitucionalmente poco dotado. Mientras Bernie, al entrar en la fase de separación-individuación, mostraba preferencia por la exploración motriz, la preferencia de Stuart tenía que ver con los órganos sensoriales del tacto y la vista. Esa preferencia parecía el resultado de varios factores. Los padres se empeñaban en aliviar sus tensiones apenas Stuart las manifestaba, de modo que el niño no tenía que esforzarse gran cosa para obtener lo que deseaba. La madre mostraba en nuestra presencia, y comunicaba al hijo de una manera no verbal, su preferencia de que el pequeño fuera sedentario y se dejara manejar.

Es posible que Stuart fuera por naturaleza un niño de maduración lenta en cuanto a las funciones motrices. Su musculatura era más floja y sus movimientos corporales más cautelosos y menos enérgicos que los de los demás niños de nuestro estudio y de la misma edad. Una notable excepción eran las vigorosas pataditas que daba cuando estaba excitado. Confinado a un área reducida debido a su falta de capacidad locomotriz, Stuart hacía amplio uso de las nascentes facultades de percepción, de conocimiento y de prensión, lo cual le permitía mantenerse ocupado y divertirse durante largos períodos "haciendo durar los experimentos interesantes" (Piaget, 1936). Al mismo tiempo permanecía visualmente muy alerta a todo lo que ocurría alrededor. De buen grado se relacionaba con los demás y aceptaba su acción reconfortante.

Tenemos la impresión de que la madre de Stuart, que había gozado intensamente de la relación simbiótica cuando amamantaba a su bebé, pertenece a ese grupo de madres que no pueden soportar el gradual desprendimiento del pequeño a comienzos de la fase de separación-individuación. Se apegan intensamente al hijo y desalientan sus tanteos de obrar independientemente; en lugar de permitir una separación gradual y de promoverla, estas madres empujan precipitadamente a sus pequeños a la "autonomía".

Era interesante observar que Stuart exhibía claros signos de querer librarse de la intimidad simbiótica parasitaria impuesta por su madre al mantenerlo constantemente alzado. Ya a los cinco meses apoyaba leve pero claramente las manos y los antebrazos contra el pecho de la madre como para apartarse de él, y al final del octavo mes ese gesto había evolucionado hasta convertirse en una postura rígida, con el cuerpo

arqueado hacia atrás, que recordaba en alguna medida el opistótonos de algunos niños psicóticos simbióticos que procuran librarse de la fusión simbiótica parasitaria con la madre (Friend, 1956).

Bernie y Stuart nos mostraron dos maneras diferentes de entrar en la primera subfase de la separación-individuación, la diferenciación. Conviene tener en cuenta que en los tests de desarrollo ambos niños obtuvieron resultados parejos en cuanto a desempeño general.

Tres madres y sus hijos nos servirán como ejemplos de la interacción de la madre y el hijo en la segunda subfase de la separación-individuación, *el período de ejercitación*.

Marjie y Mathew habían pasado sin peripecias por la fase simbiótica y por la primera subfase (la diferenciación). Ambos niños tenían pues, un buen fundamento para “esperar confiadamente” que sus madres aliviaran sus tensiones instintuales y que fueran emocionalmente accesibles. A los diez meses se observó que los dos pequeños entraban en el período de ejercitación con un gran interés en sus nacientes funciones motrices parciales y en otras funciones autónomas del yo. En ellos pudimos observar la “aventura amorosa con el mundo” que refiere Greenacre. Durante mucho tiempo ambos permanecían ocupados explorando su ambiente físico y mostrando lo que Hendrick (1951) llamó placer de la función (*Funktionslust*). De vez en cuando retornaban a sus madres para “reabastecerse emocionalmente”. Las dos madres aceptaban el gradual desligamiento de sus pequeños y alentaban el interés de estos en la ejercitación. Las dos eran siempre emocionalmente accesibles, según las necesidades de los hijos, y les suministraban el tipo de sustento maternal necesario para el desarrollo óptimo de las funciones autónomas del yo.

La madre de Anna, en cambio, era una mujer en alto grado narcisista, cuya accesibilidad estaba muy lejos de ser óptima, de suerte que la capacidad de la hija para brigar una “confiada expectación” era severamente sometida a prueba. La secuencia madurativa de las nacientes funciones del yo de Anna se verificó exactamente en el tiempo que correspondía. Pero sus esfuerzos por obtener la atención de la madre, e la cual tanto necesitaba, eran tan duros que no le quedaba suficiente energía libidinal para catectizar de manera adecuada las funciones autónomas del yo o para dedicarla a agradables exploraciones de su realidad en expansión. Durante la primera subfase (la diferenciación) veíamos a la niña sentada junto a los pies de la madre, implorando y suplicando con los ojos a aquella mujer imperturbable. Esta subfase pareció durar mucho más en el caso de Anna que en los de Marjie y Mathew.

La segunda subfase de Anna fue también atípica. Se caracterizó por breves correrías en las que se alejaba de los pies de la madre sólo durante breves períodos. El período de ejercitación —el momento en que los pequeños invierten mucha libido en sus propias funciones autónomas y en su prueba de realidad en expansión— fue muy ligaz y abreviado en el caso de Anna.

Por lo común, una vez alcanzado el dominio de la locomoción quedan liberadas grandes cantidades de libido que pueden utilizarse para recatectizar el objeto de amor. El niño busca entonces activamente a su madre para compartir con ella todas las nuevas adquisiciones, ya se trate de la adquisición de una destreza o de la adquisición de un objeto. Llamamos *reacercamiento* a este período, tercera subfase del proceso de separación-individuación.

Durante el período de reacercamiento, Barney se comportó de manera particular-

mente notable. Pasó por una típica, aunque en cierto modo precoz, "aventura amorosa con el mundo" en la cual se caía y se lastimaba con frecuencia, accidentes que no hacían meña en él. Poco a poco llegó a sentirse perplejo al comprobar que su madre no estaba a mano para socorrerlo y entonces comenzó a llorar cuando se caía. Cuando cobró conciencia de que era un ser separado de su madre desapareció la calma con que antes aceptaba los porrazos y caídas.

La temprana maduración de la función locomotriz de Barney lo puso frente al hecho de la separación física de su madre antes de que el niño estuviera suficientemente "individuado". Por este motivo, durante el período de reaceramiento, desplegó una conducta opuesta a la de "vigilancia" (Hartmann, 1939). Para anular o negar esta separación física de la madre, el pequeño la desafiaba alejándose precipitadamente de ella y confiando —correctamente— en que la madre correría tras él y lo alzaría en sus brazos. La respuesta crecientemente frenética de la madre en este aspecto hizo que el niño intensificara y prolongara ese modo de conducta; al propio tiempo la madre no podía aceptar buenamente la inquietud y temeridad del hijo. Semejante conducta era el resultado de la precoz maduración de las funciones locomotrices y el relativo retraso en la maduración de sus funciones intelectuales y emocionales, lo cual no le permitía evaluar apropiadamente los peligros potenciales de sus hazañas locomotrices (véase Frankl, 1963). Su madre lo frenaba y, a veces, por puro agotamiento renunciaba a prestar la habitual atención a sus necesidades y a sus señales. Alternadamente la madre se precipitaba a su hijo en cualquier situación, fueran o no reales las necesidades del niño, o bien se apartaba de él cuando realmente la necesitaba; en otras palabras, la accesibilidad inmediata de la madre se hizo impredecible. Sin embargo, el deterioro de la relación de madre e hijo durante este período no era total. Barney llevaba a su madre una y otra vez todo cuanto tenía a su alcance, le llenaba el regazo de cosas y a veces permanecía sentado junto a ella y trataba de armar un rompecabezas con la madre.

La relación entre Barney y la madre volvió a ser recíprocamente satisfactoria cuando llegó la cuarta subfase, es decir, cuando Barney se convirtió en un niño paciente, de actuación satisfactoria y normalmente sedentario.

El desequilibrio observado en la segunda y en la tercera subfases parece haber determinado en este niño una proclividad a los accidentes. Además la temeraria conducta de Barney derivaba sin duda de la tendencia a identificarse con su padre, un deportista que permitía a sus hijos que observaran y admiraran sus proezas riesgosas, en las que a veces les permitía también participar.

En el caso de Anna se observó una manifestación diferente de la tercera subfase (período de reaceramiento). La pronunciada inaccesibilidad de la madre hizo que el período de ejercitación y exploración de Anna fuera breve y apagado. Sin estar nunca segura de la accesibilidad de la madre, Anna encontraba difícil catectizar con libido su ambiente y su propio funcionamiento. Después de un breve arranque de ejercitación, la niña retornaba a su madre con mayor vehemencia y trataba de atraer su atención por todos los medios posibles. Expresaba de maneras relativamente directas la necesidad que tenía de su madre llevándole un libro para que se lo leyera o dándole un golpecito al eterno libro que la madre estaba leyendo; pero también recurrió a medidas más desesperadas, como caerse al suelo o desparramar galletitas por el piso para luego pisotearlas, siempre con un ojo puesto en lograr la participación de la madre.

Al mismo tiempo Anna desarrolló rápidamente su lenguaje, omitiendo casi por entero el habitual período de la media lengua. Esta rapidez en la adquisición del habla se debió quizás al hecho de que la madre se comunicaba mejor con la hija por medios verbales; solía dirigirse a la hija y "consultarla" como si se tratara de una persona de su misma edad.

En la tercera subfase Anna también mostraba lo que nosotros hemos llegado a considerar una señal de peligro. Poseía una conciencia ultrasensible del paradero de la madre en todo momento y tendía a seguirla por la habitación o cuando la madre abandonaba el cuarto. Exhibía una pronunciada angustia de separación y resultaba fácil consolarla en ausencia de la madre. En aquella fase temprana la relación de madre e hija estaba rodeada por muchos signos precursores de serios conflictos neuróticos. Con todo eso, Anna mostraba en un grado inusitado las habituales características de la subfase.

Durante la tercera subfase se observó una interacción particularmente armoniosa entre Mathew y su madre. Esta era partidaria de alentar la independencia y la autonomía del hijo, sin dejar por eso de permanecer siempre libidinalmente accesible a él; en otras palabras, la madre respondía al hijo con gran comprensión intuitiva de sus cambiantes necesidades. Esta capacidad de la madre aseguró a Mathew un sereno progreso en la subfase de reaceramiento. A pesar de su embarazo y de la llegada de un nuevo hijo cuando Mathew tenía dieciocho meses —es decir, en el momento en que el pequeño experimenta una renovada e intensa necesidad de la madre—, el niño continuó siendo autosuficiente. Fue capaz de utilizar a otros adultos como sustitutos maternos y parecía haber alcanzado cierta identificación con la madre, como lo mostraba su interés por otros bebés y por su hermanito, relaciones en que el elemento agresivo estaba relativamente bien controlado. En suma, Mathew era capaz de mantener una prolongada "aventura amorosa con el mundo" y al mismo tiempo compartía con la madre lo que ésta estuviera dispuesta a compartir con él.

CONCLUSION

La madre normal lleva a cabo la adaptación básica necesaria para satisfacer las necesidades biológicas de su hijo. Sin embargo, parece que es el bebé quien realiza la tarea más sutil de adaptarse a las modalidades y ritmos de la personalidad de su madre. Hemos observado la relación de madre e hijo a través de todas las subfases del proceso de separación-individuación y nos impresionó el hecho de que los modos de interacción mostraban amplias fluctuaciones relacionadas con las características específicas de cada subfase de desarrollo. Una y otra vez comprobamos que una relación pobre entre madre e hijo en una subfase no excluye necesaria ni habitualmente acentuados cambios favorables en la subfase siguiente.

Parece que las dificultades en la relación de madre e hijo se presentan cuando el niño es incapaz de llevar a cabo la apropiada adaptación. Ello no obstante, habría que agregar que el niño normalmente dotado posee notable flexibilidad y encuentra muchos modos de adaptarse a las fantasías inconscientes, a las necesidades y a las expectativas de su madre.

IMPORTANCIA DE LA FASE NORMAL
DE SEPARACION-INDIVIDUACION CON REFERENCIA
A LA INVESTIGACION DE LA PSICOSIS INFANTIL SIMBIOTICA

(1965)

Existe una creciente tendencia a complementar la teoría y la práctica del psicoanálisis con la observación y la investigación clínica del desarrollo que se llevan a cabo en un marco de referencia psicoanalítico. El programa general que se ha puesto en marcha en el Centro de Niños Masters de la ciudad de Nueva York representa uno de esos esfuerzos.

Hemos estado estudiando dos grupos de parejas de madre-hijo.

En el primer grupo hay niños psicóticos simbióticos de tres a cinco años de edad, aproximadamente. Fueron tratados con la participación activa de sus madres.

El segundo grupo está formado por niños normales, hijos de madres normales, cuyo desarrollo se observa desde los cuatro o cinco meses hasta los treinta y seis meses, es decir, en la época en que se presume que emergen de la fase simbiótica y pasan por el proceso normal de *separación-individuación*. Lo mismo que los niños enfermos, estos pequeños normales son también estudiados con la presencia continua de sus madres.

De conformidad con nuestra hipótesis, la deficiencia principal que se registra en las psicosis infantiles consiste en la incapacidad del bebé y del niño pequeño para utilizar el objeto simbiótico (que satisface necesidades), "el yo externo" (de la madre) como un organizador exterior que sirva al rudimentario yo infantil en el proceso de orientarse en la realidad y de adaptarse a ella.

Si durante la fase simbiótica ya se han levantado defensas contra la percepción y reconocimiento del mundo objetal materno vivo, porque éste no ha sido experimentado como simbiótico, es decir, como capaz de satisfacer necesidades, sino como algo penosamente frustrante e impredecible, entonces el cuadro clínico está dominado por el retiro al autismo secundario. Si, por otro lado, las perturbaciones de la fase simbiótica pasan inadvertidas, surge entonces el cuadro psicótico, a la edad cronológica en que debería comenzar el proceso de separación-individuación. En este caso, comprobamos el predominio de mecanismos restitutivos delusorios simbióticos: pánico por la separación, espanto por la disolución del sí-mismo y por la pérdida de identidad.

Como resultado de cualquiera de estas perturbaciones, la compleja tarea de orga-

nizar los estímulos que chocan contra el pequeño que ya es capaz de caminar (una tarea impuesta por la predeterminada secuencia madurativa) parece tan desconcertante a estos vulnerables bebés, que experimentan como una amenaza catastrófica los pasos del proceso de separación-individuación. Esta circunstancia detiene la ulterior diferenciación e integración del yo y por el yo. Por eso y de acuerdo con nuestra hipótesis, el niño psicótico es un individuo sólo a medias, un ser cuya condición puede observarse de manera óptima sólo a través de una restauración, lo más completa posible, de la original unidad madre-hijo. Debemos ser capaces de aprender continuamente sobre ambos miembros de la primitiva unidad dual madre-hijo estudiando la interacción del niño psicótico y su madre. Sólo de esta manera estaremos en condiciones óptimas de caracterizar y de intentar reconstituir —es decir, corregir— la anterior relación simbiótica de madre e hijo y determinar hasta qué punto puede reemplazarse la simbiosis perdida o deformada, o sea, si un determinado niño puede ser ayudado —y en qué medida— a convertirse en un individuo.

La maduración de los aparatos psíquicos, en especial la del aparato motor, hace que durante la fase de separación-individuación el yo del bebé y del niño pequeño sobre conciencia de su carácter separado, lo cual aumenta el desafío de la necesidad de la separación emocional de la madre y la necesidad de afrontar más individualmente una realidad exterior en expansión... y todo esto en medio del conflicto psicossexual propio de esa fase. Deriva de estas hipótesis y descansa en ellas la expresión *síndrome psicótico simbiótico* con que designamos los cuadros psicóticos tempranos.

En nuestros estudios de niños psicóticos y de sus madres logramos adquirir conocimientos sobre el curso de esta afección. Sin embargo, tuvimos que reconocer que habíamos llegado a un punto muerto cuando procurábamos comprender la etiología y la génesis de la perturbación. Esto se debía en parte a la lamentable falta de datos sobre el proceso normal de separación del niño y la madre, durante el segundo año de vida y de conformidad con los pasos *normales* hacia la individuación.

Sabemos muy poco sobre la continua interacción de madre e hijo en este lapso, entendida como proceso evolutivo de adaptación mutua, rápidamente cambiante. La mayor parte de los estudios de investigación sobre niños de más de seis meses se ocupan sólo del desarrollo del niño o registran simplemente muestras de interacciones entre madre e hijo.

La metodología de nuestra investigación es más bien informal, naturalista; recurrimos a una continua recolección de datos, bifocal y multifacética, sobre la interacción de madre e hijo, como sustituto del muestreo cuasi experimental de un número menor de variables controladas.

Una de las hipótesis capitales que han sido el punto de partida de nuestra investigación es que ciertas funciones yoicas (autónomas) como la memoria, la prueba de realidad, la integración locomotriz, la cognición, etcétera, que según Hartmann (1939, 1952) son esenciales para el desarrollo de la autonomía del yo y pertenecen a la esfera libre de conflictos del yo, necesitan de la accesibilidad libidinal de la madre para alcanzar un desarrollo y una síntesis óptimos. La madre recibe las señales del hijo relativas a sus necesidades, pronto se restablece —aún falta determinar la edad— un proceso circular, y la respuesta del bebé refleja las necesidades emocionales y las redilecciones de la madre. Estas parecen reforzar o modificar los ritmos vitales inatos del bebé.

Aun dentro de la fase simbiótica normal, pueden discernirse discrepancias entre el temperamento de la madre y los ritmos innatos del bebé. Pero a diferencia de nuestro grupo gravemente perturbado, esas diferencias no son demasiado pronunciadas. En la fase normal de separación-individuación, a partir de los cinco meses, puede haber también malas interpretaciones de las señales, pero nunca parecen alcanzar la misma magnitud de las que reconstruimos en la historia del grupo psicótico. Marcados desequilibrios y malentendidos entre madre e hijo indican siempre una perturbación en alguno de los elementos de la unidad madre-hijo o en ambos. Esas desarmonías pueden reforzar propensiones constitucionales a caer en perturbaciones psicóticas, neuróticas o psicosomáticas.

Lo que ya nos impresionó en el estudio piloto del proyecto sobre separación-individuación fue comprobar hasta qué punto es el niño normal quien asume activamente la tarea de adaptarse a la interacción madre-hijo. Claro está que el término medio de las madres que crían hijos atiende a las principales necesidades biológicas del bebé.

Pero es en la esfera de las diferencias más sutiles en los ritmos de necesidades del bebé, donde las fantasías en gran medida inconscientes de la madre empañan la empatía óptima e interfieren en la secuencia de gratificación y frustración. En nuestro estudio inicial pudimos observar que el niño pequeño debe ocasionalmente adaptarse al temperamento de la madre, a veces diametralmente opuesto al suyo propio. Y ahora, cuando observamos a segundos y terceros bebés de la misma madre, advertimos que hasta el bebé de pecho puede tener que forzar sus dotes innatas para obtener de la madre un maternaje "suficientemente bueno", en el sentido de Winnicott (1960).

~~Durante nuestros estudios preliminares y como resultado de ellos, describí tentativa-~~
tivamente cuatro subfases características del proceso de separación-individuación.

La *primera subfase* comienza en el momento en que la fase simbiótica está en su punto culminante, a los cinco o seis meses, y dura cuatro o cinco meses. Esta es la subfase de *diferenciación*, en la cual comprobamos una disminución de la hasta entonces completa dependencia corporal. Esta fase coincide con el crecimiento madurativo de las funciones locomotrices parciales, tales como gatear, trepar, ponerse de pie, etcétera; también comprende la capacidad de mirar más allá del campo visual inmediato (exploración visual), junto con un progreso en la coordinación de manos, ojos y boca, la expresión de un placer activo en el uso de todo el cuerpo, el interés por objetos y por perseguir metas, y el volverse activamente al mundo exterior en busca de placer y estimulación. Las primitivas investigaciones sensoriomotrices del rostro, los cabellos y la boca de la madre son características de este período, como lo son los juegos de desaparecer y reaparecer, iniciados por la madre y luego practicados por el bebé. Todas estas funciones surgen y se expresan en estrecha proximidad a la madre, y el interés del pequeño en los movimientos de su propio cuerpo y en la madre parece predominar definitivamente sobre todas las otras actividades. Esto puede comprobarse claramente por el hecho de que el niño pequeño, hasta los diez meses, prefiere jugar alrededor de los pies de la madre.

La *segunda subfase* del proceso de separación-individuación (desde los diez a los quince meses) es el período de *ejercitación*. Este período se superpone con la anterior subfase y puede comenzar en cualquier momento después del décimo mes.

Durante esta subfase aumenta en forma sostenida la catexia de las aptitudes motrices y de la exploración del ambiente en expansión, tanto humano como inanimado. Y esto se observa tanto en el bebé que ya ha comenzado a caminar, como en el que se encuentra desarrollando eficiencia en el gateo, en erguirse o en arrastrarse rápidamente sobre el vientre. La principal característica de esta subfase es la gran catexia narcisista que el niño deposita en sus funciones, en su cuerpo y en los objetos y objetivos de la prueba de realidad. Comprobamos que los golpes, caídas y otras frustraciones (por ejemplo, que otro niño le arrebate un juguete) le hacen poca mella. En el ambiente familiar de nuestra guardería acepta fácilmente a los adultos que ya conoce, como sustitutos de la madre (a diferencia de lo que ocurre durante la subfase siguiente del proceso de separación-individuación).

Cuando el niño, por obra de la maduración de su aparato locomotor, comienza a alejarse de los pies de la madre, a menudo está tan absorto en su propia actividad que parece olvidarla por largos períodos. Sin embargo, vuelve periódicamente a ella, pues parece necesitar su proximidad física. Frecuentemente vemos a pequeños de diez meses que gatean hacia la madre, se enderezan junto a sus piernas o la tocan o simplemente permanecen erguidos y apoyados en las piernas de la madre. M. Furer¹ llamó a este fenómeno *reabastecimiento emocional*. En esta segunda fase del período de individuación, el anhelo de explorar y la "aventura amorosa con el mundo" (Greenacre, 1960) disminuyen muy rápidamente y se desvanecen apenas el niño se fatiga. Entonces se manifiesta la necesidad de reabastecerse emocionalmente buscando la proximidad de la madre.

La ejercitación de la locomoción culmina alrededor del duodécimo, el decimotercero o el decimocuarto mes en el andar libre y con paso más seguro.

La *tercera subfase* del proceso de separación-individuación, que se extiende de los catorce a los veintidós meses, se caracteriza por el dominio de la locomoción erecta y está anunciada por la aparición, en gestos y expresiones afectivas vocales, de un "no" (Spitz, 1957).

A mediados del segundo año de vida el niño ya es capaz de caminar. Adquiere cada vez mayor conciencia de su separación física. Junto con esta conciencia, su anterior indiferencia a la frustración y su relativo olvido de la presencia de la madre se desvanecen. En este período puede observarse un leve temor de pérdida objetal, suficiente como para que el pequeño se manifieste repentinamente sorprendido de su condición separada. Esto se comprueba, por ejemplo, cuando el niño se lastima y con gran perplejidad descubre que su madre no se encuentra automáticamente a mano. El relativo olvido de la presencia de la madre, característico de la anterior subfase de "ejercitación", es reemplazado por una *conducta de aproximación activa* y por la constante preocupación con la presencia de la madre. Cuando el niño se da cuenta de que puede apartarse físicamente de la madre, parece tener una acrecida necesidad de ella y el deseo de que comparta con él toda nueva adquisición de destreza y experiencia. Por eso podemos llamar a esta subfase de la separación-individuación, período de *reacercamiento*.

Pueden observarse incompatibilidades y malentendidos entre madre e hijo, aun en el caso de madres e hijos normales. En esta subfase de renovado cortejo activo, la constante participación que el niño exige de su madre le parece a ésta algo contra-

¹ Comunicación personal.

dictorio, puesto que el niño, a pesar de que no es ahora tan dependiente e impotente como lo fuera medio año atrás, y de que parece ansioso de depender cada vez menos de su madre, espera no obstante con insistencia que la madre comparta todos los aspectos de su vida. Durante esta subfase algunas madres no pueden aceptar estas exigencias del hijo; otras no pueden afrontar el hecho de que el hijo se haga cada vez más independiente.

Esta tercera subfase del proceso de separación-individuación demuestra con particular claridad que la separación-individuación tiene dos partes complementarias: una es la individuación y la otra la separación. En esta subfase se observa, por un lado, que la individuación avanza muy rápidamente y el niño la lleva hasta el límite; y por el otro, que cuando el niño adquiere conciencia de su condición separada, se resiste a separarse de la madre apelando a toda clase de mecanismos. Se ha observado y demostrado en películas² cómo en algunos niños la maduración precoz de la marcha erecta, alcanzada a los nueve o diez meses, dificulta el dominio de los impulsos por el yo y demora la integración óptima de la personalidad. En otras palabras, la maduración de una función autónoma puede adelantarse mucho al desarrollo del resto de la personalidad.

Como ya hice notar, una característica significativa de la tercera subfase es la gran catexia emocional puesta en compartirlo todo con la madre, de suerte que el placer que se experimenta en obrar de manera independiente y en lanzarse a aventuras en una realidad en expansión parece depender del grado en que el niño logra suscitar el interés y la participación de la madre. La calidad y la medida de la conducta de cortejo que exhibe el pequeño durante esta subfase suministran importantes claves para estimar el grado de normalidad del proceso de individuación. Normalidad que dependerá de la historia de las anteriores subfases, de la reacción de la madre a las señales del hijo y de la intercomunicación con un niño que está en rápido proceso de individuación, durante este período de "reacercamiento".

Los primeros signos de agresión dirigida que se observan durante esta subfase coinciden con la fase anal, como también la creciente posesividad respecto de la madre y el impulso adquisitivo. Durante este período la relación madre-hijo es marcadamente específica, sobre todo en lo que se refiere al contacto físico, pues el contacto físico con figuras sustitutas no es fácilmente aceptado. Otra importante característica de esta subfase es que en ella el pequeño comienza a reemplazar las vocalizaciones y el lenguaje gestual por la comunicación verbal. Las palabras "yo" y "mío" cobran gran significación afectiva.

Como señales de peligro potencial podemos mencionar las siguientes: el niño presenta una angustia de separación mayor que la normal, vigila y se pega exageradamente a la madre o bien hace lo opuesto, es decir, se aleja corriendo en forma reiterada e impulsiva con el fin de provocar que la madre vaya tras él, o, por último, presenta excesivas perturbaciones en el dormir (perturbaciones transitorias en el sueño son características en el segundo año de vida).

La *cuarta subfase* del proceso de separación-individuación es el período durante el cual se alcanza un creciente grado de constancia objetal (en el sentido de Hartmann), entre los veinticuatro y los treinta y seis meses. Al comienzo de esta sub-

² La lectura de todas las versiones de este artículo estuvo acompañada por la película "La fase normal de separación-individuación: las subfases".

fase los niños permanecen en la sala de juegos que han estado frecuentando desde que ingresaron en el Centro, con sus madres muy cerca de ellos, en el sector de la sala que les está reservado. Hemos comprobado que a medida que avanza esta fase el niño se vuelve gradualmente capaz de aceptar otra vez la separación de la madre (tal como la aceptaba en el período de "ejercitación"); en realidad, prefiere permanecer en la sala sin la madre, a abandonarla en su compañía. Consideramos esto como un signo de comienzo de la constancia objetal. Llegados a este punto, trasladamos al niño a otra sala de juegos situada en el mismo piso. En este ambiente de niños mayores las madres no permanecen continuamente con ellos. Esto permite experimentar con separaciones naturales, previstas entre madre e hijo, adecuadas en esta fase del desarrollo, y nos ofrece una oportunidad única de observar la creciente capacidad que muestra el pequeño en la cuarta subfase para separarse de la madre.

A medida que el niño aprende a expresarse verbalmente durante este período, podemos rastrear algunas de las vicisitudes del proceso intrapsíquico de separarse de la madre y los conflictos que lo rodean, a través del material verbal que el niño nos ofrece y a través de la fenomenología de su conducta. La comunicación verbal, que comenzó durante la tercera subfase, se desarrolla rápidamente y poco a poco reemplaza a otros modos de comunicación, aunque el lenguaje gestual de todo el cuerpo y la afectomotilidad continúan siendo muy notables. El juego se hace más intencional y constructivo. Comienzan los juegos de imaginación, los juegos en que se representan papeles. Las observaciones del mundo real se hacen detalladas y se incluyen claramente en los juegos; además se registra un creciente interés por adultos diferentes de la madre y por los compañeros de juego.

Comienza a desarrollarse ahora un sentido del tiempo y una mayor capacidad para tolerar la demora de la gratificación y para soportar separaciones. El niño no sólo comprende conceptos tales como "después" o "mañana" sino que también los usa, experimenta con ellos, según las llegadas e idas de la madre.

Observamos gran resistencia activa a las exigencias de los adultos y una necesidad y deseo todavía poco realista de autonomía (de independencia). El niño se encuentra aún en gran medida en la fase del pensamiento de proceso primario. También es característico de esta cuarta subfase un reiterado negativismo, suave o moderado, que parece esencial para que se produzca el desarrollo del sentido de la identidad.

Lo mismo que la subfase anterior, también ésta alberga crisis potenciales. La medida de las crisis potenciales características de esta fase depende del grado en que la madre comprenda y acepte la conducta negativista normal del hijo así como sus acciones y comunicaciones de proceso primario. No todas las madres son capaces de ayudar al hijo a salvar la brecha comunicativa que se abre entre el mundo del pequeño y el mundo del adulto. Esto requiere descifrar las acciones y el lenguaje de proceso primario del niño, emplearlas a su vez y ofrecer poco a poco al niño expresiones y soluciones de proceso secundario.

Nuestro estudio estableció con claridad que a causa de la dependencia emocional del niño, la accesibilidad libidinal de la madre es necesaria para que se produzca el desarrollo óptimo de las potencialidades innatas del pequeño. Ese estudio nos ha permitido vislumbrar la tenacidad y la potencial capacidad de adaptación del bebé y del niño pequeño, así como la importante influencia catalizadora que tiene el objeto de amor.

Resulta verdaderamente impresionante comprobar hasta qué punto el bebé y el niño pequeño normales están empeñados en obtener (y generalmente logran obtener) participación y contacto de la madre, a veces en situaciones considerablemente adversas; y cómo tratan de encauzar por canales libidinales cada pizca de esos dones, en provecho de la progresiva organización de la personalidad.

NOTAS SOBRE EL
DESARROLLO DE DISPOSICIONES DE ANIMO BASICAS:
EL AFECTO DEPRESIVO

(1966)

Uno de los efectos significativos de la obra clásica de Heinz Hartmann *La psicología del yo y el problema de la adaptación* (1939) fue despertar el interés, dentro de la investigación de orientación psicoanalítica, por el desarrollo psíquico temprano.

Hartmann propuso que adoptáramos la expresión “esfera libre de conflictos del yo” para designar “ese conjunto de funciones que en un momento dado ejercen su efecto fuera de la región de los conflictos mentales” (págs. 8-9). Hartmann continuaba diciendo: “Si tomamos seriamente la pretensión del psicoanálisis de ser una teoría general del desarrollo psíquico, debemos estudiar también esta esfera de la psicología, desde nuestro punto de vista y con nuestros métodos, *mediante el análisis y mediante la observación directa del desarrollo del bebé*” (págs. 10-11; la bastardilla es mía).

Hartmann llamaba la atención sobre los muchos aspectos de la psicología humana que implican procesos de adaptación no conflictuales en el desarrollo, o que se basan en tales procesos, y hacía resaltar que la descripción y definición de los fenómenos mentales debe abarcar sus características y regulaciones orientadas a la realidad y facilitadoras de la adaptación: “La adaptación... comprende procesos relacionados con situaciones de conflicto y también procesos que corresponden a la esfera libre de conflictos” (pág. 10).

El enfoque más fructífero para explorar la esfera libre de conflictos sería la observación directa e indirecta del *desarrollo sin perturbaciones*, antes que el estudio de la función perturbada.

“El grado de adaptación sólo puede determinarse con referencia a situaciones ambientales (situaciones que en general son de prever, es decir, típicas, o situaciones que en general no son de prever, es decir, atípicas)” (Hartmann, 1939, pág. 23).

La adaptación es en general una relación recíproca entre el organismo y su ambiente. Una dimensión de este último que la investigación del desarrollo normal podría considerar es “el ambiente previsible normal”. El ambiente del bebé está constituido al principio por la unidad dual madre-hijo, que coincide con el “medio interior”¹ de Hoffer (1955) y que, según creo, tiene su comienzo “autístico” antes

¹ Claude Bernard: *milieu intérieur*.

de la fase simbiótica. La adaptación puede considerarse que comienza con el ajuste que hace el niño a su ambiente simbiótico. Esta adaptación equivale a lograr atraer a la madre a su "medio interno", es decir, equivale a hallar un "maternaje suficientemente bueno" (Winnicott, 1962a). Apenas ocurre esto, el bebé pasa de una breve "fase normal autística" a la fase simbiótica, en la cual la madre obra como el yo ejecutivo auxiliar y externo del niño (Spitz, 1951) y también como su "escudo protector vivo", con lo cual complementa y reemplaza la "barrera protectora o escudo protector contra los estímulos" y lo salva "con sus cuidados" de tensiones internas y excitaciones externas potencialmente abrumadoras (Freud, 1926; Kris, 1956a; Winnicott, 1956b; Khan, 1964).

Es en la esfera de la "unidad dual" de interacción e intercomunicación preverbal donde pueden darse traumas acumulativos (o, como yo preferiría decir con Kris, "de esfuerzo") dentro del "ambiente previsible normal".

La complejidad y dificultad del desarrollo psicológico de la unidad madre-hijo se complica por el hecho de que el maternaje "suficientemente bueno" está necesariamente muy por debajo de lo que sería un maternaje adaptativo óptimo en nuestra cultura, lo cual conviene destacar.

Ernst Kris y sus colaboradores (Coleman y otros, 1953), así como Therese Benedek (1959), llamaron la atención sobre el hecho de que el maternaje es una variable evolutiva con una sucesión de fases marcadas por varias y complejas tareas de adaptación que no cabe esperar que las madres normales puedan realizar con siquiera cierto grado de éxito.

A medida que los estudiosos de este campo establecen importantes hitos del desarrollo y de la maduración psíquica temprana, sería tarea interesante e importante estudiar la interacción circular de madre-hijo como un proceso evolutivo que modela la personalidad del pequeño, pero que modela también la personalidad de la madre adulta (Benedek, 1959). Hartmann (1939) dice que "la tarea del hombre de adaptarse al hombre está presente desde el comienzo mismo de la vida" (pág. 31).

Esa tarea del hombre de adaptarse al hombre, en cuanto tiene que ver con el comienzo mismo de la vida individual, constituye el tema de este estudio sobre el proceso de "separación-individuación normal".

Llegué a estudiar el proceso de separación-individuación normal partiendo de un estudio de la psicosis infantil simbiótica; ese estudio sugería con fuerza que la esquizofrenia en la niñez podía hacerse remontar a vicisitudes del desarrollo de la personalidad experimentadas durante la segunda parte del primer año de vida y especialmente a comienzos del segundo año. Durante ese período, el elemento materno de la unidad dual no pudo ser usado por el pequeño como yo auxiliar o como "escudo protector contra los estímulos", ni como "faro para orientarse en el mundo de la realidad" (véase el t. I; cap. VI). De manera que el estudio minucioso de la fase de separación-individuación —de la cual sabemos comparativamente poco, sobre todo en lo que se refiere a las tareas evolutivas del yo— ayudaría a comprender mejor la génesis y la naturaleza, hasta ahora completamente desconcertante, de la esquizofrenia.

Mi hipótesis es que en ciertos niños el ímpetu madurativo de la locomoción y de otras funciones autónomas del yo, si se da junto con un retraso en la disposición emocional a funcionar separadamente de la madre, produce un pánico en el organismo, pánico cuyo contenido mental no es fácilmente discernible porque el niño (que

se encuentra todavía en el estadio preverbal) no puede comunicarlo. La "desazón del organismo", aguda o insidiosa, junto con la incapacidad para utilizar a la madre como un yo auxiliar u organizador externo, detiene la estructuración del yo. La circunstancia misma de que la maduración prosiga en tanto que el desarrollo no avanza, determina que el rudimentario yo se vuelva extremadamente frágil. Puede producirse la fragmentación del yo y entonces surge el bien conocido cuadro clínico de la psicosis infantil (t. I, cap. VII).

El ímpetu madurativo al que acabo de referirme presumiblemente se da dentro del período que sigue "a la salida del cascarón" del bebé (en el caso de que llegue a salir de él), cuando éste abandona la fase de unidad dual simbiótica con su madre.

Ya en 1955, Gosliner y yo sugeríamos que existe una fase evolutiva normal de separación-individuación en la cual *todo* niño debe enfrentar ciertas tareas de desarrollo y se ve amenazado con crisis potenciales. El proceso normal de separación-individuación exige que el bebé tenga una disposición evolutiva a diferenciarse de la madre dentro del marco de la habitual accesibilidad emocional de esta última (t. I, cap. XV; t. II, cap. II), que representa el factor más importante del "ambiente previsible normal" (Hartmann, 1939, 1950a).

En nuestro proyecto piloto de investigación del proceso de separación-individuación (un estudio basado en la observación) logramos distinguir las líneas generales—los contornos, por así decirlo— de las principales etapas del proceso de separación-individuación. Conceptualizamos esas etapas en cuatro subfases (t. II, caps. III y IV).

LOS PRIMEROS DIECIOCHO MESES DE VIDA

La primera etapa o "subfase" es la *diferenciación*, que comienza con la salida del cascarón, concebida como el proceso por el cual la representación del sí-mismo del bebé surge de dentro de la "membrana simbiótica" imaginaria de la unidad dual madre-hijo. En algunos niños se da una verdadera salida del cascarón, con características fenomenológicas observables. Con este proceso se anuncia el período de diferenciación, que se extiende aproximadamente hasta los nueve o diez meses de edad.

El segundo paso o segunda subfase es el *período de ejercitación* por excelencia. Se extiende aproximadamente desde los nueve o diez meses hasta los dieciséis o dieciocho meses. Este período, que coincide con lo que Phyllis Greenacre (1957) llamó la "aventura amorosa con el mundo", culmina con el "dominio" de ciertas aptitudes locomotrices, facultades cognitivas y otras funciones autónomas parciales del yo. Durante el período de ejercitación, estas funciones atraen tanta libido que el pequeño es emocionalmente independiente del objeto de amor y se encuentra absorto en sus propios placeres narcisistas. Pero a medida que va cobrando dominio de algunas de las funciones autónomas del yo, adquiere cada vez más conciencia de su condición separada y *pari passu* una aguda conciencia de su necesidad de la aceptación y la participación de la madre.

La subfase en la cual puede observarse una conducta de renovada aproximación a la madre se extiende por lo general desde los dieciséis o dieciocho meses hasta bien entrado el tercer año de vida. Este período de *reacercamiento* es muy importante ya que en él suelen echarse las bases de una posterior salud mental o de una posterior psicopatología.

Este período decisivo del desarrollo gradualmente da lugar a la cuarta subfase del proceso de separación-individuación, en la cual se alcanzará cierto grado de *constancia objetal*, es decir, las representaciones mentales de la madre se hacen accesibles intrapsíquicamente (Hartmann, 1952). Las huellas mnémicas del objeto de amor permiten al niño permanecer separado de la madre durante cierto tiempo y obrar sin embargo con equilibrio emocional, siempre que se encuentre en un ambiente bastante familiar. Es de presumir que esto se debe al hecho de que le son accesibles las representaciones interiores de la madre.

En nuestros estudios hallamos pruebas inequívocas de que durante el proceso de separación-individuación se establece una disposición anímica básica. Esta disposición de ánimo básica o capacidad de respuesta afectiva característica de cada individuo, no se debe tan sólo a factores innatos sino que parece que, por lo menos en cierta medida, se ve acentuada por la experiencia y contrarresta las características constitucionales del niño. Esa característica "línea de base" del tipo de respuesta emocional que tiene el niño parece derivar del predominio y perpetuación de uno u otro de los estilos emocionales generales que, según comprobamos, son característicos de una u otra de las subfases del proceso de separación-individuación (el período de ejercitación o el período de reaceramiento).

Ultimamente la bibliografía psicoanalítica se ha visto enriquecida con observaciones y discusiones sobre la angustia de separación, la pérdida objetal y la depresión. Estos conceptos están entrelazados tanto dinámica como clínicamente. Pero en la bibliografía no siempre se pone en claro que lo que se denomina pérdida objetal no es en la mayoría de los casos una verdadera pérdida objetal, sino la "pérdida" *intrapsíquica* de un objeto. De manera que es preciso ~~clarificar más la cuestión de~~ una predisposición a estados de ánimo depresivos y a la angustia de separación, así como la relación que hay entre tales estados y la pérdida objetal.

La verdadera pérdida objetal —es decir la pérdida de un objeto de amor en la realidad— no se produce con tanta frecuencia como para que pueda verse en ella la causa de la tan difundida proclividad, especialmente entre las mujeres, a estados de ánimo depresivos o enfermedad depresiva. La causa genética de la depresión como afecto, como proclividad a un estado de ánimo básico, tiene que ser una pérdida sufrida en la fantasía, es decir, un *conflicto intrapsíquico* de un tipo particular o un conjunto de conflictos intrapsíquicos; esto es más frecuente que una pérdida objetal real, y quizás incluso una experiencia a la que nadie es ajeno. Por eso podría resultar provechoso examinar la naturaleza del *proceso intrapsíquico* que parece culminar en esta *sensación o sentimiento de pérdida* y que parece poner en marcha las reacciones afectivas de desamparo, impotencia, tristeza, aflicción y depresión (véase el tomo I, capítulo XV; también Bibring, 1953).

En nuestro estudio sobre la separación-individuación pudimos observar las primeras manifestaciones de conducta, miméticas, vocales y verbales de reacciones afectivas en nuestros sujetos, en niños pequeños que nunca estuvieron realmente separados de su objeto u objetos de amor primario. Observamos reacciones depresivas así como reacciones opuestas —estados de alborozo— en nuestros niños. Por lo general, estas "disposiciones de ánimo" parecen tener relación con las vicisitudes intrapsíquicas del proceso de separación-individuación, el cual parece activar de modo

características disposiciones anímicas relativamente positivas o relativamente negativas (Jacobson, 1957 b).

Desde el punto de vista de mi hipótesis principal, lo que vemos en la conducta de los pequeños es un reflejo de su elaboración intrapsíquica de ese apartamiento inevitable y predeterminado del anterior estado de "unicidad" con la madre, que es consecuencia del proceso de diferenciación e individuación. Esa pérdida —la necesidad de una renuncia más o menos gradual a las pretensiones sobre el objeto simbiótico que satisface necesidades— implica abandonar gradualmente la fantasía más o menos delusoria de omnipotencia simbiótica, aunque esto resulta compensado en cierta medida por una acrecentada autonomía secundaria (Hartmann, 1952) y un sano narcisismo secundario.

La subfase de diferenciación representa el primer paso del proceso de individuación y comienza en el punto culminante de la fase simbiótica. Al quinto o sexto mes, el bebé parece reconocer en su madre al objeto que le brinda gratificaciones y alivia sus malestares. Es fácil observar que cuando el rostro de la madre está cerca de él, el pequeño de cinco o seis meses toma la iniciativa en cuanto a buscar contacto y hasta obliga a la madre a responderle (Brody y Axelrad, 1966). Esta primera subfase del proceso de individuación se desarrolla paralelamente con la maduración de las funciones locomotrices parciales, tales como arrastrarse, gatear, trepar, erguirse, etcétera. En ese período, el niño comienza también a mirar más allá del campo visual inmediato (exploración visual) y asimismo progresa en la coordinación de manos, ojos y boca al tiempo que expresa placer activo en el uso de todo su cuerpo, muestra un interés mucho más activo en objetos inanimados y se vuelve al mundo exterior en busca de placer y estimulación; además tienen mejor éxito sus esfuerzos de estimularse. Es un período en el cual los juegos de desaparecer y reaparecer iniciados por la madre son retomados por el pequeño.

Estas funciones están continuamente estimuladas por la estrecha proximidad de la madre, como puede comprobarse en la mayor vivacidad y la actividad más sostenida del pequeño cuando está cerca de la madre, en comparación con el nivel inferior de su actividad cuando está distanciado de ella.

Por nuestras observaciones sobre esta primera subfase de diferenciación —y en general esto se aplica a todo el desarrollo afectivo— sabemos que el ímpetu de la reactividad libidinal se ve grandemente aumentado por el contacto visual, táctil y auditivo y por la intercomunicación —el "diálogo"— con la madre (Spitz, 1963).

Con el desarrollo de las funciones autónomas, especialmente la marcha erecta, comienza la "aventura amorosa con el mundo", como hubo de caracterizar ese momento Phyllis Greenacre. Durante esos preciosos seis u ocho meses (desde los diez o doce meses a los dieciséis o dieciocho) el mundo parece ser la "ostra" del pequeño. La catexia libidinal se moviliza tan sustancialmente al servicio del yo autónomo en rápido crecimiento y de sus funciones que, durante este período (llamado de ejercitación), algunos niños parecen embriagados con sus propias facultades y con la grandeza de su "mundo propio". En cualquier momento después de los diez meses (que es cuando comienza el período por excelencia de prueba de realidad) el niño catectiza libidinalmente cada vez más la ejercitación de las facultades motrices y la exploración de su ambiente en expansión, tanto el humano como el inanimado. Y esto se observa tanto en el niño que ya ha comenzado a caminar como en el que

se encuentra desarrollando eficiencia en el gateo, en erguirse o en arrastrarse rápidamente con todo el cuerpo apoyado en el vientre.

Un *entusiasmo jubiloso* parece ser el estado de ánimo fundamental de la segunda subfase de individuación (el período de "ejercitación").

La principal característica de este período de ejercitación es la gran catexia narcisista del niño en sus propias funciones, así como en los "objetos y objetivos" de su realidad en expansión. Junto con esto comprobamos una indiferencia relativamente grande a porrazos, caídas y otras frustraciones (caps. I, III y IV).

A medida que el niño, en virtud de la maduración de su aparato locomotor, se aventura a alejarse de los pies de la madre, con frecuencia está tan absorto en sus propias actividades que durante largos períodos parece olvidarse de la presencia de aquélla.² Sin embargo, retorna periódicamente a su lado, dando la impresión de que cada tanto necesita contar con su presencia física. Vemos a pequeños de diez meses que gatean en dirección de la madre, se enderezan junto a ella o la tocan de alguna otra manera o permanecen erguidos y apoyados contra las piernas de la madre en procura de "reabastecimiento emocional". Es fácil observar cómo el pequeño fatigado y decaído "se reanima" tras un brevísimo contacto con la madre.

Con la práctica de la locomoción el niño llega a sentirse firme sobre sus pies; cuando ya es capaz de andar libremente se encuentra en la cúspide de su estado de ánimo entusiasta y jubiloso. En algunos este estado es intermitente; en otros es casi continuo.

Pero durante los segundos dieciocho meses se producen importantes desplazamientos y cambios en la economía de la libido. El pequeño que está ejercitando sus destrezas, percibiendo sectores cada vez mayores de la realidad y afrontándolos, parece muy entregado a sus placeres narcisistas. Por lo menos intermitentemente parece impresionado y encantado por sus nuevas destrezas que se desarrollan con rapidez y por sus crecientes facultades perceptivas y cognitivas (que según es de presumir crecen al mismo ritmo). Hacia el momento en que el pequeño domina esas importantes funciones parciales del yo, llega a la cúspide de su estado de ánimo entusiasta y jubiloso, que está reforzado por el sentimiento de su *omnipotencia mágica*. Este narcisismo secundario que lo penetra tuvo como antecedente, en la fase simbiótica, la delusión de la omnipotencia simbiótica de la unidad dual madre-hijo.

LOS SEGUNDOS DIECIOCHO MESES DE VIDA

El período durante el cual el niño de diez a dieciocho meses se va transformando en el pequeño mayor de dieciocho a veinticuatro meses es un período de cambios sumamente importantes. Ahora el pequeño experimenta, más o menos gradualmente y más o menos agudamente, los obstáculos que se oponen a su "conquista del mundo".

El período de reacercamiento demuestra con particular claridad que el proceso intrapsíquico de separación-individuación consiste en dos modalidades de desarrollo diferentes, aunque entrelazadas y complementarias: una es la "individuación",

² Este aparente olvido parece ser directamente proporcional a la accesibilidad emocional de la madre durante esa fase.

y la otra, la "separación". Durante el período de ejercitación y durante el período de dominio de destrezas, que continúa hasta bien entrada la segunda mitad del segundo año, la individuación avanza muy rápidamente, de suerte que el niño ejercita la independencia "hasta el límite". Por otro lado, junto con la adquisición de primitivas destrezas y de las facultades cognitivas perceptivas, se produce una diferenciación cada vez más clara de las representaciones intrapsíquicas del objeto de amor y del sí-mismo. Al cobrar conciencia de su condición separada, el niño se da cuenta de los muchos obstáculos que se oponen a sus fantasías y deseos de omnipotencia mágica. En la cúspide del dominio de las funciones autónomas, cuando se acerca a su fin el período de ejercitación, el pequeño comienza a vislumbrar que el mundo no es su "ostra", que debe habérselas con ese mundo por su propia cuenta y muy a menudo en su condición de individuo separado, relativamente impotente, pequeño y solitario. Por más que insista y trate de ejercer coacción sobre su madre, ambos no funcionan ya como una unidad dual, es decir, el niño ya no puede compartir la omnipotencia parental, en la que todavía cree. De esta manera la comunicación verbal y el pensamiento de proceso secundario se hacen cada vez más necesarios; la coacción gestual por parte del niño o la mutua empatía preverbal entre madre e hijo ya no bastan para depararle satisfacción, "bienestar narcisista" (Sandler y Joffe, 1965).

Además de esta creciente conciencia de la separación individual, el pequeño poco a poco se da cuenta de que sus objetos de amor (sus padres) son también individuos separados que parecen obrar de acuerdo con intereses diferentes, cuyos puntos centrales son cada vez menos parecidos a los del niño. Este llega a comprenderlo, sin embargo, en un momento en que aún persiste su delusión sobre el ilimitado poder de sus padres. En lo que se refiere a su incapacidad para volver a crear la "omnipotente unidad" de su vida anterior, por más que ejerza insistente coacción sobre su madre, en este punto el niño sólo puede considerar que la madre le *retira* una omnipotencia que ella posee pero que a *él* ya no le es permitido compartir. Todavía le falta reconocer —como hará mucho después, en el período postédípico— que no sólo él no es omnipotente, sino que tampoco sus padres lo son, por lo que no pueden compartir con él ni negarle una omnipotencia que ellos mismos no tienen (Jacobson, 1947 b).

Hay parejas de madre e hijo en las cuales éste ya ha tenido que esforzarse bastante durante el período de ejercitación para obtener del objeto de amor los dones libidinales —el reabastecimiento emocional— que le eran necesarios para mantener un estado afectivo básicamente satisfecho. Semejante déficit de dones emocionales, que quizá pasó inadvertido en su momento, puede manifestarse y complicarse posteriormente (después de un período relativamente breve y apagado de "aventura amorosa con el mundo"), durante la subfase de reaceramiento.

Es el amor y la aceptación de la madre, incluso la aceptación de su ambivalencia, lo que permite al yo del niño catectizar la representación de su sí-mismo con "energía neutralizada".

Si se da una falta significativa de aceptación y de "comprensión emocional" por parte de la madre durante la subfase de reaceramiento (que es también la de comienzo de la comunicación verbal), o, en todo caso, si no hay un nivel elevado de "diálogo" (Spitz, 1963), esta circunstancia aguja el trauma de estrés que puede haber existido durante la interacción preverbal de madre e hijo. Este déficit en el ma-

ternaje suele determinar una disminución de la autoestima del niño y la consiguiente vulnerabilidad narcisista. La ambivalencia de la conducta (que yo llamaría "ambitendencia") y especialmente la coacción agresiva y reiterada contra la madre y a veces también contra el padre parecen ser signos fenomenológicos propios de la edad, junto con el negativismo normal de esta fase de "separación", que caracteriza la fase anal. Pero una ambivalencia creciente y prolongada es señal de un desarrollo emocional desviado, es indicio de un aumento de agresión no neutralizada y de un obstáculo en el progreso del niño hacia la constancia objetal.

Nuestros datos reconstructivos y de observación sugieren que, en aquellos niños que exhiben un "estado de ánimo básico depresivo", no ha quedado (después del período de dominio) suficiente libido narcisista secundaria sana para catectizar a los "objetos y objetivos" de un mundo en expansión ni, en especial, las representaciones del sí-mismo del niño. Una porción demasiado grande de la agresión no neutralizada (Hartmann, Kris y Loewenstein, 1949) es absorbida por los mecanismos de escisión y de proyección, una combinación defensiva potencialmente patológica que sirve para proteger al niño de su hostilidad (agresión) y de su temor a aniquilar el objeto de amor por obra de sus agresivas fantasías ambivalentes mientras pugna por restaurar el estado de unicidad con el objeto de amor.

Durante la fase de reaceramiento, la renovada aceptación de la madre y su apoyo activo son pues requisitos necesarios para que el pequeño llegue gradualmente a comprender y a aceptar el carácter irreal de su "omnipotencia", comprensión que le permitirá poco a poco la catexia narcisista secundaria de su propia economía, lo cual lo protege contra una excesiva reducción de su "omnipotencia" e impide que se deteriore seriamente su autoestima.

En algunos casos, los signos fenomenológicos de acentuado conflicto se manifiestan en forma de una acrecida coacción sobre la madre o de una "vigilancia" mayor que lo habitual. Con menos frecuencia logramos observar (o se nos ha informado sobre) una forma exagerada del juego por el cual el niño se aleja precipitadamente de la madre para hacer que ésta lo persiga y lo alce en brazos. Esto último significa para el niño una pasiva reunión física con la madre, una manera simbólica y repetida de anular, por así decirlo, la "separación".

La calidad e intensidad de la conducta de cortejo por parte del niño durante la subfase de reaceramiento ofrece una importante clave para estimar la normalidad del proceso de individuación. Algunos de nuestros pequeños se rehusaron tenazmente a aceptar a adultos sustitutos; aunque parecían continuamente insatisfechos durante la ausencia de la madre, cuando ésta reaparecía ellos continuaban mostrándose plañideros y quejumbrosos. También se registraron intensas y prolongadas reacciones a las separaciones rutinarias de todos los días, y aquí el exceso de agresión no neutralizada se expresaba en violentos berrinches.

Por los datos reunidos hasta ahora, estimo que el colapso de la creencia del niño en su propia omnipotencia, junto con su inseguridad acerca de la accesibilidad emocional de los padres, es lo que da lugar a la llamada "dependencia hostil" y a la ambivalencia respecto de éstos. Dicha ambivalencia parece desencadenar los primeros mecanismos defensivos patológicos: la escisión de la imagen de la madre en una madre buena y una madre mala y la vuelta de la agresión contra el sí-mismo; estos mecanismos determinan una sensación de desamparo que, como lo ha hecho notar Bibring (1953), da origen al afecto depresivo básico. Estas circunstancias de la eco-

nomía de la libido pueden llegar a ser razón básica de que se responda habitualmente con estados de ánimo negativos.

Los dos pilares del bienestar y la autoestima del pequeño son la creencia en su propia omnipotencia y la creencia en la omnipotencia de los padres, de la que él mismo participa; estas creencias pueden ser reemplazadas sólo gradualmente por un reconocimiento realista de su propia autonomía, en la cual se complace el niño, y por el desarrollo de la constancia objetal (Hartmann, 1952).

Pudimos observar con frecuencia que la "expectación confiada" (Benedek, 1938) de aquellos niños que (por razones extrínsecas o intrínsecas) ya arrastraban, desde las subfases anteriores, un déficit de dones emocionales, se desvanecía más rápidamente durante los segundos dieciocho meses de vida. Esos niños caían más fácilmente que otros en estados de ánimo cada vez más coléricos, circunstancia que fue interpretada por Bowlby (1960) como "protesta continua". En algunos casos parecían presas de un desesperado sentimiento de pérdida irremisible (del cual, sin embargo, los niños suelen recobrase de manera intermitente y con relativa rapidez). La experiencia intrapsíquica de la pérdida se complica por la significación simbólica y afectivamente cargada del entrenamiento del control de esfínteres y por la aparición de la angustia de castración en la fase fálica del desarrollo psicosexual. Creo —contrariamente a la opinión de Weinberger (1964)— que en los casos en que el nacimiento de un hermano coincide con estos conflictos intrapsíquicos, la significación de semejante acontecimiento, grande sin duda, estriba sin embargo primariamente en que acentúa, dramatiza y complica la predisposición anímica básicamente negativa del niño. El nacimiento de un hermano no es el conflicto cardinal original y no genera *per se* el estado de ánimo depresivo o la proclividad a la enfermedad depresiva.

La reactividad afectiva negativa —el estado de ánimo depresivo— puede estar representada predominantemente por reacciones de separación y aflicción —consecutivas en algunos casos a una dramática lucha con el objeto de amor— caracterizadas por rabietas y continuos intentos de cortejar o coaccionar a la madre, seguidos de desistimientos temporarios; también puede manifestarse en una resignación y rendición impotentes (en algunos casos con marcado color masoquista). Por otra parte, el descontento y la cólera pueden persistir después de un período breve de aflicción y tristeza que, según creo, constituye o representa un abreviado período de duelo por la madre "buena" simbiótica, que satisface necesidades (véase el tomo I, capítulo XV). En todos los casos el niño se aferra cada vez más a la madre (no necesariamente de manera física) y concentra en ella una catexia en alto grado ambivalente. Esta circunstancia a su vez constituye un obstáculo en el desarrollo de la constancia objetal.

Que el funcionamiento autónomo del yo quede deteriorado no es en modo alguno la regla, sino que más bien parece ser la excepción. En todo caso, niños que son propensos a una conducta con carga afectiva en su interacción inmediata con la madre pueden obrar perfectamente bien en otras situaciones más neutrales. A juzgar por nuestros limitados datos de un proyecto que todavía está en marcha y por nuestras impresiones recogidas en la limitada observación de la evolución posterior de algunos casos, en el pequeño medio esta clase de respuesta afectiva depresiva negativa o bien persiste o bien cede su lugar a una prematura seriedad, a una especie de gravedad muy poco infantil que posiblemente indique precocidad en la estructura-

ción del superyó. Aunque en este artículo no puedo demorarme mucho en las particularidades del problema, debo hacer resaltar la importancia de dos traumas —el entrenamiento del control de esfínteres y el descubrimiento (a una edad mucho más temprana de lo que habíamos supuesto) de la diferencia sexual anatómica— como factores que contribuyen a la génesis de la propensión de las niñas a los estados de ánimo depresivos.

La tristeza con un contenido psíquico, es decir, la tristeza que tiene un componente representativo y un componente afectivo, debe distinguirse de las anteriores reacciones fisiológicas (somatopsíquicas en el mejor de los casos) de desplacer y dolor, como por ejemplo las reacciones transitorias al destete, o los más prolongados malestares corporales, que pueden ir acompañados o no por una respuesta depresiva.

Por lo menos vimos a un varón que estaba continuamente irritado, molesto, caprichoso y desdichado hasta los nueve meses. El chico sufría de una hernia inguinal que no le habían descubierto y de reiterados ataques de bronquitis. La madre era completamente inepta para hacer que sus hijos se sintieran cómodos y para interpretar las señales que éstos le dirigían y responder a ellas. Pero después de haberse descubierto y curado la hernia inguinal se produjo un cambio sumamente favorable en el equilibrio libidinal de la interacción madre-hijo, así como en la economía intrapsíquica del niño. El intercambio de señales entre madre e hijo, que hasta entonces había sido desconcertante para los dos y también para los observadores, se hizo enteramente satisfactorio, y el pequeño reanudó el proceso de separación-individuación en un nivel emocionalmente superior. Su "aventura amorosa con el mundo" se desarrolló a buen paso ya al comenzar el período de ejercitación.

Entre los cuarenta bebés y niños pequeños que estudiamos intensivamente durante el período de separación-individuación, se observó la respuesta depresiva —generalmente acompañada de cólera aunque otras veces no— claramente con más frecuencia en las niñas que en los varones. En varios casos pudo rastrearse convincentemente el enojo de las niñas con su madre y su desilusión porque ésta no les dio un pene. En dos niñas (en ambas observamos el proceso de separación-individuación a partir del décimo mes) los signos de conflicto y las manifestaciones de reacción depresiva aumentaron después del período de jubiloso entusiasmo psicológico normal por el dominio autónomo.

Ahora me referiré a un caso en el que pudo observarse cómo los elementos de una disposición anímica depresiva básica o de un tipo de respuesta emocional negativa se estructuraban durante las vicisitudes del proceso de separación-individuación. Ann, ya al noveno mes y al décimo mes, mostraba una conducta de intensificada aproximación a la madre; dicha conducta era el resultado de la relativa inaccesibilidad emocional de la madre y de su distanciamiento. Este déficit emocional del "objeto de amor", la madre (aun cuando estuviera físicamente presente), empañaba el "sabor de la vida" que generalmente es tan característico del período de ejercitación.

El gradual desvanecimiento de la "confiada expectación" produjo una gran ambivalencia y la disminución del menguante "sentido de mágica omnipotencia" de Ann. Estos fenómenos se desarrollaron paralelamente con una disminución de la autoestima. El habitual abandono de la madre que se registra al comienzo del pe-

ríodo de ejercitación quedó casi por completo omitido en el caso de Ann por la elevada necesidad que tenía ésta de “reabastecerse”. Ann acechaba continuamente a la madre con los ojos, implorando sus dones emocionales. Sin embargo, pudo observarse claramente durante el decimocuarto y el decimoquinto mes que se desarrollaba “la aventura amorosa con el mundo”, sólo que fue de breve duración y bastante apagada.

Por un tiempo, el mayor interés que aparentemente mostró la madre y que en realidad se basaba en el deseo de que la niña aprendiera a controlar sus esfínteres, pareció ofrecer (cuando Ann tenía de veinte a veintidós meses) un terreno común de *reacercamiento* entre la madre y la hija. Pero el entrenamiento del control de esfínteres, que al principio tuvo éxito en ese aspecto, también vino a enredarse en el conflicto. Llegó a convertirse en un campo de batalla entre la madre y la hija en el momento del retiro narcisista de la madre, que estaba en su tercer embarazo.

Cuando nació la hermanita, Susie, Ann manifestó su ambivalencia y sus fantasías de embarazo y nacimiento reteniendo perniciosamente las heces. La ecuación de “bebé-heces” parecía inequívoca en su conducta y en su material verbal. Al mismo tiempo pasaron a primer plano materiales sobre la envidia del pene (Ann tenía un hermano mayor) y un intenso anhelo de recibir regalos, especialmente de su padre. Durante una penosa defecación oímos que Ann decía a su madre que el papá tenía “en el estómago un cerdito... no, no un cerdito, un potrillito”. En el nivel del proceso primario Ann verbalizaba muchas otras fantasías, ansiedades y deseos.

Describiré ahora una situación de separación rutinaria que mostró con particular claridad la disociación de la imagen de la madre como resultado de la gran ambivalencia de Ann y de su necesidad de preservar el objeto bueno contra sus propios accesos de cólera y destrucción. A partir de los treinta meses, Ann era dejada de vez en cuando en nuestro Centro con su “maestra de juegos” más familiar y querida, junto con otros dos compañeritos (que tenían su misma edad, con diferencia de sólo una semana). Mientras los otros dos niños se despedían fácilmente de sus madres, Ann (aunque siempre le resultaba difícil marcharse del Centro) manifestaba todas las señales de los problemas de la separación con ambivalente ansiedad y cólera. Demoraba la partida de la madre fingiendo que tenía que ir al cuarto de baño y valiéndose de muchos otros subterfugios. Cuando la madre se marchaba, Ann se ponía a llorar y a dar pataditas en el suelo y luego aferrándose a la maestra de juego se ponía al mismo tiempo a regañarla e increparla, siendo así que aquélla era la misma persona adulta a la que se aferraba con todo su cuerpo; le decía: “Eres mala, eres mala”. Con resuelta y colérica determinación mandaba que saliera del aposento a cualquier persona que entraba por la puerta de la guardería. Por mi parte decidí decirle a Ann que comprendía bien que no deseara que nadie que no fuera su madre entrara en aquel cuarto. Después de repetírselo varias veces, salí de la sala y me quedé observando desde la garita durante un rato. Cuando regresé y me fui a sentar a un lejano rincón de la sala de juegos, Ann me miró por el rabillo del ojo y luego mansamente pero impaciente murmuró: “Quiero a mi mamá, quiero a mi mamá”. Entonces apoyó la cabeza en el hombro de la maestra y lloró suavemente. En otras palabras, como consecuencia de mi interpretación, un estado de ánimo libidinal, anhelante, se había impuesto a lo demás y eso permitió a Ann abandonar por un momento la escisión de las imágenes de la madre buena y de la madre mala. Por un tiempo mi entrada o la entrada de cualquier otra persona adulta menos familiar en

la sala de juego se convirtió en el factor que desencadenaba el anhelo de Ann por su madre. Resultaba muy instructivo sin embargo observar que la reunión de Ann con la madre, que la niña parecía desear tanto, nunca era una escena categóricamente jubilosa. Para ambas, el reencuentro era una visible desilusión; en el caso de Ann, la desilusión era también libremente verbalizada.

Nuestros datos, derivados de la observación prestan apoyo a la afirmación de Bibring (1953) de que la respuesta depresiva es "una reacción afectiva básica como en gran medida lo es la angustia". En el curso del proceso de individuación, en algunos niños la acrecida intensidad y duración de la respuesta depresiva parece representar esa habitual reacción afectiva negativa, que eventualmente puede crear una proclividad a la depresión. Creo que la reducción de la "confiada expectación" y la disminución de la autoestima, con el concomitante déficit de agresión neutralizada, crean la base de economía de la libido para que se desarrolle un estado de ánimo depresivo. Se registra una sensación súbita y relativamente intensa de desamparo, como lo hizo notar Bibring (1953) en su análisis de las causas de la depresión, sensación que deriva de la reducción de la "confianza básica" (Erikson, 1950) y del colapso de la creencia del niño en su propia omnipotencia y, después del período edípico, en la omnipotencia de sus padres (véase el tomo I, capítulo XIV; también 1947 b). Sobre la base de la identificación con el "agresor", aquí la madre (A. Freud, 1936), observamos luego cómo la agresión se vuelve contra el sí-mismo (como la víctima del "agresor")... y todo esto ocurre aun antes de que los elementos precursores del superyó se consoliden en la estructura de un superyó.

Aunque las funciones autónomas primarias del yo no parecen adversamente afectadas durante el período que hemos estudiado hasta ahora (desde los cuatro a los treinta y seis meses; en algunos casos seguimos la evolución hasta el cuarto y el quinto año), la cantidad de libido neutralizada y de agresión desagresivizada necesaria para que se cumpla una sana catexia narcisista secundaria del sí-mismo y para que se mantenga una armonía estructural entre el yo y el ideal del yo, no parece tan accesible a estos niños como a aquellos que no sufrieron una aguda pérdida de autoestima y reducción de la confianza en sus objetos de amor durante los segundos dieciocho meses de vida. Las perturbaciones en la armonía interestructural y los obstáculos que se oponen al logro de la constancia objetal están señalados por profunda angustia de separación y otros signos de subida ambivalencia; o bien lo que se observa es una entrega masoquista de la propia individualidad del niño, una precoz sobreidentificación, una pseudoautosuficiencia y una reactividad afectiva disminuida.³

³ La fantasía de la niña de estar castrada y la influencia que tiene esa fantasía en la resultante ambivalencia respecto de la madre parecen explicar la mayor frecuencia con que encontramos, a distintas edades, respuestas depresivas en el sexo femenino.

SOBRE LA SIMBIOSIS HUMANA
Y LAS VICISITUDES DE LA INDIVIDUACION

(1967)

El término *simbiosis* está tomado de la biología, donde se lo usa para designar una estrecha asociación funcional de dos organismos con provecho de ambos.

En las semanas que preceden a la evolución hacia la simbiosis, el recién nacido y el bebé pequeño pasan más tiempo en un estado semejante al sueño que en estado de vigilia. El estado de sueño recuerda aquel estado primario de distribución de la libido durante la vida intrauterina que se asemeja al modelo de un sistema monádico cerrado, autosuficiente en su alucinatoria realización del deseo.

Freud (1911) se valió del huevo de ave como modelo de sistema psicológico cerrado. Decía Freud: "Un claro ejemplo de sistema psíquico cerrado a los estímulos del mundo exterior y capaz de satisfacer *autísticamente* las exigencias de la nutrición... nos es suministrado por el huevo de ave con la reserva de alimento que encierra en su cascarón; por eso, los cuidados que brinda la madre se limitan a proveerlo de calor" (pág. 220 n. ; la bastardilla es mía).

De manera casi simbólica y de conformidad con esta misma línea de ideas, al referirme al estado del sensorio usé la expresión de *autismo normal* para designar las primeras semanas de vida, pues en ellas el bebé parece encontrarse en un estado de primitiva desorientación alucinatoria en el cual la satisfacción de necesidades corresponde a su propia órbita omnipotente, *autística*.

La vida de vigilia del recién nacido gira alrededor de sus continuos intentos de asegurar la homeostasis. El pequeño bebé no puede aislar ni diferenciar el efecto de los servicios que le presta la madre en cuanto a reducir los tormentos del hambre y distinguirlo de sus propios intentos para reducir tensiones, tales como orinar, defecar, toser, estornudar, escupir, regurgitar, vomitar, que son los medios en virtud de los cuales el bebé trata de liberarse de tensiones desagradables. El efecto de estos fenómenos expulsivos, así como la gratificación experimentada por los servicios maternos ayudan al bebé con el tiempo a diferenciar entre una cualidad "agradable" y "buena" y una cualidad "penosa" y "mala" en sus experiencias (t. I, cap. VI).

A través de la facultad perceptiva innata y autónoma del yo primitivo (Hartmann, 1939) se almacenan huellas mnémicas de las dos clases primordiales de estímulos. Podemos además emitir la hipótesis de que tales huellas son catectizadas con energía pulsional indiferenciada primordial (t. I, cap. VI).

A partir del segundo mes, el bebé adquiere oscura conciencia del objeto que satisface necesidades, y este paso marca el comienzo de la fase de simbiosis normal, en la cual el niño se comporta y obra como si él y la madre fueran un sistema omnipotente, una unidad dual dentro de una frontera común.

Mi concepción de la fase simbiótica del desarrollo normal, atendiendo al bebé, está de acuerdo con la concepción de la fase simbiótica de la unidad dual madre-hijo que Therese Benedek (1949, 1959, 1960) describió en varios artículos clásicos atendiendo a los dos miembros de esa unidad primaria.

Es evidente que, mientras durante la fase simbiótica el niño depende *absolutamente* de su socia simbiótica, la simbiosis tiene una significación completamente diferente para la parte adulta de la unidad dual. La necesidad que el niño tiene de la madre es absoluta, en tanto que la necesidad que siente la madre por el hijo es relativa (Benedek, 1959).

En este contexto el término *simbiosis* es una metáfora, pues no designa, como lo hace el concepto biológico de simbiosis, lo que realmente ocurre entre dos individuos separados (Angel, 1967). Se lo tomó para designar ese estado de indiferenciación, de fusión con la madre, en el que todavía el "yo" no se diferencia del "no-yo", y en el que sólo gradualmente el sujeto comienza a sentir como diferente lo interior y lo exterior. Toda percepción desagradable, externa o interna, es proyectada más allá de la frontera común del *milieu intérieur* simbiótico (considérese el concepto de Freud del "yo placer purificado"), que abarca la Gestalt de la figura que administra el maternaje mientras presta sus servicios. Sólo transitoriamente —en el estado del sensorio que se ha llamado de inactividad alerta— el bebé recibe estímulos de más allá del medio simbiótico. La energía primordial que está catectizada en el indiferenciado "yo-ello" aún contiene una confusa mezcla de libido y agresión. Como lo han señalado varios autores, la catexia libidinal puesta en la simbiosis, al reforzar la barrera innata contra los estímulos instintuales, protege al yo rudimentario de esfuerzos prematuros en esa fase, lo protege de traumas de estrés.

El rasgo esencial de la simbiosis es la fusión somatopsíquica omnipotente, alucinatoria o delusoria, con la representación de la madre y, en particular, es la delusión de una frontera común de dos individuos que de hecho están físicamente separados. Este es el mecanismo a que apela el yo en regresión en los casos de muy grave perturbación del proceso de individuación y de desorganización psicótica que yo describí como "psicosis infantil simbiótica" (t. I, caps. VI y VII).

En el género humano la función de autoconservación y sus órganos están atrofiados. El yo rudimentario del bebé recién nacido y del niño pequeño debe ser complementado por el *rappport* emocional de los cuidados de crianza de la madre, por una especie de simbiosis social. Es dentro de esta matriz de dependencia fisiológica y sociobiológica respecto de la madre donde se produce la diferenciación estructural que permite al individuo organizarse para la adaptación: el yo.

Ribble (1943) ha señalado que por obra del maternaje el bebé es gradualmente desviado de su innata tendencia a la regresión vegetativa, visceral, y es orientado hacia una conciencia sensorial y un contacto cada vez mayor con el ambiente. Desde el punto de vista de la energía o catexia libidinal, esto significa que se produce un progresivo desplazamiento de la libido, que pasa del interior del cuerpo (especialmente de los órganos abdominales) a su periferia (véase el t. I, cap. VII; también Greenacre, 1945a).

En este sentido yo propondría distinguir, dentro de la fase del *narcisismo primario* —un concepto freudiano que considero muy provechoso tener en cuenta— dos subfases: durante las primeras semanas de vida extrauterina, un estadio de narcisismo primario *absoluto* caracterizado por la falta de conciencia de un agente de maternaje. Llamé a este estadio “autismo normal”, como ya dije. En la otra subfase, el estadio simbiótico propiamente dicho (que comienza alrededor del tercer mes de vida), aunque todavía persiste el narcisismo primario, no se trata de un narcisismo primario absoluto, en la medida en que el bebé comienza a percibir oscuramente que la satisfacción de sus necesidades procede de un objeto parcial, y, con todo, procede del interior de la órbita de su unidad dual omnipotente y simbiótica con un agente que brinda maternaje, hacia el cual el niño se vuelve libidinalmente (Schur, 1966).

Pari passu y según las secuencias de placer y displacer se produce la demarcación de las representaciones del yo corporal dentro de la matriz simbiótica. Esas representaciones quedan almacenadas como la “imagen del cuerpo” (Schilder, 1935).

A partir de ese momento, las representaciones del cuerpo contenidas en el rudimentario yo median entre percepciones interiores y percepciones exteriores. El yo es modelado bajo el influjo de la realidad, por un lado, y de las pulsiones instintuales, por el otro. El yo corporal contiene dos clases de representaciones de sí mismo: hay un núcleo interno de la imagen corporal, con una frontera que está vuelta hacia el interior del cuerpo y lo divide del yo; y hay una capa exterior de engramas sensorio-perceptivos que contribuye a formar las fronteras del “sí-mismo corporal”.

Desde el punto de vista de la “imagen del cuerpo”, el desplazamiento de la catexia predominantemente propioceptiva y enteroceptiva hacia la catexia sensorio-perceptiva de la periferia representa un importante paso en el desarrollo. No comprendíamos su importancia antes de los estudios psicoanalíticos de la psicosis infantil temprana. Ahora sabemos que este importante desplazamiento de catexia es un requisito esencial para que se forme el yo corporal. Otro paso paralelo es la expulsión (por proyección) de energía agresiva y destructiva no neutralizada más allá de las fronteras del sí-mismo corporal.

Las sensaciones internas del niño forman el *núcleo* de su sí-mismo. Esas sensaciones parecen constituir el punto central, el punto de cristalización del “sentimiento del sí-mismo” alrededor del cual se establecerá un “sentido de identidad” (Greenacre, 1958; Mahler, 1958 b; Rose, 1964, 1966). El órgano sensorio-perceptivo —la “corteza periférica del yo”, como lo llamó Freud— contribuye principalmente a establecer la demarcación entre el sí-mismo y el mundo objetal. Las dos clases de estructuras intrapsíquicas *juntas* forman el marco dentro del cual se orienta el sí-mismo (Spiegel, 1959).

Los dos miembros de la díada simbiótica, por otro lado, pueden considerarse como agentes que polarizan los procesos de organización y estructuración. Las estructuras que derivan del doble punto de referencia de la unidad simbiótica representan un marco con el que deben relacionarse todas las experiencias antes de que existan en el yo representaciones claras y totales del sí-mismo y del mundo objetal. Spitz (1965) llama a la madre el yo auxiliar del hijo. En la misma línea de ideas creo que la “conducta de sostén” de quien brinda maternaje, que es la “preocupación materna primaria”, es el elemento organizador simbiótico (Winnicott, 1956 a).

En una serie de artículos describí hasta ahora fallas extremas de estos procesos de estructuración. En esos artículos me refería a las perturbaciones más graves y a la desorganización de los principios de estructuración en la psicosis infantil. En este trabajo deseo atenerme principalmente a las observaciones del desarrollo normal.

Greenacre (1958) hizo notar que "es extremadamente difícil decir con exactitud en qué momento de su desarrollo el organismo humano deja de ser una organización biológica para transformarse en una organización *psicobiológica*". Para Schur (1966) ese momento es aquel en que el "deseo" reemplaza a la "necesidad puramente fisiológica".

Las implicaciones de los recientes estudios fisiológicos sobre el sueño y sobre la actividad REM en bebés muy pequeños son sumamente interesantes y en realidad estimulantes (Roffwarg, Muzio y Dement, 1966; Fischer, 1965).

Los psicólogos experimentales nos dicen que, en los primeros dos meses de vida, el aprendizaje se lleva a cabo por condicionamiento. Pero alrededor del tercer mes puede demostrarse experimentalmente la existencia de huellas mnémicas. Spitz (1965) consideró esta circunstancia como el comienzo del aprendizaje de conformidad con los criterios humanos. El aprendizaje por condicionamiento es reemplazado luego gradualmente por el aprendizaje mediante la experiencia. Aquí está también el comienzo primero de la relación simbiótica. Podemos decir que, así como en la fase casi prehistórica de omnipotencia alucinatoria mágica el pecho de la madre o el biberón *forman parte* del sí-mismo, alrededor del tercer mes el objeto comienza a ser percibido como un *objeto parcial no específico que satisface necesidades* (A. Freud, 1965).

Cuando la necesidad no es tan imperativa, cuando cierto grado de desarrollo permite al bebé mantener en suspenso las tensiones, es decir, *cuando es capaz de esperar confiadamente la satisfacción*, sólo entonces cabe hablar *del comienzo de un yo* y también de un objeto simbiótico. Esto es posible por la circunstancia de que parece haber huellas mnémicas de los *placeres de gratificación* relacionados con el recuerdo de la Gestalt de los servicios prestados por la madre.

La específica respuesta sonriente que se percibe en el punto culminante de la fase simbiótica indica que el bebé está reaccionando a su socia simbiótica de manera diferente de aquella en que responde a otros seres humanos. En la segunda mitad del primer año, esa socia simbiótica ya no es intercambiable; múltiples modos de conducta del pequeño de cinco meses indican que en ese momento *ha alcanzado una relación específica simbiótica con su madre* (Spitz, 1965).

En 1954, Anna Freud nos recordaba que podíamos concebir la configuración pregenital como el caso de dos personas unidas para alcanzar lo que podríamos llamar "equilibrio homeostático" (véase Mahler, 1954 a). Al mismo fenómeno se lo podría designar con la expresión "relación simbiótica". *Más allá de cierto grado, que empero aún no hemos logrado determinar, el organismo inmaduro no puede alcanzar la homeostasis por su propia cuenta*. Cuando durante la fase autística o la fase simbiótica se da "desazón del organismo" —ese antecesor de la ansiedad propiamente dicha—, la parte que prodiga maternaje está llamada a contribuir con una buena dosis de ayuda simbiótica al mantenimiento de la homeostasis del bebé. De otra manera los procesos neurobiológicos se desquician. En ese momento se almacenan huellas mnémicas somáticas que se amalgaman con experiencias posteriores y que pueden incrementar las ulteriores presiones psicológicas (Greenacre, 1958).

Los conocimientos sobre los fenómenos simbióticos, que al principio expuse apoyándome en la observación de la conducta de madre e hijo en clínicas para bebés sanos y también en la reconstrucción a partir de estudios sistemáticos de graves síndromes psicóticos simbióticos, fueron luego complementados por nuestro estudio de madres normales con sus hijos normales durante los primeros tres años de vida, es decir, durante el proceso de separación-individuación.

Hemos complementado los conocimientos sobre esos procesos mediante el estudio y la observación de madres normales con sus hijos normales, cuya evolución seguimos durante los primeros tres años de vida. Seguimos esa evolución desde la simbiosis, a través del proceso de separación-individuación, hasta el período en que se establece la constancia objetal libidinal en el sentido de Hartmann (1964).

PARTIENDO DE LA SIMBIOSIS SE DESARROLLA EL PROCESO INTRAPSIQUICO DE SEPARACION-INDIVIDUACION

A fin de exponer una formulación más exacta de estos procesos aún (hasta el tercer año) esencialmente preverbales, hemos tratado de determinar modos de conducta característicos que acompañan a los hechos intrapsíquicos que parecen darse regularmente durante la separación-individuación. En artículos anteriores, describí las subfases de ese proceso. El concepto de subfases fue fructífero por cuanto nos ayudó a determinar los puntos *nodales* de esos procesos de estructuración y desarrollo. Comprobamos que esos puntos eran característicos de las encrucijadas de la individuación. Su descripción facilitó en gran medida el ordenamiento de nuestros datos dentro de un marco de referencia psicoanalítico.

A continuación deseo referirme sólo a unos pocos puntos que pueden ilustrar y en cierto modo complementar recientes concepciones metapsicológicas. Estas concepciones han señalado la importancia que tiene la *simbiosis humana óptima* en las vicisitudes de la individuación y en el establecimiento de un "sentido de identidad" estable en cuanto a la catexia.

Quisiera mencionar un importante descubrimiento fisiológico y experimental que se refiere al paso de la fase autística a la fase simbiótica. Ese descubrimiento sitúa el *comienzo* de ese paso a *finés* del primer mes. Existen correspondientes comprobaciones —por ejemplo las realizadas por John Benjamin (1961)— que muestran que alrededor de las tres o cuatro semanas de edad tiene lugar una crisis de maduración. Esto se ve confirmado por estudios electroencefalográficos y por la observación de que en ese momento se produce un considerable aumento de la sensibilidad general a los estímulos exteriores. Como dijo Benjamin, "sin la intervención de una figura materna que ayude a reducir las tensiones, el bebé de esa edad suele ser abrumado por los estímulos y tiende a llorar y a exhibir otras manifestaciones motrices de afecto negativo indiferenciado".

Desde un punto de vista metapsicológico, esto parece significar que alrededor del segundo mes la barrera casi sólida contra los estímulos (que es negativa porque no está catectizada) —ese caparazón autístico que protege de los estímulos exteriores— comienza a resquebrajarse. En virtud de ese desplazamiento de catexia antes mencionado que se dirige hacia la periferia sensorio perceptiva, comienza a formarse

y a envolver la órbita simbiótica de la unidad dual madre-hijo un escudo protector de estímulos que es empero también receptivo y selectivo y está positivamente catectizado (Mahler, 1967). Esta frontera en alto grado selectiva parece contener no sólo las representaciones del sí-mismo anteriores al yo sino también los objetos parciales simbióticos aún no diferenciados y libidinalmente catectizados dentro de la matriz simbiótica madre-hijo.

En el momento culminante de la simbiosis —alrededor de los cuatro o cinco meses— la expresión facial de la mayor parte de los bebés se hace mucho más diferenciada, sutil y móvil. Durante los períodos en que el bebé está despierto, refleja muchos más matices de “estados” —que ahora ya pueden considerarse “estados del yo”— que en la fase autística.

Por los “estados” del recién nacido —que describió Peter Wolff (1959)— estimamos de una manera muy general los estados del sensorio. En el curso de la fase simbiótica podemos seguir, por los “estados del yo” del bebé, la oscilación de su atención entre sus sensaciones *internas* y las atracciones libidinales simbióticas. Durante su estado de “inactividad alerta” la atención del niño se vuelve hacia el mundo exterior, pero esa actividad comprende todavía principalmente percepciones que están más o menos *estrechamente* relacionadas con la madre.

El indicador de la atención dirigida hacia afuera parece ser el prototípico esquema visual bifásico de volverse hacia un estímulo exterior y luego verificarlo con la Gestalt de la madre, especialmente con su rostro. Partiendo de esta especie de exploración se desarrollan luego elementos que indican reacción a lo extraño. La actividad perceptiva dirigida hacia el exterior reemplaza gradualmente la catexia de la atención dirigida al interior, que hasta muy poco antes estaba invertida casi exclusivamente en sensaciones internas no orientadas simbióticamente. En ese momento puede comenzar el proceso que podríamos llamar con propiedad *salida del cascarón*.

Las secuencias de gratificación y frustración promueven la estructuración, pero, como lo han señalado varios autores, es importante que en los primeros meses de vida las tensiones no permanezcan por mucho tiempo en un nivel *excesivamente* alto. Si se dan traumas de estrés durante los primeros cinco meses de vida, la *socia* simbiótica —ese *yo auxiliar*— debe acudir para salvar al bebé de las presiones de tener que desarrollar *prematuramente sus propios recursos*. Como lo declaró Martin James (1960): “El desarrollo prematuro del yo implica que el bebé (durante la fase de narcisismo primario) asume realmente funciones de la madre o comienza a obrar *como si lo hiciera*”. Winnicott (1965) y otros analistas británicos llaman a este fenómeno el desarrollo de un “falso sí-mismo”; con esta expresión se refieren, según creo, *al comienzo de los mecanismos de “como si”*.

Cuando el placer que provocan las percepciones sensoriales exteriores se suma a las presiones madurativas para estimular la catexia de la atención dirigida hacia afuera —mientras en el interior hay un grado óptimo de placer y, por lo tanto, un *anclaje seguro* en la órbita simbiótica—, estas dos formas de catexia de la atención pueden oscilar libremente (Spiegel, 1959; Rose, 1964). El resultado es un estado simbiótico óptimo, a partir del cual puede producirse una serena diferenciación y *expansión más allá de la órbita simbiótica*.

Creo que el proceso de salir de la membrana simbiótica es una gradual evolución ontogenética del sensorio —del sistema perceptivo consciente— que hace que el pe-

queño tenga un *sensorio permanentemente alerta* cuando está totalmente despierto.

Resulta fascinante observar cómo se desenvuelve el prototipo de la catexia de la atención dirigida al exterior, cómo el proceso de diferenciación del niño normal es guiado por el esquema de "verificar" con la madre, tomada como punto de orientación (Rose, 1964). Este esquema de verificación y también la conducta llamada "inspección de aduana" (Brody y Axelrad, 1966) (que consiste en el cuidadoso examen visual y táctil, más o menos deliberado, que hace el bebé de los rasgos del rostro de personas que no son su madre y que él compara punto por punto con la representación preobjetal o con la representación objetal parcial de la madre), reaparecen en una manera más expandida y más completa durante el período que abarca aproximadamente desde los diez hasta los dieciséis meses, es decir, durante la subfase de ejercitación del proceso de separación-individuación. En ese momento tal conducta es complementada por lo que Furer llamó "reabastecimiento emocional".

EL SEGUNDO DESPLAZAMIENTO MASIVO DE CATEXIA

El punto culminante del proceso de "salida del cascarón" parece coincidir con el ímpetu madurativo de la locomoción activa, que aporta consigo incrementada presión madurativa "para la acción", para la práctica de la locomoción y para la exploración de sectores cada vez más amplios de la realidad. A partir del último trimestre del primer año, esta actividad impulsa al bebé a separarse espacialmente de su madre y a practicar la separación y el retorno activos, físicos. Esta actividad tendrá una gran influencia catalizadora en el ulterior desarrollo del yo.

Cuanto más se aproxima al punto óptimo la simbiosis, cuanto más satisfactoria haya sido la conducta de sostén de la madre, cuanto más dispuesta haya estado la socia simbiótica a ayudar al bebé a salir serena y gradualmente de la órbita simbiótica —es decir, sin indebidos esfuerzos y sin apelar excesivamente a sus propios recursos—, tanto mejor equipado estará el niño para separarse y para diferenciar las representaciones de su sí-mismo de las representaciones simbióticas en las que se fundían el sí-mismo y el objeto. Pero ni siquiera en el auge de la segunda subfase de individuación —es decir, durante el período de ejercitación— están las representaciones diferenciadas del sí-mismo o las representaciones del objeto integradas en una representación total del sí-mismo o en una representación total del objeto libidinal.

Entre los muchos aspectos de la relación que une a la madre y el hijo durante la primera infancia, nos impresionó especialmente el fenómeno de la mutua selección de señales. Observamos que los niños emiten una gran variedad de señales para indicar necesidades, tensiones y placeres (capítulo II). De manera compleja, actúa selectivamente, respondiendo sólo a *algunas* de estas señales. Poco a poco el niño va alterando su conducta según estas respuestas selectivas; lo hace de una manera característica, que es el resultado de sus propias dotes innatas y de la relación madre-hijo. De esta interacción circular surgen modos de conducta que ya muestran ciertas cualidades generales de la personalidad del niño. Lo que nos parece ver aquí es el nacimiento del niño como individuo (Lichtenstein, 1964).

Es la necesidad inconsciente específica de cada madre lo que activa aquellas de

las infinitas potencialidades del pequeño que en especial crean para ella “el hijo” que refleja sus necesidades únicas e individuales. Desde luego que este proceso se desarrolla dentro del alcance de las dotes innatas del niño.

El intercambio recíproco de señales durante la fase simbiótica crea esa configuración indeleblemente impresa —ese complejo esquema— que se convierte en el *leitmotive* para que “el niño llegue a ser hijo de su particular madre” (Lichtenstein, 1961).

En otras palabras, la madre suministra —de innumerables maneras— una especie de “marco de referencia especular” al que se ajusta automáticamente el sí-mismo primitivo del pequeño. Si la “preocupación primaria” de la madre por el hijo —si el funcionamiento especular de la madre durante la primera infancia— es impredecible, inestable, penetrada por la ansiedad u hostil; si la confianza que tiene en ella misma como madre es escasa, entonces el niño en proceso de individuación se encuentra sin un marco de referencia seguro para verificar sus experiencias con la socia simbiótica en el plano perceptivo y en el plano emocional (Spiegel, 1959). El resultado será un trastorno en el primitivo “sentimiento de sí mismo”, que normalmente derivaría de un estado de simbiosis agradable y seguro y del cual el niño no debería tener que salir prematura ni bruscamente.

El método primario de formación de la identidad consiste en el reflejo mutuo durante la fase simbiótica. Este reflejar narcisista, libidinal, mutuo, refuerza la delineación de la identidad —por magnificación y *reduplicación*—, una especie de fenómeno de eco que describieron muy bellamente Paula Elkisch (1957) y Lichtenstein (1961).

En artículos anteriores describí con algún detalle el segundo desplazamiento masivo de catexia en el desarrollo ontogenético, desplazamiento que parece producirse cuando comienza el período de ejercitación (capítulo V). En ese momento, una gran proporción de la catexia disponible se desplaza desde dentro de la órbita simbiótica hacia los aparatos autónomos del sí-mismo y las funciones del yo: la locomoción, la percepción, el aprendizaje.

En nuestro estudio observamos el proceso intrapsíquico de separación-individuación: el logro del niño que consiste en funcionar separadamente en presencia de una madre emocionalmente accesible. Aun en estas condiciones, tal proceso, por su misma naturaleza, confronta una y otra vez al niño con amenazas mínimas de pérdida objetal. Sin embargo, y a causa del predominio del placer en el funcionamiento separado, el proceso le permite superar esa dosis de angustia de separación que entraña *cada nuevo paso* hacia la separación.

En lo que se refiere a la parte que prodiga maternaje, en el período de ejercitación ésta debe afrontar el impacto que representa el ímpetu hacia la autonomía individual del pequeño, impacto agravado por la aparición inminente —e importante para la separación intrapsíquica y la formación de las fronteras del sí-mismo— de la conducta negativista propia de la fase anal (A. Freud, 1951 a; Spock, 1963).

El período de ejercitación culmina hacia mediados del segundo año en la marcha libre y erecta del pequeño, quien parece haber alcanzado la cima de su estado de ánimo jubiloso. En ese momento se encuentra en su apogeo su creencia en su propia omnipotencia mágica, que aún deriva en gran medida *de su sensación de compartir los poderes mágicos de su madre*.

FORMULACION DE LOS PROCESOS INTRAPSIQUICOS DEL SEGUNDO AÑO DE VIDA

Pero muchas madres toman el primer paso que da sin ayuda su hijo (quien intrapsíquicamente en modo alguno ha salido del cascarón) como el anuncio de que ahora ya es un niño crecido. Esas madres pueden ser de las que interpretan las señales del hijo según que lo perciban como una prolongación de ellas mismas o como un individuo separado. Algunas, cuando el hijo alcanza esta etapa, tienden a "abandonarlo" a sus propios recursos en forma algún tanto precipitada y prematura. Reaccionan, pues, con una especie de mecanismo de liberación a la traumatización de sus propias necesidades simbióticas. Esas necesidades pasan al primer plano a causa de que la presión madurativa capacita y empuja al niño, al comenzar su segundo año de vida, a practicar el "nuevo estado del sí-mismo": la separación física.

Un ejemplo de esta situación lo ofrece Jay, que a los diez meses y medio había aprendido *precozmente* a caminar. En ese momento, su esquema corporal y su orientación espacial se encontraban todavía en un estadio de *confusión y fusión simbióticas*, según lo revelaban innumerables signos de su conducta.

El niño de doce a catorce meses, que está pasando gradualmente por el proceso de separación-individuación, abandona el gateo, se yergue y comienza a dar sus primeros pasos sin ayuda, al principio con grandes precauciones pero así y todo de manera exuberante. Automáticamente se asegura de tener algún apoyo a su alcance. También cuenta con su capacidad de dejarse deslizar seguramente al suelo para quedar en posición sentada cuando se ve en apuros, por así decirlo. Pero Jay, aun cuando se bamboleaba mucho y no estaba nada seguro sobre sus pies, no hacía ninguna de estas cosas.

Por obra de la maduración de los aparatos del yo —y facilitado por el flujo de energía de desarrollo (E. Kris, 1955)— se registrará un proceso relativamente rápido pero ordenado de separación-individuación en el segundo año de vida. A los dieciocho meses, el niño parece hallarse en el punto más importante del proceso de tener que afrontar su separación física respecto de la madre. Esto coincide con su logro cognitivo y perceptivo de la permanencia de objetos, en el sentido de Piaget (1936). Ese es el momento en que su inteligencia sensoriomotriz comienza a transformarse en verdadera inteligencia representativa y en que comienza el importante proceso de internalización, en el sentido de Hartmann (1939), muy gradualmente mediante identificaciones del yo.

Jay no mejoró su destreza en la locomoción durante el segundo año de vida. Continuaba impresionándonos por la impetuosidad y tenacidad de su actividad locomotriz y por la frecuencia con que se colocaba en situaciones peligrosas y se caía. Trepaba a lugares altos y era peculiar que no advirtiera los obstáculos que tenía en su camino. Durante toda esa época era notable que la madre no hiciera literalmente ningún movimiento para protegerlo. La conducta de Jay, por lo menos al comienzo, era sin embargo una tácita apelación a la madre. Lo supusimos así porque el número de sus caídas disminuía claramente cuando la madre no estaba en la sala.

La precoz maduración locomotriz de Jay —con la cual no guardaban relación las otras líneas de desarrollo del yo— habría hecho aun más imperativo que la madre continuara obrando como el yo auxiliar del hijo a fin de salvar la evidente brecha

que existía entre el desarrollo motor del niño y su desarrollo cognitivo perceptivo.

Pero los conflictos internos de la madre determinaban que se mostrara casi paralizada a la vista de las peligrosas proezas motrices de su pequeño hijo.

Como ya dije, muchas madres no asisten debidamente a sus hijos porque les resulta difícil lograr intuitiva y naturalmente un equilibrio óptimo entre prestar ayuda y simplemente mantenerse al alcance del niño, observando desde lejos. En otras palabras, para muchas madres de nuestra cultura no es en modo alguno fácil abandonar serenamente su "conducta de sostén simbiótico" y brindar en cambio al hijo un apoyo óptimo en un nivel superior, emocional y verbal, mientras le permiten ejercitar su recién adquirida autonomía en el segundo año de vida.

La madre de Jay mostraba este conflicto en un grado singular; a la distancia vigilaba continuamente a su hijo como un halcón, pero no hacía el menor movimiento para ayudarlo. Creo que el retraso en el desarrollo de Jay —retraso causado por la precocidad de su maduración locomotriz, en combinación con la actitud de la madre, que nunca protegía el cuerpo de Jay— fue lo que provocó un deterioro aparentemente irreparable en cada una de las tres estructuras esenciales de la personalidad de Jay en proceso de individuación.¹

El período que va desde los dieciséis a los dieciocho meses parece ser un punto *nodal* del desarrollo. El niño se encuentra entonces en el apogeo de lo que Joffe y Sandler (1965) llamaron "el estado ideal del sí-mismo". Esta es, creo, la compleja representación afectiva de la unidad dual simbiótica con su acentuado sentimiento de omnipotencia —aumentado por la creencia que el niño tiene ahora en su propio poder mágico— como resultado de la rápida maduración de sus funciones autónomas.

LOS SEGUNDOS DIECIOCHO MESES DE VIDA

En los siguientes dieciocho meses, este "estado ideal del sí-mismo" debe despojarse de sus aditamentos delusorios. De manera que los segundos dieciocho meses de vida representan un período de vulnerabilidad. Es en ese momento cuando la autoestima del niño puede sufrir una brusca reducción.

En circunstancias normales, este niño ya mayor en su creciente autonomía ha comenzado a corregir en parte la sobreestimación delusoria de su propia omnipotencia. En el curso de la individuación, la internalización ha comenzado mediante una verdadera identificación del yo con los padres.

Jay no parecía capaz de aprender de la experiencia. Continuaba sufriendo sus feos caídas, siempre con la misma frecuencia y sin apropiadas reacciones afectivas. Parecía peculiarmente falto de sensibilidad al dolor físico. Esta *negación del dolor* estaba de acuerdo con la creencia reactiva de la madre de que el hijo era realmente insensible al dolor. De esta manera Jay, además de halagar el orgullo de la madre, conquistó de las madres de otros niños del grupo el sobrenombre de "Jay, maravilla sin dolor".

¹ Que el evidente defecto en la coordinación visomotriz se debiera a causas orgánicas o funcionales es en primer lugar una cuestión discutible, y por ahora, según creo, indeterminable, aunque sea interesante.

Aun a los veinte meses, Jay mostraba escasa capacidad para “contener la descarga inmediata de los impulsos y el maltrato de materiales”. Podría caracterizarse su conducta como impulsiva, reiterativa y desorientada en el espacio; Jay parecía retrasado para su edad en cuanto a la prueba de realidad. Cuando perseguía una meta en el espacio pasaba por alto los obstáculos que se interponían entre su cuerpo y la meta que se había propuesto alcanzar; sencillamente chocaba con ellos.

Los exámenes descartaban cualquier trastorno neurológico, una cuestión que naturalmente a todos nos interesaba establecer. La doctora Sally Provence, que examinó a Jay y lo sometió a tests, opinó, lo mismo que nosotros, que Jay era un niño fundamentalmente bien dotado, cuyo desarrollo intelectual se veía perjudicado por sus problemas psicológicos.

Una de las comprobaciones decisivas que hicimos en nuestro estudio, aunque no la principal, se refiere al hecho de que, *en el desarrollo intrapsíquico normal, la adquisición de la permanencia objetal* (en el sentido de Piaget) *y la de la constancia objetal libidinal* (en el sentido de Hartmann) (capítulo VII) *no son simultáneas*. La constancia objetal libidinal se alcanza mucho más gradualmente que la permanencia objetal y, por lo menos al comienzo, es una facultad más o menos “fluctuante”, creciente y decreciente. Hasta alrededor de los treinta meses depende en gran medida de los estados de ánimo y los estados del yo del niño y también de la relación madre-hijo en ese momento.

En el caso de Jay parecía haber demasiado poca catexia *neutralizada* disponible al terminar la cuarta subfase del proceso de individuación, la subfase en que se alcanza gradualmente la *constancia objetal libidinal*.

De manera que durante la segunda mitad del segundo año de vida el niño adquiere conciencia cada vez más clara de su condición física separada. Además desaparece aquel relativo olvido de la presencia de su madre, que predominaba durante el período de ejercitación (capítulo I).

Y entonces el niño de dieciséis a dieciocho meses puede sentirse súbita y profundamente sorprendido por situaciones —por ejemplo, cuando se lastima— en las que la madre no está automáticamente a mano para impedir el accidente.

El anterior olvido relativo de la presencia de la madre es reemplazado gradualmente por una conducta activa de aproximación en un nivel mucho más elevado. A medida que comprende que tiene la facultad de apartarse físicamente de la madre, el niño parece tener una acrecida necesidad, así como el deseo, de compartir con ella toda nueva adquisición de destreza y experiencia. Por eso podemos llamar a esta subfase del proceso de separación-individuación, período de *reacercamiento* (capítulos I y IV).

A los treinta meses la formación primaria de la identidad de Jay mostraba, como en un reflejo deformado, las actitudes no integradas y los rasgos esquizoides de la personalidad de la madre.

La perplejidad de la madre parece haberse desencadenado por el desarrollo precoz de Jay, en el sentido físico, que le permitió apartarse de ella. La madre era capaz de responder positivamente a Jay sólo cuando éste se dirigía directamente a ella. Pero los niños, especialmente en el período de reacercamiento, no corren hacia sus madres para ser abrazados o alzados. Más bien se aproximan a la madre en un nivel emocional superior; por ejemplo, le llevan cosas o hacen contacto con ella mediante gestos y palabras. Generalmente Jay jugaba a cierta distancia de la madre pe-

ro en ocasiones miraba en la dirección de ésta. Era muy poco frecuente el contacto entre ambos. Cuando esto ocurría se debía a que la madre se llegaba hasta donde estaba Jay y se ofrecía a leerle algo o bien Jay se acercaba a la madre con un libro en la mano para que se lo leyera.

Así pudimos comprobar cómo Jay recogía una señal que era un eco magnificado del deseo de la madre (que nosotros conocíamos muy bien) de que su hijo fuera "un intelectual destacado". Casi podíamos prever que en él se daría una de las fustas variaciones del *leitmotive* (Lichtenstein, 1961) que con tanta frecuencia se inculca a los niños de nuestro tiempo y que Helen Tartakoff trató en su artículo "The normal personality in our culture and the Nobel Prize complex" (1966).

Ya a los dos años Jay se complacía mucho en el uso de las palabras. Por un tiempo esta adquisición del lenguaje había mejorado la comunicación entre Jay y su madre. Sin embargo, a fines del tercer año de vida y a *comienzos del cuarto*, se hizo cada vez más manifiesto que había un serio trastorno en las "líneas de desarrollo" de Jay en el sentido de Anna Freud (1965), tanto en lo tocante a su ritmo de crecimiento como a su calidad. Así resultó un serio déficit en las funciones de integración y síntesis del yo de Jay. En aquel momento, el mecanismo contrafóbico que observamos en el segundo año de Jay —la conducta impulsiva de descarga— había sido reemplazado por mecanismos fóbicos de evitación.

El punto que deseo destacar en esta exposición pide que consideremos ciertos elementos del defectuoso proceso de individuación de Jay. Pensamos que la deficiencia fundamental era la deformada imagen corporal de Jay, lo cual lo privaba del núcleo de la formación primaria de identidad y de un seguro sentimiento del sí-mismo catectizado con energía neutralizada. Además, como la función polarizadora de la unidad dual simbiótica de esta pareja de madre e hijo fallaba en este pequeño, se observaba la evidente falta de un marco de referencia para percibir la realidad exterior extrasimbiótica. En consecuencia, el mundo intrapsíquico de representaciones no tenía claras fronteras entre el sí-mismo y el objeto y continuaban siendo deficientes las fronteras entre el yo y el ello y también las fronteras y conexiones entre las partes del yo. De manera que aquí podría afirmarse que se había perpetuado la confusión simbiótica. Dos signos notables de la conducta de Jay eran la manera de manejar su cuerpo en el espacio y la perturbación que manifestaba, en palabras y acciones, al proyectar experiencias en el tiempo.

Cuando trasladamos a Jay de las instalaciones de nuestro estudio a la escuela guardería, preveíamos que el niño alcanzaría un ajuste fronterizo con rasgos esquizoides si no se le aplicaba una terapia emocional correctiva en el sentido de Alpert (1959). Pensábamos que el niño no tenía ningún asidero válido en la formación del núcleo de su identidad y que no había fronteras entre el ello y el yo, ni entre el sí-mismo y un mundo objetal suficientemente estructurado y suficientemente catectizado con energía neutralizada. Además, no quedaba suficiente energía neutralizada disponible para el desarrollo del yo, de manera que también resultaba cuestionable el establecimiento de la constancia objetal libidinal. Así quedaba grandemente reducida la posibilidad de una formación secundaria de identidad mediante verdaderas identificaciones del yo y mediante la internalización.

Ahora prevemos que Jay se verá obligado a desarrollar en la adolescencia y en la edad adulta, como ya comenzó a hacerlo a los siete años, mecanismos de "como si" a fin de poder actuar con su "falso sí-mismo" en su ambiente social. Baste decir que

Jay me recordó a varios pacientes sometidos a análisis, cuyo problema central era la incesante búsqueda de su lugar en la vida, la búsqueda de una identidad (Ross, 1967).

Me recordaba especialmente a un paciente a quien traté en el extranjero cuando era niño y en su adolescencia en este país. Logré reconstruir con bastante exactitud la historia del desarrollo de Charlie por el material entregado en sus intermitentes análisis y por la ayuda que me prestó el íntimo conocimiento que yo tenía de la personalidad de sus padres.

Reconstruí una fase simbiótica parasitaria muy larga con una madre narcisista que, si bien era muy seductora, sólo aceptaba a Charlie en tanto pudiera verlo como una prolongación de su sí-mismo narcisista. No tenía la menor consideración por el pequeño como un individuo por derecho propio. Necesitaba constantemente tener bebés a quienes abrazar y siguió teniendo hijos hasta el climaterio.

Después de aquella relación simbiótica parasitaria, la madre abandonó bruscamente a Charlie a sus propios recursos cuando éste se encontraba a comienzos del tercer año. Charlie realizó entonces una fuerte identificación especular con su padre. Pero éste sufría de una depresión paralizante que lo obligó a recluírse cuando Charlie tenía tres años. Esta circunstancia coincidió con el momento en que la madre dio a luz a uno de sus muchos bebés. De manera que en esos peligrosos segundos dieciocho meses de vida, Charlie no tuvo acceso a ninguno de los dos objetos de amor primario para catectizar y para llevar a cabo identificaciones del yo.

Charlie nunca alcanzó la constancia objetal libidinal. En cambio, su identificación con la madre fue total, tanto que una vez, cuando la madre lo llevaba en automóvil al jardín de infantes y accidentalmente atropelló a un hombre, Charlie se comportó como si él lo hubiera lastimado *deliberadamente*. No quiso seguir hasta la escuela: temía que la policía lo arrestara. A partir de ese momento insistió en usar anteojos oscuros que ocultaran su rostro. Se hizo intolerablemente destructivo, atacaba a la madre arrojándole objetos, que dirigía a sus ojos. Al mismo tiempo, manifestó fobia por el fuego y temor a quedarse ciego.

En el análisis del niño se entendieron sus síntomas como un intento de reexternalizar —expulsar— la peligrosa figura materna introyectada. Pero como la figura paterna le era inaccesible, aquel intento dejó a Charlie enteramente empobrecido en cuanto a catexia objetal.

Entre aquel análisis del niño y la primera adolescencia transcurrió un tiempo en que perdí de vista a Charlie mientras él y su familia continuaban viviendo en el extranjero.

Charles tenía dieciséis años cuando reanudé su análisis aquí, en los Estados Unidos. Durante el intervalo había sufrido un profundo cambio en su personalidad. El proceso de maduración y/o de desarrollo había cambiado, o mejor dicho, había transformado a aquel Charlie exuberante, agresivo e incontenible del período de prelatencia y de la latencia temprana en un joven sumiso, complaciente, muy pasivo y dócil, con cierta vena de crueldad oculta, que él se esforzaba en disimular y esconder hasta a sí mismo.

Charles tenía un elevado ideal del yo —no internalizado— e imitaba a su padre hasta en su manera de hablar. Aun cuando parecía tratar siempre de liberarse de la influencia de su madre, el material analítico revelaba que el paciente continuaba buscando a la madre “buena” que satisfacía sus necesidades en la fase simbiótica. Pero

al mismo tiempo Charles se espantaba de la posibilidad de volver a quedar absorbido en la simbiosis. Apenas encontraba un objeto de amor, se las componía de alguna manera para perderlo por temor a que la muchacha lo absorbiera y él quedara así "perdido". Creo que éste era el mismo mecanismo con el que tanto había pugnado cuando tenía cinco y seis años para expulsar a la figura materna introyectada.

Por falta de una formación secundaria de identidad, que se logra mediante identificaciones del yo, Charles parecía obligado a buscar su identidad a fin de llenar su penoso vacío interior, del que se quejaba continuamente.

Se había propuesto —como suelen hacerlo de manera encubierta o franca estos casos fronterizos— hacerse famoso o por lo menos llegar a ser importante. Pero su desempeño, que era muy bueno, parecía muy insatisfactorio medido según el elevado ideal de su yo. De suerte que Charles se sentía atormentado por su baja autoestima. Culpaba a su madre de esa discrepancia, porque ella había sido quien le había hecho creer en la niñez que era "un genio".

En la adolescencia Charles mostró un estado peculiarmente falto de afectos. Carecía del encanto que para Helene Deutsch y otros es una de las características de las verdaderas personalidades "como si" (Ross, 1967).

Repetidamente cambiaba su adhesión a personas y grupos porque no se sentía cómodo cuando se acercaba a ellos: *sólo los anhelaba a la distancia*. Ese intenso anhelo fue el afecto más fuerte que vi en Charles.

Lo mismo que el paciente de Greenson (1958), Charles buscaba continuamente la compañía de otras personas, era incapaz de quedarse solo. *Pero también era incapaz de permanecer en compañía de otros por algún tiempo*. Lo que Charlie buscaba eran experiencias que lo reunieran con la perdida madre simbiótica, a la cual nunca había renunciado en el sentido intrapsíquico. Su carencia de afectos parecía ser una profunda defensa contra su angustia, contra la sensación de vacuidad por la pérdida de una parte de sí mismo, en un momento en que la pérdida de la madre simbiótica equivalía aún a perder una parte del sí-mismo.

Quisiera terminar este capítulo citando cierto material obtenido durante el análisis del adolescente Charles. Este se quejaba: "No siento nada. Comienzo a pensar muchas cosas y cuando pienso no me siento muy feliz". En otro momento dijo: "Trato de establecer en cuántas maneras nos asemejamos a cualquier persona —a cualquiera—, pero especialmente personas que me gustan y a las que respeto. Primero hice esto con mis padres, con sus amigos más viejos y ahora generalmente lo hago con chicas. Trato de determinar qué clase de deportes y canciones prefieren".

Charles trataba de compensar el vacío catéctico con identificaciones de tipo especular. Al reflejar literalmente a otros y también a sí mismo, trataba de aprender a sentir, a tener emociones. He aquí algunas de las asociaciones que hizo en el análisis: "Cuando bailo con una chica, ella es exactamente igual que todas las otras chicas. Deseo darme cuenta de que ella es la que está bailando conmigo y que es afectuosa y dulce. Entonces llevo mi cabeza hacia atrás para mirarle la cara y los ojos". En otra hora analítica Charles dijo: "Bailo junto a la puerta que tiene un gran espejo, así puedo mirarme la cara... ver qué aspecto tengo, *desde el punto de vista de los demás* y así también puedo ver la cara de ella y comprobar si está disfrutando del baile. Y advierto una cosa... aun cuando yo esté gozando del baile, no parezco demasiado excitado, de manera que no puede decirse si estoy disfrutándolo o no. Tal vez ésta no sea tampoco la manera de saber lo que siente una chica".

Este breve extracto del análisis de Charles muestra hasta qué punto el paciente pugnaba con su falta de empatía y su falta de genuino afecto. También podemos comprobar que busca incesantemente a la muchacha que así y todo es *afectuosa y dulce* —la madre “buena” simbiótica— a quien él pueda reflejar y cuyos ojos reflejen amor por él.

RESUMEN

Expuse estos resúmenes clínicos de Jay y Charles porque me pareció que estos pacientes ilustraban —con sus deficiencias de desarrollo— la significación de la simbiosis normal y la necesidad decisiva de una gradual individuación, especialmente en los vulnerables segundo y tercer años de vida.

En el caso de Jay observamos esta falla del desarrollo *in statu nascendi*. Su traumatización se produjo en el segundo año y como consecuencia de ello sufrieron tanto su constancia de realidad (Frosch, 1966) como su constancia objetal.

En el caso de Charles, logramos reconstruir con bastante exactitud, a través del material analítico, severos traumas sufridos en momentos vulnerables, nodales, de su proceso de separación-individuación, especialmente en la etapa final de éste, que es cuando se establece la constancia objetal libidinal.

El hecho de que esta traumatización haya ocurrido más tarde que en el caso de Jay —cuando Charles se encontraba en su tercer año de vida— es quizá la razón de que la constancia de realidad de Charles permaneciera relativamente intacta.

Ambos casos tenían que caer en el modo primario —el tipo “especular” de mantenimiento de la identidad— porque no hubo verdaderos procesos de identificación e internalización.

OBSERVACIONES SOBRE LA ADAPTACION Y LA DEFENSA
IN STATU NASCENDI

En colaboración con John B. McDevitt

(1968)

Nos referiremos a la relación que hay entre dos de los cuatro estados mentales interdependientes de equilibrio descritos por Hartmann (1939), el equilibrio entre el individuo y el ambiente, el grado de preparación del niño "para situaciones ambientales previsibles normales y para conflictos internos previsibles normales" (pág. 55). Aunque nos damos cuenta de que los procesos defensivos pueden tener la doble función de proteger contra impulsos instintuales y de servir a la adaptación al mundo exterior (pág. 50), hay sin embargo muchos fenómenos de adaptación cuyas funciones son más amplias y que no tienen primariamente una finalidad defensiva.

En artículos anteriores hemos considerado el hecho de que "el ambiente previsible normal" al que debe adaptarse el bebé al principio es el medio simbiótico que comprende a la socia simbiótica en un estadio de indiferenciación. Podría afirmarse que durante esta fase los ritmos innatos del bebé se ajustan automáticamente a los de la madre y viceversa (Greene, 1958).¹ Posteriormente, en el proceso de separación-individuación, la adaptación está determinada por la interacción entre las dotes innatas y madurativas del pequeño y los complejos estímulos y respuestas que recibe de su madre por obra de las intrincadas funciones de "maternaje". Con el tiempo, las experiencias del bebé, sobre la base de sus dotes pulsionales y yoicas, determinan una adaptación más o menos eficaz. El estilo de adaptación de cada bebé contribuye a la formación de sus rasgos de carácter, así como contribuyen a formarlos sus modos de conducta defensivos. En nuestra investigación observamos el proceso en virtud del cual esos modos de conducta son gradualmente internalizados como mecanismos de defensa más o menos eficaces.

Desde el nacimiento hasta el final de la fase simbiótica, el desarrollo del niño, incluso el proceso de adaptación, depende primariamente de los cuidados que el pequeño recibe pasivamente de su madre. De igual importancia son, a partir de la segunda mitad del primer año, los esfuerzos activos que realiza el niño para obtener

¹ La investigación sugiere que en algunos casos de psicosis infantil pueden haber existido, desde muy temprano, incompatibilidades extremas en este sentido.

“un maternaje suficientemente bueno” de su “madre normalmente dedicada a él”, y esto coincide con el comienzo de la diferenciación, que representa la primera sub-fase del proceso de separación-individuación (capítulos III, IV y V).

Nuestro procedimiento de investigación es bifocal por cuanto suministra información (sobre la base de observaciones realizadas por lo menos dos veces por semana) acerca, primero, del funcionamiento de la madre, especialmente el grado y calidad de su accesibilidad emocional y la capacidad del hijo para utilizarla durante todo el proceso de separación-individuación; y segundo, sobre los tipos de conducta del niño frente al cambiante estado de su relación con la madre así como al estadio de su yo y de su desarrollo psicosexual. De especial importancia para nuestra investigación fue la conducta de aproximación activa del niño a la madre y su conducta de apelación pasiva a ella, además de sus reacciones a las experiencias de separación estructuradas en nuestro estudio. Estas experiencias suministraron datos de conducta que facilitaron nuestra comprensión de los procesos intrapsíquicos que forman la base del proceso de separación-individuación.

Durante la fase simbiótica y al comienzo del proceso de individuación, la madre es la que determina el grado y el ritmo de la intimidad y la separación. A partir del sexto mes, cuando la coordinación del niño permite a éste cierto movimiento y especialmente cuando llega a gatear, el pequeño comienza a determinar él el grado de intimidad y de separación respecto de la madre por medio de su conducta activa de alejarse y aproximarse. De manera que en el período de ejercitación (desde los diez hasta los dieciocho meses), el niño comienza a explorar más allá de los umbrales de nuestra guardería, examina el corredor y a veces, si se da la oportunidad, examina el cuarto vecino. Estas primeras aventuras que lo llevan al cuarto de los niños mayores son, por lo general, breves y tentativas, pero algunos bebés comienzan a permanecer en el cuarto de los mayores cada vez más tiempo. Al comienzo del tercer año la mayor parte de los niños mayores están más o menos firmemente establecidos en el cuarto que les corresponde. En otras palabras, el hecho de que del cuarto de los bebés se pueda pasar al cuarto de los niños mayores y viceversa a través del corredor nos permite observar sistemáticamente los esquemas de aproximación y alejamiento entre el hijo y su madre. Las entrevistas semanales con la madre, que se realizan en otra habitación cercana, ofrecen al niño una experiencia pasiva de separación. Las cambiantes reacciones del niño a estas breves separaciones son anotadas con todo detalle por observadores participantes y no participantes y también son periódicamente filmadas.²

Esperamos que esta contribución preliminar de un proyecto de investigación que todavía está en marcha arroje cierta luz sobre el trabajo de psicoanalistas dedicados a la investigación del desarrollo mediante la observación. Expondremos unos pocos fenómenos de conducta que observamos en la interacción temprana de madre e hijo y que creemos que, por un lado, representan aspectos del obligatorio proceso de adaptación y, por otro, son fenómenos precursores de mecanismos de defensa intrapsíquicos.³

² Muchos de los fenómenos tratados fueron ilustrados con películas cuando este trabajo se leyó en reuniones.

³ No pasaremos revista a la bibliografía existente sobre adaptación y sobre los prototipos y precursores de los mecanismos defensivos.

Los modos de conducta típicos del bebé de pecho, por ejemplo amoldar su cuerpo a quien lo tiene alzado o bien ponerlo tieso, parecen facilitar la libidinización de la superficie del cuerpo y contribuir así a delimitar las fronteras del sí-mismo corporal. Pero en algunos niños esta conducta típica puede ser exagerada, tanto en la dirección de amoldar su cuerpo como en la dirección de mantenerlo tieso, en actitud de apartamiento corporal. Esta conducta sugiere una actitud defensiva contra la intimidad simbiótica o bien lo opuesto, una resistencia al proceso de diferenciación.

De manera que, aun en el auge de la fase simbiótica (capítulo III), el yo rudimentario del pequeño se resiste al impulso regresivo de la simbiosis. Antes de que se haya producido una clara diferenciación del yo y durante todo el período de rápida estructuración y organización que tiende a demarcar la imagen del cuerpo, ciertos fenómenos de conducta parecen indicar tendencias contrarias: por un lado hacia la diferenciación, y por otro hacia la fusión simbiótica con el objeto. Ya en el quinto mes puede observarse la necesidad de resguardarse contra la exclusiva simbiosis con la madre. Esta conducta abarca tiesura del cuerpo antes que amoldamiento cuando se tiene alzado al bebé, y también se observa que éste se vuelve, mira a otro lado, empuja a la madre para separarse de su cuerpo o hace otros gestos y movimientos afectomotores (Spock, 1963). Estas actitudes están acompañadas a veces por expresiones de desplacer y/o por una subida catexia de la atención dirigida más allá de los confines de la díada madre-hijo. Spock manifiesta: "El bebé de seis o siete meses pugna por salir de la relación simbiótica que lo envuelve... La naturaleza del niño en desarrollo lo obliga ahora a separarse de su madre". El precioso objeto transicional (Winnicott, 1953) y especialmente la adhesión fetichista al biberón de la noche son indicaciones de que el desplazamiento de la libido al objeto transicional es importante, tanto como defensa contra la reabsorción en la simbiosis como para facilitar la individuación y, por lo tanto, la estructuración y la adaptación. En otras palabras, podríamos decir que la adaptación y la defensa tienen raíces comunes.

Un ejemplo de exagerada conducta defensiva temprana es el caso de Emmett. De los ocho a los diez meses, el pequeño mostró una marcada tendencia a evitar todo encuentro de miradas con su madre u otras personas que se encontraran cerca, aunque respondía apropiadamente a cierta distancia. La prueba de que esta conducta era de carácter defensivo la da el hecho de que el niño examinaba visualmente con curiosidad y manipulaba convenientemente objetos de su ambiente inanimado, y que cuando alguien aproximaba el rostro lentamente a su campo visual desde cierta distancia, el niño exploraba visual y táctilmente con interés la boca del observador mientras la madre lo mantenía en su regazo.

El conocimiento que teníamos de la madre —no sólo por la observación del maternaje que prodigaba a Emmett sino también del que brindaba a su primer hijo, de treinta y tres meses, Stuart— nos permitió comprender algún tanto la conducta defensiva de Emmett. Las exageradas necesidades simbióticas parasitarias de la madre y la gran intimidad corporal que tenía con el hijo (por ejemplo, insistió en amamantar a Stuart hasta los dieciséis meses y medio y a Emmett hasta bien entrado el segundo año) parecían estar relacionadas con la necesidad de Emmett de evitar el intercambio de miradas con la madre cuando estaba cerca de ella, como si quisiera

abrumado y necesitara liberarse visualmente y de cualquier otra manera de aquella excesiva relación simbiótica. ¿No sería que la saturación de contacto corporal y oral (por ejemplo, el hecho de que por la noche le ofrecieran a cada hora el pecho) tenía que ser contrarrestada eludiendo todo contacto perceptivo visual? Otro factor más podría ser la intrusión y las maneras cargosas de la madre: hablaba continuamente a Emmett aunque rara vez lo miraba a los ojos. (Existía una situación parecida con Stuart, quien cuando comenzó a gatear evitaba deliberadamente a su madre y si se le ofrecía la oportunidad invariablemente se dirigía hacia la observadora, es decir, hacia una figura que no era su madre.)

A los trece meses había disminuido marcadamente aquella tendencia de Emmett a evitar el encuentro con los ojos de la madre a corta distancia. Cabe suponer que esto se debía a los desplazamientos en la economía de la libido que se verifican en la subfase de ejercitación. El vínculo simbiótico se había hecho menos fuerte, en tanto que la libido y la atención se dirigían más hacia afuera.

Otro fenómeno de la diferenciación que apunta a la individuación es la exploración visual y táctil de las caras. Esta actitud es opuesta a la conducta defensiva de Emmett. En Emmett la vimos en una forma rudimentaria; cuando algún observador se le aproximaba cuidadosamente, Emmett era capaz de explorarle la boca. Al hacerlo exhibía un modo propio y característico de un fenómeno de adaptación importante que se observa generalmente a fines del tercer trimestre y en el cuarto trimestre del primer año.

EXPLORACION VISUAL Y TACTIL

Una vez que el bebé avanzó suficientemente en el proceso de individuación para reconocer por la vista y el tacto a la madre como a su socia en la diada simbiótica, se entrega con más o menos asombro y aprensión (comúnmente llamada "reacción a los extraños") a una prolongada exploración visual y táctil de los rostros de otras personas que están a su alcance y se pone a estudiarlos. Parece comparar y verificar los rasgos —el aspecto, el contorno— del rostro de un extraño con el rostro de su madre y con la imagen interna que tiene de ella.

En niños en los cuales la fase simbiótica es óptima y en los cuales es máxima la confiada expectación, la curiosidad y el asombro son los elementos predominantes en esta inspección de personas extrañas. En niños cuya confianza básica es menos que óptima puede registrarse un brusco cambio que termina en aguda ansiedad frente a los extraños, lo cual interfiere en la conducta normal de inspección de rostros. Creemos que el fenómeno y los factores que determinan sus variaciones son aspectos importantes y representan una clave para evaluar la evolución del objeto libidinal, de la socialización y del progreso hacia la ulterior constancia objetal.

Observamos y estudiamos este fenómeno en Linda, que tuvo la suerte de vivir una relación especialmente gratificante e íntima con su madre y que desde muy temprano mostró gran interés por los contactos sociales. Para ilustrarlo describiremos la conducta de Linda a los nueve meses, cuando la observamos después de ha-

⁴ Siguiendo a Sylvia Brody, hemos llamado a esta conducta "inspección aduanera".

ber regresado con su madre de las vacaciones de verano, un momento en que, según cabía esperar, la niña sería más cautelosa respecto de los "extraños".

Poco después de llegar, la madre colocó a Linda en una cuna en otro cuarto para que la niña durmiera la siesta. Pero Linda no mostraba ningún deseo de dormir la siesta y una de nosotras se acercó a ella. La niña sonrió y dio a entender que deseaba que la sacaran de la cuna. Cuando la alzamos pareció perpleja aunque interesada, como si sólo entonces se diera cuenta de que la observadora no era su madre. Comenzó a golpetear el rostro de la observadora con los dedos, especialmente la nariz y los labios, y luego le pellizcó las mejillas sin dejar de acompañar su exploración táctil con los ojos y especialmente mirando con interés los ojos de la observadora. En ese momento su expresión facial era bien característica: sobria, curiosa, estudiosa, sin mostrar temor alguno. Cuando a la distancia oyó la voz de la madre, Linda pareció electrificada y se volvió en la dirección de la que venía la voz. Aun antes de que la madre apareciera, Linda ya sonreía complacida y cuando la madre la tomó en sus brazos la felicidad de la niña no reconocía límites. Linda no necesitaba someter a inspección el familiar rostro de la madre, sino que en su excitación y alborozo abrazó el cuello de la madre con tanta fuerza que ésta lanzó un grito. Entonces la observadora tendió los brazos hacia Linda invitándola a que se abandonara a ella. De manera inesperada Linda lo hizo sin vacilación, con lo cual revelaba una vez más su fuerte confianza básica. Al principio persistió la sonrisa de Linda, que le había arrancado su reunión con la madre, pero de pronto, cuando se dio cuenta de que la observadora no era su madre, la niña comenzó de nuevo su sobria inspección táctil y visual del rostro. Cuando fue entregada a un observador masculino, Linda aceptó prontamente el cambio y repitió su estudio. Pero cuando se le ofreció la oportunidad de que la sostuviera un tercer observador, la niña dudó vacilante, no por temor sino porque aún no había completado el estudio del rostro del segundo observador.

Aprendimos mucho no sólo al observar la conducta y el desarrollo de Linda sino también al comparar esa conducta y desarrollo con los de niños de la misma edad, especialmente de su hermano mayor de dieciséis meses, Peter, cuando éste tenía más o menos la misma edad de Linda. La relación de Peter con su madre no había sido tan satisfactoria como la de Linda. A diferencia de la confianza básica de Linda y de su falta de ansiedad ante los extraños a cualquier edad, a los siete meses Peter mostraba una pronunciada ansiedad ante personas extrañas y ese estado duró varios meses. A esa edad, cuando un observador se le acercaba con extremo cuidado y suavidad, mientras él permanecía junto a la silla en que estaba sentada la madre, Peter miraba con recelo al observador y se mostraba algún tanto perplejo aunque muy interesado. Palpaba el brazo del observador posado sobre la silla, le daba golpecitos y luego miraba la cara y la Gestalt de la persona a la que pertenecía el brazo. Entonces le temblaban los labios y, sin dejar de contemplar el rostro del observador, repentinamente rompía a llorar y volvía la cabeza.

Partiendo de estos y otros ejemplos menos claros, llegamos a la conclusión de que:

1. La inspección visual y táctil (especialmente del rostro humano) es un característico y complejo fenómeno de conducta puesto al servicio del desarrollo adapta-

tivo emocional y cognitivo del niño de esa edad. El fenómeno ocurre en el momento en que el pequeño reconoce a otras personas como diferentes de la madre, aunque semejantes a ella, es decir, cuando el niño tiene la necesidad de aprender sobre otras personas que no son la madre y cuando comienza a reconocer a la madre como un ser separado de él mismo, como una entidad individual específica de importancia única.

2. En este fenómeno podemos reconocer la confiada expectación y lo opuesto, la reacción de recelo ante los extraños. Según nuestras observaciones, los estudios de inspección que realiza el niño podrían considerarse conducta de adaptación, cuyo concomitante emocional es la confiada expectación. La reacción recelosa ante los extraños, aunque también es una conducta de adaptación, contiene un fuerte elemento defensivo. Aunque tienen diferentes significaciones, la conducta defensiva de Emmett y la aguda reacción a los extraños de Peter podrían considerarse fenómenos precursores de mecanismos defensivos, tales como la negación, la evitación, la restricción del yo, la represión y la formación reactiva.

Las repetidas inspecciones de personas que no son la madre contribuyen a la adaptativamente útil imagen diferencial que el niño tiene de su mundo. Hacia fines del primer año esa imagen está constituida por una variedad mucho más amplia de objetos animados e inanimados, familiares y menos familiares, y por muchos elementos que en varios grados pueden estar directamente relacionados con la representación interior de la madre o ser reconocidos como pertenecientes a la madre o como individuos claramente "extraños". Con el comienzo de esta distinción y coincidiendo con el apego específico a la madre, observamos otro interesante fenómeno.

FENOMENO NARCISISTA REGRESIVO⁵

Una conducta adaptativa especialmente interesante, que también puede convertirse fácilmente en un modo defensivo, es una característica del niño a partir de la segunda mitad del primer año de vida, una vez que se ha establecido el vínculo específico con la madre. Este fenómeno, que con modificaciones continúa hasta que el niño es capaz de actuar con soltura sin la presencia física de la madre, es una respuesta característica que da el pequeño a breves separaciones de la madre. Por ejemplo, hemos observado que cuando la madre sale de la sala para celebrar una entrevista, el hijo se retira dentro de sí mismo y aparentemente se concentra en el recuerdo del anterior estado de unicidad o intimidad con la madre; entonces parece tener menor interés en todo lo que lo rodea, tanto objetos animados como inanimados. Puede parecer o no desconcertado, pero parece ocupado con sus propios pensamientos, sus fantasías o imágenes interiores y se esfuerza por conservar su equilibrio emocional disminuyendo la actividad, no respondiendo a estímulos exteriores, reduciendo sus entradas perceptivas. Esta reacción a la breve ausencia de la madre sugiere una depresión anaclítica abortada y en miniatura. Parece ser no sólo una reacción al hecho de ser abandonado por la madre sino también una defensa de una posición interna de la economía de la libido. En este sentido se parece al retiro de conservación en los monos descrito por Kaufman y Rosenblum (1968).

⁵ Hemos denominado a este fenómeno "apagamiento".

Si en esta situación el equilibrio del pequeño es precario, como ocurre con frecuencia, el hecho de que un adulto, aun sonriendo, se aproxime, puede poner fin a este estado de suspenso —a esa especie de calma antes de la tempestad— y sobrevénir afligido llanto y otros modos de conducta afectomotriz. El adulto intruso, reconocido como alguien diferente de la madre, perturba el equilibrio precariamente mantenido de la adaptación y la defensa. Por otro lado, si el adulto es silenciosamente accesible, esa accesibilidad puede representar un consuelo que el niño tratará o no de obtener. Al regresar la madre, el niño puede romper a llorar aun cuando no haya llorado antes; sólo en ese momento parece darse cuenta con agudeza y claridad del estado de desplacer que estuvo experimentando durante la ausencia de la madre, y entonces se permite abandonar la defensa de retraimiento.

Poco después, en el desarrollo del niño, a medida que la representación del objeto de amor se hace más distinta e intrapsíquicamente accesible (lo cual contribuye a su equilibrio emocional), el niño puede buscar activamente a adultos como sustitutos y puede volver su interés al juego, primero como un alivio de su anhelo y luego como adaptación en un plano superior del yo y de la socialización.

A modo de recapitulación diremos que el niño, para conservar la condición interna que existe cuando la madre se encuentra con él en la habitación, debe cerrarse a las sollicitaciones afectivas y perceptivas de otras fuentes durante la ausencia de la madre (Rubinfine, 1961). Podemos decir que esta reacción es un fenómeno narcisista regresivo que está al servicio del desarrollo del yo.

La conducta de Linda cuando tenía un año ilustra notablemente el fenómeno de adaptación en esa reacción. Una mañana la niña estaba muy alegre antes de que la madre abandonara la sala para acudir a una entrevista. Como la observadora que le era más familiar estaba ausente, Linda fue atendida primero por una asistente menos familiar, quien informó que la niña gradualmente se había puesto triste, se mostraba indiferente, apagada y no manifestaba interés ni serenidad. Aunque no lloraba, tampoco respondía sonriente a las maneras afables de la asistente. Estaba a punto de perder su equilibrio emocional. En ese momento una de nosotras tomó suavemente a Linda en brazos. La postura y la expresión facial de Linda, especialmente la expresión de sus ojos, indicaban que su atención estaba dirigida hacia su interior y ocupada con imágenes internas o estados de ánimo antes que interesada intensamente, como solía ocurrir, por las cosas del mundo exterior. (En semejantes situaciones es necesario que el adulto pase inadvertido lo más posible y adopte una actitud meramente pasiva y anaclítica.) Por nuestra experiencia con otros niños normales sabíamos que una sonrisa o una aproximación activa por parte del adulto sería experimentada como una intrusión y desquiciaría el equilibrio de Linda, de suerte que ésta se pondría a llorar. Aunque la niña no aceptaba a la observadora como una figura sustituta de la madre, al cabo de un rato logró utilizarla para iniciar un proceso de regresión que la llevó a un estado de semisueño casi simbiótico. Se le relajó el cuerpo y Linda puso un dedo en la boca de la observadora, la rodeó con sus brazos y se quedó dormida. Cuando se la colocó en la cuna se despertó, se puso a llorar y quiso que le dieran para consolarse su objeto transicional, un pañal. El cambio de su estado de ánimo cuando regresó la madre fue notable. Tenemos la impresión de que estas reacciones son fenómenos inevitables del desarrollo, fenómenos que son decididamente de adaptación hasta cierta edad, pero que pueden convertirse en fenómenos de inadaptación si son excesivamente prolongados.

entrar en la esfera conflictiva del yo. En la conducta observable del niño, así como en sus primeras manifestaciones vocales y verbales, el aspecto defensivo predomina. Aquí estamos pensando en las exageraciones de conductas como la de "vigilar" a la madre y la de alejarse precipitadamente de ella, que son características de la tercera subfase, desde los dieciocho a los veinticuatro meses, y también el tercer año de vida (capítulo I).

La conducta de aferrarse a la madre interfiere en las normales experiencias adaptativas y enriquecedoras del niño con su ambiente animado e inanimado. A la inversa, puede ocurrir que reduzca los contactos y la interacción con la madre, que la evite y la ignore y hasta que literalmente niegue su presencia, mirando como a través de ella. Por ejemplo, si en el cuarto de juegos se le pregunta: "¿Dónde está mamá?", es posible que el niño no conteste ni muestre reacción alguna. Muchos niños utilizan semejante negación en forma leve: se absorben cada vez más en sus juegos para afrontar la separación de la madre de manera progresiva y adaptativa. Pero si la negación es masiva y continua, conduce a una mala adaptación.

Ya a los catorce meses Peter comenzó a evitar excesivamente a su madre y a negar su presencia; solía cambiar de dirección cuando aparentemente había comenzado a dirigirse hacia ella. Durante el mismo período evolutivo advertimos pronunciada infelicidad y reacciones narcisistas regresivas a las breves ausencias de la madre. Esto era antes del nacimiento de su hermanita Linda, que ocurrió cuando Peter tenía dieciséis meses. Después del nacimiento de Linda, Peter se aferró a su madre durante algún tiempo; siguió un breve período en que se limitaba a alejarse de ella; por fin, comenzó a evitarla y a rechazarla cada vez más. Esta conducta persistió con algunas variaciones durante la tercera y la cuarta subfases del proceso de separación. Peter obraba independientemente en la sala de los pequeños y no parecía tener necesidad de su madre. Jugaba bien, empleando acertadamente su imaginación y las funciones autónomas del yo; pero se manifestaba sumiso, grave y a veces deprimido. A diferencia de otros pequeños, no buscaba a su madre cuando estaba fatigado o necesitaba cuidados corporales. Por el contrario, evitaba inequívocamente a su madre y cuando alguien la llamaba por su nombre, el niño parecía no oír. Mostraba falta de afecto apropiado y no manifestaba el menor placer cuando la madre regresaba a la sala, lo cual hacía que la mujer a veces se quejara: "A Peter yo no le importo nada".

Durante algún tiempo Peter parecía completamente entregado a las fantasías de sus juegos y manifestaba escaso interés por las personas que lo rodeaban. Era demasiado introvertido y le faltaba esa vivacidad y esa "exuberancia motriz" características de su edad (Homburger, 1923). La negación de la decepcionante imagen interna de la madre, catectizada de manera ambivalente, parecía haber estorbado la elaboración de la experiencia de separación en el caso de Peter. Sólo poco a poco el niño comenzó a reconocer la presencia de la madre y a acercársele cuando experimentaba alguna necesidad o anhelo. Esto tampoco concuerda con lo que se observa en la mayor parte de los otros pequeños, quienes acuden prestamente a sus madres, hablan sobre su paradero y así indican abiertamente que la echan de menos. Con todo eso, resulta interesante señalar que Peter, aunque más lentamente que otros niños, poco a poco fue elaborando y aceptando el hecho de la separación.

La conducta de Peter y sus juegos también ilustran el desarrollo del clásico mecanismo defensivo de la represión. Peter había sido un niño activo y despierto que manifestaba un alto grado de ambigüedad. Pequeñas acciones sadomasoquistas eran características tanto de la conducta de Peter como de la conducta de su madre. A los dieciséis meses, cuando nació su hermana Linda, tendía a golpearla y a morderla si no se le impedía hacerlo; pero al mismo tiempo y en rápida alternancia, se complacía en tocarla, en acariciarla y mimarla, y parecía fascinado por la niña.

Lentamente, a lo largo de seis semanas, la conducta de Peter hacia su hermanita se fue modificando. En un primer momento, aunque todavía levantaba la mano, inhibía la acción de pegar; finalmente pudimos observar cómo el pequeño, de veinte meses, se limitaba a acariciar a su hermana. La madre, que antes pensaba que no podía dejarlo a solas con la nenita, al cabo de unos pocos meses no vacilaba en hacerlo. Es razonable suponer que las exhortaciones de la madre habían sido internalizadas por miedo a la pérdida de amor.

La conducta de Peter y la información que nos suministró la madre sugerían que había tenido lugar una represión, por cuanto Peter ya no tenía conciencia de su enojo y su agresión se había transformado en afecto por la hermana. La anterior ambigüedad, que indicaba tanto agresión como interés libidinal, cedió el lugar a un conflicto internalizado, cuya resolución hizo desaparecer la conducta agresiva directa. Por eso llegamos a la conclusión de que se había producido la represión. Algo que había estado presente, que cabía esperar que estuviera presente, ya no podía discernirse; había sido reemplazado por un cambio de conducta que indicaba que el mecanismo de la represión se había visto ayudado y sostenido por la utilización adicional de los mecanismos de formación reactiva y de inversión del afecto.

Aunque la conducta que acabamos de describir podría ser considerada como un precursor de la represión, pensamos que no hay razón para no hablar aquí, aun en edad tan temprana, del mecanismo defensivo de la represión.⁸ Peter, que había sido hasta entonces notablemente agresivo, se volvió reflexivo, sumiso y pasivo en exceso durante los primeros nueve meses de su tercer año.

En su choque con el mundo externo, Peter internalizó las prohibiciones de la madre. Su agresión, que iba más allá del término medio, quedó acallada por la formación reactiva y la transformación en lo contrario. En la individuación de Peter, logramos seguir el proceso por el que se establecieron estos mecanismos defensivos que, por un lado, lo protegían de los impulsos agresivos y, por el otro, modificaron su conducta, incluso sus relaciones con la gente.

Se produjo, por lo tanto, un profundo cambio en su forma de adaptarse a la madre y a otras personas, y comenzó a mostrar una disposición de ánimo básica diferente. Pudimos comprobar en este niño, desde los dieciséis a los veinte meses: 1) las raíces comunes de la defensa y la adaptación; 2) la temprana internalización de un conflicto; 3) el establecimiento de mecanismos de defensa clásicos, así como fenómenos precursores del desarrollo del superyó y 4) la manera en que los procesos defensivos pueden tener una doble función: proteger de los impulsos instintuales y servir a la adaptación al mundo exterior.

⁸ Ya en 1935, Bornstein describió una represión temprana en el caso de Lisa.

Nuestras observaciones nos habían hecho esperar no sólo un cambio continuado sino también aceleraciones bruscas del desarrollo. De manera que no nos sorprendió del todo el cambio que se produjo en la conducta de Peter durante el último trimestre del tercer año, al sobrevenir la fase fálica. El niño se hizo más caballero y amistoso con la madre, aun cuando, por otro lado, se mostraba muy independiente al afirmar su propia personalidad. También mostró signos de los comienzos de una conducta edípica, pues objetaba las intimidades entre sus padres. Tenemos todas las razones para creer que este cambio se debió al flujo de energía de desarrollo generada por la fase fálica (E. Kris, 1955).

A pesar de las variaciones descritas en la conducta de Peter, creemos que ella entra dentro de lo que se considera conducta normal. A continuación describiremos fenomenológicamente la conducta algún tanto parecida (por ejemplo, ambos ignorar a la madre) de Harriet. Sin embargo, es de señalar que los mecanismos subyacentes en la conducta de Harriet se apartaban de la norma y, pensamos, agravaban el pronóstico.

En Harriet pudimos observar un narcisismo excesivo. Ya a los ocho meses lo único que la consolaba y le daba placer era mecerse de manera autoerótica ante un gran espejo en el que se contemplaba; así reforzaba las sensaciones kinestésicas de su cuerpo reflejado en el espejo. Era notable comprobar hasta qué punto prefería los objetos inanimados a las personas. Sus identificaciones eran con muñecas o, en el mejor de los casos, con el perro de la familia, con el que compartía su comida y al que imitaba de varias maneras, como por ejemplo, levantando una pierna al orinar o tratando de recoger objetos con la boca en el interior del corralito. Este mecanismo de antropomorfizar al perro, por así decirlo, o de prestar vida a la muñeca, y especialmente la sobreestimulación erótica, determinaron una conducta defensiva que los observadores caracterizaron como evitación, suspicacia, timidez, e inhibición de la tendencia a aproximarse y a recurrir a los demás. Mostraba signos de una defensa que hemos denominado inanización (véase el tomo I, capítulos VI y XI), así como de negación masiva.

Desde el comienzo de su vida, la interacción de Harriet con la madre distó mucho de ser satisfactoria. La madre no era capaz de empatía ni de modular sus emociones; creó una especie de atmósfera simbiótica en la que sus cuidados no se prodigaban en respuesta a señales ni eran espontáneos: se los brindaba mecánicamente, con cuentagotas, por así decirlo. Sus mimos, y posteriormente sus caricias fuertemente sexualizadas a aquella niña de dieciséis a veinte meses, eran impulsivos e impredecibles. Según las palabras de la madre, Harriet estaba siendo condicionada para ser la madre de su muñeca, porque la madre misma estaba esperando otro bebé. Aquella nena, cuando no tenía todavía catorce meses, parecía complacer mecánicamente.

CONCLUSIONES

Dentro de nuestro marco de referencia genético-psicoanalítico hemos intentado describir algunos de los fenómenos conductuales manifiestos que observamos. Dichos fenómenos encajan bien en ese marco de referencia y, por lo tanto, tienden a

confirmar las hipótesis psicoanalíticas formuladas sobre la base de la reconstrucción y la extrapolación.

Parafraseando las palabras de Fenichel cuando elogiaba la obra clásica de Anna Freud *El yo y los mecanismos de defensa*, diremos que, incluso cuando investigan la superficie de la psique, los psicoanalistas siguen siendo psicólogos profundos. Además, creemos que los estudios de orientación psicoanalítica como los que estamos realizando demuestran de qué manera la superficie psíquica se diferencia de las profundidades, de qué manera el bebé y el niño pequeño en proceso de individuación emergen de la confusa órbita de su existencia simbióticamente fundida y, por último, de qué manera estas observaciones de fenómenos de conducta y de intercambio pueden referirse a hechos o procesos intrapsíquicos.

Hemos expuesto algunos ejemplos de fenómenos de superficie —de conducta típica y general y también de variaciones individuales de conducta— pero no podemos hacer más que sugerir la importancia que estos fenómenos tienen en la formación del carácter, en relación con los aspectos adaptativos de la internalización, la organización y la estructuración. Dimos algunos ejemplos de las maneras en que estos fenómenos se relacionan con la organización defensiva del yo. Hemos intentado demostrar, por la vía de los prototipos de nuestros datos de investigación, cómo esos datos suministran puntos de referencia en procesos tales como la formación de estructuras y los mecanismos de defensa. Quedó ilustrado, según creemos, cómo estas estructuras surgen como resultado de la acción ejercida sobre las dotes innatas del bebé y el niño pequeño por la parte que prodiga maternaje, el factor más importante del ambiente previsible normal. Desde luego, cierta dosis de extrapolación y reconstrucción es necesaria para forjar hipótesis psicoanalíticamente significativas acerca de estos datos de observación.

Convenimos con Loewald, Lampl-de Groot y Tartakoff en que los procesos evolutivos de organización —más específicamente, de internalización— y las estructuras que de ellos resultan tienen un alcance y una significación mucho más amplios que los que se solían atribuir a los procesos defensivos en su sentido original, limitado y clínico.

Algunas de las secuencias de conducta que hemos considerado pueden estar desde el principio al servicio de la adaptación; otras tienen una función primordialmente defensiva o pueden ser adaptativas al comienzo para convertirse después, en virtud de un cambio de función, en verdaderos mecanismos defensivos del yo y viceversa. Mecanismos defensivos tales como la represión, la formación reactiva, la negación y la transformación en lo contrario fueron observados *in statu nascendi* en Peter, Harriet y otros niños.

Habría que hacer resaltar que fenómenos como el de reconocer el rostro de la madre y de otras personas, la función reguladora de la economía de la libido que tienen las reacciones regresivas narcisistas, la alternancia de la conducta de acercamiento y de la conducta de alejamiento, e incluso, hasta cierto punto, la ambivalencia, así como las manifestaciones de actividad lúdica, tienen primordialmente finalidades de adaptación, de integración y de organización. Creemos que sería un paso importante hacia la clarificación de la teoría psicoanalítica el mantener estos procesos aparte y separados de las funciones defensivas del yo, sin equipararlos ni confundirlos con ellas; conviene antes bien distinguirlos lo más claramente posible.

Aunque no tenemos en cuenta la afirmación de Anna Freud de que “las medidas

defensivas del yo contra el ello son aplicadas de manera silenciosa e invisible", pensamos que en las condiciones en que realizamos nuestro estudio pueden discernirse muchos pasos del proceso que da nacimiento a esas medidas.

También esperamos que los estudios basados en la observación del desarrollo normal temprano puedan contribuir a aquellos que previó Ernst Kris, es decir, que suministren datos que conduzcan a hallar respuesta a cuestiones tales como la de los aspectos genéticos y adaptativos de la personalidad total y que contribuyan al psicoanálisis como psicología general.

SOBRE LAS TRES PRIMERAS SUBFASES DEL PROCESO DE
SEPARACION-INDIVIDUACION

(1972)

Este trabajo se funda en dos pensamientos de Freud, en dos pilares de la metapsicología psicoanalítica. El primero es que en el momento de su nacimiento biológico el ser humano llega al mundo en un estado de inmadurez. (Esto se debe a que el gran desarrollo de su sistema nervioso central requiere una caja craneana de grandes dimensiones.) De ahí que el hombre sea *al principio absolutamente* y continúe siendo —aun “hasta la tumba”— *relativamente dependiente* de una madre.

El segundo principio freudiano, que probablemente sea una derivación del primero, sostiene que la relación de objeto —es decir, el hecho de que una persona asigne a otra libido objetal— es el más digno de confianza entre los factores que nos permiten determinar, por un lado, el nivel de salud mental, y por otro, la medida del potencial terapéutico.

La relación objetal se desarrolla sobre la base de la diferenciación y, paralelamente con ésta, de la unidad dual normal de madre-hijo, que Therese Benedek (1949) y yo designamos cada una por su cuenta como la *fase normal de simbiosis humana* (véase el t. I, cap. VI).

El “crecimiento” del niño entraña un gradual desprendimiento del estado de simbiosis humana normal, de “unicidad” con la madre. Este proceso es mucho más lento en el terreno emocional y psíquico que en el terreno físico. El paso del bebé de pecho al niño pequeño se cumple a través de varias fases de un proceso de separación-individuación y es grandemente facilitado por el desarrollo autónomo del yo y por mecanismos de identificación de diferentes clases. Este proceso de separación es —como lo indican en sus obras Zetzel y Winnicott y también Sandler y Joffe— un proceso de duelo que dura toda la vida. *En cada nuevo paso del obrar independiente se da una amenaza mínima de pérdida objetal.*

Después de haber atendido a unos pocos niños psicóticos en el período de latencia, a quienes traté de ayudar en Viena en la década de 1930 con el tradicional método analítico de niños —y sobre la base de engramas que quedaron grabados en mi espíritu cuando actué como pediatra y directora de una clínica de bebés, después de

haber estudiado los tics y la psicosis infantil temprana a partir de principios de la década de 1940—, decidí examinar más atentamente las *fuentes* y estudiar los fenómenos que entrañan aquellos dos pensamientos freudianos a que acabo de referirme. Decidí estudiar *in situ* la interacción primera y normal de la madre y el bebé y de la madre y el niño pequeño.

El nacimiento biológico del ser humano y el nacimiento psicológico del individuo no coinciden en el tiempo. El primero es un hecho dramático perfectamente observable, bien delimitado; el segundo es un proceso intrapsíquico de lento desarrollo.

En el caso del adulto más o menos normal, la experiencia de hallarse “en el mundo” y al propio tiempo fundamentalmente separado del mundo es uno de los hechos de la vida que se dan por sentados. La conciencia del sí-mismo y la absorción sin conciencia del sí-mismo son los dos polos entre los cuales nos movemos con grados variados de comodidad y de alternancia o simultaneidad. Esto es también el resultado de un proceso que se desenvuelve lentamente. En particular, este desarrollo se verifica en relación con a) el propio cuerpo y b) el principal representante del mundo, tal como lo experimenta el bebé, es decir, el objeto de amor primario. *Como ocurre con todo proceso intrapsíquico, éste repercute durante todo el ciclo de la vida.* Ese proceso nunca termina, puede reactivarse siempre y nuevas fases del ciclo vital atestiguan nuevos derivados de aquel primer proceso aún en marcha (véase Erikson, 1968). Pero las principales realizaciones psicológicas de este proceso se llevan a cabo, según juzgamos, en el período que va desde los cuatro o cinco meses hasta los treinta o treinta y seis meses de edad, un período que designamos —respondiendo a la provechosa sugestión de la doctora Annemarie Weil— como la *fase de separación-individuación*.¹

En el curso de nuestro *estudio piloto*, de carácter bastante asistemático y naturalista, no pudimos dejar de advertir ciertos *grupos de variables* en determinadas encrucijadas del proceso de individuación por cuanto tales grupos *se repetían*. Esta circunstancia nos sugería con fuerza que sería ventajoso subdividir los datos que estábamos reuniendo sobre el proceso intrapsíquico de separación e individuación según los fenómenos repetidos observables en cuanto a la conducta y a otros puntos de referencia superficiales de ese proceso. Nuestra subdivisión nos llevó a considerar cuatro subfases: la diferenciación, la ejercitación, el reaceramiento y “el camino que lleva a la constancia objetal libidinal”. (La delimitación temporal de cada una de estas subfases es todavía imprecisa y continuamos trabajando con miras a establecer un cuadro cronológico a medida que proseguimos con el procesamiento de nuestros datos.)

Al pasar diré que he caracterizado una fase aobjetal, *la fase del autismo normal*, y otra que denominé simbiótica y que corresponde a la fase “de satisfacción de necesidades” de Anna Freud y a la fase “preobjetal” de Spitz. Estas dos fases preceden

¹ Comunicación personal.

a la primera subfase del proceso de separación-individuación, la subfase de *diferenciación*.

LA DIFERENCIACION

Entre los cuatro y cinco meses de edad, aproximadamente, en el momento culminante de la simbiosis, los fenómenos de conducta parecen indicar el comienzo de la primera subfase del proceso de separación-individuación, la subfase llamada de *diferenciación*. Para decirlo en nuestro lenguaje metafórico, este momento equivale a la "salida del cascarón de la órbita simbiótica común de madre-hijo". Durante los meses simbióticos, en virtud de esa actividad del pre-yo que Spitz ha caracterizado como *receptividad cenestésica*, el bebé se ha familiarizado con la mitad que brinda maternaje de su sí-mismo simbiótico, indicada por sonrisa social, no específica. Gradualmente esa sonrisa se convierte en la respuesta específica (preferencial) de sonreír a la madre y constituye el signo supremo de que se estableció un vínculo específico entre el hijo y su madre.

Mientras continúa el placer interno, debido al seguro anclaje dentro de la órbita simbiótica —principalmente constituido por estímulos enteroceptivos y propioceptivos y percepciones de contacto— y mientras la complacencia en las percepciones sensoriales exteriores en aumento estimula la catexia de la atención dirigida al exterior, estas dos formas de catexia de la atención pueden oscilar libremente (Spiegel, 1959; Rose, 1964). El resultado es un estado simbiótico óptimo a partir del cual puede llevarse a cabo una serena diferenciación y una *expansión más allá de la órbita simbiótica*. Según creo, este proceso de eclosión responde a una gradual evolución ontogenética del sensorio —el sistema perceptivo consciente— que determina que el bebé y el niño pequeño posean un sensorio *permanentemente alerta* cuando están despiertos (véase también Wolff, 1959).

En otras palabras, la atención del bebé —que durante los primeros meses de simbiosis estaba en gran parte dirigida hacia *adentro* o concentrada de manera cenestésica y más o menos vaga *dentro de la órbita simbiótica*— aumenta gradual y considerablemente al iniciarse una actividad perceptiva dirigida al exterior durante los períodos cada vez más prolongados de vigilia. Trátase de un cambio más de grado que de clase, pues durante el estado simbiótico el niño ciertamente ha prestado gran atención a la figura de la madre. Pero poco a poco esa atención se combina con un creciente almacenamiento de recuerdos sobre las idas y venidas de la madre, sobre experiencias "buenas" y "malas"; estas últimas no podían ser aliviadas por el sí-mismo sino que de manera predecible eran aliviadas por los servicios prestados por la madre.

De los seis a los siete meses transcurre el momento de auge en que el niño explora a la madre tirándole de los cabellos, pasándole la mano por la cara, examinándole y tocándole la boca, la nariz y los ojos así como las partes cubiertas (vestidas) y descubiertas del cuerpo; además realiza el descubrimiento de un broche, de unos anteojos o de un aro que la madre lleva. El bebé puede interesarse en juegos de hacer desaparecer y hacer reaparecer cosas, pero en ellos aún desempeña un papel pasivo. Estos juegos evolucionan en la función cognitiva de verificar lo no familiar con lo ya familiar, un proceso que Sylvia Brody llamó "inspección aduanera".

Es durante la primera subfase del proceso de separación-individuación cuando todos los niños normales hacen sus primeras tentativas por abandonar, en sentido corporal, su estado hasta entonces completamente pasivo de bebé de pecho, el estado de la unidad dual con la madre. A esa edad los niños empujan con brazos y piernas el cuerpo de la madre que los sostiene, como si quisieran apartarse un poco para verla mejor y para ver mejor lo que los rodea. Pudimos observar tanto sus diferentes inclinaciones y modos de ser como las características generales de la subfase misma de diferenciación. Todos los niños se complacen en apartarse un poco de los brazos de la madre; si son capaces, desde el punto de vista motor, de deslizarse del regazo de la madre, tienden a permanecer muy cerca —o a regresar gateando, si se habían alejado— y a jugar a sus pies.

Una vez que el niño avanzó lo suficiente en el proceso de individuación y ya es capaz de reconocer a la madre visual y táctilmente, se entrega con mayor o menor asombro y aprensión (es lo que comúnmente se llama “reacción a los extraños”) a un prolongado examen y estudio visual y táctil de los rostros de otras personas, a la distancia o de cerca. El niño parece comparar y verificar los rasgos —el aspecto, el contorno, la contextura— del rostro de la persona desconocida con los rasgos de su madre, así como con la imagen interior que pueda tener de ella. También parece que verifica el rostro de la madre en relación con otras nuevas experiencias interesantes.

* En los niños que pasaron por una fase simbiótica óptima y en quienes prevaleció la “confiada expectación” (Benedek, 1938), la curiosidad y el asombro son los elementos que predominan cuando inspeccionan el rostro de personas extrañas. En cambio, en los niños cuya confianza fue menos que óptima puede manifestarse una brusca reacción de aguda ansiedad frente a los extraños o bien una reacción leve pero mantenida durante un prolongado período, lo cual interfiere transitoriamente en la placentera conducta de inspección. Creemos que este fenómeno y los factores que determinan sus variaciones son un aspecto importante que nos suministra una clave para evaluar el objeto libidinal, la socialización y el primer paso que el niño da hacia la constancia objetal emocional.

EL COMIENZO DEL PERIODO DE EJERCITACION

Al período de diferenciación le sigue —o mejor dicho, se superpone— un período de ejercitación, que generalmente transcurre desde alrededor de los siete o diez meses hasta los quince o dieciséis meses. Al procesar nuestros datos comprobamos que resultaba provechoso dividir el período de ejercitación en dos fases: 1) una primera —que se superpone con la de diferenciación— en la que el niño manifiesta una incipiente capacidad para apartarse físicamente de la madre gateando, trepando y enderezando el cuerpo, aunque procurando siempre, por otra parte, estar cerca de ella, y 2) la fase de ejercitación propiamente dicha, caracterizada por la libre locomoción erecta.

Por lo menos tres fenómenos, interrelacionados pero distinguibles, contribuyen e interactúan de manera circular con los primeros pasos que da el niño hacia la conciencia de su condición separada y hacia la individuación. Estos fenómenos son: la rápida *diferenciación corporal* respecto de la madre, la creación de un *vínculo es-*

pecífico con ella y el crecimiento y funcionamiento de los aparatos del yo autónomo en estrecha proximidad con la madre.

Parece que el nuevo tipo de relación que se establece prepara el camino para que el interés del pequeño por su madre desborde y se extienda a los objetos inanimados, en primer lugar a los que ella le proporciona, como por ejemplo, los juguetes o el biberón con que se despide de él por la noche. El niño explora visualmente estos objetos y, mediante los órganos perceptivos de contacto, examina su gusto, su textura y su olor, valiéndose especialmente de la boca y las manos. Uno u otro de esos objetos se convierte en un objeto transicional. Además, cualquiera que sea el orden en que se desarrollen estas funciones en el incipiente período de ejercitación, lo característico de este temprano estadio estriba en el hecho de que, si bien el niño se muestra interesado y absorbido por estas actividades, su interés predominante parece ser claramente la figura de la madre. También observamos en este período que al pequeño le gusta entregarse a la relación en ciente con lo que "no es la madre". Por ejemplo, observamos a un niño que durante este período tuvo que permanecer hospitalizado una semana. Al parecer, lo que más lo frustraba era el hecho de estar confinado en una cuna; en consecuencia, daba la bienvenida a *cualquiera* que lo sacara de ella. Cuando salió del hospital, la relación con la madre se había hecho menos exclusiva y no tendía a aferrarse a ella ni exhibía angustia de separación; tanto en el Centro como en su hogar, su mayor necesidad era que lo tomaran de la mano y lo llevaran a pasear, sin importar quién lo hiciera. Si bien continuaba prefiriendo que lo acompañara la madre, estaba dispuesto a aceptar sustitutos.

La distancia psicológica óptima en esta temprana subfase de ejercitación parecería ser aquella que ofrece al niño (que ya se desplaza y se entrega a la exploración) libertad y oportunidad para examinar las cosas apartado algún tanto de la madre. No obstante, conviene observar que durante toda la subfase de ejercitación el niño continúa necesitando a la madre como un punto estable, como una "base" para satisfacer la necesidad de reabastecerse mediante el contacto físico. Continuamente vemos a pequeños de siete a diez meses que gatean o se arrastran rápidamente hacia la madre, se yerguen tomándose de ella, la tocan de una forma u otra o simplemente permanecen apoyados contra ella. Furer denominó a este fenómeno "reabastecimiento emocional". Es fácil comprobar cómo el niño fatigado y descaecido se "reanima" en brevísimo tiempo después de este contacto; luego vuelve a entregarse rápidamente a sus exploraciones y torna a absorberse en el placer que le procura su actividad.

Mark era uno de los niños que tenían suma dificultad en establecer una distancia operante entre él y su madre. Esta comenzó a mostrarse ambivalente tan pronto como Mark dejó de ser su hijo simbiótico, cuando ya no pudo considerarlo una parte de sí misma. A veces parecía evitar todo contacto corporal estrecho con el niño; otras veces lo interrumpía en sus actividades autónomas para alzarlo y abrazarlo. Por supuesto que lo hacía cuando *ella* lo necesitaba, no cuando lo necesitaba el niño. Esta ambivalencia por parte de la madre puede haber sido lo que impedía a Mark actuar a una distancia conveniente de aquélla.

En los comienzos de la subfase de ejercitación, a continuación del impulso inicial de apartarse de la madre para lanzarse al mundo exterior, la mayor parte de los ni-

ños parecía pasar por un breve período de subida angustia de separación. El hecho de poder moverse independientemente y mantener al mismo tiempo la conexión con la madre —no ya el contacto físico sino las modalidades de la conexión a distancia, es decir, a través de la vista y el oído— hacía que por un tiempo fuera extraordinariamente importante el uso eficaz de estas modalidades de conexión a distancia. Los niños no querían perder de vista a la madre: a veces se quedaban mirando tristemente la silla vacía que aquella ocupara o la puerta a través de la cual había salido.

Muchas de las madres parecían reaccionar a la circunstancia de que sus hijos se apartaran de ellas *ayudándolos* a apartarse, es decir, dándoles un suave empujón o acaso un empujón no tan suave. Mostraban interés en la manera de actuar de sus hijos en este período y a veces la criticaban; comenzaban a comparar las anotaciones sobre otros niños y se mostraban preocupadas si el hijo parecía retrasado. A veces ocultaban su preocupación con una fingida indiferencia. En muchas madres la preocupación se concentraba especialmente en el deseo anhelante de que sus hijos comenzaran a caminar. Una vez que el pequeño era capaz de alejarse algún trecho era como si de pronto estas madres comenzaran a preocuparse por saber si sus hijos serían capaces de desempeñarse bien en el mundo, donde tendrían que valerse por sí mismos. En este contexto, el andar parecía tener una gran significación simbólica tanto para la madre como para el pequeño: era como si el niño que comenzaba a andar hubiera demostrado con su marcha erecta e independiente que se había diplomado ya para actuar en el mundo de los seres humanos plenamente independientes. La confianza que dejan traslucir las madres de que su hijo es ahora capaz de “arreglárselas en el mundo” parece ser un importante factor de la sensación de seguridad del propio niño y tal vez también de la circunstancia de que cambie algo de su mágica omnipotencia por autonomía y autoestima (Sandler, Holder y Meers, 1963).

LA SUBFASE DE EJERCITACION PROPIAMENTE DICHA

En el momento en que el niño comienza a ejercer sus funciones autónomas, especialmente la locomoción erecta, alcanza su auge la “aventura amorosa con el mundo” (Greenacre, 1957). Durante esos preciosos seis u ocho meses (de los diez o doce meses a los dieciséis o dieciocho meses) para el pequeño que comienza a andar el mundo es una ostra. La catexia libidinal se desplaza sustancialmente al servicio del yo autónomo en rápido crecimiento y de sus funciones; el niño parece embriagado con sus propias facultades y con la grandeza de su mundo.

Al mismo tiempo comprobamos una relativa falta de sensibilidad a porrazos, caídas y otras frustraciones, como por ejemplo, que otro niño le arrebatase un juguete. Cuando el pequeño, en virtud de la maduración de su aparato locomotor, se aventura cada vez más lejos de los pies de la madre, está a menudo tan absorto en sus propias actividades que durante prolongados períodos de tiempo parece que ha olvidado su presencia. Sin embargo, retorna periódicamente a ella, pues parece necesitar su proximidad física para reabastecerse de cuando en cuando.

Es posible que el entusiasmo jubiloso de esta subfase se deba no sólo a la ejercitación de los aparatos del yo y a las sensaciones corporales que procura la marcha erecta, sino también al hecho de que por este medio se elude la absorción en la órbi-

ta materna. Desde este punto de vista podríamos afirmar que así como los juegos de desaparecer y reaparecer a que se entrega el niño —la pérdida y luego la recuperación del objeto de amor—, se tornan de pasivos en activos, la constante actitud del pequeño de apartarse precipitadamente de la madre para que ésta lo recoja y alce convierte su temor pasivo de ser reabsorbido por la madre en un temor activo. Desde luego esta conducta garantiza también que el niño *será* recogido y alzado, es decir, nos confirma una y otra vez que está conectado con la madre y que aún desea estarlo. No necesitamos suponer que la conducta del niño tenga la finalidad de servir a estas funciones cuando tal conducta aparece por primera vez; pero debemos reconocer que ella produce tales efectos y que puede pues repetirse intencionalmente.

En este estadio los fenómenos de disposición de ánimo tienen suma importancia. En la subfase de ejercitación la mayor parte de los niños exhibía grandes períodos de regocijo o por lo menos de relativo júbilo; esos niños se mostraban *apagados* sólo cuando se daban cuenta de que la madre se había ausentado de la sala. En esos momentos su movilidad gestual y de desempeño se hacía más lenta; su interés por lo que los rodeaba disminuía y una vez más parecían concentrados interiormente en lo que Rubinfine (1961) llamó “figuraciones”.

APAGAMIENTO

Nuestras inferencias sobre el estado de apagamiento partieron de dos fenómenos reiterados: 1) si una persona diferente de la madre trataba de reconfortar al niño, éste perdía su equilibrio emocional y rompía a llorar; y 2) la visible cesación del estado de abatimiento o apagamiento en el momento de volverse a reunir con la madre después de una breve ausencia. Estos dos fenómenos aguzaron nuestra conciencia de que hasta ese momento el niño se había encontrado en un estado especial del sí-mismo. Ese apagamiento y las “figuraciones” de la madre, que nosotros inferíamos, recuerdan a una depresión anaclítica en miniatura. Nos inclinamos a ver en ese apagamiento el esfuerzo que hace el niño para conservarse en un estado de espíritu que Jöffe y Sandler (1965) llamaron “el estado ideal del sí-mismo”, semejante al estado que Kaufman y Rosenblum (1968) denominaron “retiro de conservación” en los monos.

LA SUBFASE DE REACERCAMIENTO

La tercera subfase del proceso de separación-individuación (desde alrededor de los dieciséis hasta los veinticinco meses) comienza hipotéticamente con el *dominio* de la marcha erecta y, en consecuencia, con menos absorción en la locomoción *per se*.

Al promediar el segundo año de vida, el bebé ya se ha convertido en un niño pequeño. *Ahora se hace cada vez más consciente y usa cada vez más su conciencia de estar físicamente separado.* Sin embargo, paralelamente con el crecimiento de las facultades cognitivas y de la creciente diferenciación de su vida emocional, se advierte la desaparición de su anterior insensibilidad a las frustraciones y de su relativo olvido de la presencia de la madre. Ahora puede observarse una crecida angustia de

separación, un miedo a la pérdida objetal, como podemos inferirlo por el hecho de que cuando se lastima descubre con perplejidad que su madre no está automáticamente a mano. La relativa falta de preocupación por la presencia de la madre, que era característica de la subfase de ejercitación, es reemplazada ahora por una conducta de *acercamiento activo* y por una preocupación aparentemente constante sobre el paradero de la madre. Al crecer la conciencia de su condición separada —estimulada por la capacidad adquirida de apartarse físicamente de la madre y por su crecimiento cognitivo—, el pequeño parece tener ahora mayor necesidad de la madre y un intenso deseo de *compartir con ella* toda nueva adquisición en cuanto a destreza y experiencia. Por eso, llamamos a esta subfase del proceso de separación-individuación el *período de reaceramiento*.

El anterior tipo de contacto con la madre a fin de “reabastecerse”, que el niño buscaba intermitentemente, es reemplazado ahora por un anhelo constante de interacción con la madre (y también con el padre y otros adultos familiares) en un nivel progresivamente superior de simbolización. Tiene cada vez mayor prominencia el lenguaje vocal y otros tipos de intercomunicación, así como el juego simbólico.

En otras palabras, cuando el niño pequeño crece hasta llegar a ser un niño mayor, de dieciocho a veinte meses, se produce un cambio emocional decisivo. El pequeño comienza ahora a experimentar, más o menos gradualmente y más o menos agudamente, los obstáculos que se oponen a su avance hacia la “conquista del mundo”. Junto con la adquisición de facultades y destrezas primitivas y de las facultades cognitivas perceptivas, se comprueba una diferenciación cada vez más clara entre la representación intrapsíquica del objeto y la representación del sí-mismo. En el momento de auge del dominio de aquellas facultades —al aproximarse el final del período de ejercitación—, el pequeño ya ha comenzado a vislumbrar que el mundo *no* es su ostra, que debe afrontarlo más o menos “por su propia cuenta”, las más de las veces como un individuo relativamente impotente y pequeño, incapaz de procurarse alivio o ayuda por el solo hecho de sentir la necesidad de alivio o ayuda o de expresar a voces tal necesidad.

Durante esta subfase, la calidad e intensidad de la conducta de cortejo a la madre nos suministran importantes claves para estimar la normalidad del proceso de individuación.

Hasta en el caso de madres e hijos normales pueden observarse incompatibilidades y malentendidos; y esas desarmonías son en parte específicas de ciertas aparentes contradicciones de esta subfase. En efecto, en la subfase de renovada y activa sollicitación de la madre, la exigencia de que ésta participe constantemente de las experiencias del hijo parece contradictoria a la madre: aunque el hijo no es ahora tan dependiente ni impotente como fuera seis meses atrás y aunque parece ansioso de serlo cada vez menos, ello no obstante espera con mayor insistencia que la madre comparta todos los aspectos de su vida. Durante esta subfase algunas madres no pueden aceptar las exigencias del hijo; otras no pueden aceptar que el hijo sea cada vez más independiente y se separe cada vez más.

En esta tercera subfase, aunque la individuación avanza muy rápidamente y el niño la ejerce hasta el límite, el pequeño también adquiere cada vez mayor conciencia de su separación y emplea toda suerte de mecanismos para resistirse a la separación de la madre.

Pero por más que trate de ejercer coacción sobre la madre, ésta y él ya no fun-

cionan efectivamente como una unidad dual, es decir, el niño ya no puede participar de la omnipotencia parental, en la que todavía cree. Ahora se hace cada vez más necesaria la comunicación verbal: la coacción gestual por parte del niño y la mutua empatía preverbal entre madre e hijo ya no bastan para alcanzar la meta de la satisfacción, del bienestar (Hoffe y Sandler, 1965). El pequeño gradualmente se da cuenta de que sus objetos de amor (los padres) son individuos separados con sus propios intereses individuales. Poco a poco y dolorosamente debe abandonar la delusión de su propia grandeza, a menudo en medio de dramáticas luchas con la madre... y en menor medida, según nos pareció, con el padre.

Esta es la encrucijada que mis colaboradores y yo denominamos *la crisis del re-acercamiento*.

Según la sugestión de Annemarie Weil, en este punto coinciden frecuentemente tres angustias básicas de la niñez temprana. Hay todavía un temor de pérdida objetal, más o menos reemplazado por un agudo temor de pérdida de amor, y se observan especialmente claros signos de angustia de castración.

Aquí, en la subfase de re-acercamiento, pensamos que se encuentra la fuente principal de la eterna pugna del hombre tanto contra la fusión como contra el aislamiento.

Podría considerarse todo el ciclo de la vida como un proceso más o menos logrado de distanciarse de la pérdida madre simbiótica y de introyectarla; como un eterno anhelo del "estado ideal del sí-mismo", real o imaginario, equivalente a una fusión simbiótica con la madre simbiótica "buena" que fue alguna vez parte del sí-mismo en un dichoso estado de bienestar.

LA SUBFASE DE REACERCAMIENTO EN EL PROCESO
DE SEPARACION-INDIVIDUACION

(1972)

Por nuestros estudios de la psicosis infantil, así como por las observaciones realizadas en clínicas de bebés, comprendimos que el nacimiento fisiológico del ser humano en modo alguno coincide con su nacimiento psicológico. El primero es un hecho dramático, perfectamente observable, bien delimitado; el segundo es un proceso intrapsíquico de lento desarrollo.

En el caso del adulto más o menos normal, la experiencia de hallarse plenamente "en el mundo" y al propio tiempo fundamentalmente separado del mundo es uno de los hechos de la vida que se dan por sentados. La conciencia del sí-mismo y la absorción sin conciencia del sí-mismo son los dos polos entre los cuales nos movemos con grados variados de comodidad y de alternancia o simultaneidad. Esto es también el resultado de un proceso que se desenvuelve lentamente. En particular, este proceso se verifica en relación con: a) el propio cuerpo y b) el principal representante del mundo tal como lo experimenta el bebé (el objeto de amor primario). Como ocurre con todo proceso intrapsíquico, éste continúa repercutiendo durante todo el ciclo de la vida. Es un proceso que nunca termina, puede reactivarse siempre y nuevas fases del ciclo vital atestiguan nuevos derivados de aquel primer proceso aún en marcha (véase Erikson, 1959). Pero las principales realizaciones psicológicas de este proceso se llevan a cabo, según comprobamos, en el período que va desde los cuatro o cinco meses hasta los treinta o treinta y seis meses de edad, un período que designamos, según la provechosa sugestión de la doctora Annemarie Weil¹, como la fase de separación-individuación.

En el curso de nuestro estudio piloto, de carácter naturalista y bastante asistemático, no pudimos dejar de advertir algunos grupos de variables en determinadas encrucijadas del proceso de individuación, por cuanto tales grupos se repetían en ciertos momentos de la historia de la maduración. Esta circunstancia nos sugería con fuerza que sería ventajoso subdividir los datos que estábamos reuniendo sobre el proceso intrapsíquico de separación e individuación según los fenómenos repetidos observables en cuanto a la conducta y a otros puntos de referencia de la superficie

¹ Comunicación personal (1954).

de ese proceso (caps. I y IV). Nuestra subdivisión nos llevó a considerar cuatro subfases: *la diferenciación, la ejercitación, el reacercamiento* y una cuarta subfase que aparece durante el tercer año y que designamos como el período en que *el niño está en vías de alcanzar la constancia objetal*. Y según mi definición, esta subfase debería considerarse como el estadio en el cual se hace intrapsíquicamente accesible una representación unificada del objeto, así como le fue accesible al niño el objeto de amor en el mundo exterior durante el estadio de relación de objeto que satisface necesidades completas y más tarde parciales.

Cuando el placer interior prevalece como resultado de un seguro anclaje del niño en la órbita simbiótica —que es principalmente propioceptivo y perceptivo de contacto— y cuando el placer experimentado en la percepción sensorial exterior cada vez más amplia (como por ejemplo la visión) estimula la catexia de la atención dirigida hacia afuera, estas dos formas de catexia de la atención pueden fluctuar libremente (Spiegel, 1959; Rose, 1964). El resultado es un estado simbiótico óptimo, a partir del cual pueden llevarse a cabo la expansión más allá de la órbita simbiótica y la serena diferenciación del cuerpo de la madre. Este proceso, al que llamé “salida del cascarón”, puede considerarse como una gradual evolución ontogenética del sensorio —el sistema perceptivo consciente—, un proceso de ajuste y armonización que lleva al niño a poseer un sensorio permanentemente alerta cuando está despierto.

Es durante la primera subfase del proceso de separación-individuación cuando todos los niños normales dan, en virtud de la maduración de los aparatos, sus primeros pasos tentativos para abandonar, en un sentido corporal, su hasta entonces completamente pasiva condición de bebés, es decir, el estadio de unidad dual con la madre. Empujan con los brazos, con las piernas y el tronco tratando de separarse de la madre que los sostiene, como para cobrar una mejor visión de ella y de todo cuanto los rodea. Podemos comprobar sus inclinaciones individuales diferentes, así como las características generales del estadio de diferenciación mismo. A todos los bebés de cinco a seis meses les gusta apartarse un poco y mantenerse a cierta distancia de la madre que los tiene en brazos; apenas lo permite el desarrollo de la función motriz, se deslizan del regazo de la madre al suelo, aunque tienden a permanecer lo más cerca posible de ella y a jugar junto a sus pies.

Una vez que el bebé ha avanzado lo suficiente en el proceso de individuación para reconocer a la madre visual y táctilmente, no sólo como parte de la díada simbiótica, sino como su compañera en esa unidad dual, el hecho de que está pronto para dar ese paso está indicado por la respuesta sonriente, específica, que dirige a la madre. Alrededor de la misma época o quizás unas pocas semanas después, el niño se entrega, con mayor o menor asombro y aprensión (comúnmente llamada “reacción frente a los extraños”) a una prolongada exploración táctil y visual de los rostros de otras personas, tanto a la distancia como de cerca. El niño compara y coteja los rasgos —aspecto, contorno, contextura— del rostro de un extraño con el rostro de la madre y con la imagen interior que pueda tener de ella. También parece verificar y cotejar todas las otras nuevas experiencias interesantes con la Gestalt de la madre, especialmente con su rostro.

Ha de tenerse en cuenta que nosotros concebimos la separación y la individuación como procesos evolutivos entrelazados antes que como un solo proceso. Pueden avanzar de manera divergente, como consecuencia de un retraso en el desarrollo de uno o del otro. Hemos observado que niños que alcanzan un prematuro desarro-

llo de la locomoción y que, por lo tanto, son capaces de apartarse físicamente de sus madres, pueden adquirir prematura conciencia de su condición separada, mucho antes de que su individuación (prueba de realidad, actividad cognitiva, etc.) les haya proporcionado los medios para hacer frente a esa conciencia. Por otro lado, comprobamos que en niños con madres sobreprotectoras e infantilizantes, la individuación puede desarrollarse de manera adelantada y resultar en un retraso de la formación de fronteras y en un retraso en la disposición a actuar como un individuo separado sin experimentar indebida ansiedad.

El período de diferenciación es seguido por un período de ejercitación o, mejor dicho, éste se superpone al período de diferenciación. La subfase de ejercitación generalmente se extiende desde alrededor de los siete o diez meses y continúa hasta los quince o dieciséis meses de edad. En el procesamiento de nuestros datos comprobamos que era provechoso dividir en dos partes el período de ejercitación: a) la subfase temprana de ejercitación, que se superpone con la subfase de diferenciación y que está anunciada por la primera capacidad del bebé para apartarse físicamente de la madre al gatear, trepar y erguirse, aunque sosteniéndose aún en algún punto de apoyo; y b) el período de ejercitación propiamente dicha, que se caracteriza fenomenológicamente por la libre locomoción erecta.

Durante la subfase temprana de ejercitación, en la cual el pequeño gatea, se arrastra, gira sobre sí mismo, trepa y se endereza, generalmente con gran júbilo, esas funciones amplían el mundo del niño. No sólo puede asumir un papel más activo en cuanto a determinar la distancia y la proximidad respecto de la madre, sino que las modalidades perceptivas que hasta entonces empleó para examinar el ambiente relativamente familiar se aplican de pronto a un mundo cada vez más amplio; ahora la inteligencia sensoriomotriz, en el sentido de Piaget, da un gran paso hacia adelante.

La distancia psicológica óptima en esta subfase temprana de ejercitación parecería ser aquella que ofrece al pequeño (cuyos movimientos se realizan en su mayor parte en cuatro patas) libertad y oportunidad para explorar el mundo a cierta distancia física de la madre. Con todo, habrá de observarse que durante toda la subfase de ejercitación la madre continúa siendo necesitada como un punto estable, como una "base" para satisfacer la necesidad de reabastecimiento mediante el contacto físico. Hemos visto a pequeños de siete a diez meses que gateaban o se arrastraban rápidamente hacia la madre, que se erguían apoyándose en sus piernas, que la tocaban de varias otras maneras o que se quedaban sencillamente apoyados contra la madre. Furer² (1959/1960) denominó a este fenómeno "reabastecimiento emocional". Es fácil observar cómo el pequeño fatigado y descaecido se reanima en brevísimo tiempo después de tales contactos; y luego se entrega nuevamente a sus exploraciones, absorto en el placer de su propio funcionamiento.

LA SUBFASE DE EJERCITACION PROPIAMENTE DICHA

Con el desarrollo de las funciones autónomas, como la actividad cognitiva pero principalmente la marcha erecta, comienza la "aventura amorosa con el mundo" (Greenacre, 1957). El pequeño da aquí el mayor paso en el proceso de la individua-

² Comunicación personal.

ción humana. Anda libremente en posición bípeda. Y así cambia el plano de toda su visión; desde un nuevo punto de vista ventajoso el pequeño encuentra inesperadas y cambiantes perspectivas, nuevos placeres y nuevas frustraciones. En este nuevo nivel visual hay más cosas que ver, más cosas que oír, más cosas que tocar, y todo eso se experimenta en la posición erecta bípeda. La manera en que es experimentado este nuevo mundo parece tener una sutil relación con la madre, que es el centro del universo del niño y desde el cual éste se mueve gradualmente para abarcar perímetros cada vez más amplios.

Durante esos preciosos seis u ocho meses que abarca este período, para el pequeño (de diez o doce a dieciséis o dieciocho meses) el mundo es su ostra. La catexia libidinal se desplaza sustancialmente al servicio del yo autónomo y de sus funciones en rápido crecimiento y el niño parece embriagado con sus propias facultades y con la grandeza de su mundo. Una vez que el niño dió sus primeros pasos independientes en posición erecta (pasos que da generalmente, en una dirección que lo aleja de la madre o incluso en ausencia de ésta) podemos señalar el comienzo del *período de ejercitación por excelencia* y de la prueba de realidad. A partir de ese momento aumenta constantemente la catexia libidinal en la práctica de la destreza motriz y en la exploración del ambiente, tanto humano como inanimado. La principal característica de ese período de ejercitación es la gran catexia narcisista que el niño pone en sus propias funciones, en su propio cuerpo y también en los objetos y objetivos de su "realidad" en expansión. Junto con esto, observamos una insensibilidad relativamente grande a los golpes, caídas y otras frustraciones, como el hecho de que otro niño le arrebatase un juguete. En este momento (a diferencia de lo que ocurre durante la siguiente subfase de separación-individuación) el niño acepta fácilmente adultos sustitutos pertenecientes al marco familiar de nuestra guardería.

Cuando el niño, en virtud de la maduración de su aparato locomotor, comienza a aventurarse cada vez más lejos de los pies de la madre, está a menudo tan absorto en sus propias actividades que durante largos períodos de tiempo parece olvidarse de la presencia de la madre. Sin embargo retorna periódicamente a ella pues, por lo visto, de cuando en cuando necesita su proximidad física.

El niño que está pasando serenamente por el proceso de separación-individuación encuentra consuelo de las mínimas amenazas de pérdida objetal (que probablemente entraña cada nuevo paso de este desarrollo progresivo) en las funciones de su yo que se desarrollan rápidamente. El niño se concentra en afianzar el dominio de sus propias destrezas y de sus facultades autónomas. Lo entusiasman sus propias aptitudes y se deleita continuamente con los descubrimientos que realiza en su mundo en expansión, casi enamorado del mundo y de su propia omnipotencia. Cabe considerar la posibilidad de que el entusiasmo jubiloso de esta subfase tenga que ver no sólo con la ejercitación de los aparatos del yo, sino también con el deleite que experimenta el pequeño al escapar de ser reabsorbido por la madre, que aún ejerce una atracción simbiótica.

Así como en este punto los juegos de desaparecer y reaparecer se transforman de pasivos en activos, pues a la pérdida activa sigue la recuperación activa del objeto de amor que satisface necesidades, del mismo modo las constantes y precipitadas huidas del pequeño (hasta que su madre lo alza en brazos) toman de pasivos en activos los temores de volver a ser absorbido por la madre o de volver a fundirse con ella. Esto determina un juego de distanciamiento activo respecto de la madre y de reunión

con ella. Esta conducta asegura al pequeño que la madre lo recogerá y lo alzaré en brazos. No debemos suponer que esta conducta tenga necesariamente la finalidad de servir a ese objeto cuando aparece por primera vez, pero como ella produce claramente esos efectos, puede luego repetirse intencionalmente.

En la subfase de ejercitación propiamente dicha, la mayor parte de los niños manifiestan durante largos períodos un jubiloso entusiasmo, o por lo menos un júbilo relativo. Parecen insensibles a los golpes y caídas. Se muestran apagados sólo cuando se dan cuenta de que la madre se ha ausentado de la sala, y en esos momentos disminuye su motilidad gestual, muestran menor interés por lo que los rodea y parecen preocupados interiormente, con la atención concentrada en lo que Rubinfine (1961) llama "figuraciones". Durante este período, la inteligencia sensoriomotriz del niño se desarrolla imperceptiblemente hasta convertirse en inteligencia representativa mientras se desarrolla el concomitante crecimiento emocional que caracteriza a la tercera subfase del proceso de separación-individuación, el período de reaceramiento.

PERIODO DE REACERCAMIENTO

La subfase de reaceramiento (que se extiende desde alrededor de los quince a los veintidós meses y muy a menudo hasta más allá del segundo cumpleaños) comienza hipotéticamente con el dominio de la marcha erecta y la consiguiente disminución del interés exclusivo por la locomoción y otras funciones autónomas.

Al promediar el segundo año de vida, el bebé ya se ha convertido en un niño pequeño. Ahora adquiere cada vez más conciencia de su separación física y hace de ella un uso cada vez mayor. Paralelamente con el crecimiento de sus facultades cognitivas y la creciente diferenciación de su vida emocional puede observarse empero también la desaparición de su anterior insensibilidad a las frustraciones y de su relativo olvido de la presencia de la madre. Ahora se observa una crecida angustia de separación; el temor de la pérdida objetal puede inferirse de muchos modos de conducta, por ejemplo, de la circunstancia de que cuando el niño se lastima, descubre visiblemente con perplejidad que su madre no está automáticamente a mano. La relativa falta de preocupación por la presencia de la madre, que era característica de la subfase de ejercitación, es reemplazada por una conducta de acercamiento activo y por una preocupación aparentemente constante respecto del paradero de la madre. A medida que aumenta su conciencia de la separación, estimulada por la capacidad adquirida de apartarse físicamente de la madre y por su crecimiento cognitivo, el pequeño parece tener una necesidad mayor y un deseo mayor de compartir con la madre toda nueva adquisición de destreza y experiencia. Estas son las razones por las cuales he llamado período de reaceramiento a esta subfase del proceso de separación-individuación.

Ahora, después de dominar la libre marcha erecta y después del comienzo de la internalización, el pequeño empieza a experimentar, más o menos gradualmente y más o menos agudamente, los obstáculos que encuentra en el camino de lo que era, en el auge de omnipotente entusiasmo de su período de ejercitación, una "conquista del mundo" evidentemente esperada. Junto con la adquisición de las primitivas facultades cognitivas perceptivas se produjo una diferenciación creciente y clara,

una separación, entre la representación intrapsíquica del objeto y la representación del sí-mismo. En el auge del dominio de las funciones autónomas, hacia el final del período de ejercitación, el pequeño ya ha comenzado sin embargo a vislumbrar que el mundo *no es* su ostra, que debe afrontarlo más o menos "por su propia cuenta", a menudo como un individuo relativamente impotente y pequeño incapaz de obtener alivio o ayuda por el solo hecho de sentir la necesidad de alivio y ayuda o de expresar a voces esa necesidad.

La calidad y medida de la conducta de cortejo de la madre que realiza el pequeño durante esta subfase nos suministran importantes claves para estimar la normalidad del proceso de individuación. Creemos que es durante esta subfase de reaceramiento cuando se fijan los fundamentos de una ulterior salud mental relativamente estable o de una ulterior patología fronteriza.

En este período pueden observarse incompatibilidades y malentendidos aun en el caso de madre e hijo normales; y esas incompatibilidades y malentendidos corresponden a ciertas aparentes contradicciones de esta subfase. En la subfase de renovada y activa solicitud de la madre, de la cual el pequeño exige una participación constante, tales exigencias parecen contradictorias a la madre: aunque el pequeño no es ya tan dependiente e impotente como fuera medio año atrás y aunque parece ansioso de ser cada vez menos dependiente, ahora espera con insistencia que la madre comparta todos los aspectos de su vida. Durante esta subfase algunas madres no son capaces de aceptar las exigencias que el niño expresa con su conducta; otras no pueden tolerar la gradual separación, no pueden afrontar el hecho de que el hijo se haga cada vez más independiente de ellas y no sea ya una parte de ellas.

En esta tercera subfase, aunque el proceso de individuación avanza muy rápidamente y el niño lo ejercita hasta el límite, al propio tiempo adquiere conciencia cada vez más aguda de su condición separada y comienza a emplear toda clase de mecanismos, en parte internalizados, en parte dirigidos hacia el exterior y exoactuados, para resistirse a la separación de la madre. Por más que el pequeño insista en ejercer coacción sobre la madre, lo cierto es que ella y él ya no funcionan efectivamente como una unidad dual, es decir, el pequeño ya no logra que ella comparta la creencia delusoria que él mantiene en la omnipotencia parental. Análogamente, en el otro polo de la anterior unidad dual, la madre debe reconocer en su hijo a un individuo separado, a un individuo autónomo por derecho propio. Ahora la comunicación verbal se hace cada vez más necesaria; la coacción gestual por parte del niño y la mutua empatía preverbal entre madre e hijo ya no bastan para lograr la meta de satisfacción, de bienestar que busca el niño (Joffe y Sandler, 1965). Por otro lado, la madre ya no puede subordinar al hijo a sus propios deseos y predilecciones.

El pequeño gradualmente se da cuenta de que sus objetos de amor (los padres) son individuos separados, con sus propios intereses. Gradual y penosamente debe renunciar a la delusión de su propia grandeza, a menudo en medio de dramáticas luchas con la madre... y también con el padre, aunque en menor medida, según nos pareció. Esta es una encrucijada que hemos denominado "crisis del reaceramiento".

Según el equilibrio que tenga, la madre puede reaccionar mostrándose accesible emocionalmente en todo momento y participando juguetonamente en el mundo de su hijo o puede reaccionar con una gama de actitudes menos deseables. De los datos que hemos reunido hasta ahora, se desprende que la accesibilidad emocional continua de la madre es esencial para que el yo autónomo del hijo alcance una capacidad

funcional óptima. Si la madre es "serenamente accesible" y dispone de libido objetal, si comparte las proezas y aventuras del hijo respondiendo a sus juegos y ayudándolo así en sus intentos de imitación, de externalización y de internalización, entonces la relación entre la madre y el pequeño puede progresar hasta el punto en que la comunicación verbal pasa a un primer plano, aun cuando todavía predomine una vívida conducta gestual, es decir, la afectomotilidad. Hacia fines del segundo año o comienzos del tercero, la previsible participación emocional de la madre parece favorecer el rico desenvolvimiento que se está llevando a cabo en los procesos mentales del pequeño, en la prueba de realidad y en su conducta de afrontar al mundo.

La "vigilancia" de la madre por el niño entre los quince y los veinte meses (un fenómeno que es característico de esta subfase) parece obligatoria, salvo en el caso de aquellas madres que, en virtud de sus prolongados mimos y sus intrusiones (que se deben a sus propias necesidades simbióticas parasitarias) se convierten ellas mismas en sombras de sus hijos. En los casos normales, una leve vigilancia de la madre por parte del pequeño después del proceso de "salida del cascarón" da lugar a cierto grado de constancia objetal durante el tercer año de vida. Pero, cuanto menos accesible emocionalmente haya sido la madre en el período de reaceramiento, con más insistencia y desesperación el niño intentará aproximarse a ella. En algunos casos, este proceso absorbe tanta de la energía de desarrollo de que dispone el niño que ya no queda suficiente para que se cumpla la evolución de las muchas funciones en desarrollo de su yo. Ilustraremos las características y ciertos conflictos típicos de la subfase de reaceramiento con unos pocos resúmenes de casos.

Durante el período de reaceramiento Barney se comportó de manera muy notable. Había vivido, aunque algo precozmente, la típica "aventura amorosa con el mundo", durante la cual a menudo sufrió caídas y se lastimó, aunque siempre reaccionó con gran indiferencia a tales accidentes. Gradualmente llegó a sentirse perplejo al comprobar que la madre no se encontraba presente para socorrerlo y entonces comenzó a llorar cuando se caía. Al adquirir conciencia de su separación respecto de la madre, su anterior aceptación calma de porrazos y caídas comenzó a ser reemplazada poco a poco por una acrecida angustia de separación.

La temprana maduración de las funciones locomotrices en Barney lo había puesto frente al hecho de la separación física de su madre a los nueve o diez meses, antes de que estuviera completamente preparado para afrontarla. Es por eso, según creemos, que durante el período de reaceramiento Barney desplegaba en un grado exagerado la conducta opuesta a la de "vigilancia". Desafiaba a la madre alejándose precipitadamente de ella y esperando correctamente que la madre corriera tras él y lo alzara en sus brazos; por lo menos así anulaba momentáneamente la separación física de la madre. La respuesta cada vez más frenética de la madre a las peligrosas piruetas que daba Barney para alejarse determinaron en éste la intensificación y prolongación de semejante conducta hasta el punto de que la madre por un tiempo desesperó de poder refrenar las temeridades de Barney. A nuestro juicio esa conducta es el resultado de la precoz maduración de las funciones locomotrices del niño y del relativo retraso en la maduración de sus funciones emocionales e intelectuales. De ahí que el niño no pudiera evaluar o medir apropiadamente los peligros potenciales que entrañaban sus hazañas locomotrices.

El desequilibrio entre la línea evolutiva de separación y la de individuación (lo cual determinaba una confusa mezcla de factores de la segunda subfase, la ejercitación, con los de la tercera subfase, el reaceramiento) había establecido un esquema sobredeterminado de proclividad a los accidentes en este niño (Frankl, 1963). La temeraria conducta de Barney tenía también cualidades introyectivas. Esa conducta estaba sobredeterminada, como lo está toda conducta sintomática. También se debía en parte a la identificación con el padre, amante de los deportes o, mejor dicho, se debía a la introyección de esa naturaleza deportiva del padre. (A los hijos se les permitía observar y admirar las arriesgadas hazañas del padre y a veces se les permitía participar en ellas).

La madre de Barney, a la que observamos como una madre ideal durante la subfase temprana de ejercitación de Barney, ahora, en la subfase de reaceramiento, o bien refrenaba la conducta de Barney o bien por puro agotamiento dejaba de lado su habitual actitud alerta a las necesidades del hijo y su anterior y profunda atención a las señales que éste emitía. Se precipitaba hacia el hijo en cualquier situación, la necesitara o no la necesitara, o bien se mantenía apartada de éste cuando el chico realmente la necesitaba; en otras palabras, su accesibilidad inmediata se hizo impredecible tanto para ella como para él.

La perturbación de la relación de Barney y su madre durante este período no era sin embargo total ni infligió, según creemos, daños permanentes en el desarrollo de la personalidad de Barney. No se manifestaron hostilidad, disociación ni ambivalencia más o menos permanente. Barney continuaba llevando toda clase de cosas a su madre para que las compartiera con él y le llenaba el regazo de toda suerte de objetos. A veces permanecía tranquilamente sentado junto a ella y resolvía problemas de rompecabezas o miraba libros de láminas con la madre, mientras se sentía lleno de confianza básica respecto del mundo que estaba más allá de la madre.

Esta relación de madre-hijo se hizo de nuevo recíprocamente satisfactoria cuando llegó el momento de la cuarta subfase, de manera que en su tercer año de vida Barney se convirtió en un niño más sedentario, más paciente y más equilibrado, dentro de los límites normales. Creo que la muy satisfactoria diferenciación simbiótica de Barney y la satisfactoria subfase temprana de ejercitación, así como el hecho de que su padre (con quien jugaba Barney con gran algazara y a quien rendía el culto de un héroe) se convirtiera en una parte importante de su mundo durante el segundo año de vida, fueron factores favorables en el desarrollo de este niño.

En Anna pudo observarse una manifestación diferente de la crisis de la tercera subfase. La pronunciada inaccesibilidad emocional de la madre determinó que el período de ejercitación y exploración en Anna fuera breve y apagado. Sin estar nunca segura de la accesibilidad de la madre y, por lo tanto, hallándose siempre preocupada, a Anna le resultaba difícil catectizar la libido en lo que la rodeaba y en sus propias funciones. Después de un breve momento de ejercitación, retornaba a su madre y trataba de interesarla valiéndose de todos los medios posibles. De expresiones de necesidad por la madre relativamente directas, como llevarle un libro para que se lo leyera o dar golpecitos al eterno libro en que la madre estaba enfrascada, Anna pasó a adoptar medidas más desesperadas, como caerse al suelo o desparramar por él galletitas que luego pisoteaba, siempre con un ojo puesto en la madre para ganar su atención, si no ya su solícita intervención.

La madre de Anna era una mujer muy absorbida por sus propios intereses, entre los cuales ciertamente no se contaban los niños. Con aparente satisfacción y fingido autodespicio hacía notar que sus dos hijos mayores habían preferido al padre, quien había compartido con ella el trabajo de cambiarles los pañales y suministrarles los biberones.

Ya al noveno mes y al décimo observamos en Anna subido anhelo de hallarse cerca de su madre; se negaba a aceptar a sustitutos en presencia de la madre y más aún en su ausencia; se observaba además marcada disminución de la actividad. Caracterizaba demasiado poco la ejercitación de las funciones parciales autónomas de su ego en proceso de individuación; su conducta de aproximación a la madre, que era a veces suplicante, sobrepasaba con mucho cualquier interés por una actividad que la mantuviera alejada de aquélla. De ahí que se produjera una completa superposición y mezcla de las características de la subfase de ejercitación y de la subfase de rearmamiento.

Mientras que todas las señales de la individuación —el desarrollo de las destrezas motrices parciales, de la comunicación, la imitación y la identificación y de las defensas— se manifestaron en fechas apropiadas, se observaba un proceso mínimo hacia la constancia objetal (en el sentido de Hartmann).

Anna no podía soportar que la madre estuviera fuera del alcance de su vista, y además sus actividades y movimientos eran apagados: le faltaba la vivacidad y la alegría características de la conducta que exhiben los niños de su edad en el período de ejercitación. Sus estados de ánimo felices y de mayor vivacidad, que coincidieron con la conquista de la marcha erecta, fueron fugaces. Por otro lado, el desarrollo del lenguaje fue bastante precoz.

La crónica frustración de Anna en sus intentos de conquistar el amor de la madre había dañado visiblemente el proceso de amalgama de libido y agresión. La ambivalencia de Anna afectaba evidentemente su disposición anímica, que se caracterizaba por prontas sonrisas cuando la madre o un padre sustituto se aproximaba a ella, pero esa actitud se cambiaba rápidamente en la opuesta y entonces Anna se mostraba abatida, desdichada y hasta desesperada. Esto nos recordaba los cambios y fluctuaciones de la autoestima que observamos tan claramente en fenómenos fronterizos durante la situación psicoanalítica.

Pensamos que nuestro estudio nos ofrece un marco bastante bueno para medir la capacidad del bebé y luego del niño pequeño de actuar en presencia de la madre y para comparar su modo de actuar durante los breves períodos de ausencia física de la madre. Esta última situación varía desde la circunstancia de que la madre se encuentre en la guardería adyacente o en la vecina sala de entrevistas hasta la circunstancia de hallarse fuera del edificio. Los pequeños permanecen dentro de un escenario familiar con adultos conocidos y otros niños de su edad.

Me parece interesante referirme a unos cuantos detalles del desarrollo de la personalidad de Anna durante los peligrosos “segundos dieciocho meses de su vida” a los que habíamos observado que los juegos de Anna presentaban una calidad de formación reactiva temprana. La madre nos había informado que Anna manifestaba distorsión cuando se le daba una porción de la arcilla de su hermano mayor para que jugará con ella, y esto ocurría ya a los dieciocho o diecinueve meses. El entrenamiento del control de esfínteres en Anna comenzó alrededor de los veinte meses, aparentemente sin que se ejercieran presiones. Anna ya decía la palabra “caca” a esa edad

y al principio la madre estaba muy atenta a las señales que la niña emitía en lo concerniente a sus necesidades urinarias y de defecación. Anna recibía alabanzas de la madre cuando orinaba o defecaba. A partir de los veinte meses se la oyó decir repetidamente "Adiós, pipí", cuando hacía correr el agua del inodoro. Pero poco después, muchos observadores advirtieron que Anna comenzaba a pedir que la llevaran al cuarto de baño cada vez que deseaba atraer la atención de su madre o cuando deseaba impedir que la madre abandonara la sala para acudir a una entrevista; en todo caso lo hacía con más frecuencia de lo que realmente podían exigirle sus necesidades urinarias o de defecación.

A los veintidós meses Anna dominaba su actividad intestinal y a esa edad pasaba varios días sin mojar la cama. Al comienzo del entrenamiento del control de esfínteres (especialmente el esfínter anal) comprobamos que Anna se mostraba dispuesta a obedecer a la madre hasta el punto de que madre e hija encontraron en esa actividad del cuarto de baño un terreno de encuentro de carga emocionalmente positiva. Pero al cabo de dos meses, aquella actividad se había convertido en una esfera de conflictos en la interacción de madre e hija. Alrededor de los veintitrés meses, Anna recurría al arma de orinar por toda la habitación. La madre se encontraba entonces embarazada y a medida que pasaba el tiempo el embarazo determinó que se interesara narcisísticamente en sí misma. Cada vez reaccionaba menos a las peticiones de Anna de que la acompañara al cuarto de baño, que estaba en el piso superior de la casa. En realidad, la mujer nos dijo que había pedido a su hijo, que tenía entonces cuatro años, que la sustituyera en cuanto a llevar a Anna al cuarto de baño. Como hubimos de enterarnos luego, el chico no dejó pasar la oportunidad de hacer alarde provocativa y agresivamente de sus atributos viriles, del pene, en presencia de su hermanita. De esta manera cobró ímpetu la envidia del pene en Anna, así como aumentó su desconfianza por la madre.

Entonces se libró una lucha entre Anna y su madre alrededor del control de esfínteres. A los dos años (entre los veinticuatro y los veintisiete meses, para ser exactos), Anna comenzó a utilizar el control de esfínteres para desafiar a la madre. A partir de los veintidós meses, se produjo en Anna una grave constipación como resultado de la deliberada retención de heces.

No vimos a Anna por unos tres meses (desde los veinticinco a los veintiocho meses de edad), tiempo en el cual nació una hermanita.

Anna retornó al Centro a los veintinueve meses. La madre llevaba en brazos a la recién nacida, Susie, y Anna la seguía a corta distancia. La madre parecía acosada y cansada cuando entró en la sala, y con una sonrisa forzada exclamó: "Me siento una inmundicia y loca, completamente loca". Se quejaba: "Anna me está haciendo volver loca". En realidad, Anna había estado muy molesta, se había puesto exigente y lloraba de continuo; además, desde hacía dos o tres días retenía las heces y no había defecado. La madre remedaba a Anna en la postura que ésta adoptaba con las piernas bien juntas y dando pataditas en el piso. También dijo que Anna se sentía realmente muy incómoda y dolorida. Nos informó que el pediatra le había asegurado que se trataba de un fenómeno normal después del nacimiento de un nuevo bebé, que debía tomarlo con calma y no prestar atención en ese momento a la actividad intestinal de Anna. Mientras hacía un ademán desesperanzado, la mujer agregó: "Pero sencillamente no puedo tomarlo así y me estoy volviendo loca".

Se observó que Anna jugaba con agua en la sala de los pequeños. Sin embargo, ésta no era la clase de juego a que suelen entregarse los niños de su edad; a nosotros nos parecía que aquel juego era de naturaleza compulsiva. Anna comenzó a fregar un recipiente que tenía adherida harina en el fondo y estaba resuelta a dejarlo bien limpio; se fastidió cuando comprobó que no podía hacerlo. Levantó la mirada hacia la observadora y dijo: "El tazón no está limpio". Y lo dijo mientras mostraba un aspecto de suma incomodidad. Evidentemente tenía necesidad de defecar y se encontraba bajo una continua presión intestinal. Gotitas de sudor le cubrían la frente y el color le desaparecía y le reaparecía en las mejillas. En dos oportunidades echó a correr hacia el cuarto de baño. Se sentó en el inodoro y orinó, luego se levantó y se entregó a la tarea de hacer correr el agua. Regresó al cuarto de los pequeños y se puso a jugar mecánicamente con arcilla, pero mientras jugaba era evidente que Anna se sentía incómoda, se movía como a tirones y daba saltitos, mientras el color le desaparecía de la cara. Por fin se levantó de un salto y corrió hacia el cuarto de baño, se sentó en el inodoro y dijo a la observadora: "Dame un libro". Mientras estaba sentada miraba a la observadora con expresión bastante penosa y dijo: "No dejes que entre mamá; que mamá se quede afuera, que se quede afuera". La observadora la alentó para que continuara hablando y Anna dijo: "Mamá me haría daño". Entonces se puso a mirar el libro de láminas en las que figuraban gatitos y caballitos y mientras la observadora le mostraba las láminas de los cachorritos, Anna comenzó a cobrar el aspecto de sentirse muy incómoda. Echó una mirada a sus bragas, que se le habían ensuciado, y dijo que deseaba otras limpias. Por último, en un estado de extrema desazón ya pareció incapaz de retener más las heces y exclamó: "Que venga mamá, que venga mamá". La madre acudió rápidamente, se colocó junto a Anna y ésta le pidió que le leyera el libro.

Desde la cabina un observador participante contemplaba la escena y advirtió que la madre estaba leyéndole el mismo libro de los animalitos que la primera observadora había leído antes a Anna. Oyó que mientras señalaba los animales la pequeña decía: "Mi papá tiene un cerdito en el estómago". La madre perpleja le preguntó: "¿Qué dices?", y Anna repitió lo que había dicho. La madre parecía afligida al ver que su hija decía disparates. Pasó la mano por la frente de Anna para ver si tenía fiebre, pero la niña sonrió, volvió a señalar el libro y dijo: "No, es un potrillito". En ese momento, con expresión satisfecha en el rostro, Anna defecó. Después de hacerlo pareció más relajada; se puso a jugar a desaparecer y reaparecer detrás de la puerta y pidió a la observadora que se pusiera detrás de esa puerta.

En este episodio, la secuencia de modos de conducta y verbalizaciones nos permitió sacar conclusiones y, por decirlo así, reconstruir el desarrollo de la neurosis infantil temprana de Anna *in statu nascendi*. A causa de los deficientes dones emocionales maternos, el desarrollo de la autonomía no bastó para reemplazar gradualmente la omnipotencia simbiótica temprana, que es obligatoria. A pesar de sus excelentes dotes, Anna no era capaz de protegerse de la acometida de la angustia de separación y del colapso de su autoestima. El enojo con la madre por no haberle dado un pene resultaba inequívoco en su material verbal. Anna codiciaba los regalos que la madre recibiera del padre, entre ellos un dedal de porcelana, que le permitieron conservar. En su decepción Anna se volvía al padre y, cuando la madre quedó embarazada, perpleja equiparaba evidentemente don con bebé, con heces y con pene. Mostraba gran confusión acerca de los contenidos del cuerpo: eran muy

evidentes sus propias fantasías de embarazo, pero no tenía idea clara acerca de lo que cada cual tenía en su vientre. Parecía esperar que el vientre del padre contuviera un bebé, así como lo contenía el de la madre. La ecuación heces = bebé = falo estaba explícitamente expresada en su conducta y en sus manifestaciones verbales.

La relación madre-hija era de tal condición que Anna tenía que defender a la madre buena contra su propio enojo destructivo y lo hacía dividiendo el mundo objetal en bueno y malo. El objeto bueno era siempre el objeto parcial ausente, nunca el objeto presente. Para clarificar esta circunstancia, describiré otra secuencia de hechos y verbalizaciones registrada durante el tercer año de vida de Anna. Cuando la madre la dejaba sola, Anna daba berrinches y se aferraba a la familiar y amada maestra de juegos, pero no sin increparla verbalmente mientras le rodeaba el cuello con los brazos. Cuando leían juntas un libro, Anna encontraba faltas en cada frase que pronunciaba la maestra. La reprendía y la contradecía en todo, asegurando que era "mala, mala, mala".

Me puse a observarla desde la cabina y luego entré calladamente en la sala de juegos y fui a sentarme al rincón más alejado de donde se encontraban Anna y su amada y odiada maestra. Anna inmediatamente advirtió mi presencia y enojada me mandó que saliera de la sala. Con calma, interpreté a Anna lo que había entendido de la situación: Anna realmente no deseaba que nadie que no fuera su madre entrara por aquella puerta y ésa era la razón de que estuviera tan enojada. También estaba muy enojada porque quien le leía era la observadora y no la mamá. Le dije que sabía que mamá pronto regresaría. Con esa casi interpretación parecieron abrirse algunos canales libidinales; la niña apoyó la cabeza en el hombro de la observadora y comenzó a llorar dulcemente. Poco después regresó la madre. Fue sin embargo muy instructivo comprobar que al reunirse con la madre no pudimos advertir ni el menor destello de alegría o felicidad. Sus primeras palabras fueron: "¿Qué me trajiste?", y comenzó de nuevo a llorar y a manifestar descontento. Durante cierto tiempo Anna no logró tener una representación objetal unificada o conciliar sintéticamente las cualidades buenas y malas del objeto de amor. Al propio tiempo sufrían la representación de su sí-mismo y su autoestima.

En cambio, lo que vimos en el caso de Barney era tan sólo una desviación evolutiva transitoria manifestada en la forma de una crisis de reaceramiento. En Anna observamos una verdadera formación de síntoma neurótico, que se desarrolló sobre la base de una relación bastante insatisfactoria de madre e hija, relación defectuosa activada y producida en gran medida por traumas acumulados.

Hasta más allá de la cuarta subfase, la relación de Anna con su madre continuó preñada de ambivalencia. Sin embargo su rendimiento escolar era bueno. La constipación continuó siendo un síntoma durante varios años. Su desarrollo y adaptación sociales eran satisfactorios. El estudio de su evolución nos dirá más acerca de la suerte de su neurosis infantil.³

³ [Véase al final del volumen la noticia sobre la procedencia de este capítulo.]

En nuestra observación de dos niños vimos por qué se produce la crisis del reaceramiento y por qué en algunos casos ella se convierte en un conflicto intrapsíquico que queda sin resolverse. Puede determinar un punto de fijación desfavorable que interfiere en el posterior desarrollo edípico o, en el mejor de los casos, puede representar una dificultad más en la resolución del complejo de Edipo.

En la subfase de reaceramiento y en el momento culminante de la pugna entablada en el proceso de separación-individuación, el trabajo del desarrollo es tremendo. Presiones y conflictos orales, anales y genitales tempranos se unen y acumulan en este importante momento del desarrollo de la personalidad. Aquí es menester renunciar a la omnipotencia simbiótica mientras se cobra conciencia aguda de la imagen del cuerpo y de las presiones ejercidas sobre el cuerpo, especialmente en los puntos de libidinización zonal.

En este estadio de desarrollo se dan unidas tres grandes angustias de la niñez. 1) Mientras el temor de pérdida objetal y abandono está en parte aliviado, se ve complicado empero por la internalización de las exigencias parentales que indican el comienzo del desarrollo del superyó. En consecuencia, observamos una intensificada vulnerabilidad en el pequeño que se encuentra en esta subfase. 2) El miedo a perder el amor del objeto determina una reacción ultrasensible a la aprobación y la desaprobación de los padres. 3) El niño tiene mayor conciencia de sus sensaciones y presiones corporales, en el sentido de Greenacre. Esas sensaciones y presiones se ven aguzadas, aun en el desarrollo perfectamente normal, por sensaciones intestinales y urinarias durante el proceso de entrenamiento de esfínteres. A menudo se da una reacción, en algunos casos muy dramática, ante el descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos, acompañada por una angustia de castración prematuramente precipitada.

SIMBIOSIS E INDIVIDUACION: EL NACIMIENTO PSICOLOGICO
DEL INFANTE HUMANO

(1974)

Me gustaría comenzar con una nota algún tanto personal para indicar de qué manera, en medio de mis estudios de reconstrucción realizados en la situación psicoanalítica, nació esa obra normativa basada en la observación, uno de cuyos productos es el presente artículo.

Durante mis años de formación y mientras practicaba aún en el Instituto Psicoanalítico de Viena, mis experiencias como directora de una clínica de bebés a fines de la década de 1920 me causaron la impresión (si bien preconsciente) una y otra vez de que la *experiencia del nacimiento biológico* del ser humano no coincidía con su "nacimiento psicológico". El sensorio del recién nacido y del bebé muy pequeño no parecían armonizar con el mundo exterior; el bebé se manifestaba en un estado de existencia crepuscular.

Luego, en la década de 1930, cuando atendía a una serie de niños neuróticos y de pacientes adultos psicoanalíticos, entre ellos tropecé con dos pacientes en la edad de latencia a quienes no logré tratar eficazmente con el tradicional método psicoanalítico. Uno de ellos, un varón de ocho años sumamente inteligente, me fue remitido por los padres y por las autoridades de la escuela porque no parecía comprender los necesarios requisitos que había que cumplir en la situación del aula ni los requisitos impuestos por la vida de familia.

Aquel niño necesitaba que su madre lo atendiera casi continuamente. Esta tenía que adivinar —y a veces lo conseguía— los pensamientos y deseos de proceso primario de su hijo; de otra manera el paciente —entregándose a un berrinche inicial o sin él— se retiraba a un extraño mundo de ensueño que le era propio. Los contenidos de ese mundo onírico eran discernibles en aquellos momentos en que el paciente exoactuaba sus fantasías delusorias; por ejemplo, se ponía el sombrero hongo del padre y empuñaba su bastón creyendo a pie juntillas que al apropiarse de esos adminículos del padre se convertiría realmente en éste y que además se convertiría en el amo absoluto del universo.

Como hube de descubrirlo pronto, a la analista le era permitido desempeñar sólo uno de los papeles siguientes: o bien yo debía actuar como una extensión inanima-

da del yo del paciente y ser casi un instrumento del sí-mismo delusoriamente engrandecido del paciente o bien debía permanecer completamente pasiva, casi inanimada, cual otro (aunque algún tanto más significativo) mueble de la habitación.

La existencia animada e individual de los objetos humanos —el padre, el hermano, la analista, los compañeros de clase y hasta la madre— era borrada lo más posible. Si estos mecanismos de inanimación y desdiferenciación (véase el t. I, cap. X) no daban resultado, las más de las veces acometía al paciente un acceso de ira y pánico, para sumirse luego en el estado crepuscular del psicótico.

A pesar de la inmensa diferencia que hay entre los bebés muy pequeños y los niños psicóticos, una semejanza fundamental que presentaban estos dos grupos de seres humanos produjo en mí profunda impresión: ninguno de ellos parecía haber nacido *psicológicamente*, es decir, no parecía “estar en armonía” con el mundo de la realidad. Lo que los bebés muy pequeños no han alcanzado *todavía* es lo mismo que *se malogró* en el caso de los psicóticos: el nacimiento psicológico, o sea, convertirse en una entidad individual separada, adquiriendo un nivel inicial, aunque primitivo, de identidad propia.

Este rasgo común de un estado perceptivo crepuscular en los dos grupos de seres humanos se deslizó poco a poco en mi espíritu y esto me llevó a formular dos preguntas: 1) ¿Cómo la vasta mayoría de los niños alcanza el segundo nacimiento obligatorio, la experiencia del nacimiento psíquico? ¿Cómo emergen de lo que evidentemente es un confuso estado de unicidad simbiótica con la madre y gradualmente se separan intrapsíquicamente de ella para percibir el mundo por su propia cuenta? 2) ¿Cuáles son los factores concomitantes genéticos y estructurales que impiden al individuo psicótico alcanzar esta experiencia de segundo nacimiento, esta salida de la común frontera simbiótica con la que le brinda maternaje?

Al cabo de otra década más de experiencia con niños psicóticos me lancé a fines de la década de 1950 a un estudio sistemático de “La historia natural de la psicosis infantil simbiótica”,¹ en el que apliqué un plan de trabajo tripartito.

Intentábamos establecer lo que Augusta Alpert llamaría una “relación simbiótica correctiva” entre la madre y el hijo, mientras el terapeuta obra como un puente entre ambos. Cada vez nos convencimos más de que la “falta básica” en el psicótico consistía en su incapacidad de percibir al sí-mismo y a la madre como entidades separadas y, por lo tanto, en su incapacidad de utilizar a la madre como un “faro de orientación en el mundo de la realidad”, como su “yo externo”. Esto difiere de lo que ocurre con los niños normales o con los niños cuyas perturbaciones corresponden a otras categorías de patología.

Poco después de iniciar el proyecto sobre psicosis (y casi paralelamente con él), comenzamos un estudio piloto en el cual nos esforzamos por establecer ¿cómo se desarrollan la *diferenciación* y la *formación de las fronteras del sí-mismo* en la mayor parte de los seres humanos! (En aquel momento prácticamente no se disponía de ningún dato específico sobre este tema.) Este estudio piloto era bifocal y se basaba en la observación de parejas de madre e hijo elegidas al azar, que eran comparadas entre sí de vez en cuando. El estudio piloto de las parejas normales de madre-hijo fue emprendido de conformidad con la hipótesis de que “existe un proceso in-

¹ [Véase al final del volumen la noticia sobre la procedencia de este capítulo.]

trapsíquico normal y universal de separación-individuación en el niño común, proceso que está precedido por una fase simbiótica normal”.

Estoy convencida de que, en el *individuo normal*, la utilización sociobiológica de la madre, de la “mitad exterior del sí-mismo” (Spitz, 1965), y posteriormente la accesibilidad emocional del objeto de amor —de la compañera postsimbiótica— son las condiciones necesarias para que se produzca el proceso *intrapsíquico* de separación-individuación. Este proceso equivale en realidad a la experiencia del segundo nacimiento, del nacimiento psicológico, un proceso lento y muy gradual de *salir del cascarón*, por así decirlo.

Por el trabajo clínico que cumplí en la situación psicoanalítica y por mis estudios basados en la observación de niños de muy corta edad, estoy ahora en condiciones de afirmar con bastante exactitud lo que muchos de mis colegas comprobaron en su trabajo principalmente reconstructivo: que ciertos cuadros clínicos de índole más leve que los francamente psicóticos, derivan de perturbaciones producidas en el ordenado progreso de las subfases del proceso de separación-individuación. Por lo tanto, recapitularé brevemente ese proceso de desarrollo.

I

El hecho de que el infante humano no esté biológicamente preparado para sobrevivir por sus propios medios es la causa de esa prolongada dependencia absoluta, propia del género humano, respecto de la madre (Parens y Saul, 1971), que Benedek (1949) y yo hemos llamado “simbiosis de madre e hijo”. Creo que a este estado simbiótico de la unidad dual madre-hijo corresponden las experiencias precursoras de los comienzos del individuo que, junto con factores constitucionales innatos, determinan la configuración somática y psicológica única de cada individuo humano.

Ciertas actitudes simbióticas como las que muestra el bebé al amoldar su cuerpo o al ponerse rígido cuando se lo tiene alzado, así como las situaciones específicas y características de la lactación y otras muchas variables que se dan en la diada simbiótica, nos proporcionan indicios de lo que está ocurriendo en el interior del bebé; sólo que traducir a términos psicológicos los fenómenos observables de los estados preyoicos tempranos —para usar nuestra terminología, el período autístico y el período simbiótico temprano— es sumamente difícil. Las extrapolaciones basadas en datos de la conducta preverbal son aun más precarias que las hipótesis deducidas de observaciones sobre períodos posteriores de la vida. Para comprender los fenómenos *preverbales*, como lo expresó sucintamente Augusta Bonnard (1958), “Nos vemos ... obligados a buscar sus connotaciones en la continuación normal o patológica de esos fenómenos en individuos algo mayores que un bebé o bien en sus manifestaciones regresivas” (pág. 583).

Como lo expuse en muchas de mis publicaciones, hemos aprendido bastante sobre la naturaleza simbiótica de la existencia humana al estudiar intensivamente los fenómenos preverbales de la simbiosis en sus manifestaciones patológicas y regresivas.

Pero en nuestro estudio normativo hemos tratado no sólo de validar nuestras hipótesis sobre el *origen simbiótico de la existencia humana*, sino también de seguir el desarrollo en ese período de la vida temprana que denominé la fase de separación-

individuación. Estudiamos parejas de madre-hijo elegidas al azar y observamos la interacción de estos dos elementos *más allá* de la fase simbiótica normal.

Apenas aparecen signos de diferenciación, ya es considerablemente más fácil el trabajo de interpretación, y las construcciones parecen más dignas de confianza. Esto se debe a que la presencia y la accesibilidad (o la falta de accesibilidad) de la madre polarizan la conducta del bebé y la vuelven más significativa. La presencia de la madre y su interacción con el hijo suministran un marco de referencia circular pero bipolar: el bebé y la madre en interacción son más susceptibles de ser interpretados.

Esto nos ha permitido estudiar el nacimiento psicológico del infante humano, cuyos elementos dinámicos principales son: los grandes desplazamientos de catexia libidinal y agresiva en el sí-mismo corporal y la cambiante naturaleza e intensidad de las conductas de aproximación y distanciamiento que muestran el hijo y la madre durante el proceso de desarrollo, desde el nacimiento biológico hasta la fase de constancia objetal libidinal.

En las semanas que preceden a la evolución hacia la simbiosis, los estados de sueño del recién nacido y del bebé muy pequeño sobrepasan con mucho a los estados de vigilia. Recuerdan aquel estado primario de distribución de la libido que predominaba en la vida intrauterina y que hace pensar en el modelo de un sistema monádico cerrado y autosuficiente en su realización alucinatoria del deseo.

Ribble (1943) señaló que los servicios de maternaje apartan gradualmente al niño pequeño de su tendencia innata a la regresión vegetativa, visceral, orientándolo a la conciencia sensorial cada vez mayor del ambiente, con el que lo llevan a establecer contacto. Atendiendo a la energía o catexia libidinal, esto significa que debe producirse un progresivo desplazamiento de energía pulsional desde el interior del cuerpo (especialmente desde los órganos abdominales) hacia su periferia. El desplazamiento de la catexia predominantemente propioenteroceptica a la catexia sensorio-perceptiva de la periferia —la corteza del yo corporal (como la llamó Freud)— un paso importante y decisivo en el desarrollo.

La bien conocida insensibilidad periférica al dolor y la hipersensibilidad (que produce pánico) a las sensaciones enteroceptivas (“de las entrañas”), que en las psicosis son equiparadas con objetos malos introyectados, demuestran que este importante desplazamiento masivo de la catexia no se ha producido en los psicóticos.

Creo que este importante desplazamiento de la catexia marca el paso de la fase autística normal a la fase simbiótica normal.

La principal función de la fase autística consiste en mantener, mediante mecanismos predominantemente fisiológicos, el equilibrio homeostático del organismo en medio de las cambiadas condiciones del posparto.

En virtud de la facultad perceptiva innata y autónoma del yo primitivo (Hartmann, 1939), se almacenan huellas mnémicas de las dos cualidades primordiales de los estímulos: la de ser “buenos” (es decir agradables) y la de ser “malos” (es decir peligrosos). Podemos además emitir la hipótesis de que estos estímulos son catectizados con energía pulsional primordial indiferenciada.

John Benjamin (1961) comprobó que se produce una interesante crisis fisiológica de maduración alrededor de las tres o cuatro semanas. Así lo corroboran los estudios electroencefalográficos y el pronunciado aumento que se observa de la sensibilidad general a los estímulos exteriores. “Sin la intervención de una figura materna que ayude a reducir las tensiones”, dice Benjamin, “el bebé suele verse abrumado

por los estímulos, con lo que aumentan el llanto y otras manifestaciones motrices de afecto negativo indiferenciado" (pág. 27).

Esta crisis, considerada desde nuestro punto de vista evolutivo, marca el resquebrajamiento del caparazón "autístico", el comienzo de la disolución de la barrera negativa —es decir, no catectizada— contra los estímulos; marca el comienzo de su reemplazo —en virtud del desplazamiento de catexia al que nos hemos referido— por una barrera contra estímulos positivamente catectizada, *protectora* y *selectiva*, que crea, por así decirlo, un "escudo" común, una membrana casi semipermeable que envuelve a las dos partes de la díada madre-hijo.

La fase simbiótica se caracteriza porque en ella el niño presta creciente atención, y dirige la catexia afectiva perceptiva, a estímulos que *nosotros* (los observadores adultos) reconocemos como provenientes del mundo exterior, pero que para el niño (según postulamos) no tienen un claro origen exterior. Aquí comienzan a establecerse "islotos de recuerdos" (t. I, cap. VI), pero todavía no hay una diferenciación entre lo exterior y lo interior, entre el sí-mismo y lo otro. La principal realización psicológica de la fase simbiótica es la creación de un vínculo específico entre madre e hijo, como lo indica la específica respuesta sonriente (Spitz, 1946 a).

El período que va de los cinco a los siete meses marca el punto culminante de la exploración manual, táctil y visual cercana de la boca, la nariz y el rostro de la madre, así como el "tacto" de la piel de ésta. Con estos modos de conducta, el bebé parece comenzar a distinguir entre las experiencias perceptivas de contacto y aquellas que tienen origen en su propio cuerpo, así como a aislar elementos de lo que hasta entonces eran experiencias sensoriales cenestésicas globales del cuerpo de la madre y de su propio cuerpo. Además, éstas son las semanas durante las cuales el bebé descubre fascinado objetos inanimados que lleva la madre, como un broche o anteojos o un pendiente. Comienza a mirar alrededor dentro de la unidad dual simbiótica, apartando su cuerpo del de la madre como para verla mejor, y también a mirar más allá de la órbita simbiótica, por ejemplo, cuando quiere un juguete. A esta edad puede interesarse en juegos de desaparecer y reaparecer, pero en ellos el bebé aún desempeña un papel pasivo (Kleeman, 1967). A partir de estos modos de exploración se desarrolla luego la función cognitiva de cotejar lo no familiar con lo que ya es familiar.

Es durante la primera subfase, es decir, la subfase de diferenciación (de los cuatro o cinco a los diez meses de edad), cuando todos los bebés normales hacen sus primeros intentos de abandonar, en un sentido corporal, su condición hasta entonces completamente pasiva de bebés propiamente dichos, la etapa de unidad dual con la madre. Aquí puede uno observar diferentes inclinaciones y características individuales y también las características generales del *estadio de diferenciación* mismo. A todos los bebés les gusta apartarse y aventurarse un poco a cierta distancia de los brazos de la madre, y apenas sus funciones motrices se lo permiten suelen deslizarse del regazo materno. Pero tienden a volver gateando o a permanecer lo más cerca posible para jugar a los pies de la madre.

El bebé comienza ahora a realizar una "exploración comparativa", a cotejarlo todo con la madre. Se interesa por los rasgos de otras personas y parece compararlos con los de la madre, cotejar lo familiar con lo que no le es familiar. También parece familiarizarse cabalmente, por así decirlo, con lo que *es* la madre, con su tacto, con su gusto, con sus olores, con su aspecto, con las "resonancias" de la madre. *Pari*

passu, mientras conoce a la "madre en cuanto madre" establece lo que pertenece y lo que no pertenece al cuerpo de la madre (como un broche o los anteojos). El bebé comienza a distinguir entre la madre y aquello que tiene aspecto diferente de la madre o parecido a la madre.

En niños en quienes fue óptima la fase simbiótica y en quienes prevaleció la "confiada expectación", la curiosidad y el asombro —discernibles a través de la conducta de "verificación y cotejo"— son los elementos predominantes en la inspección de personas desconocidas. En cambio, en niños cuya confianza básica fue menos que óptima, puede manifestarse una brusca y aguda angustia frente a los extraños o bien puede darse un prolongado período de leve reacción a los extraños que transitoriamente interfiere en la placentera conducta de inspección. Estos fenómenos y los factores que determinan sus variaciones constituyen, según creemos, un importante aspecto del proceso y una clave que nos permite evaluar el objeto libidinal, la socialización y el primer paso que el niño da hacia la constancia objetal emocional. Esta relación inversa entre confianza básica y angustia frente a los extraños merece tenerse muy en cuenta e investigarse más (cap. VII).

En casos en que la madre mostraba ambivalencia, parasitismo, intrusión o cualidades "asfixiantes", la diferenciación del niño era perturbada en diversos grados y diferentes formas. En algunos de nuestros bebés, los intentos por establecer una distancia respecto de la compañera simbiótica hacían su aparición muy tempranamente: en la *cúspide* de la fase simbiótica. Durante la subfase de diferenciación, esos intentos parecían ir acompañados de una mayor conciencia de la madre como persona especial (pleno establecimiento del objeto libidinal, Spitz, 1965), aun cuando en casos muy raros esa conciencia podía estar, ya en ese estadio, impregnada de un afecto agresivo negativo. Pudimos deducir este hecho de las conductas de evitación, primitivas pero a veces completamente inequívocas.

La subfase de diferenciación se superpone parcialmente al período de ejercitación, que representa la segunda subfase del proceso de separación-individuación. Al examinar nuestros datos comprobamos que sería provechoso dividir el período de ejercitación en dos partes: la fase *temprana* de ejercitación —que se superpone con la subfase de diferenciación y que se anuncia por las primeras aptitudes del niño de apartarse de la madre gateando, arrastrándose, trepando y enderezándose, aunque siempre apoyándose todavía en un sostén— y el período de ejercitación propiamente dicha, caracterizado fenomenológicamente por la libre marcha erecta. Por lo menos hay tres fenómenos interrelacionados pero discernibles, que de manera circular contribuyen a que el niño avance en su primera conciencia de la separación y en el proceso de individuación. Esos fenómenos son: la rápida *diferenciación del cuerpo* respecto de la madre, el establecimiento de un *vínculo específico con la madre y el crecimiento y funcionamiento de los aparatos del yo autónomo en estrecha proximidad de la madre*.

Parece que las nuevas realizaciones autónomas y el nuevo tipo de relación con la madre preparan conjuntamente el camino para que el interés del bebé por la madre se desborde hacia los objetos inanimados, primero aquellos que le suministra la madre, como una manta, un pañal, un juguete o el biberón con el que la madre se despide por la noche. El bebé explora estos objetos de cerca con sus ojos y "prueba" su gusto, su contextura y su olor con sus órganos perceptivos de contacto, especialmente la boca y las manos (Hoffer, 1949). Uno u otro de estos objetos puede

convertirse en un objeto transicional (Winnicott, 1953). Además, cualquiera que sea el orden sucesivo en que se desarrollan las funciones del bebé durante la subfase de diferenciación, lo característico de este primer estadio de la ejercitación estriba en que si bien el niño muestra interés por estas actividades y está absorbido por ellas, el interés por la madre parece predominar claramente.

En virtud de la maduración de su aparato locomotor, el niño comienza a aventurarse cada vez más lejos de los pies de la madre. A menudo está tan absorto en sus propias actividades que por largos períodos de tiempo parece olvidarse de la presencia de la madre; sin embargo retorna periódicamente a ella pues, por lo visto, necesita su proximidad física.

En la primera parte de la subfase de ejercitación la distancia óptima parecería ser la que ofrece al niño (que se mueve y explora todavía en cuatro patas) libertad y oportunidad para ejercer sus funciones autónomas a cierta distancia física de la madre. Pero al mismo tiempo la madre continúa siendo necesitada como la "base" para lo que Furer llamó "reabastecimiento emocional".

Es digno de notarse empero que a pesar del aparente olvido de las madres durante el período temprano de ejercitación, la mayor parte de los niños parecía pasar por un breve período de subida angustia de separación. El hecho de que fueran capaces de apartarse independientemente de la madre aunque todavía estaban conectados con ella —no físicamente por la circunstancia de que podían verla y oír-la— hacía que el empleo eficaz de estas modalidades de distanciamiento fuera extraordinariamente importante. A los niños no les gustaba perder de vista a la madre; solían quedarse mirando tristemente la silla vacía que aquella ocupara o la puerta por la que había salido.

Nos sorprendió comprobar que la capacidad de locomoción libre y erecta se manifestaba no con una tendencia a dirigirse *hacia* la madre sino con una tendencia *a apartarse* de la madre o hasta se manifestaba en ausencia de ésta. Nos parece que éste es un indicio de que el niño normal posee dotes innatas que lo impulsan en un determinado momento de su maduración autónoma a separarse de la madre y a avanzar en su proceso de individuación. El andar permite al pequeño realizar enormes descubrimientos en la realidad y en su mundo por obra de su propio control en su condición de amo casi mágico. Esto coincide con el surgimiento casi repentino de la agresividad activa dirigida a una meta.

En este momento del desarrollo del niño el hecho de que la madre renuncie a la posesión del cuerpo de su hijo varón o de su hija es la condición *sine qua non* para que se produzca el proceso normal de separación-individuación. La mayor parte de las madres reconoce —con empatía y hasta verbalmente— que esta entrega casi altruista del cuerpo del hijo a él mismo es un paso deplorable pero necesario para promover el crecimiento autónomo del pequeño. Me parece que éste es también el primer requisito para que se desarrolle la autoestima del niño. El amor a sí mismo y el amor al mundo objetual del pequeño que se encuentra en la subfase de ejercitación (su narcisismo y su potencial amor objetual) se encuentran en su punto culminante.

El niño se entusiasma jubilosamente con sus propias facultades y desea compartirlo y mostrarlo todo. Se deleita continuamente con los descubrimientos que realiza en su mundo en expansión; obra como si estuviera enamorado del mundo y de su propia grandeza y omnipotencia.

Ese entusiasmo obligatorio del período de ejercitación parece depender del surgimiento de la capacidad de la marcha libre y erecta. En niños cuya locomoción se retrasa, también aparece retrasado ese entusiasmo obligatorio que parece ser más breve y mucho menos manifiesto. Además de ser la función por la cual el niño puede alejarse físicamente de la madre o acercarse a ella a voluntad, la capacidad locomotriz le ofrece una gran variedad de otras experiencias. Su cuerpo está más expuesto, pero el plano de la visión y la relación en que está su cuerpo erguido en el espacio le permiten ver el mundo desde un ángulo diferente, relativamente el ángulo de un adulto. Sabemos por Piaget que en ese momento la inteligencia sensoriomotriz está complementada por los comienzos de la inteligencia representativa; de manera que el pensamiento simbólico y la marcha erecta anuncian que el pequeño ha alcanzado el primer nivel de identidad del sí-mismo, de ser una entidad individual separada.

Aun cuando algunos niños estuvieran avanzados en sus funciones autónomas perceptivas cognitivas y de otro tipo, aun cuando estuvieran más avanzados en su función de la prueba de realidad —es decir, en su individuación autónoma—, la locomoción era el signo de conducta que indicaba del modo más visible al observador el “final del proceso de salida del cascarón”, es decir, el *nacimiento psicológico*.

II

El éxito en la actividad dirigida a una meta parecía hallarse en relación inversa con las manifestaciones de agresión hostil, la cual también estaba presente en este segundo gran desplazamiento de catexia propio del proceso de crecimiento.

No sólo está el niño enamorado de sí mismo (narcisismo); en el marco familiar de nuestra guardería aceptaba fácilmente a figuras adultas. Esto contrasta con lo que ocurría en la siguiente subfase, la subfase de reaceramiento.

Durante toda la subfase de ejercitación el niño suscita la admiración automática y deleitada de los adultos, especialmente de su “madre normal dedicada a él” (Winnicott, 1960). La admiración de la madre, cuando es manifestada de manera inmediata, aumenta el sano narcisismo del niño que se encuentra en este período, aumenta su amor por sí mismo. Cada nueva realización, cada nueva proeza de emancipación despierta admiración, al principio no buscada, pero que luego el pequeño provoca con más o menos exhibicionismo en todo el mundo objetual adulto que lo rodea. Este tipo de admiración, que ni siquiera necesita ser expresada con palabras o gestos, puede ser una de las líneas de alimentación que, por un lado, promueven el progreso de las funciones autónomas del yo y, por otro, aumentan la sensación de grandeza y a menudo de exaltada autoestima del pequeño que se encuentra en el período de ejercitación.

De una manera circular, la admiración especular parece también aumentar la disposición del incipiente yo a reflejar el objeto de amor. Junto con el rápido crecimiento de la facultad cognitiva, esa admiración lleva gradualmente a procesos de internalización del yo *ahora plenamente* nacido (estructurado). Ulteriormente estos procesos de internalización culminan en verdaderas identificaciones del yo, en el sentido de Jacobson (1954).

Pero hay que pagar un precio por este importante progreso en el desarrollo de la autonomía. A medida que avanza el desarrollo cognitivo del niño de dieciséis a dieciocho meses, el pequeño adquiere cada vez más conciencia de la pérdida del “estado ideal del sí-mismo” —la pérdida del bienestar— cuando advierte que la madre se ha ausentado de la sala. En esos momentos se advierte lo que hemos dado en llamar *apagamiento*: la motilidad gestual y activa del pequeño se reduce, disminuye su interés por lo que lo rodea y parece preocupado y con la atención concentrada en su interior. Es como si deseara “figurarse” otro estado del sí-mismo, el estado que experimentó cuando la compañera simbiótica era sentida como “una sola cosa” con él.

Cuando se aguza la conciencia del pequeño de que es una criatura separada —conciencia estimulada por su adquirida capacidad de apartarse físicamente de la madre y por su *crecimiento cognitivo*— parece experimentar una mayor necesidad y deseo de que la madre *comparta* con él toda nueva adquisición de destreza y experiencia. Estas son las razones por las cuales llamé período de *reacercamiento* a esta subfase del proceso de separación-individuación.

En el auge del dominio de las funciones autónomas, cerca del final del período de ejercitación, el pequeño comienza a vislumbrar que el mundo *no* es su ostra, que debe afrontarlo más o menos “por su propia cuenta”, muy a menudo como un individuo relativamente impotente, pequeño y *separado*, incapaz de procurarse alivio o ayuda tan sólo por el hecho de sentir la necesidad de ser aliviado o ayudado o por el hecho de expresar a voces esa necesidad. La calidad y medida de esta conducta de cortejo de la madre durante esta subfase nos suministran importantes claves para estimar la normalidad del proceso de individuación.

El niño gradualmente comprende que sus objetos de amor son individuos separados con sus propios intereses individuales. Gradual y penosamente debe abandonar la delusión de su propia grandeza y de que participa en la omnipotencia, en la cual todavía cree, del padre y de la madre. Aquí pueden producirse dramáticas luchas con la madre y los berrinches pueden ser muy frecuentes. (Hace muchos años reconocí la significación de los berrinches como una indicación de conducta en virtud de la cual la agresión dirigida hacia afuera se vuelve hacia el “sí-mismo”. Por eso, este mecanismo puede considerarse como un precursor de la internalización de la agresión y también como un precursor de la formación del superyó.).

Sea como fuere, en la medida en que se desprende de nuestra investigación fundada en la observación, esta fase de desarrollo es una *encrucijada*, que mis colaboradores y yo llamamos *crisis de reacercamiento*.

A partir de los dieciocho meses, aproximadamente, observamos que nuestros pequeños se mostraban muy ansiosos de ejercitar su autonomía en rápido aumento. Cada vez menos toleraban que se les recordaran los tiempos en que todavía no podían valerse por sí mismos. Por otro lado, el deseo de ser grandes, omnipotentes y separados a menudo estaba en conflicto con la aspiración de tener una madre que satisficiera mágica y plenamente su deseo, sin necesidad de reconocer que esa ayuda *provenía realmente del exterior*. De manera que en la mayoría de los casos el estado anímico preponderante era el de una insatisfacción e insaciabilidad generales y se registraba cierta proclividad a rápidos cambios de humor y a entregarse a rabietas. El período de reacercamiento se caracterizaba, pues, por una alternancia, rápida a veces, del deseo de rechazar a la madre, por un lado, y de aferrarse a ella con resuelta tenacidad en actos y palabras, por otro lado, una secuencia de conducta que la

palabra *ambitendencia* designa con exactitud. Pero a menudo y a esa edad ya se manifestaba un deseo *simultáneo* en ambas direcciones, es decir, la *ambivalencia* característica de los dieciocho a los veintidós meses de edad.

En el período de reaceramiento, que sigue al nacimiento psicológico al que ya nos hemos referido, la fuente del máximo placer del niño se desplaza de la locomoción y exploración independientes del mundo inanimado en expansión a la *interacción social*. Juegos de escondite, de desaparecer y reaparecer, así como juegos de imitación se convierten en pasatiempos favoritos. El reconocimiento de la madre como una persona separada en el amplio mundo corre paralelo con la conciencia de la existencia separada de otros niños, diferentes del propio sí-mismo. Esto fue evidenciado por el hecho de que los pequeños mostraban ahora un deseo mayor de *tener* o *de hacer* lo que otro niño tenía o hacía, es decir, el deseo de reflejar, de imitar, y la codicia de lo que otro niño tenía. Por ejemplo, el deseo de adquirir un "segundo botón de la panza" (un pene) era a veces expresado abiertamente por niñas. Junto con este importante fenómeno hicieron su aparición el "no" y la agresividad y enojo claramente dirigidos a un objeto, cuando no se alcanzaba la meta deseada. Por supuesto que no perdemos de vista el hecho de que estos fenómenos se manifiestan en plena fase anal, con sus características de adquisitividad, celos, envidia y negativismo anales, pero también con el descubrimiento de las diferencias sexuales anatómicas, que se produce mucho antes de lo que solíamos pensar.

Según su grado de ajuste, la madre puede reaccionar ofreciendo una continua accesibilidad emocional y participando en los juegos y en el mundo del hijo o bien exhibiendo una serie de actitudes menos deseables. Si la madre es "serenamente accesible" y dispone de conveniente libido objetal, si comparte las aventuras y hazañas del pequeño, si responde juguetonamente a ellas y ayuda así a sus intentos de imitación, de externalización y de internalización, entonces la relación entre madre e hijo puede progresar hasta el punto en que pasa a un primer plano la comunicación verbal, aun cuando predomine la viva conducta gestual (es decir, la afecto-motilidad). A fines del segundo año o a comienzos del tercero, la predecible participación emocional de la madre parece facilitar el rico desenvolvimiento que se está llevando a cabo en los procesos mentales, en la prueba de realidad y en la conducta de afrontarla por parte del pequeño. En los casos más favorables, el niño se encuentra en ese momento en el camino que conduce a la constancia objetal emocional, en nuestro sentido y, creo, en el sentido de Hoffer.

III

Quisiera concluir este trabajo exponiendo algunas consideraciones generales que trascienden el tema indicado por el título del capítulo. Entre los psicoanalistas se acepta en general la hipótesis de que si el niño no pasa con éxito a través de la fase simbiótica y a través de la primera subfase de separación-individuación, llamada de *diferenciación*, se producirá una psicosis (Mahler, 1968).

Creo que perturbaciones más leves que las psicóticas se dan en niños que, si bien pasaron por un proceso de separación-individuación, mostraron ominosas desviaciones en el progreso ordenado de la subfase. Si hay una excesiva superposición de las

subfases de diferenciación y ejercitación o si se manifiestan en ellas otras graves perturbaciones y si las crisis de reaceramiento son extremas y no dan lugar a ningún grado de constancia objetal (que es la subfase final y cuarta del proceso de separación-individuación), se crean puntos de fijación. Lo que puede surgir entonces es una formación narcisista del carácter y/o una patología fronteriza (con mecanismos de escisión del sí-mismo y del mundo objetal).

Cada vez más los psicoanalistas han ido advirtiendo que la patología de muchos de sus pacientes adultos (y, por supuesto, también la patología de muchos niños) se remonta a los primeros años de la vida. Ya deliberadamente, ya sin tener pleno conocimiento de su significación, los analistas han estado tratando de reconstruir no sólo las raíces preedípicas sino también las raíces preverbales genéticas del mayor o menor fracaso de sus pacientes en cuanto a separarse intrapsíquicamente.

En mi Conferencia del Vigésimo Aniversario de Freud (cap. XI) ofrecí un resumen del material analítico sobre los rasgos fronterizos de uno de mis pacientes adultos, material que recogí de sus sueños y fantasías, de su conducta sintomática o simbólica y especialmente de las sensaciones corporales que el paciente era capaz de expresar con palabras. Resultó perfectamente claro que su patología derivaba de fallas parciales en el proceso de separación-individuación.

Muchas más historias clínicas e informes de casos están contenidos en libros y artículos de reciente publicación. Las obras más leídas y las más influyentes en esta dirección son las de Kernberg (1967, 1970) y Kohut (1971). Ahora se ha puesto de moda comparar, yuxtaponer u oponer *The Analysis of the Self* con la igualmente importante obra de Kernberg sobre el paciente fronterizo, y también se ha puesto de moda aludir a ciertos datos experimentales basados en la observación y obtenidos por Spitz, Mahler y sus colaboradores, así como por Judith Kestenberg, John Benjamin, T. Gouin-Décarie (1963) y muchos otros, como si fueran una especie de cuestión accesoria o secundaria. Parecería que esos datos sobre el desarrollo tuvieran algo que ver con las proposiciones e hipótesis psicoanalíticas, pero se hace referencia a ellos como si fueran datos *puramente de observación* o, en el mejor de los casos, datos *sociobiológicos*. No se los integra, ni de manera germinal ni de manera fundamental, en el amplio campo que últimamente están abarcando a todas luces la teoría y la práctica psicoanalíticas. Sólo unos pocos de mis colegas psicoanalistas se han dado cuenta cabal de que en lo que respecta a este ampliado alcance de la teoría psicoanalítica sobre la fase preverbal representan contribuciones significativas, en verdad indispensables, a su propia obra de reconstrucción, resultando además promisorias en cuanto a fomentar aun más el progreso de la metapsicología y de las prácticas psicoanalíticas.

Aun cuando la mayor parte de los analistas, especialmente los analistas de adultos, pueden encontrar diariamente material que presenta el carácter y la estructura de las fases preverbales, de las fases primeras de la vida de sus pacientes, dominadas por el proceso primario, se abstienen de todo intento de correlación, para no hablar de intentos tendientes a integrar en su obra de reconstrucción estos datos sobre el desarrollo que Spitz, yo misma, mis colaboradores y otros hemos encontrado. Estos datos, según hemos postulado, corresponden al período de la vida que figura en la bibliografía, especialmente en los últimos tiempos, designado como "lo irrecordable" y lo "inolvidable" (Frank, 1969; Anthony, 1961; Lampl-de Groot, 1973).

El propio Freud dio claramente a entender que estaremos en desventaja en nues-

tros esfuerzos de reconstrucción si no aprendemos más sobre la manera de descifrar la fase prehistórica del desarrollo humano. Creo, lo mismo que Ernst Kris y otros, que si no tratamos de integrar mediante consenso datos validados del período preverbal en las construcciones de la teoría psicoanalítica —la cual deriva de material reconstructivo obtenido en la situación psicoanalítica— estaremos en desventaja para progresar. (No habría que pasar por alto el hecho de que hasta *nuestras* hipótesis del desarrollo son en cierta medida reconstructivas, pues nuestras construcciones y reconstrucciones, nuestros métodos inductivos y deductivos están en última instancia entretreídos tanto en la situación analítica como en la situación de observación.

En una discusión reciente “Sobre la condición actual de la neurosis infantil”² (cap. XII), asumí la posición de que la metapsicología y nuestra técnica psicoanalítica ganarían mucho si, junto con la teoría de las pulsiones y nuestra más reciente teoría estructural (las cuales continuarán siendo los fundamentos del psicoanálisis), nos guiáramos además por las teorías psicoanalíticas sobre el desarrollo, que están en continuo crecimiento. Esas teorías ya han puesto a nuestra disposición muchos datos validados por consenso y fundados en la observación del niño, datos que, según quedó demostrado, resultaron valiosos en la reconstrucción de aquéllos obtenidos en la situación psicoanalítica, con respecto no sólo a la fase edípica y a la fase preedípica, sino también con respecto a muchos fenómenos de la fase preverbal.

Todavía estamos subestimando el carácter potencialmente patógeno, pero también estamos subestimando el carácter formativo, el papel de integradores de la personalidad que tienen los niveles preverbales de desarrollo; y especialmente estamos subestimando la importancia de los precursores del yo y del superyó, sobre todo la capacidad que tienen de crear proclividades difíciles de descifrar a conflictos intrapsíquicos.

² Véanse también Ritvo (1974) y Loewald (1974).

PARTE II

APLICACION CLINICA DE LA TEORIA DE LA SEPARACION-
INDIVIDUACION A LAS NEUROSIS INFANTILES
Y LOS TRASTORNOS FRONTERIZOS

ESTUDIO DEL PROCESO DE SEPARACION-INDIVIDUACION Y SU
POSIBLE APLICACION A LOS FENOMENOS FRONTERIZOS EN LA
SITUACION PSICOANALITICA

(1971)

Es sumamente controvertida la cuestión de si se puede extraer inferencias —y cuáles inferencias— del material preverbal, dentro de la situación psicoanalítica y fuera de ella. Me parece que se trata de una cuestión muy interesante, aunque muy difícil de abordar. Precisamente porque los medios verbales se prestan sólo muy pobremente para traducir semejante material, los más de los investigadores han creído conveniente crear un nuevo lenguaje, a menudo henchido de metáforas, para comunicar sus descubrimientos.

EL DESARROLLO TEMPRANO EN LA INVESTIGACION FUNDADA EN
LA OBSERVACION

La investigación psicoanalítica llevada a cabo mediante la observación de los primeros años de la vida atañe a la esencia de la reconstrucción y al problema de la empatía cenestésica, cosas ambas fundamentales para asegurar la eficiencia clínica del psicoanálisis.

En un extremo de la gama de opiniones sobre estas cuestiones se sitúan aquellos que creen en innatas y complejas fantasías edípicas, aquellos que, como Melanie Klein y sus discípulos, suponen una vida mental (humana) extrauterina muy temprana y se atienen a ella. Creen en una memoria casi filogenética y en un proceso simbólico innato. Para ellos ningún dato fenomenológico, conductal, tiene suficiente validez para refutar sus convicciones a priori sobre complejas posiciones mentales, tales como la posición esquizoide en el cuarto mes de vida o la posición depresiva a los ocho meses.

En el otro extremo del espectro se sitúan aquellos analistas freudianos, entre los que me cuento, que se inclinan por las pruebas verbales y reconstructivas rigurosas. Organizamos esas pruebas sobre la base de las ideas metapsicológicas de Freud; con todo, algunos analistas de este grupo no admiten que el material preverbal pueda servir de base ni siquiera a la ampliación más cautelosa y tentativa de nuestro cuerpo principal de hipótesis, a menos que esa ampliación esté corroborada por la reconstrucción, es decir, por material clínico y, desde luego, predominantemente verbal.

Freud, sin embargo, esperaba que su cuerpo teórico fundamental —esa base verdaderamente monumental de la labor clínica y teórica— fuera una *herencia viva*. Ni siquiera su genio podía elaborar cada uno de los detalles en el término de una vida; los detalles, agregándose uno a uno, debían posteriormente unirse para formar una psicología general.

En lugar de entrar en la controversia sobre si la observación del bebé preverbal permite extraer inferencias válidas acerca de la vida *intrapsíquica* humana, prefiero hacer una relación de uno de esos esfuerzos. Y lo hago para mostrar qué posibles inferencias autorizaban algunos de los conjuntos de datos que se recogieron en forma reiterada y bastante regular y que nosotros ordenamos en torno de nuestras hipótesis tentativas de trabajo.

Dejaré de lado la historia de mi obra y las descripciones de nuestros métodos para exponer algunas observaciones hechas y algunas inferencias extraídas de mis más recientes estudios en el Centro de Niños Masters y en la situación psicoanalítica.¹

Además de conceptualizar las subfases del proceso de separación-individuación,² realizamos otras observaciones pertinentes a cuestiones sustantivas del estudio. Me refiero a ciertos grupos de secuencias de conducta y de reacciones afectivas que se presentan una y otra vez —si no ya todas las veces—, propios de la edad, que comprobamos en nuestros niños de entre cinco y treinta y seis meses de edad. Esas secuencias y reacciones eran polarizadas por la interacción de madre-hijo durante su período cenestésico³ de vida y continuaban en secuencias y reacciones más y más individualmente diferenciadas en el período que Spitz llamó de “organización diacrítica”.⁴

Primera cuestión sustantiva: Observamos la función de puente que cumplen las partes relacionadas con la madre del ambiente inanimado familiar de nuestra guardería; por ejemplo, la silla en que habitualmente se sienta la madre, o su bolso, etcétera. El niño, dentro de ciertos límites de edad, se volvía a esos objetos como sustitutos de la madre cuando ésta salía de la sala, en lugar de volverse a otro adulto.

¹ [Véase al final del volumen la noticia sobre la procedencia de los capítulos.]

² Adopté la expresión *separación-individuación* atendiendo a una sugerencia de la doctora Annemarie Weil, a fin de señalar claramente los dos aspectos de este proceso intrapsíquico (comunicación personal, 1954).

³ En el *Diccionario de psicología* de Drever se define *cenestesia* como sensibilidad común, la masa total indiferenciada de sensaciones derivadas del cuerpo como un todo, pero más particularmente de los órganos internos.

⁴ *Diacrítico* —del griego— es “lo que distingue, lo que diferencia” (véase Spitz, 1945).

Reconocimos este mecanismo como un fenómeno transicional entre los puentes objeto-órgano de Kestenberg (1971), los objetos transicionales de Winnicott (1953) y los objetos de tipo fetiche de Greenacre (1960, 1970).

Segunda cuestión sustantiva: Observamos en vivo y en películas una verdadera respuesta cenestésica diferencial al *calor* y a la *turgencia*, al “tacto” del cuerpo humano (fenómenos de amoldamiento [cap. III], exploración visual y táctil del rostro humano y otros modos de conducta análogos), completamente diferente de la manera de manejar los objetos inanimados (cap. VII). Sechehaye (1947), Mahler (t. I, cap. X), Searles (1960) y otros describieron la respuesta inversa y muy deformada al mundo objetal inanimado y animado en la psicosis.

Tercera cuestión sustantiva: Nuestros datos nos indicaron la importancia de la “fuerza de empuje”, por decirlo así, que tiene la “confiada expectación” (Benedek, 1938) en el niño pequeño, a diferencia de la “desconfianza básica” de algunos niños, para emplear la expresión de Erikson (1950). Pudimos comprobarlo en algunos niños ya a los seis o siete meses. Observamos a hijos de la misma madre cuando tenían la misma edad, uno de los cuales mostraba mínima angustia ante los extraños y una confianza básica óptima, mientras que el otro presentaba crecida ansiedad frente a los extraños y no mostraba confianza básica.

Hemos tratado de comprender estas variaciones atendiendo a las diferentes dotes de los hermanos, por un lado, y al clima emocional predominante en la especial relación de madre-hijo, por otro, según lo observábamos en su interacción y en las entrevistas mantenidas con la madre (véase Weil, 1970).

Este fenómeno de la “confiada expectación”, así como su opuesto —angustia ante los extraños y “desconfianza básica”— contribuyen a determinar posteriores actitudes en la vida, aun cuando, por supuesto, las vicisitudes sobrevinientes de las pulsiones y las defensas influirán sobre esas actitudes e incluso podrán cambiarlas.

Cuarta cuestión sustantiva: Nuestro estudio indicaba que la disposición anímica básica parecía tener su comienzo ya en la última mitad del segundo año. Parecía derivar sustancialmente de esa misma “confianza básica” o, en su caso, de la “desconfianza básica”; como ya lo dije en otra parte (cap. V), también podía derivar de una disminución demasiado repentina de la obligatoria creencia del niño en su omnipotencia mágica o en la de sus padres (Jacobson, 1953 b).

Nuestro plan de investigación preveía breves experiencias pasivas de separación a manera de experimento. Una vez por semana, un colaborador asignado a una determinada pareja de madre e hijo entrevistaba a la madre en un cuarto vecino a la guardería.

Por las reacciones del niño a estas breves separaciones creo que pudimos juzgar bastante bien la manera en que la “necesidad” del niño se convertía en un “deseo”, en el sentido de Max Schur (1966). Nuestros datos indicaban los concomitantes fenomenológicos de la evolución desde un “ansia no específica” al afecto específico “ligado a un objeto” que llamamos “anhelo” (cap. I; t. I, cap. XV). Esto parecía ocurrir gradualmente y al principio era fluctuante, es decir, “creciente y menguante”. Tenía su comienzo en el momento culminante de la diferenciación corporal respecto del objeto de amor y continuaba en el período de ejercitación, entre los diez

y los quince meses. A esa edad el “anhelo” está indicado por el fenómeno de *apagamiento* que se observa durante las separaciones breves. Este proceso culmina —durante el período de *reacercamiento*, entre los quince y los veinticinco meses— en reacciones espectaculares, individualmente diferentes, a las ausencias de la madre, reacciones que son mucho más específicas y claras.

El pequeño que está pasando serenamente por el proceso de separación-individuación encuentra consuelo en las funciones de su yo en rápido desarrollo. El pequeño se concentra en el dominio de su destreza y de sus facultades autónomas.

Durante esta subfase de ejercitación de la separación-individuación, ocasionalmente puede uno observar con claridad particular que el proceso intrapsíquico de separación e individuación corre según dos líneas entretrejidas, pero no siempre sincronizadas, de desarrollo: una es la *individuación*, la evolución de la autonomía intrapsíquica; la otra es el proceso intrapsíquico de *separación*, que supone la diferenciación, el distanciamiento, la estructuración de fronteras y el desligamiento respecto de la madre.

Como lo indiqué ya en otra parte, en un estudio como el que realizamos se aprende mucho más cuando algunos elementos del proceso “se desquician”.

BREVE COMPARACION DEL DESARROLLO DE BARNEY Y SAMMY

Ilustraré esta circunstancia con un breve resumen de dos casos.

Barney, cuyo proceso madurativo le permitió dominar la locomoción erecta precozmente (a los nueve meses), tuvo la oportunidad, gracias a sus dotes y a la índole de su relación con su madre, de incorporar e integrar en la estructura de su yo temprano ciertas configuraciones de la relación madre-hijo y expulsar (es decir, externalizar) otras. Parece que también tuvo amplias oportunidades para emular a su padre, a quien consideraba un héroe, y finalmente para identificarse con él, en la última mitad de su segundo año. La madre aludió repetidas veces a este hecho.

Barney solía alejarse repentinamente de su madre con la esperanza de que ésta lo siguiera y lo alzara; esa conducta temprana tenía interesantes componentes de la relación madre-hijo y también de la relación padre-hijo.

La muy diferente pareja que formaban Sammy y su madre mantuvo una relación simbiótica muy prolongada y —por parte de la madre— parasitaria. La madre amantó a Sammy hasta que éste tuvo un año y medio. Ambos padres lo mantenían en una dependencia continua. Confinado en una pequeña zona a causa de su retraso locomotor, debido en parte a su propia complexión y en parte a factores ambientales, Sammy hacía un uso muy amplio de sus emergentes facultades de percepción, conocimiento y prensión. Se divertía solo en su corralito durante largos períodos mientras su madre estaba ausente. Se entregaba a semejante actividad a una edad en que los otros niños suelen protestar vigorosamente contra semejante confinamiento. Sammy trababa rápida relación con otras personas y aceptaba su consuelo activo, cosa que otros niños no habrían aceptado. No mostraba ningún signo de “apagamiento” o de anhelo específico a la edad en que observábamos estos fenómenos en otros niños. (En Sammy esa conducta se manifestó tardíamente.)

Sin embargo, Sammy ejemplificaba esa temprana lucha del niño normal para defenderse de interferencias en su autonomía. Desde edad muy temprana, en realidad

desde el quinto mes, Sammy pugnó valientemente por liberarse de las asfixiantes garras de su madre (véase Spock, 1963).

Durante el período de ejercitación los niños mostraban la mayor parte del tiempo un relativo júbilo y una relativa autosuficiencia. Se “apagaban” sólo cuando se daban cuenta de que la madre había salido de la sala. En esos casos se reducía su motilidad gestual y activa, su interés por lo que los rodeaba disminuía y parecían preocupados y concentrados interiormente con lo que Rubinfine (1961) llamó “figuraciones”. Nos era lícito suponer tales figuraciones por las pruebas que nos ofrecía la conducta: 1) cuando cualquier persona que no fuera la madre trataba activamente de consolar al niño, éste solía perder su equilibrio intrapsíquico y rompía a llorar; y, por supuesto, también por 2) la reacción del niño al reunirse con la madre después de una breve separación. Me inclino a interpretar el apagamiento y las aparentes “figuraciones” de la madre como un intento del niño por conservar un estado mental que Sandler, Holder y Meers (1963) llamaron “el estado ideal del sí-mismo”, el cual parece consistir en un estado de intimidad simbiótica, de totalidad, de ceneestésicamente experimentada unidad dual con la madre.

ANGUSTIA DE SEPARACION

Algunos niños parecían transitoriamente sobrecogidos por el temor de la pérdida objetal, de suerte que “el afecto de anhelo filtrado por el yo” corría el peligro de convertirse muy bruscamente en desesperado llanto. Esto ocurrió con Barney durante breve tiempo en un período en que su “individuación” se había retrasado con respecto a su capacidad de locomoción, que le permitía separarse. Por un tiempo, Barney fue incapaz de afrontar emocionalmente la experiencia de separarse por su cuenta de la madre en el espacio. Se quedaba visiblemente perplejo cuando, habiéndose lastimado, advertía que la madre no estaba automáticamente a su lado.

Nuestros datos mostraron con sus ricos detalles y de manera inequívoca que se daban regularmente combinaciones de factores que nos permitían llegar a la conclusión de que el niño vislumbraba que le faltaba la mitad materna, aún simbiótica, del sí-mismo. La resultante conducta de apagamiento mostraba diferentes matices en niños individuales comparados entre sí y con ellos mismos en diferentes momentos. En un artículo escrito por McDevitt (cap. VII) comparé este “apagamiento” con el “retiro de conservación” de los monos descrito por Charles Kaufman y L. A. Rosenblum (1968).

Ese anhelo del estado de bienestar y de unidad o de intimidad con la madre faltaba peculiarmente en niños cuya relación simbiótica había sido indebidamente prolongada o perturbada; por ejemplo, faltaba en Sammy, que mantenía con la madre una simbiosis exageradamente íntima, parasitaria; faltaba en una niña, Harriet, cuya relación con la madre era lo que Robert Fliess (1961) llamó relación *asimbiótica*. Aquel anhelo parecía disminuido e irregular en niños en quienes la relación simbiótica con la madre estaba viciada por el carácter impredecible e impulsivo de una madre que en parte absorbía al hijo y en parte lo rechazaba.

Durante el período de ejercitación, nos impresionó profundamente el efecto, en verdad espectacular, de júbilo y entusiasmo que producía la locomoción erecta en el estado de ánimo general del niño que hasta entonces se había movido activamen-

te en cuatro patas. Me di cuenta de la importancia que tiene la marcha erecta para alcanzar la "experiencia del nacimiento psicológico", la experiencia de "salida del cascarón", al observar regular y repetidamente secuencias de conducta que cotejé con las observaciones contenidas en la obra de Phyllis Greenacre (1947) sobre la niñez del artista. Me pareció que casi todos los niños que estaban en ese período de ejercitación tenían también una "aventura amorosa con el mundo".

Ese entusiasmo jubiloso se manifestaba con cierto retardo en aquellos casos en que se había demorado el desarrollo de la capacidad de la libre locomoción erecta. De manera que este fenómeno del entusiasmo y júbilo parecía definitivamente relacionado con, y dependiente de, la función yoica de actividad locomotriz libre.

Con esta adquisición de la entusiasta marcha erecta y con la consecución (que sigue poco después) de ese estadio de desarrollo cognitivo que Piaget (1936) considera como el comienzo de la inteligencia representacional, el ser humano emerge como una criatura separada y autónoma. Estos dos poderosos "organizadores" (Spitz, 1957) parecen ser las parteras del *nacimiento psicológico*. Con este proceso de "salida del cascarón" el pequeño alcanza el primer nivel de identidad, el de ser una entidad individual separada (Mahler, 1958 b).

Ahora que el niño ha adquirido mayor conciencia de su sí-mismo separado, experimenta de nuevo la subida necesidad de buscar intimidad con la madre. Esa necesidad se ha mantenido en suspenso, por decirlo así, durante todo el período de ejercitación. Por eso he dado a esta subfase el nombre de *reacercamiento*.

ACCESIBILIDAD DE LA MADRE Y DESLIGAMIENTO RESPECTO DE ELLA EN LA SUBFASE DE REACERCAMIENTO

Nunca podrá enfatizarse lo bastante la importancia de la óptima accesibilidad emocional de la madre durante esta subfase. El valor del padre en este período fue señalado por Loewald (1951), Greenacre (1966) y Abelin (1971).

El tipo de reabastecimiento por aproximación corporal descrito por Furer,⁵ que caracterizaba el período de ejercitación, es reemplazado ahora, en el período que va de los quince a los veinticinco meses, por la interacción del pequeño y la madre en un nivel superior; ahora se hacen cada vez más prominentes el lenguaje simbólico y las intercomunicaciones verbales y de otro género, así como los juegos (Galenson, 1971).

Durante esta subfase de reacercamiento observamos reacciones de separación en todos nuestros niños. Y yo aventuraría la hipótesis de que el ulterior desarrollo probablemente sea favorable en aquellos niños cuyas reacciones de separación se caracterizan por afectos moderados y filtrados por el yo, en los que predomina la vacancia libidinal, el amor en lugar de la agresión.

En virtud de este proceso de reacercamiento comienzan a consolidarse el sentido de la identidad y la representación del sí-mismo como una representación diferente de la del objeto.

Dos patrones característicos de conducta —"vigilar" a la madre y apartarse pre-

⁵ Comunicación personal.

citadamente de ella con la esperanza de ser recogido y alzado en brazos— indican el deseo que tiene el pequeño de reunirse con el objeto de amor y también su temor concomitante de ser de nuevo absorbido por la madre. Uno puede observar continuamente la actitud de defensa contra todo lo que puede afectar la autonomía recién alcanzada por el pequeño. Además, el incipiente temor de pérdida de amor representa un elemento del conflicto que está en vías de internalización. Algunos pequeños que se encuentran en la edad del reaceramiento parecen bastante sensibles a la desaprobación. Defienden la autonomía con un “no”, así como mediante la subida agresión y negativismo de la fase anal. (Uno recuerda aquí el clásico artículo de Anna Freud sobre negativismo y entrega emocional, 1952 a.)

En la mayor parte de las parejas de madre e hijo, los conflictos de reaceramiento, que McDevitt llama *crisis de reaceramiento*, llegan por último a su fin. Esta resolución se ve ayudada por el desarrollo acelerado de las partes libres de conflicto del yo autónomo (Hartmann, 1939). Posteriormente, en el tercer año de vida, estas partes ayudan al niño a progresar hacia el logro de la constancia objetal libidinal, en el sentido de Hartmann (1952).

Durante el lapso que abarca la simbiosis normal, el objeto narcisísticamente fundido se siente como algo “bueno”, es decir, en armonía con el sí-mismo simbiótico, de suerte que la identificación primaria se lleva a cabo bajo una valencia positiva de amor. Más tarde, después de la separación, el niño puede encontrar experiencias “malas”, frustrantes, desagradables y hasta amedrentadoras en su interacción con la madre y otras personas, de modo que la imagen del objeto puede llegar a asumir una “valencia emocional negativa” (Heimann, 1966).

EL PAPEL DE LA AGRESION Y EL MECANISMO DEFENSIVO DE ESCINDIR EL MUNDO OBJETAL EN “BUENO” Y “MALO”

Cuanto menos gradualmente se desarrolla el proceso intrapsíquico de separación-individuación y cuanto menos se desarrolla la función de modulación del yo, en tanto mayor medida el objeto permanece como un cuerpo extraño no asimilado, como un introyecto “malo” dentro de la economía emocional intrapsíquica. En el esfuerzo por expulsar ese objeto “malo” introyectado, entran en juego derivados de la pulsión agresiva y parece desarrollarse una acusada proclividad a identificar la representación del sí-mismo con el introyecto “malo” o a confundirla con él. Si esta situación prevalece durante la subfase de reaceramiento, puede desencadenarse la agresión de manera tal que inunde o suprima el objeto “bueno” y junto con él la representación “buena” del sí-mismo. Esto estaría indicado por tempranos y violentos berrinches, por ejemplo, en niños en quienes la demasiado súbita y penosa comprensión de su impotencia determina una demasiado brusca reducción de su anterior sentido de omnipotencia mágica propia y compartida (en el sentido de Edith Jacobson, 1964).

Observé cómo muchos de nuestros niños normales retrocedían recelosos o mostraban signos que debían interpretarse como una especie de temor erotizado cuando eran abordados por un adulto que trataba de establecer, a menudo juguetonamente, contacto corporal con el niño. El pequeño parecía experimentar ese intento como

algo abrumador, tal vez a causa de las grandes dimensiones corporales del adulto y de su fuerza.

Estos modos de conducta nos recuerdan el temor de verse absorbidos nuevamente por la "madre de la separación", ya de alguna manera contaminada y peligrosa, en cuya omnipotencia el niño todavía cree, aunque esa madre no parece permitirle ya compartir su omnipotencia.

Había otros conjuntos tempranos de variables que pueden representar puntos de fijación para la regresión patológica, como la precoz diferenciación de un "falso sí-mismo" (Winnicott, 1962 a) que mostraba una nena (Heather), quien se entregaba a juegos de desaparición y reaparición consigo misma cuando su madre la rechazaba porque tardaba en aprender a caminar, o como la hipercatexia narcisista del yo corporal en el caso de Harriet, una niña cuya madre no parecía disponer de suficiente ternura para sus hijos sino que más bien los sobreestimulaba. Todos estos conjuntos de factores pueden contribuir a crear rasgos fronterizos en el desarrollo de la personalidad.

En la neurosis infantil incipiente, el conflicto se revela en las conductas de coacción dirigidas a la madre, que tienen la finalidad de obligarla a obrar como extensión omnipotente del hijo. Estas conductas alternan con señales de intenso aferramiento. En otras palabras, en niños con un desarrollo menos que óptimo, el conflicto de ambivalencia puede discernirse durante la subfase de reaceramiento en la rápida alternancia del aferramiento y las conductas acusadamente negativistas. En algunos casos esto puede reflejar el hecho de que el niño ha disociado el mundo objetivo, por más tiempo que el conveniente, en "bueno" y "malo". Mediante la escisión, el objeto "bueno" es defendido de los derivados de la pulsión agresiva.

Estos mecanismos (la coacción y la escisión del mundo objetivo) son característicos en la mayor parte de los casos de transferencia fronteriza. Pudimos observarlos en el material verbal de proceso primario de unos pocos niños, hacia el final de su segundo año de vida y durante el tercero. Estos mecanismos, junto con el problema de establecer lo que Maurice Bouvet (1958) describió como la "distancia óptima", pueden prevalecer en la cuarta subfase del proceso de separación-individuación, en un momento en que debería alcanzarse la "constancia objetiva libidinal" y deberían disminuir las reacciones de separación.

Las perturbaciones sufridas durante la subfase de reaceramiento suelen reaparecer en formas mucho más definidas e individualmente diferentes durante la fase final del proceso, en la cual una representación unificada del sí-mismo debería quedar demarcada de una representación mezclada e integrada del objeto.

El desenlace clínico de estas crisis de reaceramiento estará determinado por: 1) el desarrollo hacia la constancia objetiva libidinal; 2) la cantidad y calidad de posteriores decepciones (traumas de estrés); 3) posibles traumas de choque; 4) el grado de angustia de castración; 5) el destino del complejo edípico, y 6) las crisis de desarrollo de la adolescencia; todos estos factores obrarán dentro del contexto de las dotes constitucionales del individuo.

Durante los años en que estuvimos reuniendo datos, clasificamos y ordenamos el material en distintas categorías que resultaban pertinentes a nuestras hipótesis de trabajo.

Un resultado interesante de nuestro procesamiento de datos fue la comprobación de que, a partir de los dieciséis o diecisiete meses, los datos ya no "encajaban" cómodamente en categorías discretas. Cada vez parecía más arbitrario describir cualquier tipo de conducta sin referirlo a la serie total de conductas que comprobábamos en el niño en un determinado período. Parecía que a partir de determinado momento la conducta del niño se integraba cada vez más.

Eso significaba también que configuraciones afectomotrices tempranas y sensoriomotrices preverbales ya se habían integrado a mediados del segundo año con una solidez suficiente, de manera que no podía determinarse reconstructivamente, paso a paso, el origen de los derivados por medio de la deducción. En otras palabras, comprendimos inductivamente que en la mayor parte de los individuos, los derivados del período temprano preverbal sensoriomotor se integraban en estructuras de carácter.

La segunda comprobación a que llegamos durante el procesamiento de los datos tenía que ver con las diferencias de sexo. Hasta ese momento, desde el punto de vista del proceso de separación-individuación, parecía posible distribuir a los niños en varios subgrupos, cada uno de los cuales incluía tanto a varones como a niñas. Pero ahora, mientras que por un lado la complejidad de los niños hacía difícil agruparlos, por el otro los rasgos comunes que presentaban sugerían una creciente tendencia a la diferenciación sexual y a la formación de la identidad.

En el desarrollo normal, como ya lo señalé en mi Conferencia en Memoria de A. Brill (cap. I), las progresivas fuerzas del yo en crecimiento son pasmosamente eficaces. A menudo tienden a hacer desaparecer la mayoría de las discrepancias y desviaciones menores.

Son precisamente las deficiencias de integración e internalización las que dejan residuos, y pueden por lo tanto manifestarse en mecanismos fronterizos que indican cierto grado de deficiencia en la función sintética del yo.

RECONSTRUCCION DEL DESARROLLO TEMPRANO

Quisiera hacer resaltar, sin embargo, como ya lo han hecho también otros autores, que en relación con la reconstrucción en la situación psicoanalítica en general, ninguno de los fenómenos que pueden reconstruirse a partir de residuos no integrados será una repetición equivalente, una réplica, por así decirlo, de las tempranas secuencias de desarrollo de la fase preverbal.

Es previsible que las reconstrucciones contengan siempre recuerdos encubridores y formaciones defensivas que fueron alterados por el ulterior desarrollo así como por cambios regresivos operados en las pulsiones instintuales, en el yo y en el superyó. Estos elementos pueden aparecer o no en el material verbal y no verbal.

En el caso de muchos fenómenos fronterizos, puede uno aplicar lo que aprendió

e la observación, no tanto al contenido como a las conductas y actitudes generales el paciente en la situación psicoanalítica, es decir, a ciertas configuraciones, a ciertos patrones persistentes de transferencia o de exoactuación que parecen ser el resultado de conflictos no resueltos en el proceso de separación-individuación.

Al principio mi intención era vincular en este artículo las cuestiones sustantivas escritas con aspectos específicos de los fenómenos fronterizos que muestran los pacientes adultos y niños en la situación psicoanalítica. Pero cada vez llegué a concernerme más de que no hay una "línea directa" que vaya del uso deductivo de los fenómenos fronterizos a uno u otro de los descubrimientos sustantivos que se realizan en la investigación fundada en la observación.

Con todo, no puede ser accidental el hecho de que en la bibliografía los autores señalen la patología fronteriza como paradigmática de una fijación o regresión cuyos orígenes pueden hacerse remontar a ciertos aspectos de los acontecimientos formativos del proceso de separación e individuación (Kohut, 1966; Tartakoff, 1966; Kernberg, 1967; Frijling-Schreuder, 1969).

La bibliografía abunda en artículos y trabajos que tratan sobre las secuelas de las fallas de internalización, la intensa angustia de separación y otros signos clínicos que indican, por ejemplo, lo siguiente: que la mezcla y síntesis de las imágenes "buenas" y "malas" del sí-mismo y del objeto no se han llevado a cabo; que los afectos filtrados por el yo han sido inundados por un exceso de agresión no neutralizada; que la delusión de omnipotencia alterna con una extrema dependencia y con la denigración del sí-mismo; que la imagen del cuerpo ha quedado bañada en erogeneidad no neutralizada conexas con el ello y en sensaciones corporales agresivas contenidas, etcétera.

Antes de presentar un caso clínico ilustrativo, quisiera referirme a dos importantes proposiciones complementarias que me parecen pertinentes para comprender los fenómenos fronterizos en la situación psicoanalítica. Una enuncia la importancia de conciliar y, por lo tanto, de integrar la imagen de la otrora madre "buena" simbólica (a quien anhelamos desde "la cuna hasta la tumba") con la representación de la "madre después de la separación", amada de manera ambivalente y sentida como peligrosa a causa de su capacidad potencial de volver a absorbernos.

También deseo manifestar mi impresión —y se trata sólo de una impresión— acerca de la importancia que asumía el papel del padre preedípico en la muestra que estudiamos. Tuvimos la impresión de que el padre era no sólo "el despertador del niño" (Lewin, 1952), sino también quien protegía al niño de la potencialmente rumadora "madre de la separación", en muchos casos contaminada (Kris y otros, 1954).

La segunda proposición se refiere a la erogeneidad de la imagen corporal, a su subsumimiento con una catexia narcisista (Schur, 1955). Esto parece deberse a un perturbado equilibrio catéctico de la distribución de la libido entre el sí-mismo y el objeto. Encontré un grupo de fenómenos fronterizos que parece estar relacionado con un subido narcisismo corporal, con una erogeneidad focal y difusa de la imagen del cuerpo, predominantemente en muchos rasgos fronterizos de pacientes masculinos y niñas por igual.

En los casos en que hubo una importante falla de integración durante las primeras tres subfases del proceso de separación-individuación, especialmente en el plano

de la identidad sexual, a veces el niño no llega a tomar posesión autónoma —y claramente separada en su representación— de su propio sí-mismo corporal, en parte porque no tuvo la experiencia del gradual renunciamiento de la madre a poseer el cuerpo de su hijo (A. Freud, 1952b, 1953; Hoffer, 1950a, 1950b; Greenson, 1954). Esos pacientes, varones y mujeres por igual, suelen exoactuar (en la transferencia y en la vida real, especialmente en el matrimonio) el papel inconsciente de una parte querida o rechazada del hipotético ideal del sí-mismo corporal de sus padres, o tratar el cuerpo del cónyuge como un órgano querido o rechazado de su propio sí-mismo (Stein, 1956).

Expondré ahora un ejemplo de fenómenos fronterizos en la situación psicoanalítica.

El señor A., un hombre soltero de casi treinta años, hijo único, fue uno de esos pacientes que demostraron, e inconscientemente exoactuaron, la eterna búsqueda de la “madre simbiótica buena”, el anhelo de aferrarse a ella, de estar unido a ella, de encontrarse “en seguridad” con ella. La importancia fundamental que tiene este mecanismo arcaico fue señalada por el analista húngaro Imre Hermann (1936). En muchos casos se comprueba que la llamada transferencia primordial (Stone, 1961) comprende ese básico anhelo de reunirse con la madre simbiótica, esa búsqueda de la madre en la fantasía una vez que la separación intrapsíquica cortó el lazo de unión con ella.

Al cabo de cierto período de su análisis durante el cual se quejaba ocasionalmente con amargura de que no se sentía en una relación de intimidad con la analista ni con persona alguna, el señor A. dio rienda suelta a su gran resentimiento y manifestó su encono contra sus superiores, sus contemporáneos, el padre, la madre y, por supuesto, también la analista. Todos ellos “me decepcionaron; todos esperaban demasiado de mí”. Especialmente la madre era imposible de complacer, pues no era cariñosa ni comunicativa, etcétera. Su cólera se volvía fácilmente contra el sí-mismo.

Estas “sesiones plañideras”, en las cuales el paciente se acusaba y se denigraba además de manifestar sus quejas contra los demás, alternaban con otras, infrecuentes, en que veía el mundo objetal y se veía a sí mismo bajo una luz bastante rosada. En esas ocasiones sus grandiosas fantasías (Kohut, 1968) se ponían fácilmente al descubierto y sus sentimientos transferenciales pasaban del abatimiento y el menosprecio de sí mismo a una infantil admiración y sobreestimación de los demás, especialmente de su analista (Greenacre, 1966). En la vida real juzgaba de un modo más apropiado su verdadero valor y sus dotes realmente excelentes, pero en la neurosis de transferencia su humor cambiaba de manera extrema, lo mismo que su creencia en su propia omnipotencia mágica y en la omnipotencia del análisis mismo, aunque ambas se derrumbaban de un día para otro. (Debemos la descripción de este mecanismo a Edith Jacobson, 1953b, 1957b, 1964, 1967.)

Durante una buena parte del análisis se destacaron dos recuerdos encubridores. Creo que se los comprenderá mejor si los tratamos a la luz del proceso de elaboración.

En una de esas rarísimas “horas buenas” (Kris, 1956b), el paciente manifestó —esta vez con un sorprendente conjunto de fuertes afectos libidinalmente catectizados y dominados por una callada angustia y anhelo— la impotencia y la desdicha que había sentido en episodios que conocemos muy bien como recuerdos encubridores: su impotencia y solitaria desesperación cuando, siendo un escolar, lo llevaban

en una camilla a la sala de operaciones; el otro episodio traumático se produjo cuando fue alejado del lecho parental.

El impacto de estos afectos se relacionaba en la transferencia con el temor del paciente de que las exigencias de su trabajo lo apartaran de la analista y así se la hicieran perder.

Decía que cuando estaba tendido en el diván, se sentía como flotando lejanamente en el espacio. Asociaba esta sensación con las que había experimentado cuando lo anestesiaron y también con el vuelo del hombre en el espacio, cuando se aleja de su seguro anclaje en la tierra. Los dos grupos de asociaciones lo conmovían considerablemente. Al terminar la hora parecía literalmente abatido y en un estado de profunda desazón. A pesar de su imponente estatura, parecía un montoncito de aflicción, un niño abandonado. Su narcisismo corporal había aumentado en gran medida y se hicieron prominentes ciertos mecanismos contrafóbicos como medios para defenderse de sus preocupaciones hipocondríacas.

En una sesión posterior, el paciente, con uno de sus característicos cambios de humor, anunció que decididamente deseaba sentarse, y lo dijo con una determinación que no era habitual en él. "Cuando estoy acostado en el diván, vuelvo a experimentar esa sensación de estar flotando, como si estuviera flotando muy lejos de usted en el espacio". Las sensaciones experimentadas durante la anestesia, sensaciones de que astros y cohetes caían sobre él y le perforaban la piel, tenían relación con el hormigueo que sintiera en los miembros poco antes de sumirse en el sueño de la anestesia. El paciente consideraba la ambición del hombre de poner los pies en otro planeta como la culminación de su separación de la tierra, una demostración de la posibilidad de que el hombre nunca volvería a encontrar un lugar de anclaje.

Estas fantasías estaban asociadas también con el otro recuerdo encubridor de gran carga afectiva: la madre, que hasta entonces le había permitido que se acurrucara junto a ella en el lecho conyugal, le dijo un día que era ya demasiado grande para semejante intimidad. El paciente insistía en que aquello había ocurrido cuando todavía no tenía tres años.

Durante aquella anestesia había vuelto a sentir el temor nocturno de su niñez temprana. Se le apareció aquel hombrecillo moreno de sus primeras pesadillas, un hombrecillo encaramado en su hombro que sonreía despiadadamente y que indicaba así que "se disponía a secuestrarme". El llamó con desesperación al padre —no a la madre— para que acudiera en su auxilio con una linterna, como en efecto solía hacerlo durante la niñez temprana del paciente para disipar sus terrores nocturnos.

Durante la hora en que permaneció sentado, el paciente, evitando mirarme a los ojos, se refirió a su pasado anhelo de echarle los brazos al cuello a su madre y oír de ésta que todo estaba bien. Ahora sentía lo mismo respecto de su analista, y cuando estaba tendido en el diván temía que lo asaltara aquella vívida sensación de que estaba flotando en el espacio, alejándose cada vez más. Dijo que a veces la distancia entre la analista y él se hacía demasiado amenazadora.

El temor al sonriente hombrecito moreno que se había encaramado en su hombro durante la anestesia parecía haberse originado durante el apogeo de la fase fálica; coincidió con el momento en que la madre lo había alejado de su lecho. El miedo al hombrecillo moreno estaba, por supuesto, sobredeterminado. El homúnculo simbolizaba el cuerpo del paciente en su totalidad, separado —alejado— del anclaje que tenía en el cuerpo de la madre. También simbolizaba muchos otros elementos.

Desde aquel temprano episodio en el cual fue alejado del lecho materno, el paciente sentía que no podía aproximarse a su madre; ésta era una mujer dura, prohibitiva, que lo criticaba. El paciente no podía compartir nada con ella. Había tenido el impulso a abandonar el hogar y salir a buscar... pero ¿qué y dónde? Hasta realizar su análisis en la vida adulta, el paciente solía entregarse a largos vagabundeos por las calles o emprendía viajes sin rumbo... para alejarse de la gente.

Parecía completamente evidente la fijación en la subfase de reaceramiento del desarrollo. La escisión que hacía el paciente del mundo objetal estaba sobredeterminada y consistía fundamentalmente en buscar a la madre simbiótica buena, opuesta a la aborrecible madre "mala" de después de la separación. La cualidad aborrecible de la mujer mala, castrada y castradora, pero fálica, era proyectada al "mundo exterior malo", y así las relaciones del paciente con las mujeres quedaban echadas a perder por el miedo de verse absorbido por ellas. El mundo masculino competitivo, pero admirado y protector, el mundo masculino "bueno" representado por su padre, contrastaba con esta "madre mala de la separación".

Después de esta secuencia en el análisis, el paciente volvió a manifestar, aunque con atenuados sentimientos de culpabilidad, sus deseos de muerte respecto de la "madre de la separación". Esa figura se interponía en la relación de compinche con su padre. Esto salió a la luz con apropiada catexia afectiva, y el mismo paciente lo relacionó con muchas vicisitudes ulteriores de sus pulsiones instintuales, con sus conflictos alrededor de los dos niveles de su identidad y con la suerte adversa que corriera su "confianza básica" (Mahler, 1958b), que al principio era perfectamente adecuada.

Su transferencia primordial comenzó a cambiar cuando (una vez que hubimos elaborado sus extremadas necesidades de dependencia) el paciente declaró que por primera vez sentía que la analista era su amiga.

Creo que éstos son los casos a que se refería Winnicott (1969) cuando hablaba de la prolongada incapacidad —y la ulterior capacidad— de sus pacientes para usar el objeto (el analista) en la transferencia.

Era evidente que el paciente sentía un intenso anhelo por la madre simbiótica: no sólo por la madre que satisface necesidades sino por la mitad simbiótica de su sí-mismo; un anhelo de la armonía de la unidad dual, que probablemente recordaba de manera cenestésica. Junto con este anhelo se daban la cólera impotente, el odio hacia la despreciada "madre de la separación", castrada y castradora. Desde luego, esto tenía relación con la sensación del paciente de que la sexualidad era algo sucio, de que como la madre y el padre se habían entregado a ella, el producto tenía que ser inevitablemente un monstruo anal: el homúnculo moreno, él mismo.

Conviene a esta Conferencia del Aniversario de Freud que concluya mi exposición citando un pasaje del propio Freud, tomado de *El malestar en la cultura* (1930), que atestigua su reconocimiento implícito de la importancia que tiene la esfera cenestésica de las experiencias humanas.⁶ Dijo Freud:

"En virtud de una dirección deliberada de nuestras actividades sensoriales y en virtud de la conveniente acción muscular, podemos diferenciar entre lo interno... y... aquello que procede del mundo exterior. De esta manera damos el primer paso para introducir el principio de reali-

⁶ Agradezco al doctor Kestenberg (1971) por haberme llamado la atención sobre este pasaje.

dad, que habrá de dominar el futuro desarrollo. Esta diferenciación, por supuesto, tiene la finalidad práctica de capacitarnos para defendernos de sensaciones de desplacer que sentimos o que nos amenazan. A fin de defenderse de ciertas excitaciones desagradables procedentes del interior, el yo no puede usar sino los mismos procedimientos que usa contra el desplacer procedente de afuera... De esta manera, el yo se aparta del mundo exterior o, para decirlo más correctamente, al principio el yo lo abarca todo, y luego separa de sí mismo un mundo exterior. Por eso, nuestro actual sentimiento del yo es sólo un residuo mermado de una sensación mucho más inclusiva —en realidad una sensación que lo abarca todo—, que correspondía a un vínculo más íntimo entre el yo y el mundo que lo rodea. Suponiendo que en la vida mental de muchas personas haya persistido, en mayor o menor medida, esta sensación primaria del yo, existiría en esas personas, además de la sensación del yo más agudamente marcada y estrecha propia de la madurez, una especie de contraparte de ella.

En tal caso los contenidos representativos apropiados a esa contraparte serían precisamente los de la ilimitación y los de un vínculo con el universo, las mismas ideas con las cuales mi amigo (Romain Rolland) elucidaba la sensación “oceánica” (Standard Edition, págs. 67 y siguientes).”

SOBRE LA CONDICION ACTUAL DE LA NEUROSIS INFANTIL

(1975)

Como lo manifestó Anna Freud (1936, 1962, 1965) y como lo dijeron Ritvo (1974) y Lebovici (1973), nuestro concepto actual de la neurosis infantil difiere considerablemente del que prevalecía en la época de Juanito y el Hombre de los Lobos.

Quisiera indicar brevemente cómo los conceptos de *neurosis infantil*, de *relación objetal* y de *narcisismo* podrían clarificarse si en su consideración se tuvieran en cuenta las fases simbiótica y de separación-individuación del desarrollo humano. Creo que si estas consideraciones se integraran en nuestro pensamiento con miras a estimar el ámbito en expansión de los trastornos neuróticos y otros trastornos de la niñez (véase también Nágera, 1966), ello podría ayudarnos a comprender cuestiones tales como las de la existencia paralela, el desarrollo simultáneo y las interrelaciones de lo que llamamos relación objetal y narcisismo —o neurosis de transferencia y trastornos narcisistas— y también la sintomatología fronteriza.

El cambio producido en nuestro pensamiento desde la década de 1920 puede atribuirse al hecho de que antes de que Freud nos entregara la teoría estructural, sólo contábamos con la teoría de la libido como guía; hoy en día empleamos intensivamente la teoría estructural para ayudarnos en nuestras formulaciones. Pero además, y gracias a Spitz, al trabajo que se realiza en la Hampstead Clinic y a muchos otros autores disponemos ahora de una teoría psicoanalítica del desarrollo, en expansión, teoría que se refiere principalmente a la evolución de la relación objetal.

Gran parte de los datos empíricos de que disponemos nos revela que, aunque el concepto de neurosis infantil deriva de la fuente prototípica de conflicto intrapsíquico en su estado más complejo —el complejo de Edipo—, hay muchos aspectos neuróticos que vemos diariamente y que derivan asimismo de los períodos prefálico y preedípico, durante los cuales se estructuran formas decisivas de organización y reorganización psíquicas.

A mi juicio, buena parte de nuestros conocimientos y comprensión depende de

aspectos evolutivos, y aquí lo más importante es la estimación cualitativa de los residuos del período simbiótico y del período de separación-individuación.

Por obra de la fértil combinación de las teorías psicoanalíticas estructurales y reelaboradas sobre el desarrollo, hoy poseemos *instrumentos* que, utilizados para ampliar la teoría de la libido, podrían facilitar nuestra comprensión del ámbito cada vez más extenso de los síntomas neuróticos en la niñez y también durante todo el ciclo de la vida.

Ya en 1924, Abraham estaba aparentemente preocupado por cierta deficiencia en la concepción de las relaciones objetales cuando formuló los conceptos de *objeto preambivalente*, *objeto ambivalente* y *objeto postambivalente*. Fácilmente tendemos a olvidarnos de que la cumbre de la teoría de la libido, que encierra la clave para comprender la neurosis —es decir, el complejo de Edipo—, es no sólo una teoría de las pulsiones sino también una teoría de las relaciones objetales. Sobre este particular, Rangell (1972) sugirió que el complejo de Edipo puede considerarse como otro organizador (en el sentido de Spitz).

Una serie de problemas queda sin plantear a causa de la tendencia a subestimar la potencialidad que tienen los precursores del yo y del superyó para crear conflictos intrapsíquicos en niveles tempranos de desarrollo.

Me parece también que nuestro conocimiento de la neurosis infantil podría beneficiarse si integráramos los datos obtenidos mediante la observación y la reconstrucción de las primeras fases de la existencia extrauterina del niño. Creo que esto puede lograrse observando el curso que sigue la diferenciación del niño y su desligamiento de la matriz simbiótica, y rastreando los comienzos del conflicto internalizado.

En nuestro trabajo clínico y normativo basado en la observación de parejas de madres e hijos encontramos —para nuestra sorpresa— *conflictos de desarrollo* que son *específicos de una fase*, aunque también individualmente variables. Esos conflictos se daban con sorprendente regularidad a partir de la segunda mitad del segundo año de vida (caps. VIII, IX y X).

Como ya dije en otro lugar (cap. VI), es precisamente en el momento en que el niño se encuentra en la cumbre de su delusión de omnipotencia —en el punto culminante del período de ejercitación— cuando su narcisismo es particularmente vulnerable al peligro de la deflación, porque el progreso madurativo y evolutivo de las funciones locomotrices y cognitivas de su yo lo pone frente a una realidad nueva e inquietante.

En esos meses (desde los quince o dieciséis meses, aproximadamente) el pequeño adquiere una incipiente conciencia de su condición separada. Como consecuencia de los logros madurativos del yo, que culminan en la libre marcha erecta y en un avanzado desarrollo cognitivo, el niño ya no puede conservar la delusión de su omnipotente grandeza.

En la siguiente subfase, que es la tercera del proceso de separación-individuación (el período de reacercamiento), mientras la individuación avanza rápidamente y el niño la ejercita hasta el límite, adquiere cada vez más conciencia de su condición separada y comienza a emplear toda suerte de mecanismos de control (en parte internalizados, en parte aún actuados hacia el exterior) a fin de negar esa separación. Una de las conductas de control que se encuentran a menudo es la insistente pretensión del pequeño de obtener la atención y la participación de la madre.

Pero por más que el niño insista en coaccionar a su madre, ésta y él ya no funcionan efectivamente como una unidad dual, es decir, el niño ya no puede asegurarse la participación de la madre en su persistente delusión de la omnipotencia parental. Al propio tiempo, la otra mitad de la previa unidad dual, la madre, debe reconocer que su hijo es un individuo separado y autónomo por derecho propio. Ahora se hace cada vez más necesaria la comunicación verbal; la coacción gestual ejercida por el pequeño y la mutua empatía preverbal entre madre e hijo ya no bastan para que el niño alcance su meta de satisfacción, de bienestar (Joffe y Sandler, 1965).

El niño se da cuenta gradualmente de que sus objetos de amor (los padres) son individuos separados que tienen sus propios intereses. Gradual y penosamente debe abandonar la delusión de su propia grandeza y dejar de participar en la omnipotencia de la madre, en la cual aún cree. El resultado es una profunda angustia de separación y también dramáticas peleas coercitivas con la madre, y en menor medida, según nos pareció, con el padre. Esta es la encrucijada que hemos denominado la "crisis del reaceramiento".

Esta pugna que se da en el período de reaceramiento tiene su origen en el dilema humano, *propio de la especie*, que deriva del hecho de que, por un lado, el pequeño se ve obligado por la rápida maduración de su yo —la consolidación de su individualidad (individuación)— a reconocer su condición separada, mientras que, por otro lado, aún es incapaz de desenvolverse solo, y seguirá necesitando a su madre durante muchos años más (Parens y Saúl, 1971).

Tres angustias supremas de la niñez convergen en este período de reaceramiento, que puede prolongarse hasta bastante más allá del segundo año de vida: 1) el miedo a la pérdida objetal queda parcialmente aliviado por la internalización, pero se ve también complicado por la introyección de exigencias parentales; esta última circunstancia no sólo indica el comienzo del desarrollo del superyó, sino que también se expresa en el temor de *perder el amor del objeto*, una intensificada vulnerabilidad del pequeño en esta subfase, que se manifiesta en una reacción en alto grado sensible a la aprobación y desaprobación de los padres; 2) una mayor conciencia de las sensaciones y apremios corporales, aguzada por la conciencia de sensaciones intestinales y urinarias durante el período de entrenamiento del control de esfínteres; 3) en algunos casos se produce una reacción ante el descubrimiento —que se realiza bastante antes de lo que pensábamos— de las diferencias sexuales anatómicas, descubrimiento que determina prematuramente la angustia de castración en el varón y la envidia del pene en la niña (cap. I; Roiphe y Galenson, 1972).

En muchos de nuestros niños normales, las fuerzas de desarrollo les permitían resolver el conflicto del reaceramiento y avanzar a niveles superiores de relación objetal y de funcionamiento del yo, aun cuando algunos puedan haber presentado síntomas neuróticos transitorios. En algunos casos, sin embargo, la crisis del reaceramiento determinaba gran ambivalencia y hasta la escisión del mundo objetal en bueno y malo, con consecuencias que posteriormente podían llegar a organizarse en síntomas neuróticos de la variedad narcisista; y en otros niños, ciertas deficiencias de desarrollo determinaban una sintomatología fronteriza en el período de latencia y en la adolescencia (cap. XI; Frijling-Schreuder, 1969).

La fijación en el nivel del reaceramiento puede comprobarse a menudo en el creciente número de niños y adultos que hoy en día buscan nuestra ayuda. La angustia más general en estos pacientes es la angustia de separación; sus afectos pue-

den estar dominados por una cólera narcisista que los hace caer en berrinches, los cuales pueden ceder y dar paso a una entrega altruista (A. Freud, 1936). Me parece que el conflicto básico de estos pacientes ha de buscarse (y encontrarse) en la primitiva lucha narcisista que se manifestaba o era exoactuada en la crisis del reaceramiento.

Para terminar esta breve discusión quiero señalar varios puntos que relacionan la crisis del reaceramiento con la neurosis infantil tal como se la concibió clásicamente: 1) la comprensión de la crisis de reaceramiento arroja cierta luz, según parece, sobre la génesis de la neurosis de aquellos pacientes cuyo principal problema técnico es lo que el doctor Bouvet (1958) describió como el establecimiento de la "distancia óptima" entre el sí-mismo y el mundo objetal. El anhelo de fundirse con la representación objetal buena, de sumirse en la otrora (por lo menos en la fantasía) dichosa unión con la madre simbiótica, por un lado, y, por otro, la defensa contra la amenaza de ser absorbido de nuevo por ella (lo cual podría determinar la pérdida de la identidad autónoma del sí-mismo), son mecanismos resultantes del conflicto básico que se da en una forma más primitiva en la subfase de reaceramiento. Los complejos procesos de desarrollo que se verifican en la subfase de reaceramiento indudablemente influyen en la manera en que el niño habrá de resolver ulteriormente la crisis edípica.

La tendencia a escindir el mundo objetal puede manifestarse como una solución del niño a los dolorosos anhelos y pérdidas experimentados en la crisis de reaceramiento. Me parece que esto debe aumentar las dificultades para resolver los complejos conflictos que conciernen a objetos en el período edípico, pues promueve la ambivalencia y proyecta una ominosa sombra en el desarrollo de la personalidad edípica y postedípica.

De estas maneras y quizás también de otras muy diversas, la neurosis infantil se hace manifiestamente visible en el período edípico, pero puede estar determinada por la crisis de reaceramiento *que lo precede*.

EL DESARROLLO Y LA EVALUACION DE LAS PERSONALIDADES NARCISISTAS Y DE LAS LLAMADAS PERSONALIDADES FRONTERIZAS

En colaboración con Louise Kaplan

(1977)

Creemos que el rasgo sobresaliente de las personalidades narcisistas y también de las personalidades fronterizas consiste en que esos individuos no avanzaron de manera ordinaria por el proceso de desarrollo que culmina en un bien definido complejo de Edipo y en una neurosis. Convenimos con Rangell (1972) en que el complejo de Edipo —el núcleo de la neurosis— puede considerarse como el cuarto organizador psicológico. Su forma, su resolución y su modo de disolverse pueden reestructurar hechos anteriores del desarrollo. El complejo de Edipo representa la cumbre no sólo del desarrollo psicosexual infantil sino también de las relaciones objetales. Transforma además la anterior regulación del narcisismo, principalmente externa, en regulación interna de la autoestima ejercida por el superyó.

Muchos de nuestros colegas han encontrado útil el marco de referencia de la simbiosis y del proceso de separación-individuación en el trabajo que realizan con pacientes adultos y niños en general y con pacientes narcisistas y fronterizos en particular. Ello no obstante, aunque hemos delineado las subfases del proceso de separación-individuación y hemos formulado algunas hipótesis generales sobre las vulnerabilidades de cada subfase, nos damos cuenta de la necesidad de ser más precisos y detallados en nuestra evaluación de lo que llamamos la adecuación a una subfase. Esta ampliación sólo puede llevarse a cabo considerando los hilos entrelazados del narcisismo y el desarrollo psicosexual (Spruiell, 1975), además de las relaciones objetales en el proceso de separación-individuación. Esperamos que esta perspectiva más amplia de la teoría de las subfases facilite la evaluación de las organizaciones narcisista y fronteriza de la personalidad.

Ulteriormente sería posible determinar el grado en que es adecuada cada subfase en las tres esferas del desarrollo y tal vez sería posible, en la segunda mitad del tercer año, establecer si se dan las precondiciones del desarrollo edípico normal y de la neurosis infantil. Estas condiciones previas suponen que sea lograda la constancia del sí-mismo (es decir, la entidad individual y la identidad) al final de la subfase de reaceramiento y que además se alcance un nivel de constancia objetal que facilite las relaciones de objeto total triangulares y catectizadas con libido y agresión neu-

tralizadas. En la esfera psicosexual debería ser ya evidente una flexible orientación genital narcisista. La represión es el mecanismo defensivo principal en estos importantes fenómenos de desarrollo.

Como lo hicimos resaltar en el libro *El nacimiento psicológico del infante humano* (Mahler, Pine y Bergman, 1975) —un estudio basado predominantemente en la observación de las fases de desarrollo preverbal y de proceso primario— el progreso realizado en cada subfase en cuanto a relaciones objetales podía estudiarse con bastante seguridad a través de sus *referentes*. Esos referentes eran suministrados por la observación de las conductas de interacción en la unidad madre-hijo a través del tiempo, polarizadas por los dos elementos de la unidad dual. A diferencia del progreso en las relaciones objetales, la formación de una representación del sí-mismo cohesiva, separada y total, es difícil de captar. Lo que el bebé siente subjetivamente escapa al ojo del observador; es decir, los referentes de conducta apenas existen. Con todo, podemos suponer que lo que primero se percibe son las sensaciones corporales. Freud (1923) describió el yo diciendo que era “primero y ante todo un yo corporal” (pág. 27).

Lo que nos proponemos, pues, es considerar la propiedad de subfase y la *impropiedad de subfase* en los tres hilos del desarrollo preedípico. En la teoría de las subfases del proceso de separación-individuación está implícita la consideración de los tradicionales estadios jerárquicos psicosexuales; aquí me propongo hacer más hincapié que antes en esta cuestión.

En cuanto al narcisismo, en nuestro estudio basado en la observación y luego en nuestros análisis de películas, advertimos episodios en los cuales niños de cinco a ocho meses, rodeados de adultos cordiales que reflejaban libidinalmente aprobación, parecían electrizados y estimulados por esa admiración reflejada. Reconocimos que una importante fuente de libido narcisista (la cantidad y calidad de libidinización del yo corporal o del sí-mismo corporal) depende de tempranos suministros narcisistas. Estos suministros son proporcionados, en la fase simbiótica así como en las subfases de diferenciación y de ejercitación temprana, por quienes rodean al niño. En los dos casos que nos servirán para ejemplificar describiremos desequilibrios de abastecimiento por parte del ambiente.

Cada subfase hace su contribución particular al narcisismo sano o patológico; una buena parte de las reservas narcisistas está todavía siendo constituida, en las últimas subfases, por el maternaje adecuado a cada subfase. Las *realizaciones autónomas* de la subfase de ejercitación constituyen la fuente principal de acrecentamiento narcisista desde *adentro*. La mayor parte de los pequeños que se encuentran en la subfase de ejercitación muestran en su punto más alto tres factores que contribuyen al narcisismo. Esos factores son (para decirlo de una manera exagerada y en proporciones individualmente diferentes): amor a sí mismo, valoración primitiva de las propias realizaciones y omnipotencia. Durante la subfase de reaceramiento y dependiendo de la resolución de la crisis de reaceramiento, el narcisismo (especialmente la omnipotencia conmovida por el advenimiento de la inteligencia representacional) es específicamente vulnerable en esta subfase.

A continuación describiremos las vicisitudes diametralmente opuestas de la omnipotencia infantil, del amor al sí-mismo corporal, de la regulación de la autoestima, de la formación del sí-mismo y la toma de conciencia del sexo en dos niños. Estos dos estudios de casos ilustran lo que quiero significar cuando hablo del amplio

espectro de los fenómenos fronterizos. Además, estos ejemplos indican la relevancia de la hipótesis de las subfases para comprender tanto los fenómenos fronterizos como los narcisistas en futuras investigaciones.

Los bosquejos del desarrollo de Sy y Cathy fueron realizados atendiendo a copiosos datos de observación, *cuidadosamente procesados*, sobre sus primeros tres años de vida; se utilizó ocasionalmente material de sus posteriores años de guardería, jardín de infantes y escuela y se consideró por fin un estudio más sistemático de la evolución posterior en la edad de latencia y en la adolescencia temprana, respectivamente. Desde luego, no consideraremos nuestro proyecto satisfactoriamente terminado hasta no haber tenido la oportunidad de analizar a dos o tres niños y por lo menos a una madre.

SY

Comenzaremos con la historia del desarrollo de uno de nuestros niños, en quien, al promediar el tercer año de vida, ya comprobamos trastornos tan severos en los tres aspectos del proceso de separación-individuación que pronosticamos el desarrollo de una personalidad fronteriza.

Las dotes innatas del yo de Sy eran mejores que las del término medio, como lo indicaban inequívocamente nuestros datos de observación controlados y los tests de desarrollo. Desde el sexto o séptimo mes hasta el último cuarto de su segundo año, la vida de Sy fue una epopeya de diarios intentos para liberarse de la sofocante envoltura y de las intrusiones de su madre. Por otro lado, durante la noche se comportaba o era inducido a comportarse como el "niño amante del pecho". Entre los siete y los nueve meses, cuando normalmente culmina el vínculo específico con la madre y aparece la angustia ante los extraños, Sy se esforzaba por *apartarse* del cuerpo de la madre cuando ésta lo tenía alzado.

La lenta maduración de la locomoción de Sy complicó las cosas. Además la madre desalentaba todo intento de locomoción, así como de ejercitar cualquier otra función autónoma. En lugar de angustia ante los extraños, que es específica de la subfase, Sy mostraba *preferencia por los extraños*. A los doce meses usaba su recién adquirida función de gatear para alejarse rápidamente de la madre. Y si un extraño y la madre le hacían señas y lo llamaban simultáneamente, el niño sin vacilar se dirigía hacia la persona que no era su madre. Tan pronto como Sy dominó la actividad de gatear rápidamente, la madre corregía sin cesar su rumbo y lo obligaba a entrar en interacción con ella de continuo.

Sy no tuvo oportunidad de experimentar las formas obligatorias de las reacciones de separación que los demás niños mostraban en los momentos adecuados de la subfase. En Sy, las subfases de diferenciación, ejercitación y re acercamiento fueron rudimentarias y deformadas, en tanto que aparecían muy confundidas las características de cada subfase.

La fase simbiótica de Sy invadió el proceso de diferenciación, así trabó y excluyó las contribuciones formadoras del yo que las subfases de ejercitación y de re acercamiento hacen a la estructuración psíquica. *Fue el importantísimo surgimiento, casi puramente madurativo y específico de la especie, de la libre marcha erecta, dominada tardíamente a los diecisiete meses, lo que hizo que de pronto Sy se diera cuenta de que podía sufrir la pérdida del objeto.*

La súbita aparición del conflicto del reaceramiento, que Sy vivió sin que su yo hubiera podido prepararse (durante una subfase de ejercitación claramente delineada) para funcionar de manera separada, era una de las causas de su desarrollo desviado. La falta de una clara subfase de ejercitación privó a su yo de la capacidad de mitigar gradualmente el impacto de las pulsiones instintuales pregenitales, y así mismo privó al niño tanto de la fuente interna de narcisismo derivada de la esfera autónoma del yo, como del acrecentamiento del narcisismo provocado por el ímpetu normal activo y agresivo de la ejercitación.

El período comprendido entre los diecisiete y los veinte meses fue particularmente inestable y tormentoso. Al comienzo de su rudimentaria subfase de reaceramiento, Sy solía dirigirse a su madre con más frecuencia que antes para presentarle peticiones y exigencias. Pero las más de las veces la madre ignoraba por completo esos requerimientos. Entre los diecisiete y los dieciocho meses Sy rechazó el pecho materno y pronto manifestó dificultades para dormir, lo cual permitió a la madre justificar la reintroducción de su seco pecho... un "gigantesco chupete". En aquel momento aumentó la necesidad de Sy por su madre; se aferraba a ella cada vez que despertaba durante la noche, lloraba por la mañana y continuaba teniendo dificultades para dormirse.

Al vigésimo mes, todas las relaciones que Sy había establecido con el mundo objetal en general, fueron activamente apartadas como "malas". Se hizo agresivo con los demás niños y en el Centro adoptó una actitud de recelo con quienes hasta entonces habían sido sus amigos. De exuberante y confiado pasó a ser un niño grave, deprimido e irritable.

Desde el momento en que él mismo se destetó, el proceso de separación-individualización de Sy resultó perjudicado, en las tres esferas que mencionamos, por su excesiva angustia de castración, que posteriormente vino a convertirse en angustia de mutilación. Esa angustia era abrumadora porque el yo de Sy no había experimentado, en el momento adecuado de cada subfase, los obligatorios y normales temores de pérdida objetal, ni la angustia frente a los extraños, ni la angustia de separación, ni el temor de perder el amor del objeto. En la esfera psicosexual hubo superposición de las preocupaciones anales con una profunda angustia de castración. Esa superposición se vio aguzada por la vista masiva de los órganos sexuales de hombres desnudos (incluso de su padre) en el vestuario. Al mismo tiempo, a Sy le fueron accesibles visiones igualmente traumáticas que le hicieron vislumbrar, fuera de su momento, el peligro de la castración. Iba al cuarto de baño para orinar pero en lugar de hacerlo se masturbaba. Era incapaz de sentarse en el inodoro por miedo a que sus excrementos, y quizá también el pene, fueran barridos por el agua. Su predilección por exhibir su pene y sus frecuentes expresiones tales como "lindo pene", "linda cosita", indicaban, entre otros signos, la aparición precoz de la fase fálica narcisista de desarrollo de la libido y una prolongada adherencia a ella.

El padre decía que un nene pertenece a la madre mientras desee mamar de sus pechos, y que apenas el hijo rechazaba el pecho materno pertenece al padre. La angustia de castración de Sy se aguzó significativamente en este tercer año, cuando el padre se hizo cargo de él en cuerpo y alma. El padre repitió la sobreestimulación que había incurrido la madre en los primeros dos años. La conducta del padre fue descrita del modo siguiente: "Al mismo tiempo lo amenaza y lo lisonjea, lo maltrata y lo acaricia, lo critica severamente y lo halaga. Cuando el enojo del padre al-

canza su colmo, cambia de proñto de actitud y se pone a besarlo y a hacerle cosquillas. Todo ese manejo es sádico, sexualizado e histérico". Al nacer su hermano, cuando Sy tenía treinta y cuatro meses, la madre debió permanecer en el hospital un período prolongado y el padre era la única persona encargada de cuidarlo. Sy se encontraba en un estado de frenético pánico. Farfullaba continuamente en una jerigonza sin sentido, que correspondía a una ideación de proceso primario.

A los cuatro años Sy se había vuelto violentamente contra la madre y emulaba al padre en cuanto a degradarla. La rechazaba por entero en su intento de hacerse grande y varonil como el padre. Sy comenzó a vomitar la comida que le daba la madre y tuvo problemas con la alimentación. En su esfuerzo por identificarse con el padre, enderezó toda su cruda agresión contra la madre, a la que daba puntapiés, mordía y gritaba. En medio de este cambio total, producido en el quinto año de Sy, ocurrió otra funesta traumatización. El padre abandonó a Sy para ocuparse del hermano menor, que tenía la misma edad de Sy en el momento en que el padre lo había tomado de la madre. Mientras en la escuela de la guardería Sy se había manifestado agresivo, arrebatado y algo maniático, ahora en el jardín de infantes todos advertían que había desaparecido el brillo de su mirada. Sy se volvió una vez más a la madre y se convirtió casi en su satélite, refugiado en una ansiosa pero sumisa alianza contra el hermano menor y el padre.

La historia de las subfases de desarrollo de Sy se caracteriza por la prolongación hasta los veinte meses de la simbiosis nocturna de "niño amante del pecho". A esta simbiosis (sin que se hubieran experimentado más que nominalmente las subfases de ejercitación y reacercamiento del proceso de separación-individuación) se superpuso una singularmente franca relación edípica con la madre y luego con el padre.

Desde el momento en que Sy dejó el pecho y comenzó a andar, la madre lo trató como a su "hombre", actitud a la que Sy correspondía con la suya. Se trata de una demostración *in statu nascendi* y una ilustración paso a paso de lo que Kernberg (1967) describe como el análisis dinámico genético del complejo de Edipo en la personalidad fronteriza. Kernberg dice: "Lo característico de la organización de la personalidad fronteriza... es una condensación específica entre conflictos pregenitales y genitales y un *prematuro* desarrollo de conflictos edípicos..." (pág. 678).

En la segunda mitad del tercer año de Sy, así como a los cuatro, cinco y seis años, pudimos seguir las vicisitudes del fracaso de la función yoica de la represión normal. Hubo muchas manifestaciones de esta deficiencia, pero por falta de espacio no podemos entrar a analizarlas. Un ejemplo podría bastar: Sy recordaba menudos detalles de la vida del Centro, detalles que los demás niños habían reprimido por completo. La función mnésica patológica de su yo los había retenido sincréticamente (t. I, cap. XI).

La conducta de Sy parecía a veces una imitación caricaturesca de la de su madre, y otras, una extravagante réplica de la de su padre. En lugar de la represión, las operaciones de escisión descritas por Kernberg desembocaron en una imagen morbosamente combinada de padre-madre. El yo de Sy no tuvo oportunidades de identificarse selectivamente con rasgos paternos o maternos desexualizados y desagresivizados. Observamos una inusitada confusión entre las imágenes parentales y además una disociación y falta de neutralización de los impulsos eróticos y agresivos.

En el caso de Sy es muy difícil determinar el ideal del yo o las identificaciones

y la representación del sí-mismo. La identificación introyectiva no asimilada de imágenes parciales del padre y la madre predominaba a expensas de la internalización transmutadora.

Creemos que las cualidades positivas que salvaron a Sy de la psicosis eran sus excelentes dotes innatas; por ejemplo, fue capaz de compensar su lento desarrollo locomotor destacándose extraordinariamente en ejercicios gimnásticos (su actividad favorita era la acrobacia). Por el material obtenido de él mismo, de su madre y de su maestra podemos suponer que a Sy le gustaba estar fuera de su casa. Era el que menos nostalgia del hogar sentía cuando la clase pasaba un tiempo en el campamento. La madre también nos contó que a veces, a la salida de la escuela, Sy no regresaba al hogar sino que se iba a la casa de su maestra. Evidentemente había logrado crear una isla para él y allí su yo se desarrollaba sin experimentar las constantes intrusiones y molestias de su ambiente desorganizado, desorganizador y agresivo.

Acerca de los conflictos intrapsíquicos sólo podemos hacer conjeturas, y desde luego, nos gustaría someterlo a análisis, pero ambos padres se oponen a ello.

Las entrevistas en el hogar y en la escuela para seguir la evolución de Sy, cuando éste tenía once años, lo mostraban mucho mejor de lo que habíamos pronosticado. Su rendimiento en un curso para alumnos aventajados de una escuela pública local era excelente y él mismo gozaba de bastante popularidad entre sus compañeros. Los maestros empero no ocultaban la irritación que les producían Sy y su familia. Decían que Sy era un fresco, un chico sexualmente precoz, que jactanciosamente se entregaba a inapropiadas conversaciones sobre cuestiones sexuales de manera exhibicionista, bufonesca y cruda. Además, los maestros pensaban que los padres sobreestimaban las dotes intelectuales y creativas de Sy, pues muy a menudo insistían en que se le diera un trato especial.

Los tests psicológicos, administrados por personas que nada sabían de las entrevistas de seguimiento ni del desarrollo temprano de Sy, revelaron un cuadro diagnóstico de personalidad fronteriza, en el nivel inferior del espectro fronterizo. Durante los tests Sy mantuvo una postura muy encorvada, con el cuerpo flojo, como si careciera totalmente de tono muscular. Manipulaba los materiales de modo tal que daba la impresión de que estaba apropiándose de ellos y poseyéndolos, aunque no era manifiesta una intencionalidad activa. En su pasividad se percibía una decidida confusión de las fronteras entre lo propio y lo ajeno.

Aun cuando la conducta de Sy no revelaba ninguna señal de angustia, aparentemente se encontraba en un *estado de sobrecogedora angustia*. Las palmas de las manos le sudaban profusamente, de suerte que dejaba húmedo todo cuanto tocaba. Le temblaban las manos y parecía desamparado y vulnerable. Pero, por otro lado, Sy era con frecuencia capaz de recobrar y adoptar una visión más racional de la realidad. En esos momentos mantenía el cuerpo erguido y se movilizaba con presteza. En esas ocasiones también mejoraba su funcionamiento mental. Se concentraba activamente y aguzaba sus respuestas, que antes eran vagas. Entonces sonreía feliz y hasta trataba de darse importancia.

Esa alternancia impredecible en sus estados anímicos, en la postura del cuerpo y en los modos de reaccionar estaba presente de modo característico en sus respuestas al Rorschach. Con frecuencia Sy era atrapado por las láminas, y aquí su incapacidad

de distanciamiento era notable. Repetidas veces confundía sus sensaciones corporales internas con percepciones externas. Por ejemplo, bostezaba y luego decía que el lobo representado en la lámina estaba cansado. Una y otra vez proyectaba sus impulsos y luego era invadido por la angustia provocada por sus propias proyecciones. Experimentaba en forma simultánea el impulso proyectado y el temor a ese impulso. Defensas prominentes eran la negación y la externalización primitivas. Durante los tests resultaba notable la falta de indicadores de vergüenza o sentimiento de culpabilidad, y se observaban muy pocas señales de angustia... sólo se advertía una abrumadora angustia primitiva.

Cuando Sy era capaz de liberarse de ese estado, de establecer una distancia respecto de los estímulos de la realidad exterior, podía hacer distinciones entre fantasía y realidad. El pensamiento de proceso secundario y la lógica eran evidentes en muchas de las respuestas de Sy, aunque resultaba bastante claro que la forma de organización de su pensamiento estaba sujeta a una fácil regresión.

A los once años las buenas dotes básicas de Sy le habían permitido crear cierta distancia —así como en otro tiempo empujaba, gateaba y se apartaba de la absorbente simbiosis de madre-hijo— y escapar así a una franca psicosis. Ello no obstante, la prolongada simbiosis había proyectado su sombra sobre las ulteriores subfases del proceso de separación-individuación. Persistía en la forma de una constelación edípica fuera de fase, claramente erótica y abiertamente agresiva, que dejó un sello indeleble en las representaciones corporales de Sy.

Según los tests, la angustia de castración que invadía el yo de Sy se manifestaba en sus fantasías de mutilación del cuerpo y en la condición fragmentada de sus representaciones corporales. Además, en las percepciones de Sy las partes del cuerpo se fundían unas con otras, eran intercambiables entre sí y, en rigor, también con los objetos inanimados de la realidad.

CATHY

Como contraste, describiremos brevemente el proceso de separación-individuación de Cathy, una niña cuyo desarrollo se produjo según líneas más o menos neuróticas, pero que a los trece años mostraba signos de perturbación narcisista.

Cathy ingresó en nuestro proyecto a los doce meses. Con su espectacular confianza en sí misma y su precocidad verbal inmediatamente se granjeó la simpatía de toda nuestra sala de madres e hijos; no mostraba en absoluto la reacción habitual frente a los extraños o frente a lo nuevo. La madre —una mujer algún tanto desvaída y depresiva— parecía complacerse grandemente en Cathy, a la que consideraba como la encantadora extensión narcisista de ella misma.

A los once meses Cathy ya caminaba. Sin embargo, de su exuberancia estaban ausentes el abandono y el atrevimiento que suelen observarse en los niños durante la subfase de ejercitación. La muy alabada y alentada “independencia” de Cathy se había logrado a expensas de la intimidad corporal, es decir, a expensas de los suministros libidinales a su sí-mismo corporal. La señora C., que subrayaba que Cathy no era una nena mimosa, no la alzaba en brazos, salvo por breves momentos para consolarla, acción que era seguida por tácticas de distracción.

Alrededor de los diecinueve meses la disposición anímica de Cathy se deterioró

claramente. La señora C. se quejaba del llanto de Cathy, de sus continuos berrinches y de su conducta con frecuencia incomprensible. El entrenamiento del control de esfínteres había transcurrido sin peripecias, y a los diecinueve meses la niña prácticamente ya lo había completado, sin necesidad de coacción. La madre sin embargo se quejaba: "No quiere que la toque, no quiere que la vista, que la siente en el inodoro, aunque deja a otros que lo hagan". Pensamos que en aquel momento una representación parcial de la madre "mala" y peligrosa había quedado separada de la representación del objeto "bueno". Podemos también suponer que los cambiantes estados anímicos de Cathy indicaban disociación de las representaciones parciales del sí-mismo agresiva y libidinalmente catectizadas.

Observamos cómo nuestra radiante y narcisista "abeja reina" de la guardería se transformaba intermitentemente en una niña petulante, difícil de comprender y muy agresiva. No sólo nos encontrábamos frente a una plena crisis de reaceramiento sino también frente a un súbito colapso de la grandeza omnipotente de Cathy. Sólo muchas semanas después conseguimos reconstruir los hechos que culminaron en esta intensa y prolongada crisis de reaceramiento. Entre los diecisiete y los dieciocho meses Cathy solía visitar a uno de los nenes que concurrían a la guardería. Un día la madre del chico bañó a los dos niños juntos, y Cathy, al regresar a su hogar, declaró que aquel niño tenía *dos* botones en la panza.

Seis o siete semanas después de haber descubierto la diferencia sexual anatómica, Cathy se hizo extremadamente agresiva y tironeaba del cabello de los otros niños de nuestra guardería. La madre recordó que, cuando llevó a la hija a ducharse con ella para facilitar el lavado de sus largos y finos cabellos, Cathy palpó el vello del pubis de la madre. *Resultaba claro que Cathy buscaba desesperadamente un pene.* A esto siguieron dificultades relacionadas con el sueño y con el control de esfínteres. Pensamos que las agresivas provocaciones de Cathy representaban un reclamo hecho a la madre para que ésta corrigiera su deficiencia anatómica (¡aun a los veintisiete meses Cathy pedía un pene como regalo de Navidad!).

A los dos años y medio Cathy deseó, por un breve lapso, que la madre, el padre y ella estuvieran juntos. Consideramos que éste era el comienzo de una verdadera relación edípica fálica. Sin embargo, Cathy pronto prefirió relaciones exclusivamente diádicas y vacilaba entre elegir al padre o a la madre. A partir de entonces, y durante todo el período que transcurrió hasta el quinto año, Cathy alternó entre débiles incursiones a una relación triádica, que comprendía al padre y a la madre, y frenéticas pretensiones de relaciones exclusivamente diádicas.

También a los dos años y medio Cathy intentó abandonar el biberón, pero no lo logró. La madre declaró que "el biberón era la única cosa a la que realmente estaba apegada Cathy". La excesiva estimación de su objeto transicional — el biberón — revelaba cierta patología, si se atiende a Winnicott (1953). A partir del tercer año, Cathy necesitaba una relación diádica exclusiva y especular para conservar su estado ideal del sí-mismo. La búsqueda de relaciones diádicas alternadas llegó a ser un tema importante en la vida de Cathy.

Cuando Cathy ingresó, a los tres años, en la escuela de la guardería, su sed objetiva no específica hizo que se volviera a la maestra como a una madre sustituta; se abrazaba a ella y buscaba su exclusiva atención. Pronto se produjo una crisis en la que intervinieron la niña, la madre y la maestra. Como ésta no podía satisfacer la intensa necesidad de Cathy de una atención exclusiva, envió a la niña a su casa. La

señora C. reaccionó con enojo y depresión y se encolerizó con la maestra y también con su hija. Ahora Cathy comenzó a prenderse al cuerpo de la madre como nunca lo había hecho antes, se aferraba a ella estrechamente y la madre se libraba de los abrazos empujándola enojada. Cathy respondió al doble rechazo de la madre y la maestra dirigiendo compulsivos discursos a un auditorio imaginario del cual esperaba gran admiración. Era como si Cathy estuviera tratando de recuperar el estado ideal del sí-mismo que experimentara desde los doce a los diecinueve meses, cuando era la omnipotente "abeja reina" de la guardería. Aun cuando disminuyó aquella conducta de aferrarse a la madre, la causa, pensamos, no era que Cathy hubiera resuelto la crisis del reaceramiento, sino que había abandonado toda esperanza. Creemos que el objeto ambivalentemente amado, necesitado y odiado (objeto que se consideraba a ella misma y a Cathy como fracasos) fue escindido y externalizado a favor de una representación del sí-mismo diferenciada, negativamente catectizada e interiormente conservada.

Las experiencias escolares posteriores de Cathy continuaron siendo insatisfactorias. Odiaba la escuela y a los seis años declaró que los demás niños la detestaban y no querían jugar con ella. A partir de los seis años Cathy echaba la culpa a su madre de todos los males de su vida y decía que era la "peor madre del mundo".

Cuando Cathy estaba en el séptimo año de su vida, una entrevista mantenida con el padre nos reveló que la niña mantenía con su madre una compleja relación sadomasoquista que tendía a empeorar. El hombre dijo: "Son más como hermanas que madre e hija". El padre pensaba además que Cathy se entregaba a menudo a ensoñaciones diurnas. Pero de todos modos consideraba perfectamente natural que Cathy, como todas las hijas, estuviera más cerca de la madre que del padre.

La impresión sobresaliente que recogimos en las entrevistas de seguimiento (visitas hechas en la escuela y en el hogar cuando Cathy tenía trece años) fue que la niña se sentía personalmente insignificante y tenía poca estima de sí misma. Aunque su cociente de inteligencia era de 134 en la escala total, su rendimiento escolar era de bueno a regular.

Cuando Cathy fue sometida a tests, apenas se le oía la voz y trataba de mantener la cabeza en una posición tal que el cabello le cubriera el rostro. Aquella niña omnipotente, tan segura de sí misma y exhibicionista, se había convertido en una adolescente que parecía desear desaparecer. Mientras que el estudio de seguimiento de Sy revelaba en alguna medida la dinámica interna de la organización fronteriza de la personalidad, en el cuadro que presentaba la personalidad de Cathy a los trece años reconocimos lo que típicamente se llama organización obsesivo-compulsiva de la personalidad. Aquí era evidente la *represión* y se conservaban sin muestras de descompensación las defensas adicionales de formación reactiva y aislamiento. El ideal del yo excesivamente exaltado determinaba en Cathy un fácil menosprecio de sí misma y el continuo predominio de la ansiedad y la vergüenza. Sin embargo, y a diferencia de Sy, el sentimiento de culpa era el principal regulador de la actividad defensiva instintiva. Ni un pánico sobrecogedor ni una angustia difusa reemplazaban a la *señal de angustia*.

Cathy percibía los cuerpos como si estuvieran ocultos, trabados en la acción, encogidos y encerrados. Estas imágenes representaban la orientación básicamente *masoquista* de la niña. Retrospectivamente podemos emitir la hipótesis de que esos cuerpos ocultos y encerrados eran el eco de los anhelos no satisfechos de suminis-

tros libidinales corporales durante las subfases de ejercitación y reaceramiento. Por otro lado, el súbito colapso de su omnipotencia —sus desesperadas reclamaciones para que se reparara su deficiencia anatómica— agravó la creciente predisposición de Cathy a menospreciarse a sí misma y a su femineidad.

En tanto que la imagen corporal de Sy estaba deformada, fragmentada y confundida con lo inanimado, la imagen corporal de Cathy se conservaba intacta y bien delimitada. Sin embargo, la imagen que Cathy tenía de sí misma, su insatisfacción consigo misma y con su identidad de género femenino eran evidentes. Estaba decepcionada con ella misma y esperaba desilusión y desprecio en sus relaciones con los demás.

En Sy advertimos una peligrosa regresión y la desorganización del pensamiento de proceso secundario por obra de condensaciones y contaminaciones. En Cathy la prueba de realidad era excelente. Con todo, ella misma se prohibía cualquier regresión por transitoria que fuera, y cuando las cosas no resultaban exactamente como creía, Cathy prefería abandonar la partida a correr el riesgo de estar equivocada.

En el caso de Cathy creemos que no se ajustaron gradualmente a la realidad ni la imagen ultraidealizada y ultraidealizante, enteramente buena y admirativa de la madre, ni el ideal del yo grandioso y omnipotente. La imagen infantil del sí-mismo y del objeto nunca llegó a reducirse a dimensiones tales que hicieran posible para la madre real coincidir con ella. Tampoco el ideal del yo llegó a conciliarse con el potencial realista de la verdadera imagen autónoma de sí misma que tenía Cathy.

El rasgo característico y excepcional de la pugna de Cathy era su búsqueda de sustitutos en el mundo exterior a fin de aproximarse a la unidad representacional, en alto grado sobreestimada, excepcional y exclusiva, del sí-mismo y del objeto. Buscaba esas sustituciones en relaciones diádicas que estuvieran a la altura de la imagen idealizada del sí-mismo y del objeto, propia de su anhelado pasado omnipotente.

La incapacidad de la madre para proporcionar una intimidad corporal intermitente y libidinalmente satisfactoria y para reconocer la sed de contactos físicos de Cathy durante el período de ejercitación determinó una intensificación de los mecanismos de escisión que caracterizaron el período de reaceramiento de Cathy. Las reservas narcisistas, que habrían permitido que Cathy superara las posteriores heridas narcisistas, quedaron disminuidas en dos frentes durante el período de ejercitación. El ideal del yo excesivamente exaltado y la falta de un reabastecimiento libidinal propio de la subfase de ejercitación echaron las bases de estructuras inflexibles del ideal del yo y del superyó que no permitían una tolerancia adaptativa respecto de la ambivalencia y la ambigüedad. Durante el período mismo de reaceramiento, la conducta de apremiante cortejo de la niña fue rechazada por la madre. Por más que Cathy no estuviera preparada para experimentar un complejo edípico plenamente desarrollado, sabemos que algunos aspectos de una avanzada solución edípica fueron logrados. Esta solución se caracterizaba por la represión de los anhelos instintuales preedípicos y edípicos. La grandiosidad narcisista de Cathy fue reemplazada por un menosprecio masoquista de sí misma, pero continuaron predominando las relaciones objetales totales, aun cuando parecía haber problemas potenciales en cuanto a las resoluciones de la identidad del género.

CONCLUSIONES

La finalidad de nuestra breve exposición era indicar el poder explicativo que tiene la plena aplicación de la teoría de la simbiosis y de las subfases del proceso de separación-individuación, por cuanto esta teoría nos permite estimar la organización ulterior de la personalidad, siempre que se tengan en cuenta sus complejidades. Antes que exponer un sistema coordinado de las fallas que se dan en cada una de las subfases del proceso de separación-individuación con su correspondiente forma específica de organización de la personalidad narcisista o fronteriza, hemos tratado de evitar las sobresimplificaciones y las conclusiones categóricas.

En nuestras estimaciones de la organización de la personalidad de pacientes adultos y niños narcisistas y fronterizos, el predominio abrumador de la deformación o fijación de una subfase no debe oscurecer el hecho de que siempre hay que considerar influencias correctivas o patógenas procedentes de las otras subfases. En el caso de Sy, por ejemplo, el exceso de simbiosis impidió que las subfases posteriores hicieran sus contribuciones *positivas* y específicas al desarrollo de la personalidad. En el período de ejercitación, Sy se vio privado tanto de la fuente interna de narcisismo derivado de la esfera autónoma del yo como de la influencia formativa del normal ímpetu agresivo. Al mismo tiempo la conciencia del sí-mismo y del cuerpo separados (propia del período de reaceramiento) se vio invadida por la angustia de castración y la sobreestimulación de la vida de la fantasía. La naturaleza deformada del complejo edípico de Sy no puede comprenderse tan sólo atendiendo a la perspectiva de la fase simbiótica.

En el caso de Cathy, durante el período de reaceramiento predominaba el tema de la búsqueda de relaciones exclusivamente diádicas que reflejaran su perdido estado ideal del sí-mismo. Con todo, la forma específica de la resolución edípica en Cathy no puede entenderse apropiadamente si no tenemos en cuenta el dramático desequilibrio por el cual a la exaltada omnipotencia de Cathy le faltaron los suministros libidinales corporales necesarios a su narcisismo durante la simbiosis y las subfases de diferenciación y ejercitación.

PROCEDENCIA DE LOS CAPITULOS QUE COMPONEN ESTE VOLUMEN

TITULO I

"Consideraciones sobre el desarrollo y la individuación" (1963). Este artículo se publicó parcialmente en un proyecto de investigación patrocinado en un comienzo por la Fundación Field; en el momento de la publicación original tuvo el apoyo de la Asociación Nacional de Salud Mental, el Fondo Psicoanalítico de Investigación y Desarrollo y la Fundación Taconic.

Esta investigación fue llevada a cabo en el Centro de Niños Masters, de Nueva York, con la colaboración de Manuel Furer y Anni Bergman y con la asistencia de Edith Atkin, Ann Haerberle, Emmagene Kamaiko, David L. Mayer, Fred Pine y Herman Roiphe.

Este artículo fue presentado como Conferencia en Memoria de Abraham A. Brill, a la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York, noviembre de 1962. Tomado de *Psychoanalytic Study of the Child*, 18: 307-324.

TITULO II

"Algunos aspectos de la fase de separación-individuación" (1963). En colaboración con Manuel Furer. Este estudio fue costado en su publicación original por una subvención del Fondo Psicoanalítico de Investigación y Desarrollo, y llevado a cabo en el Centro de Niños Masters, de Nueva York, en colaboración con David L. Mayer, Fred Pine y Herman Roiphe y con la asistencia de Anni Bergman y Edith Atkin. Tomado de *Psychoanalytic Quarterly*, 32: 1-14

TITULO III

"La interacción madre-hijo durante la fase de separación-individuación" (1965). En colaboración con Kitty La Perriere. Este trabajo se basa en una investigación financiada por el Instituto Nacional de Salud Mental (subvención MH08238) y llevada a cabo en el Centro de Niños Masters, de Nueva York.

Fue presentado en el Simposio sobre Investigación de la Interacción Madre-hijo, a la Reunión Anual de la Asociación Ortopsiquiátrica Norteamericana, Chicago, mayo de 1964. Tomado de *Psychoanalytic Quarterly*, 34: 483-498.

TITULO IV

"Importancia de la fase normal de separación-individuación con referencia a la etiología de la psicosis infantil simbiótica" (1965). Este artículo se basa en la investigación financiada por la Fundación Field, el Fondo Psicoanalítico de Investigación y Desarrollo, la Asociación Nacional de Salud Mental y la Fundación Taconic. La publicación original fue costada por la subvención MH08238 del Instituto Nacional de Salud Mental, USPHS, Bethesda, Md. Tomado de *Drives, Affects, Behavior*, Vol 2., comp. por M. Schur, Nueva York, International Universities Press.

CAPITULO V

“Notas sobre el desarrollo de las disposiciones de ánimo básicas: el afecto depresivo” (1966). Este artículo se basa en una investigación costeada por la subvención MH08238 del Instituto Nacional de Salud Mental, USPHS, Bethesda, Md. Tomado de *Psychoanalysis - A General Psychology: Essays in Honor of Heinz Hartmann*, comp. por R. Loewenstein, L. M. Newman, M. Schur y A. J. Solnit, Nueva York International Universities Press.

CAPITULO VI

“Sobre la simbiosis humana y las vicisitudes de la individuación” (1967). Este artículo se basa en parte en la investigación costeada por la subvención MH08238 del Instituto Nacional de Salud Mental, USPHS, Bethesda, Md., y anteriormente por la subvención M3353, así como por la Fundación Field, la Fundación Taconic, la Asociación Nacional de Salud Mental y el Fondo Psicoanalítico de Investigación y Desarrollo.

La autora desea expresar su gratitud ante todo al doctor John McDevitt, pero también a Emmagene Kamaiko, Anni Bergman, Laura Salchow y el doctor Ernest Abelin, así como a muchos otros.

Este artículo fue presentado en la sesión plenaria de la Reunión Anual de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, Detroit, mayo de 1967. En forma ligeramente distinta se publicó como capítulo I de *On Human Symbiosis and the Vicissitudes Of Individuation*; vol. I, *Infantile Psychosis*, Nueva York, International Universities Press, 1968. Tomado de *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 25: 740-763.

CAPITULO VII

“Observaciones sobre la adaptación y la defensa *in statu nascendi*” (1968). En colaboración con John B. McDevitt. Este artículo se basa en parte en la investigación costeada por la subvención MH08238 del Instituto Nacional de Salud Mental, USPHS, Bethesda, Md., y llevada a cabo en el Centro de Niños Masters. Fue presentado en la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York (marzo de 1967) y en la Sociedad Psicoanalítica de Filadelfia (mayo de 1967). Tomado de *Psychoanalytic Quarterly*, 37: 1-21.

CAPITULO VIII

“Sobre las tres primeras subfases del proceso de separación-individuación” (1972). Este artículo fue originalmente presentado como contribución introductoria a una serie de tres paneles sobre el tema “La experiencia de la separación-individuación en la infancia y su repercusión en el curso de toda la vida”, con el patrocinio de la Asociación de Psicoanálisis de Niños y la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, diciembre de 1971.

Se publicó en forma ligeramente diferente en *Psychoanalysis and Contemporary*

Science, vol. 3, Nueva York, International Universities Press, 1974. Tomado de *International Journal of Psycho-Analysis*, 53: 333-338.

CAPITULO IX

“La subfase de reaceramiento en el proceso de separación-individuación” (1972). La investigación en que se basa este artículo fue parcialmente financiada por el Fondo de Fundaciones para la Investigación Psiquiátrica, New Haven, Connecticut. Presentado en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Washington (abril de 1972) y en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Filadelfia (mayo de 1972). Tomado de *Psychoanalytic Quarterly*, 41: 487-506.

El estudio de la evolución posterior, patrocinado por la Junta Directiva del Centro de Niños Masters, fue llevado a cabo por John B. McDevitt con Anni Bergman, Emmagene Kamaiko y Laura Salchow, asesorados por la autora de este artículo.

CAPITULO X

“Simbiosis e individuación: el nacimiento psicológico del infante humano” (1974). Este artículo fue leído como Decimoquinta Conferencia en Memoria de Sophia Mirviss, en el Instituto Psicoanalítico de San Francisco, noviembre de 1973. Tomado de *Psychoanalytic Study of the Child*, 29: 89-106.

El estudio sistemático de “La historia natural de la psicosis infantil simbiótica” al que nos referimos en este artículo fue realizado en el Centro de Niños Masters con el doctor M. Furer. Fue financiado por la subvención 3363 del NIMH, 1959-1963. Véase también, al final del primer volumen de esta obra, la noticia sobre la procedencia de los artículos en él incluidos.

CAPITULO XI

“Estudio del proceso de separación-individuación y su posible aplicación a los fenómenos fronterizos en la situación psicoanalítica” (1971). Este artículo se basa en parte en una investigación realizada en el Centro de Niños Masters, de Nueva York, que fue financiada por el Instituto Nacional de Salud Mental, USPHS (subvención MH8238); por la Fundación para la Investigación en Psicoanálisis, Los Angeles; por la Fundación Strick, Filadelfia, y por el Fondo de Fundaciones para la Investigación Psiquiátrica, New Haven, Conn. En colaboración con John McDevitt y Anni Bergman y con la asistencia de Emmagene Kamaiko, Laura Salchow y Margaret Hawkins, con Fred Pine como consultor.

Presentado como Conferencia del Vigésimo Aniversario de Freud, abril de 1970. Tomado de *Psychoanalytic Study of the Child* 26: 403-424.

CAPITULO XII

“Sobre la condición actual de la neurosis infantil” (1975). Este artículo fue una contribución a un panel sobre “La condición actual de la neurosis infantil” en la Reunión Anual de la Asociación de Psicoanálisis de Niños, París, julio de 1973. Tomado de *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 23: 327-333.

CAPITULO XIII

“El desarrollo y la evaluación de las personalidades narcisistas y de las llamadas personalidades fronterizas” (1977). En colaboración con Louise Kaplan. Tomado de *Borderline Personality Disorders: The Concept, The Syndrome, The Patient*, comp. por Peter Harticollis, págs. 71-85, Nueva York, International Universities Press.

- Abelin, E. L. (1971): "The role of the father in the separation-individuation process", en *Separation-Individuation: Essays in Honor of Margaret S. Mahler*, comp. por J. B. McDevitt y C. F. Settlage, págs. 229-253, Nueva York, International Universities Press.
- Abraham, K. (1921): "Contribution to a discussion of the tic", en *The Selected Papers of Karl Abraham*, págs. 323-325, Nueva York, Basic Books, 1953.
- (1924): "A short study of the development of the libido, viewed in light of mental disorders", en *Selected Papers of Karl Abraham*, págs. 418-501, Nueva York, Basic Books, 1953.
- Aichhorn, A. (1925): *Wayward Youth*, Nueva York, Viking Press, 1935.
- (1932): "Erziehungsberatung" [Orientación infantil], *Ztschr. f. psa. Pädagogik*, 6:445-488 y 7:153-159.
- (1936): "Zur Technik der Erziehungsberatung" [La Técnica de la orientación educacional], *Ztschr. f. psa. Pädagogik*, 10: 5-74.
- Alexander, F. (1943): "Fundamental concepts of psychosomatic research", *Psychosom. Med.*, 5:205-210.
- Alpert, A. (1959): "Reversibility of pathological fixations associated with maternal deprivation in infancy", *Psychoanalytic Study of the Child*, 14:169-185.
- Alpert, A., Neubauer, P. B. y Weil, A. P. (1956): "Unusual variations in drive endowment", *Psychoanalytic Study of the Child*, 11:125-163.
- Angel, K. (1967): "On symbiosis and pseudosymbiosis", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 15:294-316.
- Anthony, E. J. (1961): "A study of 'screen sensations'", *Psychoanalytic Study of the Child*, 16:211-246.
- Bak, R. (1939): "Regression of ego orientation and libido in schizophrenia", *Int. J. Psycho-Anal.*, 20:64-71.
- (1954): "The schizophrenic defense against aggression", *Int. J. Psycho-Anal.*, 35:129-134.
- Bally, G. (1933): "Die frühkindliche Motorik im Vergleich mit der Motorik der Tiere" [La actividad motriz del bebé comparada con la de los animales], *Imago*, 19:339-366.
- Bender, L. (1942): "Childhood schizophrenia", *Nerv. Child*, 1:138-140.
- (1947): "Childhood schizophrenia: Clinical study of 100 schizophrenic children", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 17:40-56.
- Bender, L. y Schilder, P. (1940): "Impulsions: a specific disorder of the behavior of children", *Arch. Neur. & Psychiat.*, 44: 990-1008.
- Benedek, T. (1938): "Adaptation to reality in early infancy", *Psychoanal. Quart.*, 7:200-214.

- (1949): "The psychosomatic implications of the primary unit: mother-child", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 19:642-654.
- (1959) "Parenthood as a developmental phase: a contribution to the libido theory", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 7:389-417.
- (1960): "The organization of the reproductive drive", *Int. J. Psycho-Anal.*, 41:1-15,
- Benjamin, J. D. (1961): "The innate and the experiential in child development", *Lectures on Experimental Psychiatry*, comp. por H. Brosin, págs. 19-42, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Beres, D. (1960): "Perception, imagination, and reality", *Int. J. Psycho-Anal.*, 41:327-334.
- Bergler, E. (1932): "Zur Problematic der Pseudo-debilität" [El problema de la seudodebilidad], *Int. Ztschr. f. Psa.*, 18:528-538.
- Bergman, P. y Escalona, S. K. (1949): "Unusual sensitivities in very young children", *Psychoanalytic Study of the Child*, 3/4:333-352.
- Bergmann, M. (1963): "The place of Paul Federn's ego psychology in psychoanalytic metapsychology", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 11:97-116.
- Bergmann, T. (1945): "Observations of children's reactions to motor restraint", *Nerv. Child*, 4:318-328.
- Bettelheim, B. (1959): "Joey, a 'mechanical boy' ", *Sci. Amer.*, 200.(3): 116-127.
- Bibring, E. (1953): "The mechanism of depression", *Affective Disorders*, comp. por P. Greenacre, Nueva York, International Universities Press, 1954.
- Bibring, G. L., Dwyer, T. F., Huntington, D. S. y Valenstein, A. F. (1961): "A study of the psychological processes in pregnancy and of the earliest mother-child relationship", *Psychoanalytic Study of the Child*, 16:9-72.
- Blatz, W. E. y Ringland, M. C. (1935): *The Study of Tics in Preschool Children*, Toronto, University of Toronto Press.
- Blos, P. (1967): "The second individuation process of adolescence", *Psychoanalytic Study of the Child*, 22:162-186.
- Boenheim, C. (1930): "Ueber den Tic im Kindesalter" [Sobre el tic en la niñez], *Klin. Wchschrift.*, 9:2005-2011.
- Bonnard, A. (1958): "Pre-body-ego types of (pathological) mental functioning", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 6:581-611.
- Bornstein, B. (1930): "Zur Psychogenese der Pseudodebilität" [Psicogénesis de la seudodebilidad], *Int. Ztschr. f. Psa.*, 16: 378-399.
- (1935): "Phobia in a two-and-a-half-year-old boy", *Psychoan. Quart.*, 4: 93-119.
- Bouvet, M. (1958): "Technical variations and the concept of distance", *Int. J. Psycho-Anal.*, 39: 211-221.
- Bowlby, J. (1951): *Maternal Care and Mental Health*, Ginebra, World Health Organization, Monografía 2.
- (1960): "Grief and mourning in infancy and early childhood", *Psychoanalytic Study of the Child*, 15:9-52.
- Bowlby, J., Robertson, J. y Rosenbluth, D. (1952): "A two-year-old goes to hospital", *Psychoanalytic Study of the Child*, 7:82-94.
- Bradley, C. (1945): "Psychoses in children", *Modern Trends in Child Psychiatry*, comp. por N. D. C. Lewis y B. L. Pacella, Nueva York, International Universities Press, págs. 135-154.

- rody, S. (1956): *Patterns of Mothering*, Nueva York, International Universities Press.
- rody, S. y Axelrad, S. (1966): "Anxiety, socialization, and ego-formation in infancy", *Int. J. Psycho-Anal.*, 47:218-229.
- (1970): *Anxiety and Ego Formation in Infancy*, Nueva York, International Universities Press.
- urlingham, D. (1932): "Kinderanalyse und Mutter" [El análisis infantil y la madre], *Ztschr. f. Psa. Pädagogik*, 6:269-289.
- (1934): "Mitteilungsdrang und Geständniszwang" [El impulso de contar y la compulsión de confesar], *Imago*, 20:129-143.
- (1936): "Die Einfühlung des Kleinkindes in die Mutter" [La empatía entre el bebé y la madre], *Imago*, 21:429-444.
- ychowski, G. (1956a): "The ego and the introjects", *Psychoanal. Quart.*, 25: 11-36.
- (1956 b): "The release of internal images", *Int. J. Psycho-Anal.*, 37:331-338.
- oçteau, J. (1930): *Les enfants terribles* (tr. S. Putnam), Norwood, Mass., Brewer and Warren.
- oleman, R. W., Kris, E. y Provence, S. (1953): "The study of variations of early parental attitudes: A preliminary report", *Psychoanalytic Study of the Child*, 8:20-47.
- espert, J. L. (1938): "Schizophrenia in children", *Psychiat. Quart.*, 12:366-371.
- (1941): "Thinking and motility disorder in a schizophrenic child", *Psychiat. Quart.*, 15:522-536.
- (1955): "Differential Diagnosis between Obsessive Compulsive Neurosis and Schizophrenia in Children", en *Psychopathology of Childhood*, comp. por P. H. Hoch y J. Zubin, Nueva York, Grune and Stratton, págs. 240-253.
- eutsch, F. (1947): "Analysis of postural behavior", *Psychoanalytic Quart.*, 16: 195-213.
- eutsch, H. (1919): "A two-year-old's first love comes to grief", en *Dynamic Psychopathology of Childhood*, comp. por L. Jessner y E. Pavenstedt, Nueva York, Grune & Stratton, 1959.
- (1945): *The Psychology of Women*, vol. 2: *Motherhood*, Nueva York, Grune & Stratton.
- essler, K. R. (1953): "Notes upon the emotionality of a schizophrenic patient, and its relation to problems of technique", *Psychoanalytic Study of the Child*, 8: 199-251.
- lisch, P. (1947): "Diagnostic and therapeutic values of projective techniques: A case of child tiqueur", *Amer. J. Psychother.*, 1:270-312.
- (1952): "Significant relationship between the human figure and the machine in the drawings of boys", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 22:379-385.
- (1953): "Simultaneous treatment of a child and his mother", *Amer. J. Psychother.*, 7:105-130.
- (1956): "The struggle for ego boundaries in a psychotic child", *Amer. J. Psychother.*, 10:578-602.
- (1957): "The psychological significance of the mirror", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 5:235-244.
- ikson, E. H. (1950): *Childhood and Society*, Nueva York, Norton.

- (1959): *Identity and the Life Cycle. Psychological Issues*, Monografía N° 1, Nueva York, International Universities Press.
- (1968): "The life cycle: epigenesis of identity", *Identity Youth and Crisis*, Nueva York, Norton.
- Escalona, S. K. (1968): *The Roots of Individuality: Normal Patterns of Development in Infancy*, Chicago, Aldine.
- Escalona, S. K. y Heider, G. M. (1959): *Prediction and Outcome: A Study in Child Development*, Nueva York, Basic Books.
- Federn, P. (1952): *Ego Psychology and the Psychoses*, Nueva York, Basic Books.
- Fenichel, O. (1928): "Ueber organlibidinoese Begleiterscheinungen der Triebabwehr", *Int. Ztschr. f. Psa.*, 14:45-64. Reeditado como "Organ libidinization accompanying the defense against drives", en *Collected Papers of Otto Fenichel*, vol. 1, Nueva York, Norton, 1953.
- (1936): "Die symbolische Gleichung: Maedchen-Phallus", *Int. Ztschr. f. Psa.*, 22-299-314. Reeditado como: "The symbolic equation: girl=phallus", *Collected Papers of Otto Fenichel*, ob. cit., vol. 2.
- (1945 a): *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*, Nueva York, Norton.
- (1945 b): "The nature and classification of so-called psychosomatic phenomena", *Psychoanal. Quart.*, 14:287-312.
- Ferenczi, S. (1911): "On obscene words", en *Sex in Psychoanalysis*, págs. 132-153, Nueva York, Basic Books, 1950.
- (1913): "Stages in the development of the sense of reality", en *Sex in Psychoanalysis*, Nueva York, Basic Books, 1950, págs. 213-239.
- (1919): "Thinking and muscle innervation", en *Further Contributions to the Theory and Technique of Psychoanalysis*, págs. 230-232, Nueva York, Basic Books, 1952.
- (1921): "Psycho-analytical observations on tics", en *Further Contributions to the Theory and Technique of Psychoanalysis*, ob. cit., págs. 142-174.
- (1924): *Thalassa: A Theory of Genitality*, Nueva York, Norton, 1968.
- (1928): "Gulliver phantasies", *Int. J. Psycho-Anal.*, 9:283-300. Reproducido en *Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis*, Nueva York, Basic Books, 1952.
- Fischer, C. (1965): "Psychoanalytic implications of recent research on sleep and dreaming", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 13:197-303.
- Fliess, R. (1957): *Erogenicity and Libido: Addenda to the Theory of the Psychosexual Development of the Human*, Nueva York, International Universities Press.
- (1961): *Ego and Body Ego*, Nueva York, Schulte Publishing.
- Frank, A. (1969): "The unrememberable and the unforgettable: passive primal repression", *Psychoanalytic Study of the Child*, 24:48-77.
- Frankl, L. (1963): "Self-preservation and the development of accident proneness in children and adolescents", *Psychoanalytic Study of the Child*, 18:464-483.
- Freud, A. (1936): *The Ego and the Mechanisms of Defense*, Nueva York, International Universities Press, 2a. ed., 1966.
- (1949): "Notes on aggression", *Bull. Menninger Clin.*, 13:143-151. Reproducido en *The Writings of Anna Freud*, vol. 4, Nueva York, International Universities Press.
- (1951 a): "A connection between the states of negativism and emotional

- surrender”, resumen en *Int. J. Psycho-Anal.*, 33 (1952):265.
- (1951 b): “Observations on child development”, *Psychoanalytic Study of the Child*, 6:18-30. Reproducido en *The Writings of Anna Freud*, vol. 5, Nueva York, International Universities Press, 1969.
- (1952 a): “Studies in passivity, part 2: Notes on a connection between the states of negativism and of emotional surrender”, en *The Writings of Anna Freud*, vol. 4, Nueva York, International Universities Press, 1968.
- (1952 b): “The role of bodily illness in the mental life of children”, *Psychoanalytic Study of the Child*, 7:69-81. Reproducido en *The Writings of Anna Freud*, vol. 4, ob. cit.
- (1952 c): “Mutual influences in the development of ego and id”, *Psychoanalytic Study of the Child*, 7:42-50. Reproducido en *The Writings of Anna Freud*, vol. 4, ob. cit.
- (1953): “Some remarks on infant observation”, *Psychoanalytic Study of the Child*, 8:9-19. Reproducido en *The Writings of Anna Freud*, vol. 4, ob. cit.
- (1954): “Problems of infantile neurosis: A discussion”, *Psychoanalytic Study of the Child*, 9:25-31; 40-43; 57-62; 68-71. Reproducido en *The Writings of Anna Freud*, vol. 4, ob. cit.
- (1958): “Child observation and prediction of development: A memorial lecture in honor of Ernst Kris”, *Psychoanalytic Study of the Child*, 13:92-116.
- (1962): “Assessment of childhood disturbances”, *Psychoanalytic Study of the Child*, 17:149-158.
- (1963): “The concept of developmental lines”, *Psychoanalytic Study of the Child*, 18:245-246. Reproducido en *Normality and Pathology in Childhood*, infra.
- (1965): *Normality and Pathology in Childhood: Assessments of Development*, Nueva York, International Universities Press.
- Freud, A y Burlingham, D. T. (1943): *War and Children*, Nueva York, International Universities Press, 1944.
- Freud, A y Dann, S. (1951): “An experiment in group upbringing”, *Psychoanalytic Study of the Child*, 6:127-169. Reproducido en *The Writings of Anna Freud*, vol. 4, ob. cit.
- Freud, S. (1905 a): “Three essays on the theory of sexuality”, *Standard Edition*, 7:130-245.
- (1905 b): “Jokes and their relation to the unconscious”, *Standard Edition*, 8.
- (1910 a): “Leonardo da Vinci and a memory of his childhood”, *Standard Edition*, 11:63-137.
- (1910 b): “The psychoanalytic view of psychogenic disturbance of vision”, *Standard Edition*, 11:209-218.
- (1911 a): “Formulations on the two principles of mental functioning”, *Standard Edition*, 12:213-226.
- (1911 b): “Psycho-analytic notes on an autobiographical account of a case of paranoia (dementia paranoides)”, *Standard Edition*, 12:3-82.
- (1915): “Repression”, *Standard Edition*, 14:141-158.
- (1917 [1915]): “Mourning and melancholia”, *Standard Edition*, 14:237-260.
- (1923): “The ego and the id”, *Standard Edition*, 19:3-66.

- (1924 a): "The loss of reality in neurosis and psychosis", *Standard Edition*, 19:183-187.
- (1924 b): "The dissolution of the oedipus complex", *Standard Edition*, 19:173-179.
- (1926): "Inhibitions, symptoms and anxiety", *Standard Edition*, 20:77-175.
- (1930): "Civilization and its discontents", *Standard Edition*, 21:59-145.
- (1938): "Splitting of the ego in the process of defence", *Standard Edition*, 23:271-178.
- (1940 [1938]): "An outline of psycho-analysis", *Standard Edition*, 23:141-207.
- Friend, M. R. (1956): "Report on panel: On sleep disturbances in children", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 4:514-525.
- Fries, M. E. y Woolf, P. J. (1953): "Some hypotheses on the role of congenital activity type in personality development", *Psychoanalytic Study of the Child*, 8:48-62.
- Frijling-Schreuder, E. C. M. (1969): "Borderline states in children", *Psychoanalytic Study of the Child*, 24:307-327.
- Frosch, J. A. (1966): "A note on reality constancy", en *Psychoanalysis—A General Psychology*, comp. por R. M. Loewenstein, L. M. Newman, M. Schur y A. J. Solnit, págs. 349-376, Nueva York, International Universities Press.
- Frosch, W. A. (1970): "Report on panel: Psychoanalytic evaluation of addiction and habituation", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 18: 209-218.
- Furer, M. (1964): "The development of a preschool symbiotic boy", *Psychoanalytic Study of the Child*, 19:448-469.
- Galenson, E. (1971): "A consideration of the nature of thought in childhood play", en *Separation-Individuation: Essays in Honor of Margaret S. Mahler*, comp. por J. B. McDevitt y C. F. Settlage, págs. 41-60, Nueva York, International Universities Press.
- Geleerd, E. R. (1945): "Observations on temper tantrums in children", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 15:238-246.
- Gerard, M. W. (1946): "The psychogenic tic in ego development", *Psychoanalytic Study of the Child*, 2:133-162.
- Goldfarb, W. (1945): "Psychological privation in infancy and subsequent adjustment", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 15:247-266.
- Gouin-Décarie, T. (1965): *Intelligence and Affectivity in Early Childhood*, Nueva York, International Universities Press.
- Greenacre, P. (1944): "Infant reactions to restraint: Problems in the fate of infantile aggression", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 14:204-218. Reproducido en *Trauma, Growth and Personality*, Nueva York, Norton, 1952.
- (1945 a): "The biologic economy of birth", *Psychoanalytic Study of the Child*, 1:31-51. Reproducido en *Trauma, Growth and Personality*, ob. cit.
- (1945 b): "Conscience in the psychopath", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 15: 459-509. Reproducido en *Trauma, Growth and Personality*, ob. cit.
- (1947): "Vision, headache and the halo", *Psychoanal. Quart.*, 16:177-194. Reproducido en *Trauma, Growth and Personality*, ob. cit.
- (1952 a): "Pregenital patterning", *Int. J. Psycho-Anal.*, 33:410-415.
- (1952 b): "Some factors producing different types of genital and pregenital

- organization", Reproducido en *Trauma, Growth and Personality*, ob. cit.
- (1953): "Certain relationships between fetishism and the faulty development of the body image", *Psychoanalytic Study of the Child*, 8:79-98.
- (1957): "The childhood of the artist: Libidinal phase development and giftedness", *Psychoanalytic Study of the Child*, 12:27-72. Reproducido en *Emotional Growth*, vol. 2, Nueva York, International Universities Press, 1971.
- (1958): "Early physical determinants in the development of the sense of identity", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 6:612-627. Reproducido en *Emotional Growth*, ob. cit., vol. 1.
- (1959): "On focal symbiosis", en *Dynamic Psychopathology in Childhood*, comp. por L. Jessner y E. Pavenstedt, Nueva York, Grune & Stratton, págs. 243-256.
- (1960): "Considerations regarding the parent-infant relationship", *Int. J. Psycho-Anal.*, 41:571-584. Reproducido en *Emotional Growth*, ob. cit., vol. 1.
- (1962): "The theory of the parent-infant relationship", *Int. J. Psycho-Anal.*, 43:235-237, 255-256.
- (1966): "Problems of overidealization of the analyst and of analysis: Their manifestations in the transference and counter-transference relationships", *Psychoanalytic Study of the Child*, 21:193-212.
- (1969): "The fetish and the transitional object", *Psychoanalytic Study of the Child*, 24:144-164. Reproducido en *Emotional Growth*, ob. cit., vol. 1.
- (1970): "The transitional object and the fetish: with special reference to the role of illusion", *Int. J. Psycho-Anal.*, 51:447-456. Reproducido en *Emotional Growth*, ob. cit., vol. 1.
- Freud, S. (1914) (h.): "Early object relations: Somatic, affective, and personal", *Nervous and Mental Disease*, 126:225-252.
- Freud, S. (1914) (h.): "The struggle against identification", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 2:200-217.
- (1958): "On screen defenses, screen hunger, and screen identity", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 6:242-262.
- Freud, S. (1936): "Zur Psychologie des Geheimnisses", *Imago*, 22(2).
- Freud, S. (1961): "Masturbation conflicts", en *Adolescents—Psychoanalytic Approach to Problems and Techniques*, comp. por S. Lorand y H. Schneer, Nueva York, Paul B. Hoeber Inc.
- (1971 a): "Some reflections on identity problems in prepuberty", en *Separation-Individuation: Essays in Honor of Margaret S. Mahler*, comp. por J. B. McDevitt y C. F. Settlage, Nueva York, International Universities Press.
- (1971 b): "The current status of transference neurosis in children", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 19:26-40.
- Fromm, H. (1939): *Ego Psychology and the Problem of Adaptation*, Nueva York, International Universities Press, 1958.
- (1947): "On rational and irrational action", en *Psychoanalysis and the Social Sciences*, vol. 1, págs. 359-392, Nueva York, International Universities Press.
- (1950 a): "Psychoanalysis and developmental psychology", *Psychoanalytic Study of the Child*, 5:7-17.
- (1950 b): "Comments on the psychoanalytic theory of the ego", *Psychoanalytic Study of the Child*, 5: 74-96.

- (1952): "The mutual influences in the development of the ego and id", *Psychoanalytic Study of the Child*, 7: 9-30.
- (1953): "Contribution to the metapsychology of schizophrenia", *Psychoanalytic Study of the Child*, 8:177-198.
- (1964): *Essays on Ego Psychology: Selected Problems in Psychoanalytic Theory*, Nueva York, International Universities Press.
- Hartmann, H. y Kris, E. (1945): "The genetic approach to psychoanalysis", *Psychoanalytic Study of the Child*, 1:11-30.
- Hartmann, H., Kris, E. y Loewenstein, R. M. (1946): "Comments on the formation of psychic structure", *Psychoanalytic Study of the Child*, 2:11-38.
- (1949): "Notes on the theory of aggression", *Psychoanalytic Study of the Child*, 3/4:9-36.
- Heimann, P. (1966): "Comment on Dr. Kernberg's paper [Structural derivatives of object relationships]", *Int. J. Psycho-Anal.*, 47:254-260.
- Hendrick, I. (1942): "Instinct and the ego during infancy", *Psychoanal. Quart.*, 11: 33-58.
- (1951): "Early development of the ego: identification in infancy", *Psychoanal. Quart.*, 20: 44-61.
- Hermann, I. (1934): "Vorläufige Mitteilung: Urwahrnehmungen, insbesondere Augenleuchten und Lautwerden des Inneren" [Informe preliminar: percepciones primitivas, en especial el brillo de los ojos y los ruidos interiores], *Int. Ztschr. f. Psa.*, 20:553-555.
- (1936): "Sich-Anklammern, Auf-Suche-Gehen" [Aferrarse, ir en busca], *Int. Ztschr. f. Psa.*, 22:349-370.
- Hoffer, W. (1949): "Mouth, hand and ego-integration", *Psychoanalytic Study of the Child*, 3/4:49-56.
- (1950 a): "Oral aggressiveness and ego development", *Int. J. Psycho-Anal.*, 31:156-160.
- (1950 b): "Development of the body ego", *Psychoanalytic Study of the Child*, 5:18-24.
- (1952): "The mutual influences in the development of ego and id: earliest stages", *Psychoanalytic Study of the Child*, 7:31-41.
- (1955): *Psychoanalysis: Practical and Research Aspects*, Baltimore, Williams & Wilkins.
- Homburger, A. (1922): "Ueber die Entwicklung der menschlichen Motorik", *Zeit. f. d. gesamte Neur. und Psychol.*, 78.
- (1923): "Zur Gestaltung der normalen menschlichen Motorik und ihre Beurteilung" [Sobre la estructura de la conducta motriz humana normal y su evaluación], *Zeit. f. d. gesamte Neur. und Psychiat.*, 75:274.
- Jacobson, E. (1932): "Lernstörungen beim Schulkinde durch masochistische Mechanismen" [Dificultades de aprendizaje del escolar por mecanismos masoquistas], *Int. Ztschr. f. Psa.*, 18:242-251.
- (1946): "A case of sterility", *Psychoanal. Quart.*, 15:330-350.
- (1947 a): "The child's laughter", *Psychoanalytic Study of the Child*, 2:39-60. Reproducido en *Depression*, Nueva York, International Universities Press, 1971.
- (1947 b): "The effect of disappointment on ego and super-ego formation in normal an depressive development", *Psychoanal. Rev.*, 33:129-247.

- (1953 a): "The affects and their pleasure-unpleasure qualities in relation to the psychic discharge processes", en *Drives, Affects, Behavior*, vol. 1, comp. por R. M. Loewenstein, págs. 38-66, Nueva York, International Universities Press.
- (1953 b): "Contribution to the metapsychology of cyclothymic depression", en *Affective Disorders*, comp. por P. Greenacre, págs. 49-83, Nueva York, International Universities Press.
- (1954): "The self and the object world: vicissitudes of their infantile cathexes and their influence on ideational and affective development", *Psychoanalytic Study of the Child*, 9:75-127.
- (1957 a): "Denial and repression", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 5:61-92. Reproducido en *Depression*, ob. cit.
- (1957 b): "Normal and pathological moods: their nature and function", *Psychoanalytic Study of the Child*, 12:73-113.
- (1961): "Adolescent moods and the remodeling of psychic structures in adolescence", *Psychoanalytic Study of the Child*, 16:164-183.
- (1964): *The Self and the Object World*, Nueva York, International Universities Press.
- (1967): *Psychotic Conflict and Reality*, Nueva York, International Universities Press.
- James, M. (1960): "Premature ego development: some observations on disturbances in the first three months of life", *Int. J. Psycho-Anal.*, 41:288-294.
- Joffe, W. G. y Sandler, J. (1965): "Notes on pain, depression, and individuation", *Psychoanalytic Study of the Child*, 20:394-424.
- Kanner, L. (1942): "Autistic disturbances of affective contact", *Nerv. Child.*, 2:217-250.
- (1944): "Early infantile autism", *J. Pediat.*, 25:211-217.
- (1949): "Problems of nosology and psychodynamics of early infantile autism", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 19:416-426.
- Kanner, L. y Eisenberg, L. (1955): "Notes on the follow-up studies of autistic children", en *Psychopathology of Childhood*, comp. por P. H. Hoch y J. Zubin, Nueva York, Grune & Stratton, págs. 227-239.
- Kaufman, I. C. y Rosenblum, L. A. (1968): "The reaction to separation in infant monkeys: anaclitic depression and conservation-withdrawal", *Psychosom. Med.*, 29:648-675.
- Kernberg, O. (1967): "Borderline personality organization", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 15:641-685.
- (1970): "Factors in the psychoanalytic treatment of narcissistic personalities", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 18:51-85.
- Kestenberg, J. (1941): "Mother types encountered in child guidance clinics", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 11:475.
- (1956): "On the development of maternal feelings in early childhood", *Psychoanalytic Study of the Child*, 11:257-291.
- (1971): "From organ-object imagery to self and object representations", en *Separation-Individuation: Essays in Honor of Margaret S. Mahler*, comp. por J. B. McDevitt y C. F. Settlage, págs. 75-99, Nueva York, International Universities Press.
- (1975): *Children and Parents*, Nueva York, Jason Aronson.

- Khan, M. M. R. (1964): "Ego distortion, cumulative trauma, and the role of reconstruction in the analytic situation", *Int. J. Psycho-Anal.*, 45: 272-279.
- Kleeman, J. A. (1967): "The peeka-boo game. Part I: its origins, meanings, related phenomena in the first year", *Psychoanalytic Study of the Child*, 22: 239-273.
- Klein, M. (1932): *The Psycho-Analysis of Children*, Nueva York, Norton.
- Klein, M., Heimann, P., Isaacs, S. y Riviere, J. (1952): *Developments in Psycho-Analysis*, Londres, Hogarth Press.
- Kohut, H. (1966): "Forms and transformations of narcissism", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 14: 243-272.
- (1968): "The psychoanalytic treatment of narcissistic personality disorders: outline of a systematic approach", *Psychoanalytic Study of the Child*, 23: 86-113.
- (1971): *The Analysis of the Self*, Nueva York, International Universities Press.
- Kris, E. (1933): "A psychotic sculptor of the eighteenth century", en *Psychoanalytic Explorations in Art*, Nueva York, International Universities Press, 1952, págs. 128-150.
- (1936): "The psychology of caricature", *Int. J. Psycho-Anal.*, 17: 285-303.
- (1938 a): "Das Lachen als mimischer Vorgang", *Int. Zeit. f. Psa. und Imago*, 24: 146.
- (1938 b): "Ego development and the comic", *Int. J. Psycho-Anal.*, 19: 77-90.
- (1940): "Laughter as an expressive process", *Int. J. Psycho-Analysis*, 21: 314-341.
- (1950): "Notes on the development and on some current problems of psychoanalytic child psychology", *Psychoanalytic Study of the Child*, 5: 24-46.
- (1955): "Neutralization and sublimation: observations on young children", *Psychoanalytic Study of the Child*, 10: 30-46.
- (1956 a): "The recovery of childhood memories", *Psychoanalytic Study of the Child*, 11: 54-88.
- (1956 b): "On some vicissitudes of insight in psycho-analysis", *Int. J. Psycho-Anal.*, 37: 445-455.
- Kris, E. y otros (1954): "Problems of infantile neurosis: A discussion", *Psychoanalytic Study of the Child*, 9: 16-71.
- Kris, M. (1957): "The use of prediction in a longitudinal study", *Psychoanalytic Study of the Child*, 12: 175-189.
- Kubie, L. (1941): "The repetitive core of neurosis", *Psychoanal. Quart.*, 10: 23-43.
- Kubie, L. e Israel, H. A. (1955): "Say You're Sorry", *The Psychoanalytic Study of the Child*, 10: 289-299.
- Lampl-de Groot, J. (1967): "On obstacles standing in the way of psychoanalytic cure", *Psychoanalytic Study of the Child*, 22: 20-35.
- (1973): "Vicissitudes of narcissism and problems of civilization". *Freud Anniversary Lecture*, marzo 28, 1973. [Publicado en *Psychoanalytic Study of the Child*, 30: 663-682.]
- Landauer, K. (1926): "Die kindliche Bewegungsunruhe; das Schicksal der den Stammganglien unterstehenden triebhaften Bewegungen" [El desasosiego infantil; destino de los movimientos impulsivos controlados por los ganglios primitivos], *Int. Ztschr. f. Psa.*, 12: 379-390.

- (1927): "Automatismen, Zwangneurose und Paranoia" [Automatismos, neurosis compulsivas y paranoia], *Int. Ztschr. f. Psa.*, 13: 10-19.
- (1929): "Zur Psychosexuellen Genese Der Dummheit" [Sobre la génesis psicosexual de la estupidez], *Ztschr. f. Sexual-wissenschaft u. Sexualpolitik*, 16: 12-22.
- bovici, S. (1973): "Current trends in infantile neurosis". Trabajo presentado en la reunión de la Asociación Psicoanalítica Infantil, París, julio 22, 1973.
- vy, D. M. (1937): "Primary affect hunger", *Amer. J. Psychiat.*, 94: 643-652.
- (1938): "Maternal overprotection", en *Modern Trends in Child Psychiatry*, comp. por N. D. C. Lewis y B. L. Pacella, págs. 27-34, Nueva York, International Universities Press, 1945.
- (1944): "On the problem of movement restraint: Tics, stereotyped movements, hyperactivity", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 14: 644-671.
- win, B. D. (1933): "The body as phallus", *Psychoanal. Quart.*, 2: 24-47.
- (1950): *The Psychoanalysis of Elation*, Nueva York, Norton.
- (1952): "Phobic symptoms and dream interpretation", *Psychoanal. Quart.*, 21: 295-322.
- htenstein, H. (1961): "Identity and sexuality: a study of their interrelationship in man", *Int. J. Psycho-Anal.*, 45: 49-56.
- (1964): "The role of narcissism in the emergence and maintenance of a primary identity", *Int. J. Psycho-Anal.*, 45: 49-56.
- nn, L. (1955): "Some developmental aspects of the body image", *Int. J. Psycho-Anal.*, 36: 36-42.
- ewald, H. W. (1951): "Ego and reality", *Int. J. Psycho-Anal.*, 32: 10-18.
- (1974): "The current status of the concept of infantile neurosis: a discussion", *Psychoanalytic Study of the Child*, 29: 183-188.
- urie, R. S. (1955): "Experience with therapy of psychosomatic problems in infant", en *Psychopathology of Childhood*, comp. por P. H. Hoch y J. Zubin, Nueva York, Grune & Stratton, págs. 254-266.
- enchen, A. (1936): "Denkhemmung und Aggression aus Kastrationangst" [Inhibición del pensamiento y agresión causadas por la angustia de castración], *Ztschr. f. Psa. Pädagogik*, 10: 276-299.
- ahler [Schoenberger], M. (1941): "Discussion of Dr. Silberpfennig's paper: Mother types encountered in child guidance clinics", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 11: 484.
- (1942): "Pseudoimbecility: A magic cap of invisibility", *Psychoanal. Quart.*, 11: 149-164; *SP I*: 1*.
- (1944): "Tics and impulses in children: a study of motility", *Psychoanal. Quart.*, 13: 430-444; *SP I*: 4.
- (1945): "Introductory remarks to: The symposium on tics in children", *Nerv. Child*, 4: 307.
- (1946): "Ego psychology applied to behavior problems", en *Modern Trends in Child Psychiatry*, comp. por N. Lewis y B. Pacella, Nueva York, International Universities Press.

La sigla SP designa la presente obra: *The Selected Papers of Margaret S. Mahler*, M. D., Nueva York, Aronson, 1979; los números que figuran a continuación remiten a tomo y capítulo.

- (1947): "Various clinical pictures of psychosis in children (schizophrenia-like)". Trabajo leído en la Sociedad Schilder, Nueva York.
- (1948): "Contribution to round-table discussion on aggression", Reunión anual de la Asociación Psiquiátrica Norteamericana, Washington, D. C.
- (1949 a): "A psychoanalytic evaluation of tic in psychopathology of children: Symptomatic tic and tic syndrome", *Psychoanalytic Study of the Child*, 3/4: 279-310; *SP I*: 3.
- (1949 b): "Remarks on psychoanalysis with psychotic children", *Quart. J. Child Behav.*, 1: 18-21.
- (1950): "Discussion of papers by Anna Freud and Ernst Kris," Simposio sobre "Problemas del desarrollo infantil", Stockbridge, Mass. (inérito). (Sobre el simposio, véase *Psychoanalytic Study of the Child*, 6: 9-60, 1951.)
- (1952): "On child psychosis and schizophrenia: autistic and symbiotic infantile psychoses", *Psychoanalytic Study of the Child*, 7: 286-305; *SP I*: 7.
- (1953 a): "Notes on early ego disturbances", *Psychoanalytic Study of the Child*, 8: 262-270.
- (1953 b): "Some aspects in the development of childhood psychoses". Contribución a un seminario sobre psiquiatría infantil, Los Angeles.
- (1954 a): "Contribution to: Problems of infantile neurosis: a discussion", *Psychoanalytic Study of the Child*, 9: 65-66.
- (1954 b): "On normal and pathological symbiosis: A contribution to the understanding of psychoses in children". Leído en la Sociedad Psicoanalítica de Baltimore.
- (1955): "Discussion [of papers by Kanner and Eisenberg, Despert, Lourie]", en *Psychopathology of Childhood*, comp. por P. H. Hoch y J. Zubin, Nueva York, Grune & Stratton, págs. 285-289.
- (1958 a): "Autism and symbiosis: two extreme disturbances of identity", *Int. J. Psycho-Anal.*, 39: 77-83; *SP I*: 9.
- (1958 b): "On two crucial phases of integration of the sense of identity: separation-individuation and bisexual identity", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 6: 136-139.
- (1960): "Symposium on psychotic object relationships: III. Perceptual de-differentiation and psychotic object relationship", *Int. J. Psycho-Anal.*, 41: 548-553; *SP I*: 10.
- (1961): "On sadness and grief in infancy and childhood: Loss and restoration of the symbiotic love object", *Psychoanalytic Study of the Child*, 16: 332-351; *SP I*: 14.
- (1963 a): "Thoughts about development and individuation", *Psychoanalytic Study of the Child*, 18: 307-324; *SP II*: 1.
- (1963 b): "Subphases of the separation-individuation process". Artículo y filme presentados en la Reunión Anual de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, St. Louis.
- (1965 a): "On early infantile psychosis: The symbiotic and autistic syndromes", *J. Amer. Acad. Child Psychiat.*, 4: 554-568; *SP I*: 7.
- (1965 b): "On the significance of the normal separation-individuation phase, with reference to research in symbiotic child psychosis", en *Drives, Affects, Be-*

- havior*, vol. 2, comp. por M. Schur, págs. 161-169, Nueva York, International Universities Press; *SP II*: 4.
- (1966): "Notes on the development of basic moods: the depressive affect", en *Psychoanalysis—A General Psychology: Essays in Honor of Heinz Hartmann*, comp. por R. M. Loewenstein, L. M. Newman, M. Schur y A. J. Solnit, págs. 152-168, Nueva York, International Universities Press; *SP II*: 5.
- (1967): "Development of defense from biological and symbiotic precursors: Adaptive and maladaptive aspects". Contribución a un panel sobre: Desarrollo y metapsicología de la organización defensiva del yo, rel. R. S. Wallerstein, *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 15: 130-149.
- (1968): *On Human Symbiosis and the Vicissitudes of Individuation*, vol. 1, *Infantile Psychosis*, Nueva York, International Universities Press.
- (1971): "A study of the separation-individuation process and its possible application to borderline phenomena in the psychoanalytic situation", *Psychoanalytic Study of the Child*, 26: 403-424; *SP II*: 11.
- (1972a): "On the first three subphases of the separation-individuation process", *Int. J. Psycho-Anal.*, 53: 333-338; *SP II*: 8.
- (1972 b): "Rapprochement subphase of the separation-individuation process", *Psychoanal. Quart.*, 41: 487- 506; *SP II*: 9.
- (1976): "Longitudinal study of the treatment of a psychotic child with a tripartite design", *J. Philadelphia Assn. for Psychoanal.*, 3: 21-42; *SP I*: 15.
- Mahler, M. S. y Elkisch, P. (1953): "Some observations on disturbances of the ego in a case of infantile psychosis", *Psychoanalytic Study of the Child*, 8: 852-61; *SP I*: 11.
- Mahler, M. S. y Furer, M. (1960): "Observations on research regarding the 'symbiotic syndrome' of infantile psychosis", *Psychoanal. Quart.*, 29:317-327; *SP I*: 13.
- (1963): "Certain aspects of the separation-individuation phase", *Psychoanal. Quart.*, 32:1-14; *SP II*: 2.
- (1966): "Development of symbiosis, symbiotic psychosis, and the nature of separation anxiety: Remarks on Weiland's paper", *Int. J. Psycho-Anal.*, 47:559-560.
- Mahler, M. S., Furer, M. y Settlage, C. F. (1959): "Severe emotional disturbances in childhood: Psychosis", en *American Handbook of Psychiatry*, comp. por S. Arieti, Nueva York, Basic Books, 1:816-839.
- Mahler, M. S. y Gosliner, B. J. (1955): "On symbiotic child psychosis: Genetic, dynamic and restitutive aspects", *Psychoanalytic Study of the Child*, 10:195-212; *SP I*: 6.
- Mahler, M. S. y Gross, I. H. (1945): "Psychotherapeutic study of a typical case with tic syndrome", *Nerv. Child*, 4:358-373.
- Mahler, M. S. y La Perriere, K. (1965): "Mother-child interaction during separation-individuation", *Psychoanal. Quart.*, 34:483-498; *SP II*: 3.
- Mahler, M. S. y Luke, J. A. (1946): "Outcome of the tic syndrome", *J. Nerv. Ment. Dis.*, 103:433-445.
- Mahler, M. S., Luke, J. A. y Daltroff, W. (1945): "Clinical and follow-up study of the tic syndrome in children", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 15:631-647.
- Mahler, M. S. y McDevitt, J. B. (1968): "Observations on adaptation and defense

- in statu nascendi*: developmental precursors in the first two years of life", *Psychoanal. Quart.*, 37:1-21; *SP II*: 7.
- Mahler, M. S., Pine, F. y Bergman, A. (1975): *The Psychological Birth of the Human Infant*, Nueva York, Basic Books.
- Mahler, M. S. y Rangell, L. (1943): "A psychosomatic study of maladie des tics (Gilles de la Tourette's disease)", *Psychiat. Quart.*, 17:579-603.
- Mahler, M. S., Ross, J. R. (h.) y De Fries, Z. (1949): "Clinical studies in benign and malignant cases of childhood psychosis (Schizophrenia-like)", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 19:295-305.
- Mahler, M. S. y Silberpfennig, I. (1938): "Der Rorschach'sche Formdeutversuch als Hilfsmittel zum Verstandnis der Psychologie Hirnkranker" [El test de Rorschach como método psicológico auxiliar para la comprensión del paciente con daño orgánico cerebral], *Schweiz. Arch. Neurol. Psychiat.*, 40:302-327.
- Meige, H. y Feindel, E. (1907): *Tics and Their Treatment* (tr. S. A. K. Wilson), Nueva York, William Wood.
- Nágera, H. (1966): *Early Childhood Disturbances. The Infantile Neurosis and the Adult Disturbances*. Serie de monografías de *The Psychoanalytic Study of the Child*, N° 2, Nueva York, International Universities Press.
- Nunberg, H. (1932): *Principles of Psychoanalysis*, Nueva York, International Universities Press, 1955.
- Oberndorf, C. (1939): "The feeling of stupidity", *Int. J. Psycho-Anal.*, 20:443-451.
- Olden, C. (1947): "Headline intelligence", *Psychoanalytic Study of the Child*, 2:263-370.
- Pacella, B. L. (1945): "Physiologic and differential diagnostic considerations of tic manifestations in children", *Nerv. Child*, 4:313-317.
- Parens, H. y Saul, L. J. (1971): *Dependence in Man*, Nueva York, International Universities Press.
- Piaget, J. (1923): *The Language and Thought of the Child*, Nueva York, Humanities Press, 1952.
- (1936): *The Origins of Intelligence in Children*, Nueva York, International Universities Press, 1952.
- Piaget, J. e Inhelder, B. (1953): "Contribution to symposium", en *Discussions on Child Development*, vol. 1 [Primera reunión del Grupo de Estudio del Desarrollo Psicobiológico Infantil, Organización Mundial de la Salud, Ginebra, 1953], Nueva York, International Universities Press.
- Pine, F. y Furer, M. (1963): "Studies of the separation-individuation phase: A methodological overview", *Psychoanalytic Study of the Child*, 18:325-342.
- Piotrowski, Z. A. (1945): "Rorschach records of children with a tic syndrome", *Nerv. Child*, 4:342.
- Potter, H. W. (1933): "Schizophrenia in children", *Amer. J. Psychiat.*, 12:1253-1270.
- Rado, S. (1919): "Eine besondere Äusserungsform der Kastrationsangst" [Una manifestación específica de la angustia de castración], *Int. Ztschr. f. Psa.*, 5:206.
- Rangell, L. (1972): "Aggression, Oedipus and historical perspective", *Int. J. Psycho-Anal.*, 53:3-11.
- Rank, B. (1949): "Adaptation of the psychoanalytic technique for the treatment

- of young children with atypical development", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 19:130-139.
- (1955): "Intensive study and treatment of preschool children who show marked personality deviations, or 'atypical development', and their parents", en *Emotional Problems of Early Childhood*, comp. por G. Caplan, Nueva York, Basic Books, págs. 491-501.
- Blank, B. y Macnaughton, D. (1950): "A clinical contribution to early ego development", *Psychoanalytic Study of the Child*, 5:53-65.
- Capaport, D. (1958): "The theory of ego autonomy: A generalization", *Bull. Menninger Clin.*, 22:13-25.
- Freud, S. (1949): "The structure of the grotesque-comic sublimation", *Bull. Menninger Clin.*, 13: 160-171. Reproducido en *Psychoanalytic Contributions*, Nueva York, International Universities Press, 1973.
- Freud, S. (1924-1925): "Der psychogene Tics als Onanie-äquivalent" [El tic psicogénico como sustituto de la masturbación], *Ztschr. f. Sexualwissenschaft.*, 11: 302-313.
- Gibble, M. (1941): "Disorganizing factors of infant personality", *Amer. J. Psychiat.*, 98: 459-463.
- (1943): *The Rights of Infants: Early Psychological Needs and Their Satisfaction*, Nueva York, Columbia University Press.
- Litvo, S. (1945): "Review of recent literature on tics in children", *Nerv. Child*, 4: 308-312.
- (1974): "The current status of the concept of the infantile neurosis: implications for diagnosis and technique", *Psychoanalytic Study of the Child*, 29: 159-181.
- Litvo, S. y Solnit, A. J. (1958): "Influences of early mother-child interaction on identification processes", *Psychoanalytic Study of the Child*, 13: 64-91.
- Lochlin, G. (1953 a): "Loss and restitution", *Psychoanalytic Study of the Child*, 8: 288-309.
- (1953 b): "The disorder of depression and elation", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 1: 438-457.
- (1959): "The loss complex: A contribution to the etiology of depression", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 7: 299-316.
- Loeffwarg, H. P., Muzio, J. N. y Dement, W. C. (1966): "Ontogenetic development of the human sleep-dream cycle", *Science*, 152: 604-619.
- Loiphe, H. y Galenson, E. (1972): "Early genital activity and the castration complex", *Psychoanal. Quart.*, 41: 334-347.
- Mollman-Branch, H. S. (1960): "On the question of primary object need: Ethological and psychoanalytic considerations", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 8: 686-702.
- Mose, G. J. (1964): "Creative imagination in terms of ego 'core' and boundaries", *Int. J. Psycho-Anal.*, 45: 75-84.
- (1966): "Body ego and reality", *Int. J. Psycho-Anal.*, 47: 502-509.
- Moss, N. (1967): "The 'as if' concept", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 15: 59-82.
- Rotter-Kertész, L. (1936): "Der tiefenpsychologische Hintergrund der inzestuösen Fixierung" [Las bases psicológicas profundas de la fijación incestuosa], *Int. Ztschr. f. Psa.*, 22: 338-348.
- Rubinfine, D. L. (1958): "Report of panel: problems of identity", *J. Amer. Psy-*

- choanal Assoc.*, 6: 131-142.
- (1961): "Perception, reality testing, and symbolism", *Psychoanalytic Study of the Child*, 16: 73-89.
- Sachs, H. (1933): "The delay of the machine age", en *The Creative Unconscious*, Cambridge, Mass., Sci-Art Publishers, 1951, págs. 100-131.
- Sandler, J., Holder, A. y Meers, D. (1963): "The ego ideal and the ideal self", *Psychoanalytic Study of the Child*, 18: 139-158.
- Sandler, J. y Joffe, W. G. (1965): "Notes on childhood depression", *Int. J. Psycho-Anal.*, 46: 88-96.
- Schilder, P. F. (1935): *The Image and Appearance of the Human Body: Studies in the Constructive Energies of the Psyche*, Nueva York, International Universities Press, 1951.
- Schoenberger, M., véase Mahler, M. S.
- Schur, M. (1955): "Comments on the metapsychology of somatization", *Psychoanalytic Study of the Child*, 10: 119-164.
- (1960): "Introductory remarks to panel on psycho-analysis and ethology, rep. M. Ostow", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 8: 526.
- (1966): *The Id and The Regulatory Principles of Mental Functioning*, Nueva York, International Universities Press.
- Searles, H. F. (1960): *The Nonhuman Environment*, Nueva York, International Universities Press.
- Sechehaye, M. A. (1947): *Symbolic Realization: A New Method of Psychotherapy Applied to a Case of Schizophrenia*, Nueva York, International Universities Press.
- (1950): *Reality Lost and Regained: Autobiography of a Schizophrenic Girl*, Nueva York, Grune & Stratton, 1951.
- (1956): "The transference in symbolic realization", *Int. J. Psycho-Anal.*, 37: 270-277.
- Sperling, M. (1946): "Psychoanalysis of ulcerative colitis in children", *Psychoanal. Quart.*, 15: 302-329.
- (1951): "The neurotic child and his mother: A psychoanalytic study", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 21: 351-364.
- Spiegel, L. A. (1959): "The self, the sense of self, and perception", *Psychoanalytic Study of the Child*, 14: 81-109.
- Spitz, R. A. (1937): "Wiederholung, Rhythmus, Langeweile" [Repetición, ritmo y tedio], *Imago*, 23: 171-196.
- (1945): "Diacritic and coenesthetic organizations: the psychiatric significance of a functional division of the nervous system into a sensory and emotive part", *Psychoanal. Rev.*, 32: 146-162.
- (1946 a): "The smiling response: a contribution to the ontogenesis of social relations" (con la colaboración de K. M. Wolf), *Genet. Psych. Monogr.*, 34: 57-125.
- (1946 b): "Anaclitic depression", *Psychoanalytic Study of the Child*, 2: 313-342.
- (1948): "Somatic concomitants of emotional vicissitudes in infancy". Trabajo leído en la Reunión Anual de la Asociación para la Investigación Psicósomática, Atlantic City, mayo de 1948.
- (1950 a): "Relevancy of direct infant observations", *Psychoanalytic Study of*

- the Child*, 10: 215-240.
- (1950 b): "Anxiety in infancy", *Int. J. Psycho-Anal.*, 31: 138-143.
- (1951): "The psychogenic diseases in infancy", *Psychoanalytic Study of the Child*, 6: 255-275.
- (1953): Contribución al simposio sobre "Basic Problems in Early Childhood", Reunión Anual de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, Los Angeles.
- (1955): "The primal cavity: A contribution to the genesis of perception and its role for psychoanalytic theory", *Psychoanalytic Study of the Child*, 10: 215-240.
- (1957): *No and Yes: On the Genesis of Human Communication*, Nueva York, International Universities Press.
- (1963): "Life and the dialogue", en *Counterpoint*, comp. por H. S. Gaskill, págs. 154-176, Nueva York, International Universities Press.
- (1965): *The First Year of Life: A Psychoanalytic Study of Normal and Deviant Development of Object Relations*, Nueva York, International Universities Press.
- Spock, B. (1963): "The striving for autonomy and regressive objective relationships", *Psychoanalytic Study of the Child*, 18: 361-364.
- Spruiell, V. (1974): "Theories of the treatment of narcissistic personalities", *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 22: 268-278.
- (1975): "Three strands of narcissism", *Psychoanal. Quart.*, 44: 577-579.
- Starr, P. H. (1954): "Psychoses in children: Their origin and structure", *Psychoanal. Quart.*, 23: 544-565.
- Stein, M. (1956): "The marriage bond", *Psychoanal. Quart.*, 25: 238-259.
- Stirnemann, F. (1947): "Das Kind und seine früheste Umwelt" [El niño y su ambiente temprano], *Psychologische Praxis* 6, Basilea, Karger.
- Stone, L. (1961): *The Psychoanalytic Situation*, Nueva York, International Universities Press.
- Sylvester, E. (1947): "Pathogenic influences of maternal attitudes in the neonatal period", en *Problems of Infancy and Early Childhood*, comp. por M. J. E. Senn, Nueva York, Josiah Macy Jr. Foundation.
- (1953): "Developmental truisms and their fate in child-rearing: Clinical observations", en *Problems of Infancy and Early Childhood*, ob. cit.
- Szasz, T. (1957): *Pain and Pleasure: A Study of Bodily Feelings*, Nueva York, Basic Books.
- Tartakoff, H. H. (1966): "The normal personality in our culture and the Nobel Prize complex", en *Psychoanalysis—A General Psychology*, comp. por R. M. Loewenstein, L. M. Newman, M. Schur y A. J. Solnit, págs. 222-252, Nueva York, International Universities Press.
- Tausk, V. (1919): "On The origin of the 'influencing machine' in schizophrenia", en *The Psychoanalytic Reader*, comp. por R. Fliess, Nueva York, International Universities Press, 1948, págs. 52-85.
- Waelder, R. (1930): "The principle of multiple function", *Psychoanal. Quart.*, 5: 45-62.
- (1937): "The problem of the genesis of psychical conflict in earliest infancy", *Int. J. Psycho-Anal.*, 18: 406-473.

- (1963): "Psychic determinism and the possibility of predictions", *Psychoanal. Quart.*, 32: 15-42.
- Weil, A. P. (1953): "Clinical data and dynamic considerations in certain cases of childhood schizophrenia", *Amer. J. Orthopsychiat.*, 23: 518-529.
- (1956): "Some evidences of deviational development in infancy and early childhood", *Psychoanalytic Study of the Child*, 11: 292-299.
- (1970): "The basic core", *Psychoanalytic Study of the Child*, 25: 442-460.
- Weiland, I. H. (1966): "Considerations on the development of symbiosis, symbiotic psychosis, and the nature of separation anxiety", *Int. J. Psycho-Anal.*, 47: 1-5.
- Weinberger, J. L. (1964): "A triad of silence", *Int. J. Psycho-Anal.*, 45: 304-309.
- Werner, H. (1948): *Comparative Psychology of Mental Development*, Nueva York, International Universities Press, 1957.
- Whitehorn, J. (1932): "Concerning emotion as impulsion and instinct as orientation", *Amer. J. Psychiat.*, 11: 1093-1118.
- Wilder, J. y Silbermann, I. (1927): *Abhandl. a. d. ges. Neurologie*, Heft 43, Berlín, Karger.
- Winnicott, D. W. (1953 a): "Psychoses and child care", *Brit. J. Med. Psychol.*, 26: 68-74.
- (1953 b): "Transitional objects and transitional phenomena: a study of the first not-me possession", *Int. J. Psycho-Anal.*, 34: 89-97.
- (1956 a): "Primary maternal preoccupation", en *Collected Papers*, págs. 300-305, Nueva York, Basic Books, 1958.
- (1956 b): "On transference", *Int. J. Psycho-Anal.*, 37: 386-388.
- (1957): *The Child and the Outside World*, Nueva York, Basic Books.
- (1958): *Collected Papers*, Nueva York, Basic Books.
- (1960): "The theory of the parent-infant relationship", *Int. J. Psychoanal.*, 41: 585-595.
- (1962 a): *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*, Nueva York, International Universities Press, 1965.
- (1962 b): "The theory of the parent-infant relationship: Further remarks", *Int. J. Psycho-Anal.*, 43: 238-239.
- (1969): "The use of an object", *Int. J. Psycho-Anal.*, 50: 711-716.
- Wolff, P. H. (1959): "Observations on newborn infants", *Psychosom. Med.*, 21: 110-118.
- Yazmajian, R. V. (1967): "Biological aspects of infantile sexuality and the latency period", *Psychoanal. Quart.*, 36: 203-229.
- Zazzo, R. (1953): En *Discussions on Child Development*, vol. I. [Primera reunión del Grupo de Estudio del Desarrollo Psicobiológico Infantil, Organización Mundial de la Salud, Ginebra, 1953], comp. por J. M. Tanner y B. Inhelder, Nueva York, International Universities Press.
- Zetzel, E. R. (1953): "The depressive position", en *Affective Disorders*, comp. por P. Greenacre, Nueva York, International Universities Press.
- Zetzel, E. R. (1960): "Symposium on depressive illness", *Int. J. Psycho-Anal.*, 41: 476-480.

- Abraham, K.: "Contribución a una discusión sobre el tic", en *Psicoanálisis clínico*, 1959.
- Abraham, K.: "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales", en *Psicoanálisis clínico*, ob. cit.
- Bibring, E.: "El mecanismo de la depresión", en *Perturbaciones de la afectividad*, comp. por P. Greenacre, 1960.
- Erikson, E. H.: *Infancia y sociedad*, 1959.
- Fenichel, O.: *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, 1964.
- Ferenczi, S.: "Sobre las palabras obscenas", en *Sexo y psicoanálisis*, 1959.
- Ferenczi, S.: "Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad", en *Sexo y psicoanálisis*, ob. cit.
- Ferenczi, S.: "El pensamiento y la inervación muscular", en *Teoría y técnica del psicoanálisis*, 1967.
- Ferenczi, S.: "Observaciones psicoanalíticas sobre el tic", en *Teoría y técnica del psicoanálisis*, ob. cit.
- Ferenczi, S.: "Fantasías 'de tipo Gulliver'", en *Problemas y métodos del psicoanálisis*, 1966.
- Freud, A.: *El yo y los mecanismos de defensa*, 1950.
- Freud, A.: "La agresión", en *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*, 1976.
- Freud, A.: "El desarrollo del niño. Observaciones", en *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*, ob. cit.
- Freud, A.: "Pasividad y homosexualidad", en *Estudios psicoanalíticos*, 1978.
- Freud, A.: "Enfermedad somática y vida psíquica", en *El psicoanálisis y la crianza del niño*, 1977.
- Freud, A.: "Desarrollo del yo y el ello. Influencias recíprocas", en *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*, ob. cit.
- Freud, A.: "La observación de los infantes", en *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*, ob. cit.
- Freud, A.: "La neurosis infantil. Sus problemas", en *Neurosis y sintomatología de la infancia*, 1977.
- Freud, A.: "El concepto de las líneas del desarrollo", en *Normalidad y patología en la niñez*, 1974.
- Freud, A.: *Normalidad y patología en la niñez. Evaluación del desarrollo*, ob. cit.
- Freud, A. y Burlingham, D. T.: *La guerra y los niños*, 1965.
- Freud, A. y Dann, S.: "La crianza en grupo. Un experimento", en *El psicoanálisis y la crianza del niño*, ob. cit.
- Freud, S.: *Esquema del psicoanálisis*, 1966.

- Greenacre, P.: "Reacciones infantiles ante la restricción: problemas relativos al destino de la agresión infantil", en *Trauma, desarrollo y personalidad*, 1960.
- Greenacre, P.: "La economía biológica del nacimiento", en *Trauma, desarrollo y personalidad*, ob. cit.
- Greenacre, P.: "La conciencia en el psicópata", en *Trauma, desarrollo y personalidad*, ob. cit.
- Greenacre, P.: "La visión, el dolor de cabeza y el halo", en *Trauma, desarrollo y personalidad*, ob. cit.
- Greenacre, P.: "Algunos factores que producen tipos diferentes de organización genital y pregenital", en *Trauma, desarrollo y personalidad*, ob. cit.
- Jacobson, E.: "Contribución a la metapsicología de la depresión ciclotímica", en *Perturbaciones de la afectividad*, comp. por P. Greenacre, ob. cit.
- Klein, M.: *El psicoanálisis de niños*, en M. Klein, *Obras completas*, vol. I, 1977.
- Klein, M., Heimann, P., Isaacs, S. y Riviere, J.: *Desarrollos en psicoanálisis*, en M. Klein, *Obras completas*, vol. III, 1978.
- Kris, E.: "Un escultor psicótico del siglo XVIII", en *El arte del insano*, 1955.
- Nágera, H.: *Neurosis infantil. Problemas del desarrollo*, 1974.
- Schilder, P.: *Imagen y apariencia del cuerpo humano. Estudios sobre las energías constructivas de la psique*, 1958.
- Spitz, R. A.: *No y sí. Sobre la génesis de la comunicación humana*, 1960.
- Tausk, V.: "Sobre el origen de la 'máquina de influir' en la esquizofrenia", en *Escritos psicoanalíticos fundamentales*, comp. por R. Fliess, 1981.
- Winnicott, D. W.: *El niño y el mundo externo*, 1965.
- Zetzel, E. R.: "La posición depresiva", en *Perturbaciones de la afectividad*, comp. por P. Greenacre, ob. cit.

2. A. Freud - *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*
4. A. Freud - *Psicoanálisis del jardín de infantes y la educación del niño*
6. C. G. Jung - *La psicología de la transferencia*
7. C. G. Jung - *Símbolos de transformación*
8. A. Freud - *El psicoanálisis y la crianza del niño*
9. A. Freud - *El psicoanálisis infantil y la clínica*
12. C. G. Jung - *La interpretación de la naturaleza y la psique*
13. W. R. Bion - *Atención e interpretación*
14. C. G. Jung - *Arquetipos e inconsciente colectivo*
15. A. Freud - *Neurosis y sintomatología infantil*
16. C. G. Jung - *Formaciones de lo inconsciente*
17. L. Grinberg - *Identidad y cambio*
20. A. Garma - *Psicoanálisis de los sueños*
21. O. Fenichel - *Teoría psicoanalítica de las neurosis*
22. Marie Langer - *Maternidad y sexo*
24. Hanna Segal - *Introducción a la obra de Melanie Klein*
25. W. R. Bion - *Aprendiendo de la experiencia*
29. C. G. Jung - *Psicología y simbólica del arquetipo*
30. A. Garma - *Nuevas aportaciones al psicoanálisis de los sueños*
31. Arminda Aberastury - *Aportaciones al psicoanálisis de niños*
32. A. Garma - *El psicoanálisis. Teoría, clínica y técnica*
33. R. W. White - *El yo y la realidad en la teoría psicoanalítica*
35. W. Reich - *La función del orgasmo*
36. J. Bleger - *Simbiosis y ambigüedad*
37. J. Sandler, Ch. Dare y A. Holder - *El paciente y el análisis*
40. Anna Freud - *Normalidad y patología en la niñez*
42. S. Leclair y J. D. Nasio - *Desenmascarar lo real. El objeto en psicoanálisis*
44. I. Berenstein - *Familia y enfermedad mental*
45. I. Berenstein - *El complejo de Edipo. Estructura y significación*
48. J. Bowlby - *El vínculo afectivo*
49. J. Bowlby - *La separación afectiva*
50. J. Bowlby - *La pérdida afectiva. Tristeza y depresión*
51. E. H. Rolla - *Familia y personalidad*
56. I. Berenstein - *Psicoanálisis y semiótica de los sueños*
57. Anna Freud - *Estudios psicoanalíticos*
59. O. Kernberg - *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*
60. M. Sami-Ali - *Cuerpo real, cuerpo imaginario*
62. W. R. Bion - *Seminarios de psicoanálisis*
63. J. Chasseguet-Smirgel - *Los caminos del anti-Edipo*
64. G. Groddeck - *Las primeras 32 conferencias psicoanalíticas para enfermos*
65. M. A. Mattoon - *El análisis junguiano de los sueños*
66. D. Foulkes - *Gramática de los sueños*
67. Anna Freud - *El yo y los mecanismos de defensa*
68. Heinz Kohut - *La restauración del sí mismo*
69. R. Fliess (comp.), W. Reich y otros - *Escritos psicoanalíticos fundamentales*
70. Georges Amado - *Del niño al adulto. El psicoanálisis y el ser*
71. Jean Guillaumin - *Los sueños y el yo. Ruptura, continuidad, creación en la vida psíquica*
72. I. Berenstein - *Psicoanálisis de la estructura familiar*
73. M. A. Mauas - *Paradojas psicoanalíticas*
74. N. Yampey - *Psicoanálisis de la cultura*
75. C. M. Menegazzo - *Magia, mito y psicodrama*
76. L. Grinberg - *Psicoanálisis. Aspectos teóricos y clínicos*
77. D. J. Feldfogel y A. B. Zimmerman (comps.) - *El psiquismo del niño enfermo orgánico*
(continúa al final del libro)

Biblioteca de PSICOLOGIA PROFUNDA

(continuación)

78. C. G. Jung - *Energética psíquica y esencia del sueño*
79. C. D. Pérez - *Masculino-Femenino o la bella diferencia*
80. S. Freud - *Esquema del psicoanálisis*
81. D. Lagache - *Obras I (1932-1938)*
82. D. Lagache - *Obras II (1939-1946)*
83. D. Lagache - *Obras III (1947-1949)*
84. D. Lagache - *Obras IV (1950-1952)*
85. M. Balint - *La falta básica*
91. M. Mannoni - *El niño retardado y su madre*
92. L. C. H. Delgado - *Análisis estructural del dibujo libre*
93. M. E. García Arzeno - *El síndrome de la niña púber*
94. C. D. Pérez - *Un lugar en el espejo. El espacio virtual de la clínica*
95. M. Mahler - *Estudios 1. Psicosis infantiles y otros trabajos*
96. M. Mahler - *Estudios 2 - Separación - individuación*
97. C. S. Hall - *Compendio de psicología freudiana*
98. A. Tallaferró - *Curso básico de psicoanálisis*
99. F. Dolto - *Sexualidad femenina*
100. B. J. Bulacio y otros - *De la drogadicción*
101. Irene B. C. de Krell (comp.) - *La escucha, la histeria*
102. O. F. Kernberg - *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*
103. D. Lagache - *El psicoanálisis*
104. F. Dolto - *La imagen inconsciente del cuerpo*
105. H. Racker - *Estudios sobre técnica psicoanalítica*
106. L. J. Kaplan - *Adolescencia. El adiós a la infancia*
107. S. Rosen - *Mi voz irá contigo. Los cuentos didácticos de M. H. Erickson*
108. M. Pérez Sánchez - *Observación de niños*
110. H. Kohut - *¿Cómo cura el análisis?*
111. H. Mayer - *Histeria*
112. S. P. Bank y M. D. Kahn - *El vínculo fraterno*
113. C. G. Jung - *Aion. Contribución a los simbolismos del sí-mismo*
114. C. G. Jung - *Las relaciones entre el yo y el inconsciente*
115. C. G. Jung - *Psicología de la demencia precoz. Psicogénesis de las enfermedades mentales 1*
117. M. Ledoux - *Concepciones psicoanalíticas de las psicosis infantiles*
118. M. N. Eagle - *Desarrollos contemporáneos recientes en psicoanálisis*
119. P. Bercherie - *Génesis de los conceptos freudianos*
120. C. G. Jung - *El contenido de la psicosis. Psicogénesis de las enfermedades mentales 2*
121. J. B. Pontalis, J. Laplanche y otros - *Interpretación freudiana y psicoanálisis*
122. H. Hartmann - *La psicología del yo y el problema de la adaptación*
123. L. Bataille - *El ombligo del sueño*
124. L. Salvarezza - *Psicogeriatría. Teoría y clínica*
125. F. Dolto - *Diálogos en Quebec. Sobre pubertad, adopción y otros temas psicoanalíticos*
126. E. Vera Ocampo - *Droga, psicoanálisis y toxicomanía*
127. M. C. Gear y E. C. Liendo - *Hacia el cumplimiento del deseo*
128. J. Puget e I. Berenstein - *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*
129. H. Mayer - *Volver a Freud*
130. M. Safouan - *La transferencia y el deseo del analista*
131. H. Segal - *La obra de Hanna Segal*
132. K. Horney - *Últimas conferencias*
133. R. Rodolfo - *El niño y el significante*
134. J. Bowlby - *Una base segura*
135. Maud Mannoni - *De la pasión del Ser a la "locura" de saber*
136. M. Gear, E. Liendo y otros - *Tecnología psicoanalítica multidisciplinaria*
137. C. Garza Guerrero - *El superyó en la teoría y en la práctica psicoanalíticas*
138. I. Berenstein - *Psicoanalizar una familia*
139. E. Galende - *Psicoanálisis y salud mental*
140. D. W. Winnicott - *El gesto espontáneo*

Esta edición
se terminó de imprimir en
RIPARI S.A.
General J.G. Lemos 248, Buenos Aires
en el mes de septiembre de 1990